

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

CENTRO DE INVESTIGACIONES CULTURALES-MUSEO



LA MUERTE QUE ABRAZA EL NOROESTE

Los ritos funerarios en Mexicali, procesos y prácticas culturales

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN ESTUDIOS
SOCIOCULTURALES**

PRESENTA:

JULIO ARTURO MORALES RODRÍGUEZ

BAJO LA DIRECCIÓN DE:

DR. EVERARDO GARDUÑO

Mexicali, B.C., noviembre de 2010

AGRADECIMIENTOS

Dedico este trabajo especialmente a María Estela Rodríguez y a Gricelda Vásquez, quienes me dieron el apoyo y el amor para seguir adelante y terminar lo que comencé.

Agradezco a mis familiares y amigos que viven en el D.F. por darme muchos ánimos desde la lejanía.

A mis amigos de Mexicali, cuya cercanía me arropó o me refrescó según lo que requiriera la estación del año en que nos encontráramos.

A CONACyT por el año en el que otorgó fondos para este trabajo.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de mi vida familiar y personal, diferentes creencias religiosas han sido determinantes y han despertado en mí la curiosidad por saber qué motiva en la gente determinadas formas de fe. Esto me ha colocado frente al tema de los ritos de muerte.

Más allá de las razones biográficas, una motivación para estudiar el tema fue la de darle continuidad al tema de mi tesis de licenciatura en psicología sobre la significación del diablo en una iglesia cristiana al sur de la Ciudad de México. Lo que aprendí en dicho trabajo es que lo que se cree acerca de la muerte es un tema esencial en los menesteres religiosos. En aquel tema, la preeminencia de la postura psicológica me condujo a concentrarme en el aspecto individual de las creencias más que en la parte social y cultural expresada en prácticas en torno a la muerte. En esta ocasión, mi propósito es aplicar las teorías y técnicas aprendidas en la Maestría en Estudios Socioculturales, trascendiendo la psicología para enfocarme en dichos aspectos social y cultural de la muerte a través del estudio de la ritualidad escondida en ésta.

Más aún, la motivación teórica principal de este trabajo surgió de mi posición como recién llegado de la Ciudad de México a Mexicali. En aquella circunstancia estaba convencido de que en la totalidad de la República Mexicana se seguían las tradiciones funerarias que había visto en el centro del país (o de las que había oído o leído). La lectura de *El laberinto de la soledad* (Paz, 1981) me daba idea de que existe sólo una forma en que se expresa el ser mexicano, y por lo tanto sólo una forma de ritualidad en torno a la muerte. La asistencia a funerales en mi ciudad natal le daba fuerza a mi idea. Sin embargo, el vivir en Mexicali me dio la oportunidad de preguntarme si una sociedad como la mexicalense, alejada del centro y cercana a la frontera contempla la misma actitud frente a la muerte y observa la misma ritualidad en torno a ella o es diferente que aquella asumida históricamente como paradigma de “lo mexicano”.

Por esta última razón esta investigación muestra las particularidades y algunos matices en torno a la muerte en Mexicali y demuestra que más allá de los estereotipos de “el mexicano” y “lo mexicano” que aparecen en diferentes modos de producción cultural como la literatura, la cinematografía, la música, las transmisiones de medios masivos, el internet y

demás modos actuales de difusión, existen otras posiciones sociales y culturales de los que habitamos el país.

En este sentido, esta tesis demuestra que el tema de la muerte es paradigmático para mostrar las igualdades o diferencias con respecto a la cuestión de la identidad cultural en México. Científicos e intelectuales han tenido diversas posiciones con respecto al tema, tales son los casos de Octavio Paz (1981), Diego Rivera (1962), Carlos Monsiváis (1987) y Paul Westheim (1953) (por mencionar algunos) y que Claudio Lomnitz (2006) ha clasificado en tres posicionamientos principales. Para este autor, la primer posición de los intelectuales ante el tema de la muerte se refiere a que las costumbres mexicanas de culto a la muerte tienen sus inicios en la cultura indígena, fueron adaptadas y modificadas con la evangelización que trajo consigo la colonización española y, más tarde, fueron adoptadas por las clases populares de México. Para Lomnitz, esta posición corresponde:

en cierto grado a la posición de Diego Rivera y Octavio Paz, [y] considera que la “indigenización” de la fiesta tuvo lugar en un plano muy básico, aunque también muy difuso. Tal posición fue expuesta más convincentemente por Paul Westheim, quien argumentaba que, debido a las influencias precolombinas, los mexicanos de las clases populares nunca tomaron el cielo y el infierno con tanta seriedad como los españoles, pero sí retuvieron de ellos una fuerte noción de la vida después de la muerte, así como una profunda religiosidad, centrada en un Dios más caprichoso que justo o, al menos, en los caprichos impredecibles de santos, mártires y vírgenes. Westheim consideraba que la utilización icónica del esqueleto y de cierto número de prácticas relacionadas con los “días de muertos” de México había sido influida de igual manera por la sensibilidad indígena, por el catolicismo español y, en particular, por la imaginería y el espíritu de la *danse macabre* europea [...]. (Lomnitz, 2006:50).

Diferente a la postura anterior, es aquella que tiene que ver con la búsqueda y definición de la identidad nacional. Esta segunda postura observa el culto mexicano de la muerte como parte de la conformación de una intención oficial de unificar un discurso de solidaridad colectiva con base a una supuesta identidad nacional homogénea. Aquí la idea de identidad nacional aprovecha la tradición antigua y las posturas de intelectuales de mitad de

siglo para mostrarse al mundo y poder capitalizarse para ingresos provenientes del turismo. De acuerdo a Lomnitz:

Se puede considerar que el segundo conjunto de posiciones es la vulgarización de los anteriores puntos de vista. La idea de la familiaridad del mexicano con la muerte pasó con relativa facilidad de su formación artística en manos de Rivera a su formación intelectualizada en manos de Paz y Westheim y, de ahí, a un artículo uniformizado y fácilmente comercializable del repertorio de México de presentación nacional de sí mismo, para ser utilizado no únicamente ante el turista sino también en las esferas educativa y comercial. (Lomnitz, 2006:51).

La tercera postura tiene coincidencias con la anterior, pero se diferencia de esta de manera importante. Esta visión se concentra especialmente en que el culto a los muertos es una tradición más bien inventada, con algunos elementos precolombinos, con más tintes católicos y que esencialmente es una de las ideas que solidificaron una sociedad que mantenía la política revolucionaria en el poder. A decir de Lomnitz, las tradiciones acerca de la muerte:

[...] tienen pocos elementos precolombinos o, si los tienen, no son importantes y que, en el plano popular, es un festival católico que la gente siente profundamente, pero que su evolución más sobresaliente ha sido como una tradición inventada. (Lomnitz, 2006:52).

De este modo, las tres posturas anteriormente descritas se pueden enumerar de la siguiente manera:

1. La idea de la muerte en México tiene sus inicios en la época precolombina y se adaptó a las creencias religiosas que se impusieron en la colonia, todo esto lo adoptan las clases populares como costumbre propia.
2. La idea de la muerte con raíces precolombinas, que tuvo un nuevo auge con las obras de Rivera y Paz, sirvió para cristalizar la identidad nacional y mostrarla al turismo.
3. La idea de la muerte en México es una tradición inventada que se promocionó con las obras de los intelectuales de mitad de siglo XX, y sirvió para mantener al poder revolucionario en el gobierno.

Sin lugar a dudas, las tres posturas mencionadas por Lomnitz identifican determinadas variaciones, en términos de perspectiva, sobre la muerte en México. Sin embargo, todas ellas oscurecen las particularidades regionales de este culto a los muertos en México. No es posible observar en dicha idea cuáles sujetos la están concibiendo, aunque los supuestos parecen apuntar a que todos los mexicanos participamos de ella. Las diferencias entre los grupos que conforman el país quedan borradas.

En este tono, la presente investigación le apuesta a las particularidades y los matices que pueden mostrar los ritos de muerte en una región al noroeste del país, particularmente en Mexicali y a lo que estos pueden decir acerca de la identidad en dicha región; ya que, si bien puede haber continuidades de la cultura mexicana en cuanto a la puesta en escena de los rituales funerarios, sus matices y divergencias obedecen a la manifestación de la identidad de los grupos que los practican. En mi opinión, los grupos sociales reafirman y muestran su identidad cultural a través de actos rituales que forman parte de las tradiciones y modos de actuar de esa cultura.

Para no ir más adelante sin una definición puntual de lo que en este trabajo llamo rito, tomo una definición de Salvador Rodríguez (1997), quien parafrasea a E. Leach (1979) y llama ritos a las acciones sagradas o profanas cuyas finalidades no están ligadas exclusiva o específicamente con su meta práctica y que no pueden ser explicadas mediante un razonamiento pragmático. Cabe señalar que estas acciones están contenidas dentro de un marco cultural que las sostiene:

Entiendo por ritual o rito todo acto normalizado de carácter cultural y de naturaleza sagrada o profana, repetitivo y predecible cuya relación entre la actuación y el fin que se pretende conseguir no es intrínseca y no puede explicarse “racionalmente”. (Rodríguez, 1997:132).

En resumen, el objeto de estudio para el presente trabajo son los ritos de muerte en Mexicali y sus dinámicas de diferenciación y pertenencia que expresan la identidad cultural de un grupo. Es por ello que estas prácticas son estudiadas aquí, dentro de los lugares comunes de la muerte, como son hospitales, velatorios, iglesias, procesiones y cementerios. En este sentido, la presente tesis pretende responder la siguiente pregunta: ¿Cómo se llevan a cabo los

procesos culturales que expresan la pertenencia colectiva dentro de los rituales fúnebres profanos y sagrados, tomando en cuenta los valores sociales (morales y religiosos) y la emotividad del duelo (aflicción y consuelo) en Mexicali?

METODOLOGÍA

Regularmente, los autores que se han concentrado en los ritos lo han hecho esencialmente desde la antropología, por lo tanto echan mano de la etnografía como recurso metodológico. A veces son observaciones no directas, como en el caso de Tylor (1977) que utiliza diferentes textos de viajeros que estuvieron en contacto con sociedades primitivas. Otras son observaciones directas, como en Durkheim (2000), quien no participa en los ritos que observa, pero toma nota de ellos. Y otras más son resultado de la observación participante en una colectividad específica, como son algunos casos posteriores a Malinowski (1994).

Cabe señalar que los antropólogos de finales de siglo XIX y principios del XX concentraron sus observaciones y análisis en sociedades ajenas a su cultura, como son los casos de Tylor (1977) y Frazer (1981), quienes encontraron a sus sujetos de estudio como distantes temporal, geográfica y culturalmente. A diferencia de ellos, en la actualidad, las diferentes corrientes antropológicas que utilizan la etnografía como recurso metodológico procuran aproximarse a sus sujetos de estudio desde la mismidad o, por decirlo de otra manera, desde la cercanía cultural y la igualdad. Por dar un par de ejemplos se puede mencionar a Renato Rosaldo (1991) quien realiza estudios sobre la aflicción y la ira en el duelo fúnebre en la sociedad ilongote, o Michel Maffesoli (2005) quien observa la ritualidad en América Latina.

Por otra parte, los autores revisados que estudian el fenómeno de la muerte y no se ubican en la ritualidad, no utilizan la etnografía; sino desarrollan otras técnicas. Los métodos que utilizan pueden trascender lo meramente disciplinario; por ejemplo, englobar acciones colectivas de una época con una lectura psicológica, como en el caso de Philippe Ariès (2008), o realizar interpretaciones sociológicas desde documentos históricos, como en el de Claudio Lomnitz (2006), o analizar el personaje de una película con argumentos filosóficos, como con Greta Rivara (2003). Todo esto lo realizan desde distintas técnicas.

Por ejemplo, Ariès (2008) revisa documentos archivados, testamentos y cartas; visita panteones antiguos y observa monumentos de distintos personajes. Revisa tanto la literatura histórica contemporánea como las narraciones literarias de las diferentes épocas en las que se ocupa. Busca relaciones entre diferentes expresiones culturales y las engloba en

interpretaciones sociológicas y psicológicas. El sujeto está presente en sus observaciones; por ejemplo, en el desarrollo de sus análisis le es importante subrayar las expresiones de los personajes o personas que observa: Roland siente llegar la muerte inevitable, el rey Arturo se rasga las mejillas por la desesperación de perder a su mejor amigo, la señorita Laferronnays observa morir a cada uno de sus hermanos por la viruela. El dolor palpita y la historia de Occidente nos da cuenta de ello.

Lomnitz (2006), como Ariès, también revisa diferentes documentos históricos. Cartas entre personajes de la Nueva España, manifiestos políticos, observaciones de los frailes durante La Colonia. Sus aseveraciones se sitúan en el contexto en que fueron emitidos los documentos. Se ocupa de hechos sociales más que de actitudes individuales, captura una historia colectiva.

Rivara (2003), por el contrario, hace una lectura de diferentes textos, tanto antropológicos como literarios que analizan el fenómeno de la muerte. Sus fuentes son más o menos contemporáneas a su estudio, la lectura se realiza desde la práctica de la filosofía. La sombra de Heidegger y *El ser y el tiempo* se translucen en todo el texto. Aparte de la literatura, refiere algunas películas que tratan del tópico. La revisión de las producciones cinematográficas sobre casos individuales da cuenta del contexto cultural en que fueron creadas.

El presente trabajo retoma la práctica de la observación directa para estudiar la ritualidad en torno a la muerte en una sociedad contemporánea y fronteriza; se concentra en los ritos o acciones significativas alrededor de la muerte de una persona llevadas a cabo por familiares, amistades, médicos, enfermeras, sacerdotes y personal de las funerarias. Ellos ponen en juego prácticas profilácticas o técnicas, pero también rituales.

Lo anterior, debido a la definición de rito citada anteriormente (Rodríguez, 1997:132) la cual destaca la dimensión cultural del rito y lo describe como un acto normalizado cuyo fin no es intrínseco a su práctica. Con esto podemos afirmar que el contenido simbólico de estas acciones corresponde a un universo de significados que trascienden la practicidad del hecho mismo. Ya Durkheim subrayaba el vínculo esencial entre el rito y su significado simbólico (Durkheim, 2000:41). Estoy convencido que tanto los deudos, como los médicos, religiosos y

trabajadores que rodean la muerte llevan a cabo actos que no sólo responden a actividades prácticas, sino a pensamientos que trascienden la actividad en sí, sean propios de una religión o no, y en diferentes lugares. Con el objeto de identificar la existencia de estos ritos o actos rituales y sus significados, es necesario tomar en cuenta las acciones particulares, los lugares y los actores que intervienen en lo que, para esta investigación, se denomina “pasaje” o “ciclo de muerte” y que va desde el hospital hasta el cementerio. A lo largo de este proceso encuentro actos que obedecen al manejo técnico o profiláctico del cuerpo, pero también actos significativos o actos rituales de distinta índole, los cuales constituyen este ciclo ritual de muerte. Incluso, puede haber actos que obedecen tanto a lo primero como a lo segundo.

Esto obedece a que el rito tiene una relación explícita o tácita con significados que van más allá de su meta práctica. Esto implica dos cosas. Una, que los actos rituales pueden presentarse como parte del protocolo religioso (misa, rezos, etc.); así como acciones que no formen parte de éste (los cuidados paliativos, el embalsamiento, la distribución de lugares en el entierro, etc.). Y dos, que dichos actos rituales pueden ser identificados y explicados verbalmente por los informantes, o ser ignorados como tales. Esto, metodológicamente impone la necesidad de llevar a cabo un intenso trabajo de observación directa en todas aquellas instancias en que permanece el cuerpo del muerto y la familia durante todo el pasaje de muerte. Si bien hay diferencias según los casos en que tenga lugar el hecho de morir, para esta investigación se tiene un modelo, basado en la observación de campo, de lo que podría ser común. Este pasaje modelo ubica los lugares y tiempos de los ritos de la siguiente manera:

1. El hospital, como el lugar en que se inicia el ciclo de acciones significativas en torno a la muerte, principiando con el conocimiento de que el hecho de morir puede estar cerca o con la noticia de una muerte inesperada. El hospital se concibe como el primer lugar en que se llevan a cabo acciones significativas.
2. La funeraria, como la instancia que se hace cargo del traslado del cuerpo y el arreglo estético de la persona que muere. El lugar en que se llevan a cabo oraciones y ritos en presencia de la familia y el cuerpo que se vela.
3. La iglesia, como el recinto en que se realiza una ceremonia por el descanso de la persona fallecida y en la que se homogeneízan los actos rituales con sentido religioso, así como se reafirman las creencias en torno a la muerte y a lo divino que

da sentido a muchos de los ritos. Se toma en cuenta primordialmente la Iglesia Católica como referencia por responder al modelo del que hablaba anteriormente.

4. El cementerio, como el espacio en que se realizan ritos y acciones que se concentran en la inhumación del cuerpo y en las muestras de apoyo entre los dolientes, familiares y amistades. En este lugar también se realizan visitas posteriores en fechas especiales y se llevan a cabo actividades vinculadas a creencias, más allá de cuestiones prácticas.
5. Los intersticios, como las áreas que vinculan y hacen puentes entre las instancias mencionadas, en las cuales también se llevan a cabo ritos, esto es, acciones vinculadas a creencias. Estos intersticios pueden ser: la carroza fúnebre, la casa de la familia de la persona que murió, el servicio médico forense (si es que se realiza una autopsia), el anfiteatro y la procesión al panteón.

De esta manera, la observación que se lleva a cabo para este trabajo se realiza en espacios donde tienen lugar actividades en torno a la muerte de una persona, como son panteones, funerarias, e iglesias. La observación en los panteones permite registrar y estar en contacto con las actividades realizadas en las visitas a los difuntos, de ahí pongo especial atención a las que pueden connotar o denotar un significado ritual. Asimismo soy testigo de las actitudes y acciones de la gente durante las inhumaciones que coinciden en tiempo y lugar con mi presencia en esos lugares. También tomo nota de las actividades de los dolientes en celebraciones de fechas especiales, como es el Día de Muertos o visitas que la gente elige según razones personales, como son los cumpleaños o aniversarios de muerte. En estos acercamientos realizo también entrevistas informales para registrar lo que los visitantes realizan explícitamente dentro del lugar.

La observación en funerarias me da oportunidad de tener en cuenta las oraciones, los actos religiosos, las interacciones entre los dolientes, los actos simbólicos que se llevan a cabo en torno a la muerte, el apoyo entre los deudos, etc. Estas áreas se abren menos a la observación en comparación de los cementerios porque involucran a personas cercanas a los difuntos y no están abiertas al público en general. Sin embargo, en este caso, me apoyo en personas que conozco y tienen relación con los asistentes. De igual manera, algunos trabajadores de las funerarias, con los que mantengo contacto, son una palanca para entrar en

los ritos que se realizan en esos lugares. Esto me sirve para registrar las actividades que ahí se realizan y poner atención en los significados rituales de ellas.

En las iglesias realizo observaciones durante ceremonias religiosas que tienen lugar a partir de la defunción de una persona. En esta actividad tomo nota de las acciones sagradas que atraviesan la muerte. Esto, presupongo, da sentido a algunas de las observaciones hechas en los panteones y funerarias, aparte de mostrar los sentidos religiosos y mágicos que circulan en estos espacios.

Aunque las iglesias son lugares más accesibles que las funerarias, implican estar al pendiente de cuál de ellas es la que eligieron los dolientes para los ritos funerarios. Me allego a estos espacios por medio de la información que dan en las funerarias y también haciendo visitas regulares a los tabloides donde se anuncian las ceremonias. La observación y el registro de las actividades en las iglesias me ayudan a dar una interpretación más completa a las actividades con sentido religioso que se realizan en otros lugares, así también saber qué formalidades deben seguirse con respecto a las oraciones, movimientos y objetos.

Por otra parte, además de la observación directa, es necesario llevar a cabo una serie de entrevistas. Por ello, como parte de esta investigación se realiza una entrevista semi-estructurada a un sacerdote. En esta parte se pone especial atención a las creencias y ceremonias que prescribe la Iglesia Católica, así como las actividades de los sacerdotes durante el proceso ritual de la muerte. Esto me ayuda a vincular las acciones observadas con los sentidos religiosos instituidos.

Así también, se realiza una entrevista semi-estructurada a una enfermera del área de cuidados intensivos. Esta entrevista me permite conocer los actos del personal de una institución de salud en torno a la muerte de una persona, los signos que indican la muerte, las actividades en torno al cuerpo, la interacción con los familiares. En ella se pretende encontrar cuáles de estas actividades pueden tener un significado ritual. Para conocer cuáles son las actividades de las personas en el hospital se da prioridad a la entrevista sobre la observación, primero porque las actividades que se realizan no están abiertas a ser observadas y, segundo, porque el personal de dicha institución aclara muchos de los sentidos de las actividades que se tienen ahí en torno a la muerte.

En general, todo este ejercicio de observación y entrevistas sigue lo sugerido por James Spradley (1980) para realizar trabajo de Grand-tour y Mini-tour. La primera consiste en hacer un registro general del ciclo de ritos alrededor de la muerte; es decir, lo que se lleva a cabo en general en los hospitales, funerarias, iglesias, cementerios e intersticios entre éstos lugares. Esto tiene el objetivo de observar en general las acciones llevadas a cabo en los lugares en que se realizan ritos relacionados con la muerte.

La segunda se refiere a una descripción pormenorizada de las acciones observadas en cada lugar. Mostrar los actos que constituyen cada rito, los objetos, los movimientos y oraciones. Esto nos dará información detallada de los actos en torno a la muerte y así observar un panorama completo en lo mínimo para el acercamiento al significado de estas acciones.

Gran tour

El hospital

Los familiares esperan noticias del enfermo en una de las salas del hospital. Está internado en el área de urgencias o de cuidados intensivos. Hacen oraciones para pedir a Dios que lo ayude a sanar o a que no sufra mientras muere. Pernoctan por turnos para recibir noticias. Cuando la enfermedad del paciente es una condena segura de muerte los familiares procuran no informárselo mientras vive, le dicen que se repondrá, si es que pueden estar junto a él durante el internamiento. Es común que no los escuche porque lo mantienen sedado. A veces, antes de morir, le llevan a un sacerdote o un pastor para que se confiese o para que platique con él.

Los familiares observan al médico acercarse por el pasillo, saben quién es, han hablado con él del estado de salud del enfermo. Esperan noticias de la persona por la que están ahí. El médico es quien les dice que ha muerto. Los familiares lloran en la sala de espera, si el llanto es sonoro e inquieta a las demás personas que están ahí se les pedirá cordialmente que guarden silencio.

Minutos más tarde alguno de ellos, el más cercano al difunto, entra a mirar el cuerpo en el área donde era atendido. Se despide de él, le dice algunas palabras, lo acaricia, le toma la mano. Tiene entre cinco y diez minutos, cumplido ese plazo, la enfermera le pide que abandone el área, porque tiene que “preparar” el cuerpo.

Si no tienen un trato previo con la funeraria llaman a alguna de las veinticinco que se anuncian en el directorio, piden un servicio imprevisto que les cuesta entre dos mil y veintidós mil pesos. Le informan a uno de los empleados a qué hospital tienen que pasar para recoger al difunto.

Hacen el trato con el médico para que les dé el certificado de defunción. Para ello llevaron la credencial del IFE de quien falleció. Esta credencial les sirve también para que en el anfiteatro del hospital les entreguen el cuerpo. La funeraria es quien lo recibe.

La responsabilidad de los médicos y enfermeras es informar el estado de salud del paciente. No le dicen que se va a morir, pero le advierten que está muy grave y tiene pocas probabilidades de sobrevivir a su enfermedad. A los familiares sí les enteran que la muerte está cerca, a diferencia del enfermo. Una de las razones por las que no se informa al convaleciente que va a morir es para que no pierda la esperanza; el personal médico piensa que de esta forma su estado de ánimo ayudará a sobrellevar sus últimas horas e, incluso, a vivir más tiempo.

Sedan al paciente para que la llegada de la última hora no transcurra con dolor. Saben que en algún momento morirá. El monitor junto a la cama les avisa cómo va el ritmo cardiaco, es el indicador principal. Observan cómo disminuye el pulso, pero no lo van a desconectar para dejarlo morir nada más así. Esperan a que el corazón se vuelva más lento hasta que la línea que marca los signos vitales permanezca llana, entonces miran el reloj y anotan la hora de la muerte para el certificado de defunción, también imprimen la línea recta que está en la pantalla para incluirla en el expediente, es el último papel que se introduce ahí.

La muerte es el fin de la vida, un acto biológico. Actualmente, quien determina y tiene autoridad para señalar si una persona está muerta es la ciencia clínica mediante el médico. Éste interpreta los signos que presenta un cuerpo, dichos signos son emitidos por diversos aparatos que monitorean al moribundo. Louis Vincent-Thomas revisa los signos que significan la muerte clínica: "...arreflexia total, hipotermia progresiva, apnea definitiva, midriasis bilateral, ausencia de respuesta a los cardioestimuladores..." (1983:34). Éstas características son interpretadas por los médicos como muerte clínica. En la práctica, los médicos confían en el monitor que lee el ritmo cardiaco: cuando el aparato traza una línea recta se certifica que una

persona ha muerto. La noticia del médico, vocero oficial de la muerte, se transmite entre las personas cercanas al fallecido que se convocan alrededor de la noticia y ponen en juego sus creencias mediante ritos, con esto le dan significado social al acto de morir.

Mientras llega ese momento le asean la boca, lo cambian de posición, lo limpian, le sorben las secreciones del tubo que lo mantiene respirando, lo arrojan si está frío, le dan un masaje, le procuran comodidad, le peinan el cabello, lo limpian cuando defeca. Son cuidados paliativos a los que el personal médico llama “una muerte digna”.

Cuando el monitor indica que la persona ha muerto las enfermeras le informan al médico para que avise a los familiares, le quitan los tubos, mangueras y monitores, catéteres, sondas y todo lo que les sea posible retirar antes de que entre el familiar, mejor que no lo vea conectado. Hecho esto, lo dejan entrar para que se despida, a los diez minutos le piden que se retire porque tienen que preparar el cuerpo: el *rigor mortis* se presentará a la media hora del fallecimiento, sería una tarea imposible acomodarlo cuando el cuerpo se ponga rígido.

Casi nunca le cierran los ojos porque lo más común es que las últimas horas estuviera sedado, dormido. Le hacen destensar los esfínteres: obrar y orinar. Lo limpian, le ponen los brazos a los costados, lo acomodan en línea recta, le alinean la cabeza con el cuerpo, le cierran la boca si es que la tiene abierta, le introducen algodón en la nariz, en la boca, en los oídos, en el ano y en la vagina; en todos los orificios corporales, todo esto porque los muertos tienden a secretar fluidos. Le adhieren un membrete al pecho donde se puede leer su nombre, edad, sexo y hora en que murió. Lo cubren con una sábana y adhieren otra etiqueta al frente de la sábana igual que la que lleva en el pecho.

Hecho lo anterior lo trasladan al anfiteatro, lugar en que se conservan los cuerpos. Ahí hay una preparación del cuerpo más detallada, aunque no tanto como la que vendrá en la funeraria. Si la boca del difunto sigue abierta le atan vendas a la cabeza para mantenerla cerrada, no muy fuerte porque las marcas pueden quedar en el cuerpo. Si los brazos quedaron encogidos durante el *rigor mortis* en el anfiteatro los fracturan para ponérselos a los costados.

La funeraria

En la funeraria hay una preparación más exhaustiva del cuerpo. Tratan de maquillarle las huellas de la enfermedad y las marcas de las vendas u otros aparatos que en el hospital dejaron

rastro. Disimulan las heridas, procuran cerrarle los párpados entreabiertos, lo visten con la ropa que llevaron los familiares y lo introducen en la caja.

Llevan el cuerpo a la capilla donde será velado. La capilla tiene asientos, una sección para servirse café u otras bebidas, una antesala, cruces que pueden instalarse junto a la caja o quitarse de ahí si es que la familia no es católica. A veces el servicio lleva algún arreglo floral que se deposita sobre la caja, a los pies del difunto. Se procuran las flores blancas, amarillas y rojas. Claveles, rosas y margaritas. Algunos servicios incluyen meseros para los que asisten al velorio.

Se rezan rosarios para pedir por el alma del fallecido, a veces el padre celebra una ceremonia en la capilla en que vela la familia, si son católicos. Durante el rosario todos miran hacia la caja. Los rosarios que se rezan tienen algunas diferencias con los que se rezan comúnmente, en estas oraciones se hace hincapié en que se pide por el eterno descanso de la persona que murió.

Llegan coronas y arreglos de flores de parte de los amigos y familiares. Los arreglos de flores llevan el nombre de quien los envía: El apellido de una familia, los nombres de los amigos, el nombre de la institución en que trabajaba.

No toda la gente viste de negro, pero se procura dicho color, esto manifiesta la solidaridad con los dolientes, también que se está en un momento de tristeza.

Los seres más cercanos a la persona que murió se acomodan cerca de la caja. Ahí se forma una especie de grupo más cohesionado que llora la pérdida y recibe las condolencias de quien va llegando. Dentro de la capilla permanece la gente que llora, que se consuela, que se duele. También están los otros, personas que acompañan o que sólo pretenden manifestar su presencia y se quedan ahí sin manifestar dolor.

En la antesala de la capilla hay personas que conversan, que parecen más relajadas que quienes están allá adentro. Pueden reírse, moverse de un lugar a otro, platicar seriamente, hablar más libremente.

Llega un momento en que los llantos se aminoran y en general el ambiente dentro de la capilla parece más relajado. Los asistentes conversan, toman café u otras bebidas, comen algún alimento, se acercan a platicar con los familiares del fallecido, departen con ellos.

Las personas que llegan se dirigen primero con los dolientes, les expresan su solidaridad con ellos, los abrazan. Se acercan al féretro, lo miran un momento, algunos se quedan al lado de la caja unos momentos, como si estuvieran conversando en voz baja con quien ya no los oye.

La iglesia

La celebración de la misa para pedir por el descanso eterno de la persona fallecida varía en la hora. Puede ser antes de ir a los velatorios o después, antes de dirigirse al cementerio. La misa es una en que se pide por la persona fallecida. Si es antes de ir a velar el cuerpo se realiza ahí el contacto con amistades y miembros de la familia que no estaban en el hospital, se dan las primeras condolencias, es el primer punto de reunión y de manifestación de solidaridad con los dolientes.

Si la celebración es después de la estadía en la funeraria la gente se pone de acuerdo para transportarse a la iglesia. Llegan juntos, se hacen notar la compañía, se muestran los vínculos, se demuestra el cariño.

La procesión

La procesión es el transcurso que lleva al cementerio. El auto fúnebre lleva el cuerpo. Comúnmente la persona más cercana al fallecido viaja ahí dentro, junto al conductor. Algunos familiares y amigos siguen la carroza en sus propios autos, otros llegan al cementerio por otros caminos. Existe la costumbre de pasar frente a la casa del fallecido antes de llegar al panteón, pero no es algo generalizado.

La llegada de los autos al cementerio depende de la administración del espacio en que consiste el lugar. En algunos se puede entrar en auto hasta unos metros de la fosa, se estaciona la carroza, los empleados o los familiares y amigos cargan el féretro y lo llevan hasta donde se dará sepultura.

En otros panteones no se puede pasar en auto al interior del cementerio. Los autos se estacionan en la entrada del lugar y se sigue lo dicho en el párrafo anterior. En otros el lugar

está distribuido para que los autos no queden tan retirados del osario y así el camino a la sepultura se sintetice.

El cementerio

Los familiares rodean al muerto. Lloran junto a él, lo abrazan, lo tocan, lo besan. Se forma un círculo cercano a la caja donde se encuentran los familiares y las personas más allegadas a él. Otro círculo más distante lo forman las personas que permanecen ahí para exhibir su solidaridad con los dolientes. No se acercan, sólo muestran que ahí siguen y prueban a los dolientes que no están solos.

Las mujeres son quienes desnudan el llanto con libertad, gritan, se acercan a la caja, se acomodan el cabello unas a otras, se dan una palmada en el hombro, se tocan, se acarician, se muestran apoyo. Los hombres que lloran son pocos y se muestran tímidos, no se acercan entre sí, están serios.

Según el estrato económico y la región a la que pertenezcan, es posible que un grupo musical interprete canciones de dolor, de despedida. Un cuarteto de los que llaman Taka-taka, compuesto por bajosexto, bajo eléctrico, acordeón y timbales. Aparte de las canciones que expresan dolor, tocan música que gustaba al difunto, parece que la música le diera un poco de presencia a quien ya no la tiene.

Los llantos cesan, viene una calma general. La gente se acompaña, conversa. Los niños generalmente son controlados por sus padres para que no corran de aquí para allá, algunos lloran porque ya se quieren ir. Se acercan unas personas a otras, a veces no se dicen nada, sólo permanecen juntas. Este caso es más común en las mujeres que en los hombres, estos últimos suelen permanecer inmóviles hasta que alguien más se les acerca.

Cuando el cuerpo está a punto de ser enterrado hay un nuevo auge de llantos y manifestaciones de dolor. Se deposita una flor en el interior de la caja. Las personas del círculo cercano se allegan al féretro, abrazan al difunto, lo besan, lo llaman.

Los enterradores cierra la caja, el llanto sigue. La caja es bajada con poleas. Los familiares arrojan tierra o flores al pozo donde es bajado el cuerpo. Los llantos continúan. Los enterradores echan tierra sobre la caja hasta cubrirla. Los deudos depositan flores sobre la tumba. La gente se retira, se dan abrazos, se despiden los del segundo círculo.

Las personas que formaban el primer círculo suelen tener juntos alguna actividad después de la inhumación, conviven en casa del difunto, se reúnen para comer, reciben alimentos o ayuda de los amigos ya que no han podido realizar sus deberes cotidianos. Se van, lloran a solas la pérdida, continúan.

Las visitas a la tumba se realizan el Día de Muertos, generalmente, pero es común que también se hagan en otras fechas como el Día de las Madres, el Día del Padre, el aniversario de muerte o el cumpleaños del difunto. Se reza el Padrenuestro y el Avemaría o un rosario completo, se limpia la tumba, se dejan flores, se plantan árboles o arbustos cerca de la lápida, se riegan. Algunos de los visitantes comen juntos en el lugar. Se recuerda a la persona fallecida, anécdotas, dichos, vivencias. No es raro el llevar serenata y cantar las canciones que le gustaban. Otros sólo platican con ellos, se sientan al lado y dicen cosas que sólo ellos sabrán.

Capitulado

Debido al orden del proceso ritual de la muerte y a la disposición cronológica de la literatura revisada, el presente trabajo se organiza de la siguiente manera:

El primer capítulo es el marco teórico de la presente investigación. Se realiza la revisión de los ritos desde el inicio de la teoría antropológica, comenzando por su concepción como el reflejo de creencias religiosas que buscan explicar el mundo, según Tylor y Frazer; visitando la teoría donde responden a necesidades sociales e individuales, según Durkheim; leyendo la versión en que su catarsis muestra el apego a la persona muerta pero el horror al cadáver, según Malinowski y, por último, hipótesis más recientes con Rosaldo, donde son puntos concurrentes de procesos; y Maffesoli, convergencias del pasado histórico y del presente colectivo. A la revisión de antropólogos también se logra tejer la historia de la falta de literatura científica sobre la muerte anterior a 1950, el despegue del tema con la crítica de este silencio por algunos científicos sociales como Edgar Morin y Geoffrey Gorer; pero la revisión más detenida es la de la teoría de Philippe Ariès, quien concibe la muerte y sus ritos como fenómenos a los que el siglo XX despojó de su sentido grave.

El segundo capítulo habla de los rituales seguidos por los moribundos y sus familiares en el hospital. Sobre todo, se puede encontrar la trivialización de la aflicción por parte del personal médico, la distribución de funciones sociales y profilácticas en actos que demandan

pertenencia grupal por parte de los familiares; la respuesta difusa a su finalidad práctica por parte de los cuidados paliativos; la marginación, el desconocimiento de la proximidad de la muerte, la inconsciencia por la sedación de la que es sujeto el moribundo; y los marcos de valores religiosos, donde lo sagrado y lo profano se revitalizan, en los pocos casos en los que llega a haber ritos como tales. Es el inicio de la revisión del material recolectado durante el trabajo de campo y su respectiva interpretación.

El tercer capítulo trata del embalsamamiento o los procesos procurantes del retardo de la descomposición del cuerpo, de los ritos e interacciones dentro de la funeraria y la misa, así como de lo que sucede en la procesión. Se argumenta la idea de por qué el disimular las huellas dejadas por la muerte sobre el cuerpo no constituyen la negación de la muerte, sino la construcción de una apariencia temporal; asimismo se analiza la manera en que el consumo ensombrece el duelo y marca diferencias sociales para los que llevan a cabo los ritos; también se observa la apariencia de unidad en la procesión y cómo ésta responde a la demanda de pertenencia a un lugar.

El último capítulo concentra los ritos llevados a cabo en el cementerio, sostiene la noción de cómo el grupo acompañante del muerto se representa a sí mismo dentro del espacio alrededor del féretro, de igual manera argumenta que estas acciones no explican, ni contienen por completo, ni resumen los procesos individuales de los congregados; expone que no son explicables en sí mismos, sino por su relación con todo el proceso ritual; analiza las formas rituales de los deudos en las cuales se presenta la revivificación de un “nosotros” a través de una interacción unilateral con el muerto.

CAPÍTULO 1. LOS RITOS Y LA MUERTE EN LA TEORÍA SOCIAL Y ANTROPOLÓGICA

Los ritos en la teoría antropológica

Los ritos como fenómenos culturales han sido estudiados esencialmente desde finales del siglo XIX. Los trabajos de Tylor (1977) y Frazer (1981) —autores importantes a los que seguirían o de los que dimitirían estudiosos posteriores— toman como tema central la religión y dentro de ésta los ritos, como acciones que parten de las creencias. Estos autores se enfocan en las creencias religiosas de culturas primitivas y analizan los ejes sobre los que se sostiene la fe, como son los mitos, las creencias y los ritos. Los pioneros del trabajo antropológico, eligieron las culturas primitivas por que suponían que transitaban por un grado de evolución menor a la sociedad occidental. Era un intento de entender la contemporaneidad a partir del pasado, pero no de un pasado histórico, sino evolutivo.

Tanto para Frazer como para Tylor, los rituales son prácticas a partir de las cuales se pueden inferir los pensamientos del hombre primitivo, y más aún, donde se muestran expresamente dichos pensamientos. En ellos se pueden conocer las ideas religiosas, la cosmología, los procesos mentales. Son fenómenos observables que dan cuenta de la fe y del razonamiento. R. R. Marett, opina: “[en Tylor] los rituales son considerados en la medida en que sirven para ilustrar los pensamientos y los razonamientos del hombre primitivo” (Marett, 1936:144). Los ritos son tomados como las prácticas donde puede leerse el pensamiento religioso. Para Tylor, los rituales tanto mágicos como religiosos comparten las siguientes características:

1. Son acciones que parten de creencias construidas a partir de una equivocada e invertida asociación de ideas: “la creencia es la teoría y el culto ritual es la práctica” (Tylor, 1977, II:11).
2. Las creencias se basan en espíritus ancestrales y dioses con quienes el primitivo tiene relación constante y recíproca, y tiene la creencia de que éstos actúan en la vida cotidiana.
3. Las creencias describen al mundo tal y como se cree que realmente es.
4. Las razones por las que el primitivo asume y sostiene estas creencias y prácticas son las de explicar, predecir y controlar al mundo.

5. Los rituales deben de entenderse como dispositivos de poder sobre las cosas que son asequibles al pensador errático que es el primitivo.

Por otra parte, William Robertson-Smith escribió en 1889 que dado “que las religiones antiguas no tuvieron en su mayor parte credo, éstas estuvieron compuestas enteramente por prácticas” (Robertson-Smith, 1956:16) Esto era contrario a la idea de que se necesita primero una creencia para luego construir una práctica. El autor cuestiona la hipótesis de que el primitivo edifica una teoría sobre el universo y luego arma un rito que corresponde puntualmente con la fe. Para demostrar su argumento, Robertson-Smith trazó primero una marcada distinción entre la inscripción de la sociedad en las prácticas rituales y la indeterminación del significado atribuido a ellas por los actores: “Como regla encontramos que mientras la práctica está fijada con rigor, el significado que se le asigna es extremadamente vago [...] si usted preguntara por qué realizan [tal rito], probablemente encontrará explicaciones mutuamente contradictorias de diferentes personas” (1956:16-17). En este punto, el autor está cerca de la noción de polisemia en los símbolos rituales y la variedad de interpretaciones que cada actor expresa sobre éstos, sin embargo no desarrolla esta idea, sino más bien la asume como un defecto dentro de los rasgos que constituyen un rito.

La finalidad del rito, para Robertson-Smith, es la de tener prácticas sociales que den unidad a la sociedad; mantener la comunión del grupo mediante la reiteración de acciones que manifiesten los vínculos sociales. Los individuos se adaptan a estas costumbres y las interpretan a su manera sin desvincularse del marco religioso inserto en la cultura. Los rituales forman “parte de la vida social organizada en la que entra el hombre al nacer y a la que se ajusta a todo lo largo de su vida del mismo modo inconsciente en que incurre en cualquier práctica habitual de la sociedad en que vive” (1956:21) De esta manera, la religión no tiene una finalidad cognitiva, no se abre al hombre para explicar el universo, sino que la meta es mantener la unidad social: “la finalidad de la religión no era la salvación de las almas, sino la supervivencia y el bienestar de la sociedad” (1956:29). Desde esta visión el hombre tiene primero una necesidad de inclusión dentro de una sociedad y se asimila dentro de ésta mientras procure mantener prácticas religiosas comunes con los demás miembros.

Si seguimos a este autor las creencias vinculadas a los ritos son de índole personal e íntima y de esta manera no podrían formar parte de un análisis social propiamente dicho.

Donde habría que hacer observaciones es en los ritos, dado que son prácticas que se muestran comunes a un grupo. En esta parte debe aclararse que Robertson-Smith no desvincula el rito de la creencia, más bien le da al primero un carácter social y a la segunda uno individual. La creencia detrás del rito le parece un ámbito irrelevante en el estudio de las religiones si se busca encontrar el carácter social de éstas.

En este mismo sentido se dirige la argumentación de Durkheim acerca de la relación de la sociedad y el individuo con las prácticas religiosas. De la misma forma que Robertson-Smith, sostiene que las prácticas tienen una finalidad social y que las interpretaciones que de ellas se hagan tienen carácter individual:

Los ritos más bárbaros o los más extravagantes, los mitos más extraños traducen alguna necesidad humana, algún aspecto de la vida individual o social. Las razones que el fiel se da a sí mismo para justificarlos pueden ser, y son aún lo más frecuentemente, erróneas; las verdaderas razones no dejan de existir; es tarea de la ciencia descubrirlas. (Durkheim, 2000:8).

Aunque las interpretaciones de los actos rituales pueden variar de una persona a otra y cada creyente puede tener sus propios argumentos acerca de lo que significa la acción del rito, Durkheim sostiene que los ritos “traducen”, es decir, expresan una necesidad individual o social. Tienen un sentido independientemente de lo que interpreten los participantes. Este sentido está inserto en la acción, pero no es su reflejo:

Sin duda, cuando sólo se considera la letra de las fórmulas, esas creencias y esas prácticas religiosas parecen a veces desconcertantes y podríamos inclinarnos a atribuirles a una especie de aberración radical. Pero, bajo el símbolo, hay que saber alcanzar la realidad que él representa y que le da su significación verdadera. (2000:8).

De los símbolos que forman el rito es de donde parte su significación verdadera, su expresión social. El sentido de las acciones se encuentra bajo los símbolos que forman parte del ritual y se relacionan con la cultura que los contiene. Como veremos en el párrafo que se cita a continuación, en Durkheim, el rito representa una realidad, de donde se sostiene su significado:

Es un postulado esencial de la sociología que una institución humana no puede basarse en el error ni en la mentira: de otro modo no podría durar. Si no estuviera fundada en la naturaleza de las cosas, habría encontrado en las cosas resistencias de las que no hubiera podido triunfar. Cuando abordamos, pues, el estudio de las religiones primitivas, es con la seguridad de que se atienen a lo real y lo expresan. (2000:8)

De esta manera, la vida religiosa y las prácticas mágicas, no son una empresa que busque explicar y controlar al mundo, conforman más bien sistemas simbólicos que describen patrones de relaciones sociales. Así los ritos poseen un doble sentido, uno que está expresado manifiestamente y otro que se esconde bajo la superficialidad. Lo que los mantiene vigentes es el sentido que reposa debajo de los símbolos y que se vincula con la realidad.

La razón de los ritos no puede reposar en controlar la naturaleza. El razonamiento del creyente no puede ir en ese sentido porque las creencias en las que se sustentan las prácticas se debilitarían con cada intento fallido por provocar lo que se desea. La lógica del ritual no está sustentada en una asociación errónea de las ideas, de ser así, los practicantes del rito hubieran dado cuenta de la distancia entre lo que buscan provocar y la realidad. La religión no hubiera sobrevivido si su fundamento fuera el control de la naturaleza, el resultado de las acciones mágicas que tuvieran ese fin hubieran desanimado pronto a los practicantes:

Tales procedimientos [rituales de la religión] sólo podían tener éxito muy y, por así decirlo, milagrosamente. Si, pues, la razón de ser de la religión era darnos del mundo una interpretación que nos guiara en nuestras relaciones con él, no estaba en condiciones de cumplir su función y los pueblos no habrían tardado en darse cuenta de ello: los fracasos [de estos procedimientos rituales], infinitamente más frecuentes que los éxitos, les hubieran advertido bien pronto de que estaban en un comienzo falso, y la religión, debilitada a cada instante por esos desmentidos repetidos, no hubiera podido durar. (2000:84)

Sin embargo, para Durkheim, el fundamento de los rituales no está en los efectos que causa en la naturaleza, sino en la realidad que está inserta en los símbolos. La realidad a la que se refiere el autor no tiene que ver con la afectación del ambiente a favor del practicante de ritos, sino a una de índole social, que responde a las necesidades de un grupo:

[...] se lo celebra [al ritual] para permanecer fiel al pasado, para conservar la fisonomía moral de la colectividad y no a causa de los efectos físicos que pueda producir [...] Toda fiesta, aun cuando sea puramente laica por sus orígenes, tiene por efecto acercar a los individuos, poner en movimiento a las masas y suscitar así un estado de efervescencia, a veces hasta de delirio, que no carece de parentesco con el estado religioso. (2000:391).

Por consiguiente, los rituales solidifican las relaciones sociales y evitan la desintegración de la colectividad. De esta manera instauran un lugar donde se reitera la identidad social de los individuos. Refuerzan el estado mágico de las interpretaciones de los actos.

Entendiendo que los ritos son prácticas sociales que acercan a los miembros de una colectividad, que su finalidad principal no es el del control de la naturaleza, podrían asemejarse a otras acciones colectivas que redujeran la distancia entre los individuos que forman grupos y que no tuvieran fines de control sobre el ambiente. Es necesario definir algunas otras características que diferencien al rito con otras actividades de las sociedades.

Los ritos o pueden definirse y distinguirse de las otras prácticas humanas sobre todo de las prácticas morales, más que por la naturaleza especial de su objeto. Una regla general, en efecto, nos prescribe, del mismo modo que un rito, maneras de actuar, pero que se dirigen a objetos de un género diferente. Habría que caracterizar, pues, el objeto del rito para poder caracterizar el rito mismo. Ahora bien, la naturaleza especial de este objeto está expresada en la creencia. No se puede definir el rito sino después de haber definido la creencia. (2000:40-41).

El objeto del rito tiene una jerarquía dentro de un marco de valores religiosos. Puede ser un dios, un espíritu, una acción por sí misma, un objeto intangible o tangible; todo esto, dependiendo de las jerarquías estipuladas por la religión misma, ya que: “Todas las creencias religiosas conocidas [...] suponen una clasificación de las cosas, reales o ideales, que se representan los hombres” (2000:41). Las cosas que forman el universo de los objetos y significados religiosos, entonces, están jerarquizados y la acción del rito depende de y actualiza ese marco de valores divinos.

Durkheim incluye la creencia en el rito como su singularidad principal, así estas manifestaciones sociales se pueden incluir dentro del marco religioso o mágico. Ritos y creencias son los ejes donde se sostiene la religión: “Los fenómenos religiosos se ubican naturalmente en dos categorías fundamentales: las creencias y los ritos. Las primeras son estados de la opinión, consisten en representaciones; los segundos son modos de acción determinados”. (2000:40). Los actos y las creencias son las partes fundamentales que mantienen la religiosidad. No con esto llegaríamos a la conclusión errónea de que unos son reflejo de las otras o expresión manifiesta, pero sí que están ligados.

Por su parte, Malinowski aclara que los rituales no son ni mucho menos actos irracionales o que ignoran el conocimiento que genera la experiencia humana. Para él está claro que el hombre primitivo es capaz de construir conocimiento empírico y guiarse por éste. Sus actos son llevados a cabo por el conocimiento de las cosas que acumuló su cultura. En ocasiones el conocimiento del entorno y el rito se mezclan y es difícil distinguir las motivaciones de las prácticas:

[Para los Melanesios de Nueva Guinea] Como la dirección del trabajo hortícola está en las manos del brujo, y como el trabajo ritual están asociados íntimamente, un observador superficial podría suponer que la conducta mística y racional se ha mezclado y que ni los nativos distinguen sus efectos ni éstos resultan discernibles en un análisis científico [...] La magia está considerada por los aborígenes como algo absolutamente indispensable para el bienestar de sus huertos. (Malinowski, 1994:21)

El acto ritual se vuelve indispensable para el buen funcionamiento de las cosas, según este autor; sin embargo, existe el acto profiláctico. Los huertos no darán frutos por sí mismos, si no son plantados o cuidados; necesitan de la labor humana para que sean fructíferos, pero el que tenga buen término el resultado de su trabajo depende de la magia.

El razonamiento al que nos acerca Malinowski es que el conocimiento de las cosas y los actos rituales pueden convivir conjuntamente en una sociedad. Existe el conocimiento de los efectos naturales que tienen ciertas acciones y con éste coexisten las creencias mágicas o religiosas que acompañan los actos del hombre.

Si sugiriésemos a un nativo que al plantar su huerto atendiera ante todo a la magia y descuidase las labores se sonreiría de nuestra simplicidad. Él sabe, tan bien como nosotros, que existen condiciones y causas naturales y, gracias a sus observaciones, conoce también que es capaz de controlar tales fuerzas naturales por medio de su esfuerzo físico y mental. (Malinowski, 1994:22)

Las creencias religiosas no son contrarias al pensamiento racional ni las acciones motivadas por la ciencia de una cultura deben suprimir los actos religiosos. Éstos conviven con aquéllas. Existen por un lado los eventos prácticos y por otro los mágicos, tienen relación entre sí, uno ayuda al otro.

Los ritos están divididos en dos tipos con respecto a la finalidad con la que se realizan: los primeros tienen una finalidad específica, buscan controlar la realidad (como describía Tylor), tienen un objetivo específico que intenta favorecer u ocasionar algún evento según el deseo de quien lo lleva a cabo. La meta de este tipo de ritos es clara y puede ser revelada por los actores. Los segundos constituyen un fin en sí mismos, son una celebración que pone en movimiento las creencias del grupo y sus mitos. Tienen finalidades sociales más que mágicas; dichos fines no pueden ser claramente mencionados por los actores, cada quién puede tener una versión íntima acerca del objetivo de su realización, acaso habrá quien lo vincule con un mito religioso.

Comparemos un rito celebrado para evitar la muerte en el parto con otra costumbre típica, una ceremonia que tenga lugar con ocasión de un nacimiento. El primer rito se lleva a efecto como un medio para un fin. Tiene un sentido práctico bien definido el cual resulta conocido para todos los que son partícipes en él y que, además, puede ser comunicado por cualquier informador nativo. La ceremonia posnatal, verbigracia una presentación del recién nacido o una fiesta de júbilo por tal suceso, carece de propósito: no es un medio para un fin, sino que es un fin en sí misma [...] Mientras que en el acto mágico la idea y el fin subyacentes siempre son claros, directos y definidos, en la ceremonia religiosa no hay finalidad dirigida a suceso alguno subsecuente [...] Al nativo siempre le será posible constatar el fin de un rito mágico, pero de una ceremonia religiosa no dirá sino que se lleva a efecto porque tal es el uso, porque ha sido ordenado, o quizá narrará un rito explicativo. (Malinowski, 1994:34).

Aquí Malinowski hace una diferencia entre el acto mágico y la ceremonia religiosa, la diferencia de tales actos están estrechamente vinculadas con sus finalidades. El primero tiene una clara y manifiesta, el segundo una que el sociólogo debe desentrañar en su tarea, pero de la que el autor nos da una clave, es decir; la ceremonia religiosa (del rito de nacimiento): “expresa los sentimientos de la madre, el padre, los parientes, la comunidad entera [...]” (1994:34). Esto tiene que ver con el lugar que una cultura les abre a sus actores para tener una catarsis. Esto tiene relevancia en el tema que tratamos porque los ritos funerarios están vinculados especialmente con un sentimiento de pérdida y pueden ser espacios donde las personas puedan expresar su dolencia.

Con respecto a los ritos fúnebres, este autor se acerca a las maneras en que la cultura melanesia hace un vínculo entre el dolor por la pérdida y la práctica ritual. En este caso se procuran costumbres en donde los deudos expresan la tristeza. Existen para ellos las diligencias profilácticas que solicita el cuerpo del muerto; es decir, se tienen en cuenta acciones respecto a la higiene; y aparte de éstas se llevan a cabo acciones que van dirigidas al culto del yacente.

El duelo inmediato tiene lugar en torno al cadáver, hecho que, lejos de ser aborrecido o esquivado, constituye generalmente el centro de la atención [...] El cuerpo se sostiene sobre las rodillas de personas sentadas y es acariciado y abrazado [...] Tras cierto tiempo ha de hacerse algo con el cadáver: será la inhumación en una tumba abierta o cerrada [...] los celebrantes han de limpiar y purificar sus cuerpos, hacer desaparecer toda traza de contacto y llevar a efecto lustraciones rituales. Sin embargo, el ritual mortuorio fuerza al hombre a que venza su repugnancia, domine sus temores, haga que su devoción y afecto triunfen y, con ellos, la creencia en una vida futura, en la supervivencia del espíritu. (Malinowski, 1994:49-50).

El ritual de muerte para los melanesios, según Malinowski, tiene sentido para las creencias respecto a la vida después del deceso, su cosmogonía le define un lugar en la existencia de las cosas. Aparte sitúa el dolor en cierta parte del ritual, así como para las acciones higiénicas de los que estuvieron en contacto con el cadáver.

Los ritos, para Víctor Turner, deben leerse de varias maneras. Primero deben tomarse en cuenta los significados debajo de los símbolos (como para Durkheim) y a partir de ahí deben leerse o distinguirse los diferentes órdenes a los que pertenecen los significados. No hay un solo sentido para las cosas que participan en los ritos, diferentes valores culturales se juegan en cada acto. Dice el autor acerca de los diferentes tiempos de un ritual de los Ndembu: “Cada uno de estos episodios tiene una carga simbólica. Como símbolos exhiben las propiedades de *condensación*, *unificación de referentes dispares* y *polarización del significado*” (Turner, 2009:52) Con esto nos dice que los significados tienen diversas transformaciones. Se mezcla un sentido con otro, por ejemplo el biológico con el moral (condensación), se unen diferentes órdenes culturales en la interpretación del símbolo, tales como el ético y el mágico (unificación de los referentes), y hay espacio para los diversos sentidos individuales que le otorguen los participantes a los actos que se lleven a cabo (polarización del significado), y esto último responde a cuestiones psicológicas de los actores. De esta manera los símbolos que participan en los ritos nos dan cuenta tanto de la cosmogonía como de los valores morales, tanto de lo social como de lo individual. “Un simple símbolo, de hecho, representa varias cosas al mismo tiempo: es polisémico y no unívoco. Sus referentes no están en el mismo orden lógico pero se traslucen en múltiples dominios de la experiencia social y la evaluación ética.” (Turner, 2009:52)

Tanto la acumulación de conocimiento empírico como las valoraciones sociales participan en la interpretación de los símbolos. Esto también nos dice que las interpretaciones individuales de los actores de ninguna manera se desvinculan de su entorno cultural, sino que dependen de él, lo ponen en movimiento.

Finalmente, sus referentes tienden a dividirse en polos semánticos. En un extremo se ubican los referentes sociales y hechos morales, en el otro los factores psicológicos [...] Tales símbolos [el árbol de la pubertad, la leche matrilineal], entonces, unen lo orgánico con el orden social y moral, proclaman la unidad religiosa final sobre los conflictos dentro de estos órdenes. (Turner, 2009:53)

La finalidad de los ritos puede dirigirse en muchos sentidos. Pueden servir para crear un ambiente religioso que unifique y que matice las diferencias, pero, aparte de tener una

finalidad religiosa tiene una íntima, como la de solucionar los conflictos entre los miembros que forman la colectividad.

Esta parte íntima tiene relevancia pues los sentimientos y expresiones de quien participa en los ritos forman una parte esencial aquí. Aunque en los ritos se ponen en juego diferentes significados de una sociedad conllevan también finalidades catárticas de lo individual. Son importantes para los individuos porque están relacionados con sus maneras de sentir, no sólo son expresión de diferentes niveles y aspectos de la conformación de una sociedad:

Las creencias religiosas y las prácticas son algo más que “grotescas” reflexiones o expresiones de lo económico, lo político o de las relaciones sociales; más bien vienen a mostrarse como las llaves decisivas para la comprensión de las maneras de sentir y de pensar de la gente acerca de esas relaciones y de los ambiente sociales y naturales en que operan. (Turner, 2009:6).

Las creencias religiosas y los ritos vinculados a ellas están relacionados con necesidades personales de las personas que participan ahí. Más que expresar aspectos de su sociedad, los actores expresan su individualidad vinculada a procesos sociales, a valoraciones culturales que se tejen con posiciones subjetivas de los participantes.

Los rituales revelan valores en su nivel más profundo [...] la forma de expresión es convencional y obligatoria, son los valores del grupo que ahí se revelan. Veo en el estudio de los rituales la llave para el entendimiento de la constitución esencial de las sociedades humanas. (Turner, 2009:6).

El sentimiento expresado por los actores en los ritos está acotado por un marco cultural que prescribe formas de expresión en cuanto a los ritos. Así estos responden tanto a necesidades individuales como de grupo. Las valoraciones de una sociedad crean espacios en los que se expresan las necesidades individuales y responden a costumbres y prácticas de una colectividad.

Para Lévi-Strauss el ritual consiste en la emisión de palabras, la ejecución de gestos y la manipulación de objetos, independientemente del significado o la interpretación mitológica

subyacente que pongan en juego los actores. Los gestos y los objetos pueden tener una función cotidiana o no, pero su uso en el ritual se suplanta o se suma a la que tengan en otras áreas. Los gestos y objetos substituyen el acto de hablar pero también ejercen procedimientos discursivos. En cambio, las palabras son más importantes en el modo y contexto en que son dichas más que lo que significan en sí mismas.

El ritual hace uso de dos procedimientos: la división y la repetición. La primera consiste en introducir pequeñas diferencias en el significado central de operaciones aparentemente idénticas; la segunda en repetir muchas veces el mismo enunciado. Este segundo procedimiento constituye el límite del primero: “Diferencias que son infinitesimales tienden a confundirse en una cuasi-identidad” (Lévi-Strauss, 1971:600). La repetición de ciertas formas con sus diferencias o divisiones crea diferentes sentidos para lo que es dicho, aunque la finalidad de las palabras que se pronuncian y los movimientos que se repiten tienen una misma finalidad de significado en lo global.

El rito parte de las concepciones culturales y valoraciones que imponen los mitos y de esta manera establecen una apariencia de unidad de la vida. El rito es llevar el mito a las acciones, se parte de una continuidad narrativa y se lleva a la realidad para crear una ilusión en donde mito y realidad se corresponden. Sin embargo, esta correspondencia no es clara, cuando se llevan a las acciones las verdades expuestas por el mito hay discontinuidades, así que los actores asimilan éstas como oposiciones “El espíritu aprehende la antinomia inherente a la condición humana entre dos sujeciones ineluctables: la de vivir y la de pensar” (Lévi-Strauss, 1971:602).

El ritual no es una reacción espontánea al medio social y natural que envuelve a los que participan de él. Los estados emocionales que lo provocan no expresan una relación inmediata con el mundo, indican la disrupción entre los valores culturales de una sociedad y el deseo de mantenerlos vigentes. La disposición a la interpretación de esos símbolos que atraviesan el rito no excluye la posibilidad de interpretar otras áreas de significado que no le son propias. Fuera de esto último, el rito representa una tensión entre el mundo que se vive y el mundo que se piensa. Pone en el centro de la acción los significados culturales de los mitos en los que una sociedad se enfoca.

Los estados de ánimo ocupan un segundo grado a la puesta en escena de un ritual, en primer lugar está el pensamiento, lo simbólico que se representa en las acciones. El ritual no es una reacción a la vida, sino una puesta en escena de lo que piensan los actores acerca del mundo que les circunda.

En un sentido acorde a lo que plantea Turner con respecto de la interpretación del ritual por los actores, Maffesoli plantea que los ritos se diversifican y reinterpretan por los que participan de él. Parece retomar la idea de Durkheim con respecto a la solidificación de los vínculos sociales y la reafirmación de la identidad colectiva, por un lado; y la catarsis personal de los sujetos que ponen en juego sus costumbres, por el otro. Aparte, el autor toma en cuenta los procesos históricos que se han acumulado para unificarse en el acto ritual y mostrarse, estos procesos se recrean, se les otorga un nuevo significado y se les adapta al presente. Así los rituales:

[...] tienen la virtud o la virtualidad de hacer visible lo invisible o lo de que de manera instituida está prohibido mostrar. En ellos se percibe por lo tanto la diversidad de aportes culturales que se van integrando a lo largo de un proceso histórico y que muestran la capacidad de transfiguración y creación de las comunidades que van reinterpretando, reactualizando y adaptando su entorno a la existencia presente en las condiciones actuales de sus poblaciones. (Maffesoli, 2005:13).

Los ritos, para este autor, dan cuenta de los cambios y de las adaptaciones de los individuos a la cultura. Pero también son una ventana temporal en donde puede mirarse lo prohibido, lo que si se mostrara fuera de él se condenaría moralmente. Aquí el autor sitúa en segundo plano las creencias mágicas o religiosas que los demás autores vinculaban con el ritual, aunque incluye e interpreta los símbolos del ritual en el orden moral.

Renato Rosaldo propone otra visión acerca de lo que son los ritos y, en especial, de los ritos que tienen que ver con la muerte. Plantea un giro a la lectura que se le da a las acciones que la rodean. Se trata de presentar una visión que esté más cerca de la vivencia de los sujetos que de la objetivación de las acciones en sí.

La fuerza emocional de una muerte, por ejemplo, deriva menos del hecho, en bruto abstracto, que de la ruptura permanente de una relación íntima particular. Se refiere al

tipo de sentimientos que uno experimente al enterarse de que el niño que acaban de atropellar es propio y no de un extraño. Más que hablar de la muerte en general, debe considerarse la posición del sujeto dentro del área de relaciones sociales para así comprender nuestra experiencia emocional. (Rosaldo, 1991:15).

El lugar del sujeto dentro de unas relaciones sociales, dentro de un marco cultural es trascendente para el estudio tanto de aquél como de la sociedad que lo contiene. La propuesta del autor es desarrollar un análisis cultural tomando en cuenta tanto la experiencia subjetiva y las emociones íntimas del sujeto atravesado por su medio, como las relaciones y los marcos de significación social que contienen, cruzan y otorgan un sentido a las experiencias reales de los actores. Comúnmente se deja de lado el dolor de la pérdida para dar prioridad a la objetivación y descripción de las acciones en los estudios acerca de la muerte: “Guiados por su énfasis en entidades autónomas, las etnografías escritas según las normas clásicas, consideran a la muerte como un ritual en vez de una desdicha” (Rosaldo, 1991:24). Fácilmente se desvincula la expresión emocional de los sujetos en las acciones de una colectividad. Se separa el dolor de la pérdida de los actos y a estos últimos se les descontextualiza de lo que viven íntimamente los sujetos que los llevan a cabo. Como si en los rituales no tuvieran lugar los sentimientos.

La muerte descrita después de 1950

Existen incontables estudios sobre el tema de la muerte: históricos, filosóficos, psicológicos y antropológicos que abarcan el problema de la finitud, interpretan las costumbres occidentales, analizan el dolor, describen los ritos. Sin embargo, no siempre fue así. Aunque la filosofía y la literatura siempre dijeron algo interesante sobre el tópico, las demás disciplinas callaron para hablar de otras cosas.

El debut de la muerte en los estudios sociales en el siglo XX fue el texto de Edgar Morin *L'Homme et la mort devant l'histoire* (1951), publicado en Francia en la década de los cincuenta. Antes hubo libros que guiñaron al tema de manera trascendente —como *El otoño de la Edad Media* (1919) de Huizinga— pero prácticamente los científicos sociales de Occidente guardaron silencio acerca del fin de la vida durante los primeros cincuenta años del siglo pasado.

Resulta sorprendente que las ciencias del hombre, tan extrovertidas cuando se trataba de la familia, el trabajo, la política, los placeres, la religión y la sexualidad, hayan sido

tan discretas sobre la muerte. Los eruditos se callaron como hombres que eran y como los hombres a quienes estudiaban. Su silencio no es más que una parte de ese gran silencio que se estableció en las costumbres del siglo XX. (Ariès, 2008:199)

Los estudios antropológicos de la primera mitad del XX visitaron el tema de la muerte sin enfocarse específicamente a Occidente, por ejemplo: *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912) de Durkheim, así como *Ciencia magia y religión* (1948), de Malinowski. La psicología tuvo poco que decir, los estudios tanatológicos, que rayan entre prácticas mágicas y ciencias del comportamiento, son más bien recientes. Freud dijo poco en *Consideraciones de la guerra y de la muerte* (1915). Es decir, en las ciencias sociales y las humanidades (sin contar la filosofía y la literatura) se dijo nada de la muerte o casi nada.

La filosofía nunca dejó de hablar de ella. *El ser y el tiempo* (1927) de Heidegger, trata ampliamente el problema de la finitud; Sartre hizo importantes aportaciones con *El ser y la nada* (1943) y Bataille, por su parte, abarcó la relación entre muerte y erotismo en *El Erotismo* (1957).

Las ciencias sociales tardaron en dedicarse al asunto, callaron, el silencio parecía una expresión cultural de Occidente ante un tema que aparecía oscuro, porque el no decir también comunica, y lo dicho por el silencio está relacionado con la manera en que vemos la muerte en la actualidad.

El mutismo terminó a partir del libro de Edgar Morin (1951), aunque el cambio no fue instantáneo. Tuvieron que transcurrir algunos años para que el tema tuviera un auge. Al final de la década de los sesenta y entrados los años setenta se produjeron libros que parecían protestar o protestaban abiertamente contra el silencio de la muerte que arrastraba el siglo XX.

El auge llegó y no termina aún. En Francia se escribieron libros históricos como los de Michel Vovelle y Philippe Ariès. El primero enfocó el tema desde el punto de vista cuantitativo de las ciencias sociales, utilizó métodos estadísticos para analizar diferentes documentos históricos, sobre todo testamentos (Vovelle, 1983). El acercamiento del segundo fue más bien cualitativo, subjetivo, ensayístico, y tomó en cuenta las emociones que entrecruzan el tema. Su estudio se concentra en la actitud ante la muerte en países

Occidentales. También en éste ámbito se produjeron los libros de Jean Delumeau *La Peur en Occident* (1978) y de Pierre Chaunu *La Mort à Paris* (1978).

Aparte del punto de vista histórico, la antropología en Francia hizo también importantes aportaciones como *Antropología de la muerte* de Louis-Vincent Thomas (1983). Un estudio que abarca desde el discurso médico hasta el mercantil en las sociedades Occidentales. Muestra diferentes expresiones culturales actuales acerca de la muerte y las compara con las que se manifiestan en pueblos de África y América del Sur.

También se produjeron textos antropológicos en Inglaterra y Estados Unidos como *La muerte y la mano derecha* de Robert Hertz (1990), *Celebrations of Death: The anthropology of Mortuary Ritual* de Peter Metcalf (1979), y *Mortality and immortality: The anthropology of Death* de Humpreys y King (1981). Todos ellos tratan de los rituales de muerte en la actualidad vistos desde esta ciencia social.

Aparte, se realizaron reflexiones ensayísticas que protestaban contra la negación social de la muerte como *El eclipse de la muerte* de Ernest Becker (1977), *Death, Grief and Mourning in Contemporary Britain* de G. Gorer (1965) y *The American Way of Death* de J. Mitford (1963).

La muerte en Occidente y Philippe Ariès

Los estudios de Ariès comienzan con la Edad Media, en que existía una idea de reciprocidad entre la vida y la muerte —que extendía una ilusión comunitaria y significaba acciones colectivas y privadas— que permaneció en Occidente durante dicha época. Comparada con la de la actualidad, esta idea, aunque pervive entre las personas que practican la fe cristiana, se desdibuja la ilusión comunitaria y se da lugar a la creencia personal.

Había una actitud más o menos homogénea ante la muerte porque predominaba una idea inalterable de lo que vendría después. Se sabía que hacer con la llegada inminente del fin, de los otros y del propio, los ritos creaban una familiaridad con el fin de la vida, una cercanía que no era difícil de aceptar. Para empezar, no se moría repentinamente, existía el presentimiento certero de que el fin llegaba: “Uno no moría sin haber tenido tiempo de saber que iba a morir” (Ariès, 2008:20). Las defunciones repentinas eran realmente raras, comúnmente había un vislumbre certero.

Cuando se acercaba el desenlace se tenía un ceremonial por el que transitaba el moribundo. El rito personal de quien está a punto de morir lleva algunos pasos:

Tras el lamento por dejar la vida, viene el perdón de los compañeros, de los asistentes siempre cuantiosos que rodean el lecho del moribundo [...] El moribundo encomienda a Dios a los sobrevivientes [...] Ahora es tiempo de olvidar el mundo y pensar en Dios. La oración se compone de dos partes: la culpa [...] un resumen del futuro *confiteor* [...] La segunda parte de la oración es la *commendacio animae* [...] en este momento intervenía el único acto religioso, o más bien eclesiástico (pues todo era religioso), la absolución. (Ariès, 2008:25-26)

La muerte llegaba poco después. La posición corporal era importante, estaba ligada a la fe: “[el cuerpo] se extiende de tal manera que su cabeza vuelva hacia el Oriente, hacia Jerusalén” (Ariès, 2008:23). Como dice el autor, el moribundo estaba acompañado por personas cercanas que nunca iban en números menores. Las muestras de solidaridad acompañaban el transe hacia el fin.

Para el siglo XVIII las costumbres de la muerte en Occidente cambiaron, así como las concepciones que se tenían de ella. La sociedad era otra, se daba prevalencia a los sentimientos y estos no estaban siempre ligados con la fe. La iglesia dejó de absorber el trauma de la finitud, pero el acompañamiento para el moribundo y los familiares perduraba. El sentido de la muerte se liga con lo dramático.

A partir del siglo XVIII, el hombre de las sociedades occidentales tiende a dar un sentido nuevo a la muerte. La exalta, la dramatiza, pretende que sea impresionante y acaparadora. Pero al mismo tiempo no está ya tan preocupado por su propia muerte, y la muerte romántica, retórica, es ante todo *la muerte del otro*; el otro cuyo lamento y recuerdo inspiran en los siglos XIX y XX el nuevo culto de las tumbas y los cementerios. (Ariès, 2008:53)

El sentido de la muerte cambia y así también las costumbres. El testamento deja de ser una extensión de la voluntad del moribundo para decir a sus familiares que se debe hacer con su cuerpo y comienza a perfilarse como la última voluntad acerca de sus bienes materiales: “Desaparecieron las cláusulas piadosas, la elección de la sepultura, las fundaciones de

servicios religiosos y limosnas, y el testamento quedó reducido a lo que es hoy: un acto legal de distribución de la fortuna.” (Ariès, 2008:59)

Se separa la voluntad del moribundo en dos partes, la que señala cómo deben ser sus funerales y la que designa cómo serán repartidos sus bienes. Existen dos interpretaciones importantes para este hecho: Vovelle (1983) lo relaciona con la laicización de la sociedad, mientras que Ariès (2008) lo remite a la confianza. Para el primero hay un signo de que la sociedad se separa del mandato religioso, mientras que para el segundo hay un signo de que el moribundo confía más en sus allegados que en épocas anteriores. La confianza se refiere a que la persona que prevé la muerte sabe que sus familiares pueden hacerse cargo de sus restos de buena manera.

Por otra parte el duelo familiar era todavía una exigencia social que no podía ser sorteada:

Así, desde fines de la Edad Media hasta el siglo XVIII, el duelo tenía una doble finalidad. Por un lado, obligaba a la familia del difunto a manifestar, al menos durante cierto tiempo, una pena que no siempre experimentaba [...] también tenía como efecto preservar al sobreviviente sinceramente afectado contra los excesos de su pena. (Ariès, 2008:61).

El significado del duelo en el siglo XVIII tenía un carácter social de acompañamiento, de contención comunitaria. El duelista tenía que vivirlo independientemente del tamaño de la pena, pero como era prescripto por la sociedad, también la sociedad tenía un deber que cumplir para quien sentía la pena. Cosa muy diferente a lo que sucedía en el XIX, en el que las costumbres del duelo podían evitarse, en el que apareció el dolor histórico.

[...] el duelo se desplegó con ostentación más allá de las costumbres. Pretendió incluso desobedecer obligaciones mundanas y convertirse en la expresión más espontánea e insuperable de una herida muy grave: llorar, desvanecerse, languidecer, ayunar, como antaño los compañeros de Roland o de Lancelote [...] Esta exageración del duelo en el siglo XIX tiene realmente una significación. Quiere decir que los sobrevivientes aceptan con mayor dificultad que antes la muerte del otro. La muerte temida no es entonces la muerte de sí, si no la muerte del otro, *la muerte tuya*. (Ariès, 2008:61)

La contención de la sociedad para con el duelo deja de ser sólida y, en cambio, las expresiones de dolor tratan de compensar esa falta, el llanto excesivo llena o trata de llenar el vacío en donde falta la persona que murió, ese lugar en donde la sociedad ya no se solidariza. La reciprocidad entre la vida y la muerte que había preservado la religión se resquebraja y en cambio surge la exaltación de la pena. La familiaridad con la muerte se desvanece, el consuelo es la catarsis excesiva.

El siglo XX trajo consigo la prohibición de la muerte. Mientras la sexualidad crece en los discursos científicos y cotidianos, la muerte toma un carácter oscuro y lejano. Se trata de apartar la finitud como esencia de lo humano, se le desvincula de lo que se dice y de lo que se puede enfrentar como colectividad.

Antiguamente se les decía a los niños que nacían de un repollo, pero ellos asistían a la gran escena del adiós a la cabecera del moribundo. Hoy son iniciados desde la más tierna infancia en la fisiología del amor, pero cuando se asombran porque ya no ven a su abuelo les dicen que está descansando en un bello jardín de flores. “La pornografía de la muerte” es el título de un artículo precursor de Gorer publicado en 1955 [Gorer, 1963]. Cuanto más distendía la sociedad las coerciones victorianas sobre el sexo, tanto más rechazaba los asuntos relacionados con la muerte. (Ariès, 2008:77-78).

Aunque todas las épocas han hablado de la sexualidad de distintas maneras, el siglo XX se mostró más abierto que otros en cuanto a la apertura de los discursos sobre este tema. Sucedió lo contrario con la muerte. Aunque la finitud ha sido una característica del ser que le ha sido difícil de aceptar al ser humano, no siempre aparece alejada de los discursos cotidianos y científicos como ahora. La sexualidad y la muerte son dos astros que se eclipsan. Mientras uno brilla obscurece el otro. El cuerpo se muestra incompleto de cualquier forma. Hay apertura para hablar de los placeres pero se guarda silencio para nombrar el dolor que nos causa la muerte del otro y la propia: “El duelo, entonces, no es ya un tiempo necesario y cuyo respeto impone la sociedad; se ha convertido en un estado mórbido que es preciso controlar, abreviar, borrar” (Ariès, 2008:83) El duelo se convierte en un transe que no trae beneficios para quien rodea al doliente. Aparte de que no hay un acompañamiento comunitario en el dolor (o sólo mientras suceden los funerales), la pena debe ser pacífica y corta. Si las expresiones de dolor son excesivas en tiempo y en forma el duelo parece mórbido:

Una pena demasiado visible no inspira piedad sino repugnancia; es señal de desarreglo mental o mala educación; es *mórbido*. Incluso en el interior del círculo familiar, se vacila en abandonarse al dolor por miedo a impresionar a los niños. No se tiene derecho a llorar salvo que nadie vea ni escuche: el duelo solitario y vergonzoso es el único recurso, como una especie de masturbación. (Ariès, 2008:76).

Esta reflexión del autor parte de la idea de G. Gorer, en donde argumenta que mientras la sexualidad se vuelve más accesible a ser comunicada, la muerte se oscurece y aparece un nuevo tipo de mojigatería en cuanto hablar de ella:

El siglo veinte parece haber tenido un remarcado cambio en la mojigatería, mientras que la copulación se convierte en algo más y más “mencionable”, particularmente en las sociedades anglosajonas, la muerte se convierte en algo más y más “secreto” *como un proceso natural*. (Gorer, 1963:49)

La muerte adquiere un carácter oscuro mientras la sexualidad se muestra abiertamente. Si seguimos a estos autores, los ritos de muerte ofrecen menos soporte a las subjetividades afectadas por este hecho. Las acciones vinculadas a las creencias se muestran menos como actividades comunitarias y más como acciones con significado personal, se practican como la sexualidad, a solas. Sin dar descrédito a estas tesis me interesa saber de qué manera esto puede presentarse en el ciclo de muerte en la realidad, si es que sucede de esta manera o el contexto mexicalense brinda otros caminos a las acciones, a las creencias y a los significados.

Una ontología de la muerte y Greta Rivara

Si Philippe Ariès nos dijo que la muerte estuvo presente siempre en la filosofía y la literatura, pero no en las ciencias sociales, Greta Rivara sostiene: “La filosofía no ha pensado la muerte porque no la ha pensado como fenómeno de la vida, como una determinación ontológicamente positiva de la existencia” (Rivara, 2003:12). Una mirada común puede hacernos pensar que la muerte no es un fenómeno positivo de la vida, que es la negación de todas las posibilidades. En este punto miramos la muerte como el punto final de nuestras vidas. Sin embargo, la visión de la filósofa nos muestra que la pregunta por la muerte es una pregunta por la finitud y la finitud está presente en cada momento de nuestra cotidianeidad.

Sabernos pasionales es sabernos finitos y efímeros; sabernos sólo racionales es pretendernos inmortales, eternos esclavos de la seriedad, avergonzados de lo ridículo que a la razón le resulta la idea de jugar, de arriesgar, de apostar en un solo suspiro la intensidad toda de la vida. (Rivara, 2003:29).

La finitud es movimiento. La conciencia de la finitud, según esta autora, nos abre posibilidades y, desde este punto, nos hace más libres. La conciencia de la finitud, de que somos seres mortales, abre alternativas que no tendríamos si nos concebimos perpetuos.

Para la autora, los ritos de muerte son un vínculo con lo eterno, pero también una catarsis por la pérdida del ser amado. La religión es una manera de estar en contacto con lo continuo en el momento en que todo es ruptura. El rito tiene una parte pasional, desde el punto en que actuamos sobre el dolor, y otra parte mágica, en la que nuestras acciones toman significado religioso.

Si tenemos conocimiento de los primeros hombres por sus ritos funerarios se estaría apuntando al entrelazamiento de estos dos ámbitos: el de la muerte y el de la religión. Ámbitos ambos oscuros e íntimos: originarios, fundantes y fundamentales [...] La muerte del otro amado puede hacer a cualquier ser humano de cualquier lugar, de cualquier tiempo gritar, arrodillarse, clamar y reclamar, desde la rabia y el desamparo, a un principio superior o a Dios por la siempre injusta herida que abre la muerte y nos despeña en el abismo presentido del no-ser más. (Rivara, 2003:21-22).

Los ritos de muerte, las acciones con significado mágico que nos mantienen en contacto con lo divino, las que tienen que ver con la muerte, no son exclusivamente funerarias.

Conclusiones

El tema de los ritos es estudiado principalmente por antropólogos. La etnografía es la base metodológica de sus análisis. Se fue desarrollando conforme los científicos interactuaron con las sociedades que eran objeto de su estudio y con ello las posiciones y presuposiciones que los acompañaban en la observación. El contexto histórico de las ciencias sociales que los envuelve cruza la visión de estos observadores. La teoría evolucionista de Darwin influyó en la manera de concebir la sociedad por parte de los primeros analistas de lo social, tal es el caso de Tylor, Frazer, Robertson-Smith y Durkheim.

Se tenía por hecho que las sociedades tienen una evolución y ésta lleva hacia un mismo punto. Tylor presenta las creencias rudimentarias de las sociedades que estudia como si fueran el punto inicial de la sociedad en que vive y de esta manera poderse explicar las creencias de su cultura. Frazer lleva la misma preconcepción para entender los actos mágicos de los primitivos. Las observaciones de Durkheim lo llevan a la conclusión de que los pensamientos religiosos de las primeras sociedades son la semilla del pensamiento científico que vendrá en el futuro de esas sociedades (2000:14). Robertson-Smith entiende el principio de la religión a partir de lo que para él es el inicio de una cultura.

La preconcepción de las sociedades que estudiaban estos autores era la de que estaban presenciando el inicio de su propia cultura. Para ellos había un punto inicial desde donde se desarrollan las sociedades. Buscaban entender su sociedad desde sus etapas tempranas teniendo en mente que los grupos estudiados tendrían el mismo fin en un futuro.

Las tensiones teóricas acerca de los ritos en estos autores se concentran en sus finalidades y motivaciones. Para los victorianos (Tylor y Frazer), el rito es motivado por creencias religiosas, su puesta en escena refleja la concepción del mundo que tienen los participantes. El acto y la creencia son reflejo uno del otro. La creencia busca explicar las cosas que son incomprensibles de la naturaleza mientras que los ritos son maneras de controlarla. Los pensamientos que llevaban los ritos eran puestos en marcha por una asociación de ideas errónea, “el primitivo” busca controlar su ambiente de manera errada, no con conocimiento empírico sino mágico.

Durkheim cuestiona esa noción de rito en los victorianos, para él las creencias religiosas no son una explicación de las cosas extraordinarias del mundo, si no una teoría acerca de lo cotidiano (2000:33). Los ritos no son reflejo del pensamiento de los participantes, cada uno puede tener una interpretación personal del rito, éste es una manera de actuar que tiene una sociedad en un momento determinado y responde a finalidades tanto sociales como individuales.

Robertson-Smith tampoco entiende los ritos como el reflejo del pensamiento de los actores, sino como una puesta en escena de la colectividad que tiene finalidades sociales. Cada actor piensa diferente acerca de la razón de los ritos. (Durkheim parece tomar a este autor para

sus concepciones del rito). Primero fueron los ritos y luego las creencias. Las necesidades sociales a las que corresponden los ritos los pusieron en movimiento en un principio y conforme los participantes lo repetían fueron creando mitos y creencias explicativas de estos hechos.

En Durkheim los actores no tienen una asociación de ideas errónea ni buscan controlar el mundo por medio de los actos mágicos. Si bien éstos últimos influyen en la cosmogonía del primitivo para favorecer resultados deseados, los que actúan en el rito saben que en la naturaleza hay principios de causa y efecto. Aún con estos principios, es natural en el pensamiento primitivo la influencia sobre la naturaleza, para él no hay una separación entre el acto mágico y el acto empírico; no le es extraño provocar o explicarse las cosas que le rodean. La ciencia y no la religión ha enseñado que las cosas son difíciles de comprender.

Malinowski tiene una concepción distinta con respecto a este punto. El primitivo puede distinguir el pensamiento mágico del empírico, tiene claros los efectos de sus acciones en la naturaleza. Los ritos sirven para favorecer el resultado deseado, pero puede existir el pensamiento práctico sin el mágico, son mundos diferenciados. Los ritos de muerte llevan actos higiénicos y profilácticos aparte de los rituales. Los ritos son espacios donde se expresan sentimientos, son acciones catárticas aparte de los fines sociales que la comunidad busca con ellos.

Aquí Malinowski pone en relieve la cuestión emocional en los ritos. Si Durkheim escribe que responden a cuestiones individuales que se mantienen oscuras, en Malinowski los rituales están impregnados en gran medida por los sentimientos de la gente. Los ritos funerarios están atravesados tanto por los sentimientos de dolor de los deudos como del horror y asco al cuerpo yacente. Las costumbres corresponden a estos sentimientos aparte de los fines sociales.

Para los victorianos el primer culto de la sociedad fue el que se ofrece a los antepasados y con esto, la primera religión es la animista. Es decir, los primeros ritos fueron los que se ofrecen a los muertos. Para Durkheim no es así. Las concepciones animistas son más bien de una etapa evolutiva superior, el culto a los muertos es propio de sociedades avanzadas como el Antiguo Egipto o China. Para Durkheim y otros autores (como Spencer), la

primer religión es la totémica. Así pues el tratamiento de los primeros grupos humanos hacia sus difuntos fue profiláctico más que ritual, o un ritual rudimentario, pero no un culto, siendo éste un conjunto de prácticas rituales.

Tanto para este autor como para Robertson-Smith la parte emocional de los ritos de muerte aparece desvinculada de las acciones. En Robertson-Smith las motivaciones emocionales de los actores no pertenecerían al estudio de lo social. En cambio para Malinowski el rito es un espacio catártico tanto como social.

En cambio, Lévi-Strauss explica el rito como una unidad lingüística, el significado cultural que subyace se explica en los entramados simbólicos de la cultura que lo sostiene. El rito está relacionado con el mito, con los valores, ideas religiosas, lecciones que éste trata de exponer. Esta concepción inició en Durkheim, para quien rito y mito tenían correspondencia. Sin embargo Lévi-Strauss interpreta el rito como un acto discursivo. Este autor se enfoca menos en las acciones y más en los mitos que las sustentan. El análisis del rito es lingüístico no de manera gratuita, sino que sirve para complementar los conceptos de mito que son los que le interesan esencialmente.

Víctor Turner reprocha a los autores de antropología que sus investigaciones acerca de los ritos utilizaran como elementos de análisis las visiones sociológicas, mitológicas o psicológicas. Las explicaciones desde estas áreas están incompletas si no se incluye la noción de fe y lo que esta hace en los actores de los ritos (2009:4). La fe en los participantes de los ritos es crucial en cuanto a la concepción del mundo pero también en sus relaciones con los demás y en sus motivaciones individuales.

Rosaldo cuestiona el concepto de rito de muerte que se separa de las emociones que lo cruzan. Como para Malinowski, éstas prácticas son espacios donde se producen y se expresan emociones. Los sujetos no pueden quedar desvinculados de las sociedades actuantes, las etnografías que describen los ritos les dan una función social, pero se desligan de lo individual. La aflicción en las prácticas funerarias es un punto central para su análisis. Independientemente de la cultura que se estudie la noción subjetiva completa el análisis de los ritos. Los ritos de muerte, aparte de sus finalidades sociales están enfocados a superar la aflicción. La inexperiencia de vida limita a los investigadores, éstos se enfocan en los ritos

objetivándolos. La muerte para estos autores es más una práctica que una desdicha (1991:21). Aunque el rito y la muerte están ligados uno no explica al otro, los rituales no son núcleos de sabiduría con respecto a la muerte en una cultura.

Ariès tiene la idea de que los ritos funerarios ofrecen una contención social a los deudos. Aunque su análisis es esencialmente histórico, la aflicción ante la muerte es un elemento que toma parte esencial en los ritos. El contexto social del individuo responde a la falta que le acongoja. Los ritos son parte esencial en esta respuesta. El acompañamiento al moribundo o a los deudos que se han realizado en diferentes épocas por la sociedad occidental corresponde a concepciones del mundo y de la muerte, pero esencialmente tienen la finalidad de responder a la falta de un miembro de la sociedad y a los sentimientos de pérdida que sufre el deudo.

Para Greta Rivara los estudios etnográficos acerca de la muerte son incompletos porque no toman en cuenta la finitud. Se trata de hacer hablar a los ritos acerca de la muerte, pero ésta no sólo tiene participación en la vida del individuo o de la sociedad cuando le llega a alguien. La muerte está vinculada con el desarrollo de la vida, no sólo es el punto final; trasciende en el pensamiento en tanto que nos sabemos mortales. La mortalidad es un asunto que permea todo el desarrollo del ser y es un asunto que marginamos. La autora critica a diferentes autores que pretenden desentrañar el significado de la muerte a partir de los ritos porque para ella el análisis de este tema debe ir más allá de los símbolos o de las acciones. Siendo un punto central de la experiencia de existir, la muerte no se puede quedar como apartado final acerca de la vida.

CAPÍTULO 2. EL HOSPITAL

El moribundo

Idealmente, la muerte llega dentro de las salas de los hospitales. En la actualidad, los lugares en que se reciben tratamientos y cuidados especiales que procuran la salud también son los sitios en que se presenta la muerte; sea que se espere con antelación o llegue abruptamente. Los lugares que acompañan la muerte como son los centros médicos, las funerarias y los cementerios acotan el sitio de diferentes etapas rituales. Cada uno de estos lugares responde a un orden de valores sociales diferente dentro de sus límites. El hospital, siendo el lugar en el que en la actualidad se muere preferentemente es un espacio en el que se realizan o se evitan los ritos de la familia y del moribundo. En el presente capítulo se tocará un tema recurrente a lo largo de las observaciones de campo y que destacan algunos de los autores aquí revisados: la trivialización del dolor del paciente y de los familiares, así como las acciones grupales o institucionales para frenar la expresión de la pena. Observaremos los rituales que realizan enfermeras, médicos, familiares y ministros religiosos en las labores respecto al moribundo, como son, en el caso del personal del hospital: la evitación del dolor físico del enfermo entendida como una muerte digna, la distribución de funciones rituales y profilácticas, y la regulación del cuerpo para su manejo. Por otra parte, los rituales sagrados son llevados a cabo por un ministro religioso que, si es católico, puede llevar a cabo los siguientes: la administración de los Santos Óleos, el Viático, las oraciones y lecturas realizadas para este transe, y, la Confesión. Otros rituales aquí descritos, son puestos en escena por los familiares, como son: la acogida de la noticia de muerte y la toma de responsabilidades de los familiares como una demanda de pertenencia grupal.

La exploración de lo que sucede en el hospital como lugar en que se espera la muerte se llevó a cabo por medio de entrevistas a Beatriz, que se desempeña en cuidados intensivos. Estudió enfermería en la UABC, una licenciatura en ginecología y obstetricia en la UNAM y una especialidad en cuidados intensivos en Ciudad Juárez, Chihuahua. Sus inicios en la práctica de la enfermería fueron en el área de urgencias, hace diez años; pero desde hace año y medio trabaja en cuidados intensivos. Es jefa de enfermeras de dicha área en una clínica del Seguro Social en Mexicali.

Beatriz nos explica en qué consiste el área de terapia intensiva, donde trabaja: “En terapia intensiva tratamos a los pacientes que de alguna manera son los más graves, con muchas posibilidades de morir pero —uno de los requisitos para entrar en terapia intensiva es— que dentro de su gravedad exista una posibilidad de salvarse” (Beatriz, comunicación personal, 2010). No todos los pacientes que se encuentran peligro de morir entran a esa área, sino solamente los que presentan una probabilidad de seguir vivos: “Cuando el paciente no tiene esa posibilidad, como enfermedades terminales o pacientes que son de enfermedades crónicas, que al final de cuentas van a llegar a la muerte, no son candidatos para una terapia intensiva” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Aparte de esta selección se procura atender a los de estado crítico: “Son los pacientes más graves que manejas y que todo el mundo ve con todos los tubos y con todos los aparatos, esa es la unidad de cuidados intensivos” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Los pacientes en cuidados intensivos, entonces, se encuentran graves, están a punto de morir, pero tienen la posibilidad de salvarse; están llenos de tubos, de aparatos y a cargo de ellos se encuentra “una enfermera por dos pacientes” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Si se le llama “moribundo” a la persona que está destinada a la muerte, en el caso de la terapia intensiva, el moribundo no es consciente de serlo gran parte de las veces: “Mira, en el servicio que yo trabajo que es la terapia intensiva, la mayoría de los pacientes los manejamos sedados, entonces muchos de ellos, a lo mejor de manera consciente no se percatan de lo que está pasando, ahí el que se da cuenta es el familiar” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Los médicos y familiares del enfermo son más conscientes de su estado que él mismo. Estar “sedado” le impide tener consciencia de su gravedad o de estar en el umbral de la muerte. Encontrarse en cuidados intensivos supone que tampoco el personal médico tiene la seguridad de la proximidad de su fallecimiento, si tomamos en cuenta que el paciente “tiene una posibilidad de vivir” (Beatriz, comunicación personal, 2010). En dicho lugar permanecen los pacientes a los que no es posible asegurarles la muerte o una sanación próxima. Tanto los médicos como los familiares carecen de seguridad alguna, aunque están conscientes del estado de gravedad. Los pacientes ignoran si están cerca de morir, a esta inconsciencia hay que añadir otra, la de su estado de salud, pues están sedados, dormidos.

La sedación es un acto normalizado en tanto se rige bajo las normas de tiempo y forma de la institución de salud, repetitivo porque se lleva a cabo en cada moribundo y, por lo mismo, predecible; esto puede apuntar a que estamos frente a un rito, si seguimos a Rodríguez (1997:132). Sin embargo, la finalidad del acto parece clara: la búsqueda del aminoramiento del dolor. Esta parte denotativa desubica el acto de la sedación como parte de los ritos de muerte. Por otra parte, la sedación condiciona al moribundo a la espera de la muerte en condiciones específicas.

Hay casos en que los enfermos no se encuentran anestesiados en el umbral de la muerte, posiblemente permanecen conscientes o no completamente sedados. En estos casos, Beatriz ha sido testigo de la soledad y del miedo por los que pasan los moribundos, eso parecen reflejar las palabras que le dirigen en la agonía: “pacientes que te dicen que no los dejes, que no los dejes morir, que no los dejes solos, que los estés cuidando, que te agarran la mano. De alguna manera, ellos sienten que se están muriendo. Y te piden que no los dejes, que no los dejes solos, que dejes entrar a su familia, que les digas que todo va a estar bien, a veces no puedes engañar al paciente. No le puedes decir: te vas a morir. Pero sí le dices que estás trabajando, que trate de tranquilizarse, que nosotros lo estamos cuidando, que estamos al pendiente de él, que tiene que confiar, de alguna manera nosotros hacemos nuestra parte, pero el trabajo fundamental pues es Dios” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La respuesta del personal médico trata de resolver, por lo menos momentáneamente, la demanda del moribundo, quien pide compañía y el conocimiento de su estado de gravedad.

No obstante, aunque el progreso o empeoramiento del estado de salud es una información constante del médico o de la enfermera hacia el paciente en vigilia, la probabilidad o seguridad de una muerte próxima es una información más bien velada para el enfermo sedado. No tiene la seguridad de saber si la muerte está próxima, esto tiene la ventaja de no poner al moribundo en predisposición psicológica a empeorar, según dice la enfermera: “Le dices el estado de gravedad en que está, el estado de salud. Le dicen los médicos: estás grave, tenemos todas estas posibilidades de que sobrevivas y de que no. Me refiero a que no se le dice como tal: te vas a morir. Se le explica al paciente —tiene el derecho a saber— por lo que está pasando, pero a veces eso resulta contraproducente, porque el saber los riesgos que corre, le genera mucha ansiedad, se deprime, se maneja ansioso y un cincuenta del estado de

ánimo del paciente depende mucho de cómo se recupere, pero es un derecho que el paciente sepa: cómo está evolucionando y que sepa cómo está su salud. Entonces es un arma de dos filos decirle cómo está y cómo anda” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Los pacientes que interactúan con el personal de la clínica son la excepción y esta excepción redundante en el miedo a la soledad o en los requerimientos de algún servicio médico: “llegan pacientes graves, entonces es difícil que el paciente te exprese algo, a lo más que me ha tocado que te exprese es eso: que no me dejes solo. O que... te pide ayuda” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Los hospitales, siendo los centros donde se trabaja para conservar la salud y la vida han adquirido un papel predominante en el fenómeno de la muerte. Cuando los alcances de la medicina no llegan a preservar una vida, el hospital se convierte en el sitio de espera de los moribundos.

Se muere en el hospital porque este se ha convertido en el sitio donde se brindan cuidados que ya no pueden darse en la casa. [...] primero se convirtió en un centro médico en donde se cura y se lucha contra la muerte. Sigue teniendo esa función curativa, pero también se comienza a pensar determinado tipo de hospital como el lugar privilegiado de la muerte. Se va o se irá al hospital no ya para curarse sino precisamente para morir. (Ariès, 2008:74).

En los hospitales se tienen los conocimientos especializados y los instrumentos necesarios para buscar una curación al mal que aqueja al enfermo y/o prolongar la vida. Bajo el punto de vista de Ariès esto también significa alargar la agonía: “la prolongación de la vida en las condiciones indignas, humillantes y vergonzosas de la práctica actual [de la medicina]” (2008:267). Las prácticas hospitalarias ponen en pausa los límites de la vida y la espera se vive indignamente. Esto hace referencia a lo dicho por Beatriz, si tomamos en cuenta que los enfermos se encuentran sedados, no tienen consciencia de la proximidad de su muerte: “no se les dice: te vas a morir” (Beatriz, comunicación personal, 2010), y tienen un escaso trato con el personal médico: están sedados casi siempre y, cuando no, comunican la necesidad no satisfecha de compañía “no me dejes solo” (Beatriz, comunicación personal, 2010), dice el enfermo.

Hoy, en los hospitales y clínicas particulares ya no se comunican con el moribundo. No se lo escucha como un ser que razona, y se limitan a mirarlo como un objeto clínico, en lo posible aislado como un mal ejemplo y tratado como un niño irresponsable cuya palabra carece de sentido y autoridad. Sin duda se beneficia con una asistencia técnica más eficaz que la fatigosa compañía de parientes y vecinos. Pero aunque bien cuidado y conservado el mayor tiempo posible, se ha convertido en una cosa solitaria y humillada. (Ariès, 2008:264).

El hospital se respalda en la autoridad que le delega la sociedad y la familia del enfermo. Con ese permiso ejerce sobre los cuerpos: “siempre garantizados por la complicidad de la familia y la sociedad” (Ariès, 2008:256). Bajo este marco se desempeña el personal médico para guardar silencio acerca de la inminencia de la muerte. El desconocimiento de lo que vendrá se prefiere por las reacciones emocionales que provoca en la familia y el agonizante:

Si los médicos y las enfermeras (éstas con más reticencia) retrasan lo máximo posible el momento de avisar a la familia, y si jamás se deciden a alertar al propio enfermo, es por temor a verse comprometidos en una cadena de reacciones sentimentales que, tanto a ellos como al enfermo o la familia, les harían perder el control de sí. Atreverse a hablar de la muerte, admitirla en las relaciones sociales, ya no significa como antaño permanecer en lo cotidiano; significa provocar una situación excepcional, exorbitante y siempre dramática. (Ariès, 2008: 211).

El silencio del personal médico acerca de la proximidad de la muerte es un acto que se pone en marcha bajo ciertos límites; es decir, se comunica a los familiares pero no al paciente o, por otro lado, se le notifica a éste el estado de salud grave, pero no se le aclara que va a morir (a decir de la entrevistada). En otras palabras, este silencio es un acto normado, repetitivo y predecible en tanto que se realiza de manera sistemática. Aunque una de las razones toca lo que lleva intrínseco esta noticia vedada (la reacción psicósomática del enfermo), no es posible saber certeramente las reacciones emocionales que conllevaría dar la noticia a cada enfermo, a menos que se tenga la seguridad de que tiene tendencia a reaccionar desfavorablemente en su salud con una noticia grave. Siguiendo esta beta, podemos afirmar

que la acción del silencio del personal médico acerca de la muerte que viene no corresponde intrínsecamente a su finalidad práctica todas las veces que se realiza. Por ello podemos decir que se trata de un rito de naturaleza profana que está ligado a marcos de valores culturales más que a prioridades de salud.

La situación hospitalaria del enfermo (sedado, ignorante de su propia muerte, marginado institucional) interfiere con la puesta en escena de rituales religiosos en el trance hacia la muerte. Le es imposible realizar oraciones o movimientos con significado mágico, hacerse acompañar por un ministro religioso, o apoyarse íntimamente por su familia. El rito del silencio, del que es un participante involuntario, puede ser el único que lo acompañe en el trance.

Rituales sagrados de la agonía

El área de urgencias también atiende personas graves, algunas a punto de morir, independientemente de sus posibilidades de sobrevivencia. En urgencias, Beatriz presenció casos en que la familia llevó a un sacerdote o a un pastor. En ocasiones, sin estimar el grado de consciencia del moribundo, se llevan a cabo ritos religiosos por petición de las personas cercanas y sin necesidad de la vigilia del enfermo.

Acerca de los ritos católicos que se realizan con el moribundo, sea que lo haya pedido la familia o el enfermo (en rara excepción, porque está sedado), nos habla el padre Tomás, un sacerdote diocesano que oficia en la iglesia San Agustín, en la colonia Nueva Esperanza en Mexicali. Nos cuenta que, en primer lugar, se realiza una oración por la salud; es decir, una petición a Dios por la sanación: “El rito de los santos óleos es una oración que normalmente se hace por el enfermo. Es una oración que pide a Dios la sanación que va desde la sanación del cuerpo a la sanación espiritual. En mucho tiempo estuvieron catalogados los óleos como la llamada extrema-unción, como si fuera prácticamente la unción antes de morir, pero no lo es. Sin embargo, normalmente vamos a dar la unción a los enfermos a los que están agonizando, entonces se relaciona casi con el final de la vida” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010). En este caso, el rito de los óleos tiene en cuenta que la sanación es posible siempre, pues aunque se le dé a un moribundo, la oración se dirige a Dios con la finalidad de que intervenga en la salud de quien agoniza y de esta manera se sane.

En segundo lugar se lleva a cabo el “viático” o la ingestión de la hostia que representa el cuerpo de Cristo: “Lo que sí iría más bien en relación con el final de la vida sería lo que la iglesia llama viático que es llevar y dar la comunión al que esta agonizando, llevar la hostia consagrada, darles la comunión como viático a la vida eterna que eso sería prácticamente el momento final” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010). Este rito está asociado con el paso entre la vida y la muerte, es el enlace más fuerte con Dios que se ejerce en vida y se presenta como el último.

En tercer lugar, se realizan lecturas bíblicas y oraciones al lado del moribundo: “leer textos bíblicos donde se acompaña al que está agonizando y prácticamente una oración de acompañamiento en el momento final de la vida” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010). Es decir, se pronuncian palabras y se repiten fórmulas que están significadas como especiales o sagradas para el marco religioso.

A estos tres pasos del rito del moribundo se puede agregar la confesión: “me dicen: está agonizando alguien ve y confiévalo. Porque la persona debe confesarse para morir en gracia, ya que Dios perdona los pecados a través del ministro” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010). Esto es significativo, pues con este rito la persona puede morir dentro de la normatividad de lo divino.

Aunque estos ritos se contemplan para el moribundo no se llevan a cabo con regularidad, los tratamientos médicos y el influjo de la anestesia impiden que estas acciones se concreten con el ministro de la iglesia (independientemente de la religión) y el convaleciente. Nos dice el padre Tomás: “He acompañado a algunos pero ya prácticamente en estado de coma, entonces no sé que tan seguros estén de lo que se está diciendo allí, pero no me ha tocado verlos, los he acompañado aparte, no me ha tocado justo verlos morir. En realidad, no me ha tocado ver morir a nadie” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010). La inconsciencia, siendo el estado general en que se encuentran los enfermos, les impide participar en el rito. Sin embargo, la gente que los rodea realiza ritos o pide que se realicen.

En los casos en que a la familia le es posible hacer llegar a un sacerdote (o cualquier otro ministro religioso, pero en este caso se tuvo la oportunidad de entrevistar a uno católico),

los ritos muestran símbolos y marcos de valores divinos que contienen los significados a los que se apega la familia del enfermo.

Los ritos católicos durante la agonía del moribundo son enumerados por el padre Tomás de la siguiente manera: 1) Rito de los Santos Óleos: en que se pide por la salud del enfermo. Asociado con la Extremaunción. 2) Viático: administración de la hostia consagrada (cuerpo de Cristo). 3) Oraciones y lecturas bíblicas. 4) Confesión de los pecados.

El sacerdote ruega a Dios por la salud del enfermo, aún desahuciado por el médico, la oración se realiza con la finalidad de que llegue la cura. Si bien, el padre Tomás aclara que este rito no es exclusivo de los moribundos, el rito persiste para ellos como una llamada última al ser supremo y de esta manera influir en el orden cotidiano de las cosas. Es una manera de ejercer poder sobre la naturaleza (la enfermedad) y de imponer la voluntad del hombre al mundo. Así se ha hecho desde tiempos primitivos, según Durkheim:

Cree poder, como ya lo hemos dicho, dictar leyes a los elementos [...] La religión misma contribuye a darle esta seguridad; pues cree que ella le proporciona amplios poderes sobre la naturaleza. Los ritos son, en parte, medios destinados a permitirle imponer sus voluntades al mundo. Lejos, pues, de deberse al sentimiento que el hombre tendría de su pequeñez frente al universo, las religiones se inspiran más bien en el sentimiento contrario. Hasta las más elevadas e idealistas tienen por efecto afirmar al hombre en su lucha con las cosas: profesan que la de es, por sí misma, capaz de “mover montañas”, es decir de dominar las fuerzas de la naturaleza. (Durkheim, 2000:89).

Sin embargo, la voluntad del ministro o del creyente no perturba la naturaleza impunemente, sino que son necesarias ciertas fórmulas que incluyen palabras o movimientos que se tienen valorados dentro del orden religioso. Son acciones y pronunciamientos que tienen un orden, un significado más allá de la palabra misma, la finalidad de influir en la naturaleza con la intercesión de personajes divinos:

Ese formalismo religioso, forma primera, muy verosímelmente, del formalismo jurídico, proviene de que la fórmula a pronunciar, los movimientos a ejecutar, como

tienen en sí mismos la fuente de su eficacia, la perderían si no fueran exactamente conformes al tipo consagrado por el éxito. (Durkheim, 2000:39).

Son palabras con significados divinos, que ponen en contacto al hombre con Dios. Ocasionan la interacción entre lo divino y lo profano, entre las cosas del hombre y su divinidad. Ponen en juego la dependencia bilateral entre las cosas de orden superior y las del mundo. Renuevan las alianzas entre Dios y el hombre. Estos actúan el mito en el que el hombre se debe a un dios y éste, a su vez, al hombre: “Por otra parte, si es cierto que el hombre depende de sus dioses, la dependencia es recíproca. Los dioses, también ellos, tienen necesidad del hombre: sin las ofrendas y los sacrificios morirían”. (Durkheim, 2000:42). En la última hora, la creencia en Dios y en una vida más allá de la muerte sostiene al agonizante en la base que su cultura le ha otorgado para sostenerse, la acción con significado que le presta su religión.

El viático y la confesión son entregas mutuas entre Dios y el hombre, dentro de los ritos católicos. La hostia consagrada es el cuerpo de Cristo crucificado, la confesión última es el fin de lo profano, un paso hacia lo divino. Son sacrificios en dos sentidos en donde el hombre y el dios entregan su muerte y en ella se alimentan:

El sacrificio significa darle a los dioses lo único que verdaderamente somos, lo único que frente a ellos nos distingue de modo radical, y es justo por esa condición que se concreta la posibilidad de construir el puente hacia lo divino; lo ofrendado, pues, es la muerte misma, con la muerte entablamos palabra con los dioses. (Rivara, 2003:26).

Lo sagrado y lo profano, dos polos opuestos, tienen comunicación en estos últimos ritos de vida. Lo que distingue al hombre de Dios es tomado por éste último y viceversa. Son extremos que, si bien se esfuerzan por mantenerse separados (lo sagrado y lo profano), deben tener contacto para darse vida.

La cosa sagrada es, por excelencia, aquélla que el profano no debe, no puede tocar impunemente. Sin duda, esta interdicción no podría llegar hasta volver imposible toda comunicación entre los dos mundos; pues si el profano no pudiera de ningún modo entrar en relación con lo sagrado, éste no serviría para nada. (Durkheim, 2000:44)

Los dos mundos se soportan en vínculos temporales que son posibles por el acto ritual. Por las fórmulas que se pronuncian, las palabras precisas, los movimientos con significado. Sin embargo, para el caso de los moribundos, se sabe que este ritual sucede excepcionalmente. La evitación de la noticia de muerte, la sedación, los cuidados especializados ubican al enfermo en un margen donde no puede ser contenido por su religión durante los últimos momentos de su vida, esto, para priorizar los cuidados médicos y la prolongación de su existencia o la búsqueda de algún remedio para su mal.

Los cuidados paliativos

La generalidad, entonces, sería que los moribundos permanezcan sin saber que morirán; conectados a tubos y aparatos que miden sus signos vitales o que retrasan el paso a la muerte y retardan la agonía. El personal médico sabe que sucumbirán, pero no los atiende con la finalidad de curarlos, sino de contribuir a terminar la vida lo menos incómodamente posible: “Los cuidados del paciente que ya está en fase terminal, por así decirlo, son paliativos. Es decir, se le ayuda a bien morir al paciente. Muchas veces los medicamentos no le están haciendo efectos” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Este último signo, la ineficacia del medicamento en los enfermos graves, es un indicador de la inminencia de la muerte, una condena inapelable. A partir de este hecho se toman las medidas paliativas para la muerte cómoda de los agonizantes. Se llevan a cabo acciones que tornen menos doloroso el trance: “Se le ayuda en la cuestión de que si está frío, arroparlo; darles cambios de posición, darles masajes, mantenerlo, de alguna manera, limpio: que esté cómodo, el paciente. A eso le llamamos cuidados paliativos” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Donde la ayuda médica no tiene posibilidad de mantener la vida se encuentra el cuidado paliativo, se restituye la imposible recuperación de la salud por una muerte cómoda.

Cuando los alcances de la medicina no pueden curar, mantienen el sosiego. Son rituales médicos en reposición de la salud o la mejoría. La limpieza, la posición cómoda, el mejoramiento de la apariencia y el aseo corporal es lo que se llama tener una muerte digna: “Que no porque se va a morir ya no se le haga nada. A lo mejor ya no le está funcionando un medicamento para su supervivencia, pero sí le puedo dar sus cambios de posiciones, sí lo puedo peinar, sí le puedo asear la boca. Si se hace del baño, estarlo cambiando. Hay veces que

tienen tubo para respirar: estarle aspirando secreciones. Ese es un cuidado paliativo y es [a lo que] le llamamos una muerte digna. Que ellos mueran dignamente. Y no por el hecho de saber que le quedan minutos u horas se te olvide y ya lo dejes ahí” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La dignidad en la muerte lleva el sentido de limpieza y evitación de la incomodidad dentro del hospital, con las posibilidades de tiempo, espacio y toma de decisiones que permite la institución médica a quienes cuidan de los enfermos.

Cuando los métodos médicos no tienen efectos favorables en la salud de los pacientes con enfermedades mortales se prevé la llegada de la muerte. Sin embargo, la labor de médicos y enfermeras no termina ahí, comienza el ciclo de cuidados paliativos, de prolongación de la agonía, de la ayuda a “bien-morir”. El objeto de las acciones ya no es la mejoría del paciente porque es imposible que sane; es decir, los cuidados y acciones cambian de objeto y ahora se dirigen a la comodidad, dentro de lo posible. Pero, siendo que los hospitales no se destacan sobre otros lugares principalmente por su comodidad (no necesitamos consultar estudios especializados), no se puede decir que la finalidad de los actos tengan un objeto práctico, o que respondan fielmente a la “comodidad”.

Si el objetivo y los medios no se corresponden; es decir, si las acciones que se toman no corresponden a la finalidad explícita, tal vez podemos estar hablando de que los cuidados paliativos constituyen un rito, más que un recurso clínico práctico o sanitario. Asimismo son acciones normalizadas dentro de un marco cultural repetitivas y predecibles, esto las ubica dentro de la definición de rito citada más arriba.

Siendo los ritos una manera en que una sociedad expresa sus esquemas de valores y se representa moralmente a sí misma (Turner, 2009:6), es posible interpretar qué elementos culturales están valorados en los cuidados paliativos. En el caso que nos comenta la enfermera se encuentran valorados, en primer lugar, la ciencia y la labor médica y, en segundo lugar, la evitación del dolor del moribundo. Es un ritual de carácter profano, que se repite en cada paciente sin cura y que lo que pretende conseguir “la muerte digna” no es explicable racionalmente.

La “muerte digna” es el mito detrás de los cuidados paliativos. La idea de dignidad en la muerte se puede interpretar como la limpieza o la comodidad, pero no en un estudio médico

acerca de la dignidad, no se pregunta al paciente si quiere morir con dignidad, si la dignidad es lo mismo para éste y para aquél. Es un mito sin el que el rito de los cuidados paliativos carecería de sentido: “La mitología interesa a la estética al mismo tiempo que a la ciencia de las religiones, pero no deja de ser uno de los elementos esenciales de la vida religiosa. Si se retira el mito de una religión, hay que retirar igualmente el rito”. (Durkheim, 2000:86). El mito del paciente que muere dignamente es más claro en la práctica que en el concepto mismo. Las prácticas disciplinarias regulan los cuerpos y repiten narrativas en ellos. Se sabe lo que sucederá a partir de que el medicamento ya no es efectivo para el paciente, de ahí su característica predecible.

El dolor de los familiares

Entretanto, los familiares cercanos al moribundo están al pendiente, dentro del hospital. Esperan noticias de su estado de salud, o la noticia fatal para llevar a cabo las acciones pertinentes, burocráticas, religiosas o de apoyo emocional mutuo. En la institución clínica se valora la fortaleza emocional de los familiares frente a la agonía de su ser querido.

Esta fortaleza se tiene conceptualizada como la contención de las expresiones de dolor frente al enfermo. La finalidad es no agobiarlo, evitar influir negativamente en su estado emocional y con ello en su salud. Sin embargo, aún en pacientes que están sedados la valoración de la fortaleza de los familiares se mantiene vigente: “Me tocó, eso hace poco, una muchachita de dieciocho años que se accidentó en una moto. Para la mamá, el saber que ella se iba a morir, era bien desgarrador. Pero era bien fuerte porque ella lloraba y se nos derrumbaba afuera del cubículo de terapia intensiva, donde teníamos a su hija. Teníamos una sala previa donde se les dan informes médicos, una sala donde se pueden estar. Se le daba el informe médico y ella ahí se nos derrumbaba, y ella lloraba y preguntaba y decía, pero entraba con una fortaleza con ella, a pesar de que la teníamos con sedación. Ella le hablaba y le hablaba con mucha tranquilidad, eso a mí se me hace, hídole, que tengan esa fortaleza de decir: aquí entro y como si nada hubiera pasado: y mi niña, todo va a estar bien, te queremos mucho, estamos orando por ti, y Dios está contigo. A pesar de que ella sabía lo que en realidad estaba pasando” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La visita a los moribundos aunque es

continua, se restringe a ciertos horarios, mientras llega la hora en que se permite la entrada, la familia espera noticias de su estado de salud en la sala exterior.

Los cubículos en que se encuentran los enfermos son espacios en que debe expresarse optimismo y sosiego, las salas de espera son donde puede expresarse la preocupación y la tristeza por la situación de los moribundos. Sin embargo, la expresión del dolor debe ser silenciosa. Beatriz cuenta acerca de un caso en que los familiares hacían demasiado ruido: “Es que es algo bien difícil, mira, en un hospital se te pide guardar silencio y todo eso. Y ellos tenían una forma de llorar muy desgarradora. Era mucho estrés, mucho escándalo” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

El médico es el portavoz del fallecimiento. La noticia marca un momento de aflicción más profundo. Si bien, los familiares mostraban preocupación y tristeza por el enfermo, la confirmación de la muerte dispara la expresión de la aflicción. Las formas de manifestación del dolor que responden a la inmediata noticia de la muerte son las expresiones sonoras del llanto. Otras culturas acompañan el llanto con expresiones más violentas del dolor o signos culturales en el cuerpo. Apunta Malinowski, hablando de los Melanesios:

Existe siempre una explosión más o menos convencional y dramatizada de dolor y pesadumbre en la pena, que entre salvajes a menudo se traduce en forma de laceraciones corporales y de mesarse los cabellos. Esto se hace siempre en una exhibición pública y se asocia con signos visibles del duelo, cual untos blancos o negros sobre el cuerpo, cabello afeitado o desgredado y ropajes rasgados o estrafalarios. (Malinowski, 1994:48).

Las formas de expresión del dolor acompañan los rituales de muerte en diferentes culturas estudiadas por etnógrafos (como podemos ver en: Malinowski, 1994 y en Rosaldo, 1991). Pero la aflicción no es en sí un signo cultural, sino que encuentra en las costumbres de una cultura maneras de expresión. Ni la aflicción explica el ritual, ni éste a aquélla: “Los rituales funerarios, por ejemplo, no ‘contienen’ todos los procesos complejos de la aflicción. El ritual y la aflicción no deben chocar uno contra otro porque ni se encierran ni se explican por completo”. (Rosaldo, 1991:31).

El llanto como manifestación del dolor y sus expresiones sonoras interrumpen la labor médica, el estado emocional o la “tranquilidad” de los pacientes. En este punto podemos subrayar el valor cultural que se da a la labor médica sobre el dolor a través de la institución clínica. El espacio hospitalario da cabida a otras acciones culturales frente a la muerte, como lo es la visita al cuerpo que recién ha perdido la vida. El retiro de los tubos y aparatos para que el familiar pueda ver de “mejor” forma al fallecido priorizan lo formal (el que el familiar no lo vea conectado) sobre lo profundo (la expresión del dolor). En otras culturas parece suceder más bien lo contrario (el dolor se prioriza sobre la acción sanitaria), aunque ninguna pierde de vista las prácticas profilácticas.

La diferencia con otras culturas en este punto, es que, para éstas, el familiar no debe ocuparse del cuerpo: “Así, en ciertos lugares de Melanesia los verdaderos parientes han de guardar distancia y sólo los emparentados por el matrimonio celebran los servicios mortuorios, mientras que en algunas tribus australianas se observa el orden inverso”. (Malinowski, 1994:48). Las culturas estudiadas por los etnógrafos y la que ahora se observa hacen distinción de jerarquías familiares y cercanías parentales con el difunto. La selección de personas también distribuye funciones y refuerza la conformación de lugares de poder en el grupo familiar.

El manejo del cuerpo

Los signos corporales que indican la muerte los leen los médicos y enfermeras en los aparatos conectados al paciente. Sobre cualquier otro síntoma se otorga especial importancia al ritmo cardíaco, a los latidos del corazón o a la ausencia de éstos: “Nosotros tenemos la ventaja, una ventaja muy práctica ¿no? En la terapia intensiva todos los pacientes se monitorizan. Se monitorean los signos vitales. El que nos dice que totalmente murió el paciente [es] el ritmo cardíaco que se maneja en la sistolia, que es la línea recta. Nosotros vigilamos con un monitor el trazo del corazón y nos empezamos a dar cuenta cuando el paciente ya va a morir” (Beatriz, comunicación personal, 2010). El primer indicador de la muerte o de su proximidad es el trazo de una línea en la pantalla de un aparato que monitorea el corazón del paciente.

Esta línea es leída por el personal médico y seguido de esto se contemplan otras señales corporales: “Cuando empiezan a descender los signos vitales, su ritmo cardíaco

empieza a ser más lento, la temperatura puede bajar, la presión arterial puede disminuir. Incluso, a veces ya no tienen presión arterial, pero el corazón está latiendo con una frecuencia de treinta, de veinte, hasta que deja. A veces ya no nos marca frecuencia, pero nos está dando un pequeño trazo; entonces [es] cuando se declara ya [la muerte]. Incluso, el paciente a veces está con un pequeño trazo y ahí lo dejamos, lo dejamos que siga solo el proceso hasta que el trazo nos dé una línea recta y se maneja como sistolia y es cuando se le da la hora de muerte al paciente” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Una línea recta en el aparato conectado al cuerpo es interpretada como la muerte. El agonizante estuvo sedado durante las últimas horas de vida, conectado a aparatos y con cuidados paliativos de enfermería. Acaso tuvo la lucidez de pedir a alguien que no lo dejara solo o que le diera el recado a los familiares de que todo saldría bien, acaso supo su estado de gravedad, acaso fue confesado por un sacerdote pero, si no, la muerte llegó inesperadamente con una línea que representaba los latidos de su corazón.

No obstante, la muerte no siempre llega de manera rotunda, en algunos casos se introduce paulatinamente hasta establecerse por completo en el cuerpo del que yace en la cama del hospital, los que lo cuidan esperan que llegue dicho momento, la demora de la muerte no la presencia el enfermo, sino los médicos y enfermeras: “Pero estamos hablando que eso puede durar, a veces, horas, incluso nos han tocado pacientes que duran un día y medio, en que estamos esperando ya dé el último. En que ya nos ponga el trazo en línea recta y no, se mantiene con frecuencia de veinte, de treinta, veinte, hasta que ya, nos da la línea recta” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La presencia de esta línea indica, aparte del final de la vida y por esto mismo, la terminación de las acciones médicas con respecto a la comodidad o el bienestar del cuerpo. A riesgo de caer en una tautología, lo que se pretende señalar es que para el personal médico cambia el concepto de la corporalidad (de un cuerpo vivo a uno muerto) y con ello la finalidad de las acciones para con ésta.

Hay casos de los que nos habla Beatriz en que sólo queda la espera. En estos parece romperse la regla de que en terapia intensiva se albergan los enfermos con posibilidades de vivir. La llegada del fin es inminente y sólo se está al pendiente de la hora para anotarla en el certificado de defunción, para imprimir en papel el trazo del electrocardiograma como prueba médica de la muerte: “Nada más estamos pendientes a qué horas es, y cuando nos da esa línea recta se le toma un trazo, un trazo de electro, que en un papel nos imprime, para anexarlo en el

expediente. Se les pone un pedazo de papel que nos marca que está la línea recta en la sistolia y se le pone la hora, y es la misma hora que se ve en el certificado de defunción” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

El médico sale del sanatorio y camina a la sala de espera, donde se encuentran los familiares del paciente. Se acerca a ellos y les comunica la noticia: “El encargado es el médico. Él es el responsable de dar la noticia de que falleció un paciente. Y —en lo que es la unidad de cuidados intensivos— se le da la noticia al familiar más cercano. Ya sea esposo, madre, hijos, hermanos. En dado caso de que no haya nadie disponible, el caso se le pasa a Trabajo Social para que ellos se encarguen de buscar a familiares. Pero no avisa, Trabajo Social no avisa que murió, nada más les avisa que tienen que presentarse en el hospital, y ya en el hospital se les da el aviso de que falleció su familiar” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La institución faculta al médico para dar la noticia de la muerte de una persona, a la vez requiere de una escucha que tenga proximidad con el fallecido. Estas designaciones institucionales tienen justificación práctica. Los familiares no podrían creer a cualquiera que les notificara, el médico no podría enterar de la muerte de una persona a quien no tuviera facultades para llevar acciones pertinentes respecto al fallecimiento.

A partir de esta noticia, los familiares experimentan la ausencia. La concepción de una corporalidad viva a una que no lo está les pone en un lugar específico, ser dolientes. El dolor expresado debe regularse en el hospital. Beatriz comenta del caso en que tuvo que salir a la sala de espera a pedir a los familiares que se tranquilizaran, que guardaran silencio: “Pero de pronto, cómo le pides a alguien que no llore o que no haga ruido. Entonces eso fue lo difícil, nos decían [los pacientes internados]: es que hablen con ellos [con los familiares que lloraban escandalosamente]. Pero es que ¿cómo les puedes pedir la prudencia por ser un hospital y por que hay además pacientes a los lados? Pero ¿cómo les puedes decir: no llores? Fue bien difícil, porque sacarlos de la sala, ¡ay! Fue todo un caos y a veces, cuando vas empezando a trabajar y cuando te tocan ese tipo de experiencias, pues obviamente no tienes la facilidad de pedir que se tranquilicen, no tienes esa facilidad de palabra, hay veces que te gana el sentimiento y no puedes decírselo, no es fácil decirle a alguien que se contenga” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Las reglas del hospital con respecto a la compostura y al silencio que debe guardarse tratan de regular las expresiones de dolor. Siendo el hospital un espacio en que se

atienden diferentes casos ajenos entre sí, no permite que el dolor de unos interfiera con el estado de ánimo de otros. Apela a las necesidades de otros que no están viviendo la ausencia de la persona que acaba de morir y por ello orilla a los dolientes a guardar la compostura.

El familiar más cercano se entera de la muerte de su ser querido. El personal médico le pide que entre al sanatorio a ver el cuerpo, esto no tiene motivos profilácticos (aunque a veces el familiar ayuda en alguna tarea), sino se pretende responder a necesidades de los familiares. Antes de ello, se prepara el cuerpo para que tenga una presentación específica ante la persona que entra: “Cuando fallece un paciente se le da la noticia al familiar. Antes de que entre — porque le damos oportunidad al familiar a que lo mire— tratamos de desconectarlo lo mayormente posible de todos los tubos, mangueras, monitores, todo lo que tengan. Tratamos de desconectarlo para que lo mire. Se le da la oportunidad de entrar al familiar unos cinco, diez minutos, según como veamos. A veces nada más entra, se despide de ellos y se va; y hay veces, si es necesario, decirle nosotros que se tiene que salir, porque los pacientes empiezan a presentar una rigidez a la media hora y nosotros tenemos que prepararlos para poder llevarlos al anfiteatro allá abajo, para que pueda pasar la funeraria por ellos. Y ya se le pide al familiar que traiga ya sea un acta o una credencial de elector de la persona que falleció, para que se le pueda expedir el certificado de defunción” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Esta presentación del cuerpo ante el familiar es un ritual de despedida, como menciona Beatriz, indica el fin de la espera de noticias de parte de los familiares; el fin, también, de las labores médicas para el restablecimiento del paciente o de los cuidados paliativos. Se cierra un ciclo en el que los familiares y el personal médico llevaban a cabo acciones que procuraban la estabilidad del enfermo. Inician los trámites burocráticos para que el cuerpo salga del hospital y sea entregado a una funeraria que contrataron previamente los familiares.

Las expresiones de dolor no se hacen esperar; sin embargo, hay un límite. El personal de la clínica lo hace vigente, como se dijo más arriba; moderan los llantos y gritos apelando a las necesidades de los demás pacientes. Una labor difícil para la enfermera: “recuerdo muertes ya muy, muy atrás, desde mis inicios, sí las recuerdo y las recuerdo mucho por el dolor de los familiares; fue muy difícil manejar al familiar en esa situación, por eso la recuerdo, porque en realidad no recuerdo bien por qué falleció el paciente. Sé que era un paciente ya mayor, por el

área, el servicio en que estaba, y pues fue muy difícil manejar a los familiares, por eso me acuerdo mucho, yo creo, de eso” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

No sólo inicia una nueva etapa de acciones para los familiares, también para los que cuidaban al paciente. Si bien ahora no se procura el bienestar o comodidad se llevan a cabo maniobras con finalidades profilácticas. Primero se desconectan los aparatos que mantenían la vida de la persona o medían sus signos vitales: “Bueno, básicamente, desconectas al paciente de todo: monitores, ventiladores, sondas, catéteres” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

A esto último siguen labores de limpieza y de protocolos de información o de inscripciones corporales: “la mayoría de los pacientes evacúa, hay relajación de esfínteres cuando van a fallecer y se limpian si podemos limpiarlos. Se hacen dos membretes, son adhesivos. Un membrete con lo que es su nombre, número de afiliación, edad, el sexo, la fecha y la hora en que murió, y se le pega uno en el pecho. El paciente se encuentra totalmente desnudo. Lo acomodamos en línea recta, los brazos a los laterales, alineamos la cabeza. Muchas veces tienen la boca un poquito abierta, tratamos de cerrarle la boca y todo lo que son orificios, como son: narinas, oídos, boca, lo que es ano y lo que es en la mujer vagina. Les ponemos algodón. Tienden ellos a sacar fluidos después de. Entonces los llenamos con algodón, todo lo que son los orificios. A lo mejor no es nada gracioso ¿verdad? Saber lo que se te va hacer” (Beatriz, comunicación personal, 2010). Independientemente de las labores de limpieza, la posición corporal es generalizada, es una costumbre más que una actividad profiláctica, una acción que hace hablar a la cultura, un ritual.

El trabajo del personal médico del área de terapia intensiva termina con estos membretes informativos que van dirigidos al médico, que firma el acta de defunción, al personal del servicio médico forense, si es que se realizarán revisiones más pormenorizadas, o a los embalsamadores de la funeraria, para que tengan las debidas precauciones sanitarias. El cuerpo ahora lo manejan especialistas, gentes que están acostumbradas a realizar acciones sobre cuerpos sin vida. Esta especialización de los que manejan el cuerpo evita que otros se hagan cargo. El tabú del cadáver está en manos de gente especializada y esto, a los familiares, les ahorra el terror, o el asco o el dolor por el contacto con el cuerpo: “Uno ya está acostumbrado, pero el que no sabe ¿qué dice? ¡Ay! Eso es lo que les hacemos y, después de

eso, los envolvemos en una sábana, así se hacen como tamalitos y encima de la sábana va otro de los membretes adhesivos con la identificación, con los datos de identificación del paciente. Eso es lo que nos corresponde hacer a nosotros” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Todos estos ejercicios del oficio médico hacia el cuerpo tienen la finalidad de presentarlo de una manera. Se pretende igualar la imagen corporal de los muertos. El cuerpo recto, los brazos a los costados, la cabeza mirando hacia arriba, la boca y ojos cerrados, los orificios sellados con algodón, etc. Son maneras que se procuran con todos los cuerpos, esto no es necesario, pragmáticamente hablando, pero subsiste y habla de la cultura que atraviesa el cuerpo del difunto.

Como no todos los cuerpos son iguales hay acciones específicas para la homogenización de la apariencia: “la mayoría de los pacientes ya tiene los ojos cerrados. Hay veces que no se les pueden cerrar los ojos, que les quedan un poquito entreabiertos, los ojos. Por ejemplo, la boca: hay veces que tienden a estar con la boca muy abierta y por más que trate uno de cerrársela no puede. Entonces se usan técnicas de poner vendas alrededor de la cara como cuando te duele una muela para poder mantener la boca cerrada, no muy apretadas; porque todo eso que presione la piel al paciente se le va a quedar marcado. Entonces para la persona que prepara el cuerpo, a lo mejor se le va a hacer difícil maquillar o disimular las marcas de una venda. No es muy recomendado porque a veces quedas muy apretado y te saltan los cachetes un poquito. No es muy recomendado, pero valoras, tú valoras qué tanto le miras al paciente la boca abierta. A veces así se dejan, hay pacientes que se quedan contracturados. Quiero decir, que se quedan con los brazos un poquito doblados, o algo. Entonces, ya en la morgue se encargan de estirarlos. De acomodarlos, ya tensos, ni modo. Se podría decir que se fracturan, se estiran. Regularmente no vemos un cuerpo que está todo doblado. No sé realmente cómo lo hacen, nosotros, pues lo que realmente estamos seguras es que se fractura al paciente para poderlos estirar” (Beatriz, comunicación personal, 2010).

Existen requerimientos de documentos para los familiares que se harán cargo del cuerpo, intercambios burocráticos para regular la entrega. Las personas cercanas al difunto realizan estas actividades protocolarias: “ellos presentan una, una credencial del IFE, o en su defecto un acta de nacimiento. La mayoría de las veces es la credencial del IFE. Si estamos

hablando de pacientes de ochenta o noventa años, es difícil que el familiar te llegue con un acta, entonces les pides la credencial de elector para que se pueda expedir el certificado. De hacer el trámite del certificado se encarga el médico responsable, al médico que le tocó la defunción” (Beatriz, comunicación personal, 2010). La palabra del médico es la más importante para afirmar que una persona murió, a partir de que declara la defunción de una persona se pueden iniciar los trámites siguientes.

El cuerpo ahora está bajo la responsabilidad de los familiares. Son quienes realizan el contacto con la funeraria para que recoja el cuerpo. Mediante llamadas, pagos y trámites burocráticos contactan las acciones del personal del hospital con las del que trabaja en la funeraria: “Nosotros, ya una vez que preparamos el cuerpo se baja a un anfiteatro que tenemos ahí en lo que es el sótano del IMMS. Y ellos [los familiares] tienen que hacer el trámite con la funeraria. Una vez que realizan los trámites, la funeraria viene al IMSS, al anfiteatro a recoger el cuerpo ya con el trámite. A ellos no se les entrega el cuerpo como tal, el cuerpo se entrega a una funeraria, a una funeraria responsable. Porque hay gente a veces que no reclama el cuerpo, entonces, es cuando Trabajo Social ya se encarga de eso. En realidad [el trato con] el familiar nunca es como: te presento tu cuerpo. Es el trámite a través de la funeraria, ya ellos se encargan de preparar el cuerpo y ponerlo” (Beatriz, comunicación personal, 2010). El cuerpo, y lo que suceda con él, ahora es responsabilidad de los familiares. A través de los trámites y un pago transfieren el compromiso del manejo del cuerpo a otras personas especializadas, los que trabajan en la funeraria.

Del cuerpo sin vida que yace en la cama del hospital se desconectan los aparatos que lo ayudaban a mantenerse y los que medían sus signos vitales. Se acomoda en línea recta, se les cierra la boca, los ojos, se ponen los brazos a los costados, etc. Se hacen inscripciones culturales del cuerpo que tratan de borrar, dentro de lo posible, los signos de la muerte. Las inscripciones culturales del cuerpo no son exclusivas de la muerte, son un lugar común dentro de la cultura: “El cuerpo es construido, modelado y remodelado por la intersección de una serie de prácticas discursivas disciplinarias” (Hall, 2003:28). En el caso del muerto, las inscripciones corporales intentan aparentar vida donde no la hay. Es un signo cultural de la muerte, el lugar donde se encuentra es disimulado por la cultura, pero es una pretensión visible, pues no se le da vida, sino que se borran los estragos que la anatomía del paciente

adquiere con la pérdida de la vida. Las prácticas que se inscriben en el cuerpo evitan el aspecto de la muerte, el olor, el flujo de líquidos corporales. Es una lucha por el control de la naturaleza y, de esta manera, podemos hablar de un rito (Durkheim, 2000:89).

La mejor manera en que puede mostrarse un muerto lo expresan las prácticas de los que manejan el cuerpo. Son maneras culturales exteriorizadas, que se repiten en cada caso: “formas objetivadas de la cultura” (Giménez, 2003:85). Las diferencias las indica la anatomía de cada persona, las recurrencias las expresa la cultura. Se evita el asco, el horror y lo insalubre que puede provocar el cadáver. Cabe la duda si esta repugnancia es una expresión del miedo de asomarse hacia el futuro. Con respecto a esto último comenta Thomas, citando a Bataille:

Es simplemente una conducta de evasión. Para cada uno de los fascinados por el cadáver, éste es la imagen de su destino; testimonio de una violencia que no solamente destruye a un hombre, sino que destruirá a todos los hombres. El sobrecogimiento que produce la vista del cadáver es el retroceso mediante el cual rechazan la violencia, por el cual se separan de la violencia. Por ello [...] el cadáver impulsa al hombre a conductas ambivalentes: repugnancia o respeto, deseo de conservarlo entero o necesidad de mutilarlo, cuidados minuciosos de que se lo rodea o abandono sistemático. (Thomas, 1983:298).

Como dice el autor, no sólo la repugnancia se presenta, sino sentimientos ambivalentes de comportamiento frente al cadáver. Mientras que los tratos de enfermeros tratan de borrar las marcas y detener los fluidos, también lo acomodan de maneras más “presentables”; es decir, el trato al cadáver no sólo es sanitario, sino que obedece a las apariencias sociales. El respeto al cuerpo se expresa principalmente en las prácticas burocráticas, pues no se entrega a cualquiera que lo reclame, sino que la entrega obedece a un protocolo como la identificación, el contacto con la funeraria, el que quien reclame al cadáver sea una persona cercana, etc. Este protocolo es tedioso, por lo general, pero es parte de las formas que ofrece la cultura para actuar frente a una muerte. El que los familiares se dispongan a pasar por este trámite burocrático muestra el respeto, la preocupación y el cariño por el cuerpo de quien fue una persona cercana a ellos. Bien pueden no sentir el respeto, la preocupación y el cariño, pero la

institución clínica pone en oferta estas prácticas para, por lo menos, aparentar que se tienen estos sentimientos. Son una manera de demandar la pertenencia y, con ello, la identidad dentro de un grupo. Otras culturas también conservan maneras de sacrificio en que se demuestra socialmente el cariño por quien muere:

Una variedad interesante y extrema, en la que esta actitud de dos vertientes [asco y temor] se expresa de un modo terrible es el sacro-canibalismo, esto es, la costumbre que consiste en comerse en devoción la carne del difunto. Tal cosa se lleva a efecto con una repugnancia y horror extremos, y generalmente es seguida por unos violentos vómitos. (Malinowski, 1994:50).

El trámite de pedir un cadáver es una manera cultural de demostrar la pertenencia y la identidad con un grupo social, en este caso familiar. El contacto con la funeraria es otro de los trámites para la entrega. Los restos toman importancia ritual y por ello el grupo cercano al difunto se preocupa por hacer lo que ningún otro puede realizar por el cadáver, sea que vengan acciones religiosas o profilácticas.

Conclusiones

Resumiendo. Las acciones sanitarias con respecto al moribundo exigen que éste se encuentre bajo sedación, en la mayoría de los casos. Esto impide que los que se encuentran en el umbral de la muerte lleven a cabo ritos que estipula su religión para este trance. El enfermo permanece inconsciente durante sus últimos momentos de vida y en una situación de marginado dentro de la institución hospitalaria. Ignora que morirá aún si los médicos y los familiares tienen conocimiento de esta condena. Gran parte de las veces los seres cercanos al enfermo (más los familiares que los médicos) esperan con incertidumbre el futuro del paciente.

Sólo algunos moribundos abrigan la suerte de que se lleven a cabo ritos religiosos en su transición hacia la muerte. Aquellos pocos que cuentan con esa eventualidad no tienen conocimiento de lo que se realiza porque se encuentran sedados, pero los que permanecen en vigilia participan de estos ritos en los que hay una entrega mutua entre ellos y el dios de su fe. Es una comunicación entre lo profano y lo sagrado que se reavivan y se mantienen vigentes.

Los cuidados paliativos son ritos profanos que se sustentan en el mito de “la muerte digna”, un concepto que inunda las prácticas, aunque no tiene una conceptualización explícita ni delimitada. El mito cumple su función en tanto se adapta a los cuidados médicos, sin embargo, no responde a una idea de dignidad explícita ni evita en el paciente ser un marginado dentro de la institución.

El dolor de los familiares procura ser minimizado por el personal médico. Los sentimientos de pérdida se trivializan a favor de la tranquilidad de los demás pacientes. Se valora la labor médica y la mejoría de la salud de los “otros” sobre la pérdida que viven los familiares.

La regulación de los cuerpos tiene un parámetro con finalidades prácticas y rituales. El cadáver debe tener una posición y presentación específica para su posterior manejo en la funeraria, pero también para ser visto por los familiares. La igualación de los cuerpos responde a valores y prácticas culturales.

Las personas que se hacen cargo del cadáver; es decir, que reclaman el cuerpo, que pagan la funeraria, que pasan por diferentes etapas burocráticas dentro del hospital realizan, al mismo tiempo, una demanda de pertenencia a un grupo social. Es la última prueba de pertenencia entre la persona que murió y el grupo. Es un rito institucional que compensa, de alguna manera, las acciones religiosas que el hospital impide.

CAPÍTULO 3. EL FUNERAL.

El inicio de los ritos de muerte tiene lugar en el hospital. Aunque existen limitaciones para llevar a cabo acciones con objeto del moribundo, se analizó cómo algunas actitudes pueden ser llamadas ritos como lo son los cuidados paliativos o la demanda burocrática del cuerpo. En el presente capítulo se observarán otros lugares de ritos y de interacciones sociales en torno a la muerte que se encuentran dentro del espacio de la funeraria. Visto que, según Rodríguez (1997:132), los ritos son actos repetitivos y predecibles cuya finalidad no es intrínseca; se analizarán las siguientes acciones rituales: el embalsamamiento y la apariencia de vida procuradas en él para los cadáveres; las interacciones entre los deudos en los diferentes espacios dentro de la funeraria, los rezos procurados durante la velación; la misa y, dentro de ella, la creación de estados mentales por medio de objetos y movimientos; y la procesión, como un ritual que conserva la función de solidificar vínculos e identidades dentro de la sociedad mexicalense. Por otro lado se analizará uno de los temas recurrentes dentro de las observaciones de campo y que atraviesa los ritos. A saber, las diferencias en que repercute la apropiación de las tradiciones por el consumo.

El embalsamamiento

Los dolientes solicitan los servicios funerarios al enterarse de la muerte de su ser querido. El hospital entrega el cuerpo a la funeraria, no a los familiares directamente. Los servicios de la funeraria pueden pagarse con anterioridad a la defunción, aunque gran parte de las veces se solicitan al darse el fallecimiento. Las agencias funerarias tienen diferentes presupuestos y la emergencia de la solicitud eleva su precio. En Mexicali, en enero de 2010 estos fluctúan entre \$2,500 y \$20,000, según la funeraria, por servicios de emergencia. Los paquetes de la funeraria incluyen accesorios como el ataúd y/o urna, la lápida, la renta de la capilla para la velación, el servicio de inhumación o de cremación, una misa para pedir por el difunto y el lugar en el cementerio (en una gaveta si se inhuma, en un nicho si se crema).

Al parecer, todos tienen incluido el embalsamamiento, que consiste en el trato corporal del muerto para retardar su descomposición, principalmente; aunque también se le maquilla y viste. Se disimulan los signos de la muerte violenta o de la descomposición.

Mariana se dedica a maquillar cadáveres. En una entrevista con ella explica los signos corporales de la muerte de una persona. En este caso, habla del olor, particularmente, con el

que se tiene que lidiar en el trato corporal con el cadáver: “aunque tengas dos horas de muerto, ya tienes un olor muy particular, porque la muerte celular se da inmediatamente, o sea, obvio, sin oxígeno las células se empiezan a morir y empiezan a desprender ese olor. Se empiezan a oxidar, no es como que suden por las glándulas sudoríparas, sino por la transición vida-muerte, empiezas a traer un olor, como algún perro, igual. Te puedo decir que el humor todavía es peor. Olemos más los humanos que los animales” (Mariana, comunicación personal, 2010). El olor del cadáver es un signo corporal de la muerte generalmente desagradable. Los que trabajan con el cuerpo tanto en el hospital como en la funeraria buscan disimularlo o impedirlo.

El vidrio puesto dentro del féretro tiene la finalidad tanto de impedir la percepción de la descomposición como evitar que los familiares tengan contacto con el cuerpo: “la caja consta de tres capas, lo que es la base que es donde va el cadáver y luego un portillo, que es la que trae los cojines que lo rodean, lo cubre y entonces el cristal y la capa principal. El cristal sirve para que no emita los olores, pero también para que las personas no lo estén tocando” (Mariana, comunicación personal, 2010).

El olor del cadáver es una muestra de la descomposición corporal que deja la muerte a su paso. El que el olor de la muerte en un cuerpo sea repugnante tal vez se deba a un recordatorio de nuestra mortalidad, si seguimos a Thomas (1983:298). Esta repugnancia y el deseo de permanecer separado del muerto crea un vínculo ambivalente con el cadáver, el de retenerlo y alejarse. Malinowski apunta:

Nos lleva esto [el rito funerario] a un punto que quizás es el más importante, a saber, la doble y contradictoria tendencia de, por un lado, conservar el cuerpo, mantener intacta su forma o retener alguna de sus partes, y, por otro, el deseo de deshacerse de él, de quitarlo de en medio, de aniquilarlo completamente. (Malinowski, 1994:49)

Con el embalsamamiento se pretende conservar el aspecto vivo de la persona fallecida. Se trata de retener su imagen aunque sea durante las horas en que duran los funerales. El olor, aparte de ser un recordatorio de la finitud, es también una señal que aviva el nexo ambivalente con el muerto. La tapa de vidrio con que se separa al muerto pretende minimizar el nexo ambivalente y el recordatorio de la mortalidad. Thomas menciona: “La actualidad gravosa del

cadáver, expresada en el olor que despidе, se convierte en el punto central de numerosos problemas, entre los cuales el principal es aquél del que nos habla Ionesco: cómo desembarazarse de él”. (Thomas, 1983:298). Más adelante, anota el autor:

Pero su existencia tiene carácter subjetivo: la náusea varía según las personas, y su razón de ser objetiva queda oculta. Al suceder al hombre vivo, el cadáver ya no es nada: así que no hay nada tangible que nos produzca objetivamente la náusea; nuestro sentimiento es el de un vacío y nosotros lo experimentamos como flaqueza. (Thomas, 1983: 301).

Sin embargo, como mencionaba Malinowski, el cadáver no sólo despierta asco u horror en las personas que lo rodean, también amor, el deseo de conservarlo y, sobre todo, respeto.

El olor no es el único signo desagradable de la muerte al que se pretende evitar o disimular, también lo son otras manifestaciones corporales, aunque estas se cubren con la vestimenta con la que se entierra al muerto. La desnudez dejaría visible la flacidez, la falta de vida del cuerpo, sería una remembranza del fin de cada uno. Mariana cuenta la impresión que tuvo la primera vez que observó la desnudez de un cuerpo sin vida: “mi primer experiencia con un cadáver fue aquí en el SEMEFO de Mexicali. Y has de cuenta que cuando vi, la desnudez fue lo que más me impactó, yo creo por eso mi perfil es de ponerles toda la ropa, los calcetines, porque quiero contrarrestar la vergüenza del cadáver. Porque uno se siente agredido con esa desnudez tan cruda, porque los genitales están flácidos, en las mujeres los senos están casi debajo de las axilas. Se recorren mucho, más de lo que te puedes imaginar, parecen un hombre, parecen pectorales masculinos. Los huesos de la cadera se botan en la mujer, en el hombre se ven como si fueran dos quijadas de un burro. Así, grande se ve la cresta iliaca. Los genitales tienden a desinflarse, a casi desaparecer, como que se desinflan y se meten entre las piernas. El vello púbico se ve más levantado, como erguido porque ya no hay vida, ya no hay calor, el vello se levanta, al igual que el cabello de la cabeza, se separa del cuero cabelludo, se ve como parado, la ceja se levanta, el bigote se tiende a elevar. Porque al recogerse la piel el folículo piloso se levanta por lógica, entonces la desnudez fue lo que más me impresionó, la vulnerabilidad de un cuerpo cuando no tiene vida, que haces lo que quieras con él porque ya está muerto” (Mariana, comunicación personal, 2010). La muerte cambia el aspecto de la persona y lo hace parecer cosas que no fue (los senos de la mujer parecen pectorales

masculinos) o tener cosas que no tuvo (el cabello se encrespa). La desnudez parece agresiva porque el cambio de apariencia deja visibles los signos corporales de la muerte, la diferencia en el aspecto corporal impacta a quienes la presencian.

La desnudez que presenció la embalsamadora ante el primer contacto con un cadáver le dejó al descubierto las huellas de la muerte sobre el cuerpo, fue un impacto tan profundo que hoy es una de las experiencias significativas que recuerda en cuanto a su trabajo como embalsamadora. Si bien, algunos autores como Thomas (1983) y Rivara (2003) sostienen que el horror más profundo ante la muerte es el de la descomposición, el primero admite que el trato cotidiano del cadáver mengua las impresiones de horror y toma el siguiente fragmento de una declaración de un médico forense:

Se necesita un largo tiempo de práctica para aproximarse cada día a los cadáveres más espantablemente descompuestos, y conservar intacto el apetito cualesquiera que sean los alimentos, y poder decir que se sueña con cadáveres o con osarios sin que se trate de una pesadilla. Existe en este campo una especie de sentido profesional que llega hasta la última impasibilidad. Este límite no se borra ni ante el horror en un extremo, ni ante la caridad en el otro. Una especie de estética de la medida permite situar estos cuerpos muertos en una dimensión extrahumana, en un mundo trascendente donde no estamos instalados. La belleza, el drama, la miseria, las huellas del sufrimiento, producen en el operador de cadáveres el mismo eco afectivo amortiguado, no específico. Para el observador superficial, el médico forense disfraza a veces el sentimiento de superación de su receptividad humana aparentando cinismo o humor negro. Más allá del muerto cotidiano o trivial al que la costumbre ha privado de todo poder de sugestión, el operador de cadáveres transforma a la muerte de dimensiones excepcionales en una “sombra”, apariencia cambiante, transitoria y engañosa de su propia realidad. La muerte desencarna al médico forense, que quisiera acercarse a ella con el máximo discernimiento. (Thomas, 1983:302-303).

Para embalsamadores, médicos forenses y quienes trabajan cotidianamente con muertos, los cuerpos comienzan a perder el carácter de persona para convertirse en una especie de “sombra”, como menciona el autor. El que la muerte “desencarne” a quien trabaja con ella se realiza a favor de una finalidad cultural, como es el carácter legal de la revisión del

cadáver o la presentación del difunto en el funeral. La tarea llevada a cabo y su finalidad toman el primer plano, mientras que la persona que ocupó ese cuerpo queda en un plano oscuro. La trasmutación del cuerpo en “sombra” facilita la labor profesional de un servicio que requiere la sociedad de los vivos.

Hay dos maneras de embalsamar usuales en Mexicali. Como cualquier tipo de embalsamamiento pretenden la postergación de la descomposición, aunque no se pretende que la conservación sea prolongada, sino sólo que no sea inmediata y con ello evitar percibir la descomposición durante los funerales; no es una acción precisamente necesaria porque lo más común es que los ritos y actividades que rodean la muerte de una persona duren sólo dos o tres días, como se verá; pero es una acción periódica cuando sucede una defunción. Mariana nos habla de estas dos formas de embalsamamiento: “conocí dos tipos de embalsamamiento: uno, que es cuando le hacen la autopsia, le sacan todos los órganos y los lavan uno por uno con la manguera. Cuando llega un cuerpo y se le hizo el proceso de certificación para saber de qué murió y todo eso. Cuando ya se sabe, se revisan los órganos [...] Y todos los órganos quedan descartados, o sea que no fueron involucrados, comprometidos en la causa de muerte. Ya pasado eso, se le pone una cánula grande en el brazo y se drena la sangre. Entonces, ya que se descartó que no se comprometieran los órganos, se le hace un orificio en la parte del estómago, en la parte izquierda, se empieza a llenar de agua, le meten litros y litros de agua, que por otro lado, sea por el recto, o la parte derecha, salen. Has de cuenta que forman como un círculo de dren” (Mariana, comunicación personal, 2010).

Esta forma de embalsamamiento supone que los órganos fueron revisados con anterioridad para describir la causa de muerte o que esta misma no requiere que las partes corporales sean revisadas. La otra forma de embalsamamiento se diferencia de la primera porque en ella se revisan los órganos con la finalidad de encontrar la causa de la muerte: “Pero el que me ha tocado de cerca es el que hacen una “Y” [en el pecho], le quitan el costillar, le ponen a un lado órgano por órgano y al lado del cuerpo lo empiezan a partir en dos o a perforar y les empiezan a meter agua en cada órgano, con una manguerita. Entonces tú vez la figura del cadáver que se ve como una bomba que se está llenando, hasta parece un muñeco inflable, porque están todos los intestinos por toda la mesa extendidos, llenos de agua, el vaso, el hígado, todos los órganos más importantes, puestos en los lados llenos de agua, lavados, todo,

y se ve el tanque que está succionando el líquido ya contaminado, que trae la sustancia para embalsamar y que capta los ácidos químicos y tóxicos, por así decirlo. Entonces tú ves el cuerpo así que se ve como ponchado y luego lo vuelven a meter todo allí, le ponen el costillar y sellan la “Y” con grapas” (Mariana, comunicación personal, 2010). Esta forma de embalsamamiento se realiza principalmente en el Servicio Médico Forense (SEMEFO), donde se revisan los cuerpos para determinar causas de muerte, así saber si la responsabilidad de una defunción recae sobre alguna persona; es decir, comprobar si se cometió un delito. Pasada la revisión queda la desnudez del cadáver, las señales corporales desagradables que deben esconderse para los que estarán presentes en los funerales, para los que verán a la persona muerta.

El disimulo de estas señales se esconden de igual manera que como escondemos la desnudez en vida: mediante la vestimenta. Quien se encarga de vestir al fallecido son casi siempre los empleados de la funeraria, aunque en ocasiones (por ejemplo, cuando el velorio se realizará en una casa) los que llevan a cabo esta tarea son los familiares y amigos del muerto. La ropa perpetua del muerto la eligen las personas cercanas a él. El manejo corporal para la vestimenta se encuentra disminuido por la rigidez o flacidez del cadáver durante esta tarea, no es como vestir a un enfermo, sino como a un objeto estático: “El cuerpo está rígido, más o menos como por diez horas, ya que pasa el rigor se ablanda el cuerpo un poco. Entonces sí está como cartilaginoso, como tenso, pero hay manera de moverlo sin romperlo, sin romperle los huesos. Hay otras veces que te dicen: sale, ya, porque lo van a querer enterrar ahorita y el rigor mortis no ha pasado, entonces tienes que romper ligaduras para poder moverlo. Entre dos personas se viste al muerto, uno lo levanta, otro le mete la mano a la manga, le da la vuelta a la camisa, y ya queda acomodada, y luego, obvio que no hay ternura, no hay una empatía, no hay nada de eso, porque ya con tanto que los mueves, es como un objeto” (Mariana, comunicación personal, 2010). Por lo general, esta tarea se lleva a cabo por dos personas, una que disponga el cuerpo de manera que se facilite la vestimenta y otra que introduzca la ropa.

Si bien hay diferencias del orden en que se lleva a cabo la vestimenta que obedecen a razones profilácticas y de preferencias de quien viste el cadáver, por lo general se realiza con el mismo método con que se vestiría a una persona viva. Mariana comenta acerca de cómo realiza esta acción: “a mí me gusta ponerle ropa interior porque la costura de la ropa queda

diferente, o sea queda llena, le da más forma a la camisa, al saco, lo que vayan a traer. Todas las capas, que si nada más le pones la camisa y el saco, cómo se va a mirar, entonces de pronto se ve mejor que si no lo usan. Les pongo calcetines, bóxer, o lo que se vayan a poner, pantalón, camisa, zapato, el cinto, el saco lo pegas con un tape para que no se le recorra la camisa, porque la piel de un cadáver, si tú le pones el tape y lo levantas se va la piel ahí, haces una marca que no se pueda borrar. Todo es como por debajo, donde nadie vea, todo es apariencia” (Mariana, comunicación personal, 2010). Esta apariencia del cadáver trata de presentarlo como a una persona viva, puede interpretarse como un deseo de los familiares a seguir viendo con vida a la persona muerta, pero esta idea no es realmente creída, las personas cercanas al difunto saben y no dejan de saber que su ser querido ha muerto. La vestimenta sólo tiene la función de presentar una apariencia ajena a la muerte, es un objeto ritual, pero no lleva consigo la idea de hacer creer a quien presencia el cadáver que es un cuerpo vivo, sólo tiene la finalidad de esconder las huellas de la muerte y brindar una apariencia. Radcliffe-Brown, con respecto a este tema, cita a Hsün Tzu que escribió un texto filosófico acerca de cómo debía ser la actitud ante los muertos en China en el siglo III a. de C.:

Se preparan los artículos usados en vida como si (los muertos) solamente fueran a cambiarse de casa. Se toman sólo algunas cosas, no todas. Son únicamente para dar la apariencia, no para el uso práctico... De aquí que las cosas (tal como fueran usadas) en vida se adornan pero no se completan, y los “utensilios espirituales” son para aparentar, pero no para usarlos. (Radcliffe-Brown, 1974:182).

La vestimenta o utensilios con los que una persona es inhumada o cremada no tienen en sí la meta de ser utilizados en la vida después de la muerte. Procuran dar la impresión, construir un *performance*, erigir una representación estética de la corporalidad, no están ligados a una creencia específica, sino a un rito, y con él, a una función social de pertenencia y a un sentimiento que acompaña el ritual de muerte. Radcliffe-Brown analiza:

La idea adoptada por esta escuela de filósofos antiguos era que los ritos religiosos tienen importantes funciones sociales independientes de cualquier creencia que pueda mantenerse respecto a la eficacia de los ritos. Los ritos dan expresión regulada a ciertos sentimientos humanos y así mantienen estos sentimientos vivos y activos. Y a su vez estos sentimientos, mediante su control o influencia sobre la conducta de los

individuos, hacen posible la existencia y continuación de una vida social ordenada. (Radcliffe-Brown, 1974:183).

El ritual de la vestimenta con la que se inhumará a un muerto responde más a un estado anímico deseado que a una creencia religiosa o mágica. Es una costumbre que pretende expresar sentimientos y regularlos. Controlan la ambivalencia ante el cadáver de la que nos hablaba Malinowski (1994) y al mismo tiempo le dan expresión. Este rito, regula las emociones de horror y amor ante el muerto, les brinda un lugar para ser expresadas y, al mismo tiempo, una delimitación temporal y espacial, un límite. La vestimenta está regida más por una costumbre social que por la fe, constituye un rito, una apariencia, pero no una negación de la muerte, tampoco manifiesta en sí misma la creencia en una existencia después de la muerte.

La modificación corporal del muerto parece obedecer más a quererlo seguir viendo igual, a esconder los cambios corporales que la muerte dejó a su paso y pretender, no que la persona sigue viva, sino que no hay cambios en su apariencia. El dolor sigue siendo el mismo, pero la búsqueda de la continuidad en la apariencia procura esconder el cambio físico, no la muerte en sí. Mariana tiene una opinión diferente: “El hecho de que ellos quieran ver el cadáver como cuando estaba vivo es una manera de no aceptar, es una manera más suave para ellos, el hecho de que a esa persona ya no la van a volver a tratar, no le van a volver a hablar, no la van a volver a escuchar. Porque, si te das cuenta, la persona llega a ver el féretro y dice: es que ni parece que está muerto, es que siento como que me va a hablar, siento que está vivo. Esa es una no-aceptación de la situación que los lleva a buscar que se vea como cuando estaba vivo. Una negación total de la realidad. Y claro que les afecta de diferentes sentidos, o sea, tú ves a una mamá destrozada llorando por el hijo y hay otras personas que son casi indiferentes ante la situación” (Mariana, comunicación personal, 2010). La postura de Thomas (1983) sigue este mismo sentido, la presencia del cadáver es el asomo de los deudos hacia la finitud y por ello una causa de horror y asco. Rivara (2003) no sólo le adjudica a esta vigencia de la finitud el sentimiento humano del horror y el asco, también le suma a este sentimiento el inicio de la civilización y, con ello, liga a cada civilización el miedo ante el cadáver:

El análisis de Thomas se refiere, más que a la relación del ser humano con la muerte, a la relación de éste con el cadáver. Siguiendo a Freud, aquí otorga arranque a la

civilización. A partir de la relación con el cadáver encuentra el sentido del ritual funerario que analiza con detenimiento. Todo se ordena en torno a un afán de desaparecer, a través de creaciones simbólicas, el impacto de la putrefacción. Pero, insisto, el problema fundamental de nuestra relación con la muerte estriba en lo que nos representa el cadáver, el saber que nuestro cuerpo cambiará de nombre, se transformará en algo que ya no tiene nombre en ningún idioma. El punto nodal de la angustia por la finitud está directamente relacionado con el horror a la putrefacción. (Rivara, 2003:86).

Si el rito funerario fuera el iniciador de la civilización debería presentarse en cada sociedad un culto a los antepasados o a los muertos. Se sabe que desde el paleolítico existen las inhumaciones de los muertos: “El entierro entre los hombres de Neanderthal es prácticamente seguro... En el paleolítico superior, la sepultura es también segura” (Thomas, 1983:303). Pero ¿sepultar a los muertos puede ser llamado en sí un rito funerario? ¿Podemos desde la lejanía asegurar que la inhumación que se llevaba a cabo en las primeras sociedades iba más allá de la acción profiláctica? Este par de preguntas han sido respondidas por Durkheim, quien refuta las hipótesis de Tylor que llevaban el mismo sentido que las de Thomas y Rivara, a saber, que los primeros cultos tuvieron como objeto a los muertos:

Si verdaderamente, como lo supone la hipótesis animista, los primeros seres sagrados habían sido las almas de los muertos y el primer culto aquél de los antepasados, debería comprobarse que, cuanto más inferior sea el tipo de sociedad, más lugar tendrá ese culto en la vida religiosa. Pues bien, la verdad es más bien la contraria. El culto ancestral no se desarrolla ni siquiera se presenta bajo una forma caracterizada más que en sociedades evolucionadas como China, Egipto, las ciudades griegas y latinas; al contrario, falta en las sociedades australianas que representan, como lo veremos, la forma de organización más baja y más simple que conocemos. (Durkheim, 2000:66).

La clasificación de Durkheim acerca de las sociedades simples o evolucionadas ha sido criticada por diversos autores, uno de ellos el mismo Radcliffe-Brown (1974). Sin embargo, teniendo que no todas las sociedades rinden culto a los antepasados no es posible aseverar que el primer culto fue dedicado a ellos, ni que el primer rito fue funerario, ni que éste o el horror ante el cadáver fueron el inicio de la civilización. Philippe Ariès nos brinda un norte histórico

en relación al horror ante el cadáver. En su revisión de testamentos de los siglos XV y XVI y en su lectura de Tenenenti (1975) encuentra un punto en el que el horror ante el cadáver no era generalizado:

La vulgarización de los objetos macabros, bajo la forma de cráneos y huesos, tiene a partir del siglo XVI otra significación que la del cadáver putrefacto. [...] Los historiadores se sintieron impactados por la aparición del cadáver y la momia en la iconografía. [...] Hoy, en este horror ante la muerte, Tenenti reconoce más bien la señal del amor a la vida (“la vida plena”) y de la perturbación al esquema cristiano. [...] Antes de ir más lejos, debe observarse el silencio de los testamentos. Ocurre que los testadores del siglo XV hablan de su carroña, y la palabra desaparece en el siglo XVI. De una manera general, no obstante, la muerte de los testamentos se relaciona con la concepción apacible de la muerte en el lecho. Aquí el horror de la muerte física que podía significar el cadáver está totalmente ausente, lo cual permite suponer que también lo estaba de la mentalidad común. (Ariès, 2008:45).

El horror ante el cadáver es un fenómeno histórico y cultural, no está ligado al inicio de la civilización y su imagen cambia según la época. La relación de significado entre la muerte y la descomposición no es intrínseca en las civilizaciones humanas. El horror ante el cuerpo putrefacto es un sentimiento que pertenece a cierta época y a cierta cultura, no es el nacimiento de la civilización humana, forma parte de ella. La conciencia de la finitud es motivo de angustia: “la angustia misma por la muerte incluye, por decirlo así, su propio mecanismo de evasión” (Rivara, 2003). Pero no quiere decir esto que el miedo esté ligado inexorablemente ante el imaginario del cadáver, cosa más bien cultural e histórica.

Estas diferentes actitudes emocionales ante el cadáver son visibles durante el velorio, en que los familiares y personas cercanas están en presencia del cadáver, el que se vuelve la prueba irrevocable de la falta que hará la persona que murió.

La funeraria

En las agencias funerarias se disponen los espacios de tal forma que faciliten el acceso y las acciones tanto de los deudos como del personal que labora en ellas. Algunas construcciones, como la funeraria Jardín de la Esperanza, tienen un acceso posterior en el que se introduce el vehículo que transporta el cuerpo desde el hospital y lo deposita en el lugar donde se

realizarán los actos fúnebres. Otras como la Funeraria Santa Elena están dispuestas de manera que los vehículos tanto de los deudos como los que se requieren para los servicios entren por la parte delantera.

Casi todas las funerarias cuentan con un espacio de recepción de vehículos donde llegan las coronas de flores al inicio del sepelio, sea que un espacio de estacionamiento se disponga particularmente a esa tarea o que se utilice una especie de puerto cerca de la entrada. Aparte se encuentra el estacionamiento en que llegan los autos de los deudos. En algunas funerarias no existe estacionamiento y las personas que llegan deben ingeniárselas para acomodar sus autos en las calles aledañas a las agencias. Las que no cuentan con esta disposición del espacio son generalmente las que ofrece el gobierno municipal y las que ofertan a menor precio sus servicios.

Durante la velación, la calle principal donde se ubican las funerarias tiene hileras de autos. Gran parte de las veces, el espacio de estacionamiento con el que cuentan algunas funerarias no es suficiente para todos los que llegan. En este lugar llegan autos o camionetas de florerías, depositan las coronas de flores y se van. Este es el primer espacio en que se puede observar interacción entre los que asisten al funeral. Es un espacio que no requiere tanta solemnidad como el interior de la capilla. No es el espacio más usual para conversar, pero las conversaciones, saludos, bromas y palmadas en el hombro se dan en este lugar periódicamente. En él también se puede fumar, a diferencia de los espacios interiores de la funeraria. Algunos grupos de fumadores se reúnen ahí, conversan enlutados, algunos sonrientes, otros solemnes, todos con el cigarro sostenido en la mano y exhalando humo.

Uno de los aspectos de las funerarias que marca la diferencia en cuanto a precio es el espacio. Entre más grande es el espacio de estacionamiento y de la antesala en las funerarias el precio se eleva. Son aspectos que no tienen que ver con el velorio, ni con el duelo, ni con el rito funerario, sino con la comodidad de los asistentes. La muerte es un pretexto para el consumo y la prioridad que las funerarias le dan a éste ensombrece el rito funerario y el dolor:

Los entierros no son vergonzosos, y no se los oculta. Con esta mezcla muy característica de comercio e idealismo, son objeto de una publicidad llamativa, como cualquier otro objeto de consumo, un jabón o una religión. Por ejemplo, yo he visto en

1965 en los autobuses de Nueva York: *The dignity and integrity of a Gawler. Funeral cost no more... Easy acces, private parking for over 100 cars.* Las funeral homes son anunciadas en las rutas o las calles mediante una publicidad llamativa y “personalizada”. (Ariès: 2008:84).

En Mexicali no existen este tipo de anuncios. Sin embargo, las funerarias ofrecen “paquetes” como cualquier negocio de comida. Un “paquete” incluye “servicios” y objetos que comprados individualmente tienen un costo mayor que si se compran en conjunto. El espacio de estacionamiento es uno de los “servicios” incluidos en las funerarias que marca la diferencia entre los velorios de los ricos o de los pobres. Los funerales de los que no tienen dinero para pagar una funeraria costosa no incluyen un estacionamiento amplio, mientras que los que lo tienen aseguran que los autos estarán en un lugar seguro y privado. La muerte queda en segundo término, el ritual dependerá de la familia del fallecido, de lo que se encarga la funeraria es de vender un producto que consiste en el espacio y otros “servicios” (como llaman ellos mismos).

Los servicios funerarios a futuro requieren de una anticipación, por lo menos, de un mes. Se pagan mensualmente y varían los precios, según la funeraria y los servicios que se requieran. El precio va desde los \$5,000 hasta los \$54,000. Incluyen el transporte del cuerpo (dentro de Mexicali), el féretro, la capilla de velación, una misa, embalsamamiento, inhumación o cremación. En este punto se dan a elegir especificaciones como el tipo de féretro, el cementerio en el que se llevará a cabo la inhumación y el tamaño de la capilla para la velación.

Los ritos de muerte no desaparecen a favor del consumo, éste último se ha servido de aquéllos para generar beneficios económicos. La muerte continúa siendo objeto de tradiciones, pero las diferencias en los precios marcan diferencias de estatus sociales y económicos: “es la síntesis de dos tendencias, una tradicional y la otra eufórica” (Ariès, 2008:85).

Los asistentes al funeral bajan de automóviles en la calle principal, se detienen si encuentran a algún conocido. Las funerarias generalmente cuentan con una florería en la entrada en que se pueden encargar coronas y arreglos florales. Funcionan todo el tiempo que dure la velación, toda la noche si es necesario. Una o dos personas en el interior se encargan de la manufactura de los arreglos, de atender a los clientes y de regar las flores. En las

cercanías de algunas funerarias se encuentran florerías particulares independientes de las agencias funerarias, aunque con horarios restringidos.

En la entrada suele exhibirse un letrero que recita: “Por orden de la Secretaría de salud se restringe la entrada a niños menores de doce años”. Si bien, esta leyenda puede funcionar como advertencia no lo hace como regla. Es contradictorio encontrar regularmente niños de mucha menor edad dentro de estos lugares.

La recepción permanece abierta durante toda la noche, en algunas agencias también funciona como oficina de ventas. Se encuentra en la entrada de las funerarias. Las oficinas de ventas, cuando no son recepción también, se ubican cerca de la entrada, accesibles a la gente interesada en solicitar servicios funerarios a futuro o de emergencia.

Los recepcionistas dan información de los horarios de las oficinas de ventas (cuando no lo son también), orientan a las personas que llegan y no saben en cuál de las capillas se encuentra la familia del fallecido (cuando cuentan con más de una capilla), y para vigilar el orden en el interior de la agencia funeraria. Cerca de su cubículo de trabajo se encuentra una antesala que antecede a las capillas de velación. En algunas funerarias la antesala es amplia (con espacio para unas cincuenta personas) y debe atravesarse para llegar hasta la capilla que se busca; en otras cada capilla cuenta con una antesala pequeña (con espacio para unas quince personas); y en otras más (la minoría) se carece de ella.

De las paredes de la antesala cuelgan cuadros de colores sobrios, macetas con flores sintéticas ornamentan los rincones, Las bancas se reparten equitativamente el espacio, en cada una caben de tres a cuatro personas.

En esta estancia confluyen los visitantes, sonrín, conversan, se saludan, se abrazan al encontrarse, toman café en vasos desechables. El murmullo de los que están ahí puebla todo el espacio. Esta multitud se divide en grupos que no rebasan las ocho personas. Están cerca de la sala de velación que visitan.

La interacción parece despreocupada y relajada. Es un espacio menos sobrio que el del interior de la capilla, como se verá más adelante. Sin embargo, también se encuentran rostros serios, personas que conversan poco, que guardan silencio durante momentos largos.

Aunque en este lugar el interior de estas salas en algunas personas la interacción parece despreocupada, en otras se nota seriedad, conversan o se quedan calladas, pero no sonríen, no abrazan a quien va llegando. Los rostros de algunas de ellas son serios. Pocos son los que lloran en ese espacio.

Este espacio de relajamiento en el que confluye la mayor parte de los asistentes es un área de evasión de la presencia del difunto. Lo que se evade es la angustia que ocasiona la remembranza de la finitud en el cadáver y la forma es la interacción despreocupada en el lobby o antesala:

Aquí no se trata precisamente de una voluntad racional de negar la muerte sino que — como apunta Heidegger— la angustia misma por la muerte incluye, por decirlo así, su propio mecanismo de evasión. Sin angustia no habría ocultación, de modo que el ocultamiento es justo el síntoma de la angustia [...]. (Rivara, 2003:79).

La interacción y sus formas dentro de las áreas de distención como es la antesala o el estacionamiento de la funeraria exhiben la evasión del cadáver. El motivo de la asistencia es el muerto, pero las acciones se dirigen en sentidos que no lo incluyen. El moribundo que pasó los últimos momentos de vida en soledad en una cama de hospital ahora, siendo cadáver, se rodea de personas que llegan con el motivo de su muerte, pero se relacionan de formas que lo evaden:

Así, durante los velorios o visitas de despedida que fueron conservados, los visitantes vienen sin vergüenza ni repugnancia: ocurre que, a decir verdad, no se dirigen a un muerto, como en la tradición, sino a un casi vivo que, gracias al embalsamamiento, sigue estando presente como si lo esperara a uno para recibirlo o llevarlo a pasear. La índole definitiva de la ruptura es borrada. La tristeza y el duelo fueron desterrados de esta reunión apaciguadora. (Ariès, 2008:85).

La reunión en los velorios rompe con el duelo de los familiares, es un motivo de reencuentro, de interacción despreocupada y, siendo que entre más grande sea la funeraria mayores son los espacios de evasión de la angustia por la muerte, la ocasión de la distracción tiene diferentes oportunidades que dependen del estatus socioeconómico de los dolientes.

Los llantos son la excepción. Una o dos mujeres lloran sonoramente en la antesala. En una de las observaciones hubo una mujer cuyos gemidos se escucharon por toda el área. El llanto apenas duró unos minutos. Todos los que estaban ahí pudieron escucharla. Dos señoras la acompañaron para salir de la sala de velación, la abrazaba una de cada lado, se sentaron en una de las bancas de la sala de estar. La del llanto sonoro no era la única que lloraba, una de las que la acompañaba se limpiaba las lágrimas, pero los gemidos audibles sólo eran los de aquella. La mujer del llanto sonoro silenció aunque continuaba sollozando, otra mujer se acercó, aparte de las que ya la acompañaban. Se mantuvo de pié frente a ella y la estrechó hacia su abdomen, la abrazó fuerte como forma de consuelo.

En el interior de la capilla, en la cercanía del cuerpo inerte se desatan las lágrimas o se guarda un silencio lúgubre. A diferencia de este espacio, la antesala es el lugar donde se detiene el llanto, donde se da consuelo y se regulan las expresiones de dolor a través de palabras de aliento y abrazos. La antesala es un lugar para distraerse del dolor. El llanto se expresa por mujeres, es raro que los hombres derramen lágrimas, si lo hacen tratan de guardar silencio, incluso en la cercanía del cadáver.

El llanto eufórico es motivo de angustia en los grupos que confluyen en la antesala. Tanto en el velorio como en el hospital y el cementerio las manifestaciones sonoras de dolor procuran ser consoladas de inmediato. Se trata de no perturbar la tranquilidad con la que permanecen muchos de los asistentes al funeral:

Una muerte aceptable es una muerte que pueda ser aceptada o tolerada por los sobrevivientes. Y tiene su contrapartida: la *embarrassingly graceless dying*, que pone en aprietos a los sobrevivientes porque desencadena emociones demasiado fuertes, y la emoción es lo que hay que evitar en el hospital y en todos lados. Uno sólo tiene derecho a emocionarse en privado, es decir a escondidas. (Ariès, 2008:75).

Si las funerarias buscan brindar espacios amplios para la interacción no lo hacen sin el fin de responder a las demandas de los que asisten o contratan servicios funerarios. Los visitantes departen con tranquilidad en la antesala y es una actitud común; sin embargo, las manifestaciones de dolor perturban el ambiente y son ocasión de movimiento para acallarlas o tranquilizarlas.

La antesala es el lugar también de los niños. Si alguno de ellos entra a la capilla algún adulto, el padre o la madre casi siempre, le pide que salga. Las interacciones y juegos de los niños se reducen a espacios pequeños, sea porque el lugar tiene mucha gente o porque el espacio es reducido. Algunos adultos los cuidan e impiden que hagan mucho ruido.

Cuando alguno de los deudos sale de la capilla, las personas ubicadas en la antesala se le acercan. Se vuelven protagonistas de pequeños grupos. Los de la antesala les hacen preguntas y los escuchan detenidamente si están hablando. La falta del ser querido les da un lugar importante para la gente que los acompaña.

En este espacio observo el primero de dos tipos de abrazo. Es un abrazo que no se dirige a los deudos sino que se lleva a cabo entre las personas menos allegadas al fallecido. Es de camaradería. A veces la muerte de una persona reúne a familiares o amigos que no se han visto en mucho tiempo. Este tipo de abrazo expresa más la alegría por reencontrarse que el dolor por la pérdida. Si este abrazo se dirigiera a los deudos parecería una falta de respeto. Este tipo de abrazo se da afuera de la capilla, en la antesala.

El segundo tipo de abrazo se realiza en el interior de la capilla, lo reciben los deudos, generalmente sentados en un sofá cercano al féretro o a la entrada. Las personas que entran por primera vez a la sala saludan a los deudos, los estrechan con el segundo tipo de abrazo y les dirigen alguna frase de condolencia como: “lo siento mucho”, “estamos contigo”, “te acompañamos”.

La interacción dentro de la capilla es generalmente solemne a diferencia de lo que sucede en la antesala, se procuran el silencio y las conversaciones en voz baja. Algunas personas lloran en silencio, principalmente los deudos, en especial las mujeres, los hombres rara vez, como se dijo anteriormente. La proximidad al féretro desinhibe los llantos. Las personas que llegan saludan y conduelen a los deudos y se dirigen después hacia el féretro.

El féretro puede estar abierto, generalmente con un vidrio que protege al cuerpo, o cerrado, lo que impide que el cadáver sea visible. Esto obedece a la apariencia del cadáver, si la familia lo considera presentable o no, pero principalmente a las preferencias de ésta, quien decide si muestran al fallecido o no.

Durante las velaciones que llevan a cabo los católicos, las imágenes religiosas suelen acompañar el ataúd. Se coloca una cruz junto a la caja, principalmente. Puede haber un sirio encendido en la cabecera de la caja. Las agencias funerarias cuentan con cruces de aluminio en pedestales móviles que se depositan cerca del féretro y, si la familia no es católica, se prescinde de ellas.

Los que pertenecen a la Iglesia Cristiana reformada no utilizan cruces ni otras imágenes religiosas, aunque hacen uso de fotografías en vida de la persona fallecida. Éstas son elegidas por los familiares. Los que visitan el féretro, después de dar el pésame y mirar dentro de la caja se detienen en las fotografías. Cabe señalar que su uso no es exclusivo de las personas con esta fe, son comunes independientemente de la fe de los deudos, pero los cristianos reformados las utilizan en mayor número. Los católicos seleccionan una o dos fotografías que depositan junto al féretro, los cristianos seleccionan unas veinte o treinta de ellas y forman un álbum accesible a los visitantes.

Sobre la tapa del féretro se coloca un arreglo floral. Se procuran las rosas y los claveles, casi siempre blancos, aunque a veces se combinan con otros colores. Las flores perfuman y decoran el ambiente de la capilla. Los arreglos florales son remitidos por los familiares, amigos y compañeros de trabajo. Cada corona lleva un listón en el que se puede leer el grupo que la envía. Dicen, por ejemplo: “familia Jiménez”, “Supervisión”, “Ventas”, etc.

Las paredes están tapizadas de estos arreglos. Se pueden contar hasta cuarenta o más arreglos florales que manifiestan la solidaridad de los destinatarios para con los dolientes. Las coronas, como su nombre lo dice, tienen forma de círculo, las flores y palmas están en la orilla de la circunferencia, en el centro hay un espacio vacío, toda esta figura la atraviesa el listón. Debajo de la corona hay una especie de caballete de madera, un par de patas que sostienen el arreglo floral, impiden que las flores toquen el suelo y se maltraten, permiten transportarlo manualmente y lo levantan para que sea visible. También se muestran otro tipo de arreglos, no precisamente coronas. Unos que no llevan base de madera y que portan las rosas o los claveles acomodados como en una especie de escalera.

Los católicos dentro de la capilla de velación rezan el rosario, están de pie. Una persona dirige la oración. Comienza el Ave María, llega hasta la mitad y las demás personas rezan el resto, luego se invierten los papeles. Después de rezar diez veces el Ave María viene el Gloria, luego otra oración que termina diciendo: “y llegue para él (o ella) la luz perpetua, descansa en paz, así sea”. La coordinación en las oraciones es persistente. Hay algunos cambios en el Ave María: en vez de decir “ruega por nosotros los pecadores”, se dice “ruega por ella y por nosotros los pecadores”.

Se rezan cinco tandas de la siguiente manera: un Padrenuestro, diez Avemarías, un Gloria y la oración intermedia. Después de las cinco tandas viene el cierre del Rosario, en que primero se pide a Dios que tenga piedad de ella (me parece que esta oración se conoce así, como Piedad), luego se pide a la Virgen que ruegue por ella y la oración final es “El Salve”.

Los rezos de los católicos son ritos explícitos que buscan el perdón de los pecados de la persona muerta. La repetición de las frases, la literalidad de lo que expresan suponen un orden de cosas: lo sagrado y lo profano. Lo primero se vincula a los personajes divinos como la Virgen María y Jesucristo, pero también a imaginarios de los lugares de la vida después de la muerte, para los que es indispensable la salvación. Son órdenes que clasifican al mundo y les impregnan su valor diferenciado en la fe:

Todas las creencias religiosas conocidas, ya sean simples o complejas, presentan un mismo carácter común: suponen una clasificación de las cosas, reales o ideales, que se representan los hombres, en dos clases, en dos géneros opuestos, designados generalmente por dos términos distintos que se traducen bastante bien las palabras *profano* y *sagrado*. La división del mundo en dos dominios que comprenden, uno todo lo sagrado, el otro todo lo profano, es el rasgo distintivo del pensamiento religioso: las creencias, los mitos, los gnomos, las leyendas, son representaciones o sistemas de representaciones que expresan la naturaleza de las cosas sagradas, las virtudes y los poderes que se les atribuyen, su historia, las relaciones de unas con otras y con las cosas profanas. (Durkheim, 2000:41).

Terminado el rosario la gente puede sentarse o conversar. Alguna persona retoma el llanto, casi todas permanecen en silencio, sonrían tristemente. Las que llegan se acercan a los

familiares que están sentados cerca del féretro. Les dicen palabras de consuelo, les reiteran su compañía y solidaridad, los abrazan, los besan. Hay pocas personas a las que se les dan las condolencias en especial, los más allegados al muerto. Los familiares y amigos procuran estar cerca de ellos, parece que se turnaran en el consuelo y en la conversación.

La misa

El horario y el lugar de la celebración religiosa principal varían. Para los católicos, la misa puede celebrarse antes de la velación, en un templo; durante la velación, dentro de la capilla funeraria, o después de ésta, también en el templo. En este último caso precede a la procesión. Las celebraciones en el cementerio son raras, aunque se llega a dar preferentemente en el caso de los que pertenecen a la Iglesia Cristiana Reformada.

Las personas que cuentan con los medios económicos suficientes anuncian en el diario local el día, la hora y el lugar en que se llevará a cabo el ritual; así también el nombre de la persona que murió y los familiares que participan en el duelo, por ejemplo: “sus hijos y nietos” o “su esposa e hijos”.

Los autos se estacionan en las calles aledañas al templo. El tiempo de búsqueda de estacionamiento retarda la llegada de algunos fieles. Afuera, cercana a la entrada, se estaciona la carroza fúnebre, de donde se baja el cuerpo. Los familiares del difunto son quienes introducen el féretro y lo depositan frente al altar. El arreglo floral permanece sobre la tapa.

En los casos en que el cuerpo es incinerado se presenta la urna en el templo, o bien el cuerpo, antes de ser llevado a la cremación, práctica que según el padre Tomás tiene cada vez más frecuencia: “si el muerto es cremado también puede ser que que la misa se haga antes. Igual pueden traer la urna a la iglesia después de cremado y se celebra con la urna presente. También pueden traerla inclusive dos, tres o cuatro días después o lo que la gente guste. Parece ser que por allí va la tendencia, cada vez más se crema gente y luego traen la urna a la celebración” (Padre Tomás, comunicación personal, 2010).

El padre Tomás menciona que la celebración de la misa para un difunto lleva las mismas partes que una misa cotidiana, sólo cambian las lecturas y se suman algunos elementos simbólicos: “Prácticamente es lo mismo solamente varían las lecturas bíblicas que se escogen con el sentido de la muerte y la resurrección. El sentido de la misa es traer el

muerto a la iglesia, poner agua bendita sobre el ataúd y prender incienso. Si es posible, también encender el cirio pascual al frente de la celebración y ofrecer la plegaria en un momento determinado de la misa por el muerto”. (Padre Tomás, comunicación personal, 2010).

Los ritos llevados a cabo en la misa, si bien tienen un fundamento en la fe de la Iglesia que se prescribe en sus concilios y catecismos, no es una base por la que fundamentalmente los asistentes a las misas sean partícipes de estos ritos. Las creencias religiosas de los asistentes pueden congeniar, disentir o ignorar la creencia central que la Iglesia liga al rito y, sin embargo, participar en éste por ser un hecho que solidifica las relaciones sociales y mantiene un estado mental:

Las representaciones religiosas son de representaciones colectivas que expresan realidades colectivas; los ritos son maneras de actuar que no surgen más que en el seno de grupos reunidos y que están destinadas a suscitar, a mantener o a rehacer ciertos estados mentales de esos grupos. Pero entonces, si las categorías son de orden religioso, deben participar de la naturaleza común a todos los hechos religiosos: deben ser, ellas también, cosas sociales, productos del pensamiento colectivo. Al menos — pues, en el estado actual de nuestros conocimientos en esas materias, hay que cuidarse de toda tesis radical y exclusiva— es legítimo suponer que ellas son ricas en elementos sociales. (Durkheim, 2000:15).

Los estados mentales que busca el rito los produce mediante los objetos que utiliza, como el incienso, la música, los movimientos centrales, las palabras repetidas o lo dicho en las oraciones. A la vez, trata de generar un espacio y poner un límite a un sentimiento. Permite la constitución de estados de ánimo, da la apariencia de unidad y solidifica los grupos sociales:

Una vida social ordenada entre los seres humanos depende de la existencia en las mentes de los miembros de una sociedad de ciertos sentimientos que controlan la conducta del individuo en sus relaciones con los demás. Es evidente que los ritos son las expresiones simbólicas reguladas de ciertos sentimientos. Puede, por tanto, demostrarse que los ritos tienen una función social específica siempre y cuando tengan

para su efecto regular, mantener y transmitir de una generación a otra los sentimientos de los que depende la constitución de la sociedad. (Radcliffe-Brown, 1974:180).

Es usual que un coro acompañe la misa. Las particularidades de los instrumentos de este conjunto musical varían. Pueden ser guitarras, voces y percusiones a los que se pueden sumar instrumentos eléctricos como el teclado. Interpretan canciones de temas religiosos y tienen tiempos de interpretación durante la misa. Acompañan musicalmente diferentes etapas de la misa y en otras guardan silencio.

Los asistentes visten de colores oscuros tanto en la misa como en la capilla de velación. Se reza el “Yo pecador” en el que los feligreses se reconocen como culpables de pecar. Se canta “El piedad” acompañado y dirigido por el coro.

Generalmente los familiares del difunto participan en la misa leyendo “La primera lectura” (que es tomada de los libros bíblicos del “Antiguo Testamento”), “El Salmo” (Tomado del libro bíblico de “Salmos”) y el “Aleluya” (Tomado del “Nuevo testamento”). Antes de subir a la tribuna donde se realizan las lecturas, el participante puede persignarse, aunque no sucede siempre, obedece a razones preferenciales del fiel.

El sacerdote realiza la lectura del Evangelio. Si bien, las partes anteriores de la misa concuerdan con el “Misal católico” o programa de lecturas de la misa según el día, el fragmento bíblico leído en el Evangelio es elegido especialmente para la misa de difuntos, esto le da pie a que el celebrante predique acerca de la fe de la Iglesia con respecto a la resurrección. En una de las observaciones se leyó un fragmento del Evangelio según San Juan (11:20-27):

Apenas Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía en casa. Marta dijo a Jesús: “si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aún así, yo sé que puedes pedir a Dios cualquier cosa y Dios te la concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Ya sé que será resucitado en la resurrección de los muertos, en el último día”. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección (y la vida). El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. Ella contestó: “Sí, Señor; yo creo en que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”

En la homilía de la lectura transcrita, el padre mencionó la necesidad de creerle a Jesucristo. “Más que creer en él hay que creerle a él”. La persona que murió, dijo, “es un ejemplo de vida para sus familiares. Hay que creerle a Jesucristo para alcanzar la vida eterna”, mencionó.

Terminada la homilía viene “El Credo”. Una oración en la que se manifiesta la fe de la Iglesia Católica. Los asistentes a la celebración la saben de memoria y la recitan en voz alta. Esta parte de la misa sucede también en las que no están dedicadas a los difuntos.

Se realiza la santificación del pan y el vino. Se muestra la hostia y el cáliz para representar el cuerpo y la sangre de Cristo, se repiten las palabras de la última cena. Para el pan (la hostia): “este es mi cuerpo que será entregado por ustedes”. Para el vino: “esta es mi sangre que será derramada por ustedes para el perdón de los pecados”. Este ritual termina con una pequeña oración recitada por los feligreses: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven señor Jesús”.

Viene una parte de la misa que se dedica a las ofrendas y en ella se pasan canastos donde los feligreses depositan limosnas. Es común que los familiares de la persona fallecida participen acercando los canastos a los demás asistentes, quienes depositan dinero.

El padre levanta la hostia, la muestra y dice “Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”, los asistentes contestan “yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. Éste rito da paso a la muestra de Paz, en la que los creyentes se estrechan la mano con la gente que tienen más cerca. Esta etapa del ritual da ocasión para algunas manifestaciones de cariño. Algunas personas se acercan a sus seres queridos y los saludan efusivamente. Esta parte de la misa es acompañada por el coro.

Sigue “La Comunión”, en esta parte el padre se acerca al pasillo, lo acompaña el acólito. La gente se acerca y forma una fila, están cerca del féretro. Cada persona pasa a recibir la hostia, el padre se las da en la boca. El coro acompaña musicalmente. Las personas que ingieren la hostia se regresan a las bancas, se hincan, agachan la cabeza y juntan las manos en señal de que hacen oración.

En este momento inicia la petición del sacerdote porque el alma del difunto descanse en paz, se hace una plegaria por el perdón de los pecados. El padre Tomás, en entrevista, comenta: “Ya que el creyente fue parte de una comunidad de fe, en el momento de la muerte se debe hacer oración por él, la oración por un muerto siempre será para pedir a Dios el perdón de los pecados. (Padre Tomás, comunicación personal, 2010).

Concluida la comunión el padre pide —y aclara que esta misa se realiza— por el descanso eterno de la persona fallecida, para que su alma encuentre la paz, dice. Baja del púlpito (la parte más alta del altar, desde donde se oficia la mayor parte de la misa), reza una oración en la que se pide por el alma del fallecido, el acólito le acerca el hisopo y el recipiente de agua bendita. Con ella rocía el féretro y a la gente cercana a éste. El sacerdote regresa al púlpito y dice a los fieles que la misa ha terminado.

Algunas personas rodean el féretro y comienzan a empujarlo por el pasillo central hacia la entrada. Los asistentes desocupan las bancas, se levantan y caminan hacia las salidas, detrás. Rompen la formalidad, la seriedad y el silencio que requería el rito de la misa, se saludan, conversan. Algunos esperan a que salga el ataúd para salir después, otros ocupan las salidas laterales sin esperar a los que empujan el cajón.

La carroza fúnebre está acomodada de tal forma que la parte trasera está dispuesta para que los que llevan al muerto lo puedan depositar más fácilmente en el interior. Las personas que lo empujaron hasta ahí ahora lo cargan y lo depositan en la parte trasera de la carroza. El vehículo permanece encendido, el chofer baja, camina hasta la parte trasera y cierra la puerta.

Una patrulla permanece cercana a la entrada de la iglesia, tanto ésta como la carroza esperan a que los autos se acerquen a la entrada para comenzar la caravana que se dirigirá al cementerio, si es que la misa tuvo lugar después de la velación del cuerpo. Esta disposición de los vehículos no es una organización en la que se hayan puesto de acuerdo los automovilistas, simplemente se acercan con los autos a la entrada de la iglesia y la aglutinación de los vehículos en esta parte significa que están listos para la marcha.

Sin embargo, no todo los asistentes a misa se preparan inmediatamente para la procesión. Algunos se saludan, conversan, bromean, se abrazan en las proximidades de la entrada del templo. Parecen esperar que los familiares más cercanos, los protagonistas del rito,

estén listos para seguirlos. Los saludos entre los familiares son efusivos, hay abrazos, besos en las mejillas, comentarios que provocan risa. Pero los abrazos y saludos a los dolientes son más solemnes, no son efusivos, sino de consuelo. Los movimientos corporales de los dolientes principales parecen descompuestos por el dolor de la pérdida, puede haber lágrimas.

Los comentarios entre los familiares y amistades de los dolientes son circunstanciales: qué calles tomaron para llegar, qué hacían antes de llegar a misa, etc. No son comentarios de dolor, ni confesiones atrevidas. Pláticas cotidianas.

Visten de manera solemne, con trajes, camisas de un solo color, se procuran los colores oscuros como el negro o el azul, aunque el blanco también es común. No se utiliza ropa informal como playeras o bermudas. No se usan colores llamativos. Hay cuidado en la manera de arreglarse, la ropa está cuidada, no tiene manchas ni arrugas. Se procura aparentar formalidad y limpieza en la vestimenta.

La procesión

Los asistentes al velorio salen de la funeraria o de misa (según el orden que lleve el rito) y suben a los autos. Grupos de tres a seis personas abordan y esperan que comience la procesión hasta el cementerio. Si la salida es de la funeraria, las coronas de flores son subidas a los vehículos o camionetas de la agencia y tienen como destino el cementerio.

El automóvil negro se acerca ya sea al templo o a la funeraria (según el orden). Lleva los vidrios polarizados, amplía la carrocería trasera, con una adaptación-extensión para que quepa el ataúd, un garabato de aluminio en cada costado.

Se estaciona próxima a la salida del cuerpo, se abre la puerta trasera de la sala de velación al tiempo que la de la carroza fúnebre. Los empleados o los familiares, según la elección de los deudos, suben el ataúd al vehículo, el chofer cierra la puerta. El flujo de coronas a los vehículos concluyó, los asistentes al funeral que faltaban por subir a sus autos ahora lo hacen.

Una patrulla de policía encabeza la caravana y cuida el libre avance de la procesión. En este momento las señales de tránsito pierden validez para la hilera de automóviles, la patrulla permite su avance y cuida que otros autos no interfieran con éste. Los altos de las esquinas y los semáforos se vuelven relativos, la fila de autos se los ahorra y corre. Los que pretenden

atravesar en sentido horizontal al que lleva la procesión deben esperarse a que pase el último auto. Es como si esperaran que terminara de cruzar un tren.

En el interior de la carroza fúnebre generalmente hay un miembro de la familia. Esto, en las ocasiones en que sucede, tiene la función de dirigir al chofer para que la caravana pase frente a la casa de la persona que murió, un acto ritual. Seguido de eso, la procesión continúa su trayectoria hacia el cementerio, donde se llevará a cabo la inhumación o depósito de la urna en que están las cenizas. La caravana se diluye en las cercanías del panteón o en el estacionamiento (si cuenta con él). Los autos se acomodan y de ellos bajan los familiares y amigos del fallecido para llevar a cabo la inhumación, como se verá en el siguiente apartado.

El rito de la procesión no consiste en ruegos ni tiene una deidad a la que se dirija. Es una manera de actuar, como decía Durkheim, o la regulación y la expresión de un sentimiento, decía Radcliffe-Brown. Si bien, el objeto sagrado existe, el cuerpo mismo y, de esta manera, constituye un fetiche religioso, el ritual de la procesión construye una apariencia de unidad y con ello da solidaridad a los vínculos. Cumple su función social.

Además, hay otros [ritos] que reclaman del fiel prestaciones activas y positivas y que, sin embargo, son de igual naturaleza. Actúan por sí mismos, sin que su eficacia dependa de ningún poder divino; suscitan mecánicamente los efectos que son su razón de ser. No consisten en ruegos, ni en ofrendas dirigidas a un ser cuya buena voluntad se subordina el resultado esperado; sino que ese resultado se obtiene por el juego automático de la operación ritual. (Durkheim, 2000:39).

La procesión no sólo es dirigirse al cementerio, es hacerlo en caravana, siguiendo la carroza fúnebre, con una patrulla que permite la libre circulación de la hilera. Es una pausa en las reglas viales que convierte en protagonistas de las calles a los deudos, que se hicieron acreedores a este permiso mediante el dolor y un objeto, el cadáver. Es un rito, que si bien puede darse en otras partes, permite el sentimiento de pertenencia a una sociedad y a un lugar, Mexicali.

Conclusiones

Los diferentes ritos observados, aparte de corresponder con la descripción de ser actos repetitivos y predecibles cuya finalidad no es intrínseca y, por ello poder ser llamados ritos,

según Rodríguez (1997); tocan también lo mencionado por Durkheim (2000), si los tenemos como maneras de solidificar los vínculos; asimismo caen en lo entendido por Radcliffe-Brown (1974) como la creación de estados mentales. Aparte de ello, los rituales llevados a cabo con motivo de la muerte de una persona están ligados con procesos de duelo; como también con la conciencia de la mortalidad y los procesos de angustia que esta genera.

En el embalsamamiento, la apariencia de vida en el cadáver no lleva consigo una negación de la muerte; si bien puede estar vinculada con la angustia de la finitud de la que hablan algunos autores como Thomas (1983) y Rivara (2003). El embalsamamiento pretende borrar las huellas de la muerte en el cadáver y con ello controlar la apariencia del muerto, dar continuidad a su aspecto en vida, pero no se vincula esencialmente con una creencia de la vida después de la muerte ni sustenta una fe en la que se crea que el fallecido sigue con vida.

Las sociedades consumistas permean los ritos de muerte en los velorios y llevan sus formas de intercambio económico a las tradiciones funerarias. Esto ensombrece el duelo y la pérdida y constituye diferencias en las interacciones de las personas en los espacios funerarios según su estatus socioeconómico.

Los asistentes a la misa pueden presenciar o participar de los ritos que ahí se llevan a cabo, independientemente de si coinciden o no con las creencias que estipula la Iglesia. Los ritos tienen la función de crear estados mentales y de regular sentimientos que se transmiten socialmente.

La procesión sigue este mismo sentido, crea la apariencia de unidad, con ello solidifica los vínculos, regula sentimientos y responde a la demanda de pertenencia de un lugar mediante la participación en las tradiciones. Es un rito que no tiene un dios, pero que se construye como acto mágico en sí mismo. Convierte a los duelistas en actores protagónicos y tiene como fetiche el cadáver.

CAPÍTULO 4. EL CEMENTERIO.

Rito, identidad y procesos colectivos

En el capítulo anterior se observaron las maneras en que generalmente se vinculan los participantes de los ritos con el muerto antes de ser inhumado o cremado. El trato con el cadáver, la misa, el velorio y la procesión son ritos que se llevan a cabo alrededor de un objeto fetichizado que remite a la memoria de una persona. Después de la procesión tienen lugar otros ritos que, generalmente, son escenificados en los cementerios, comienzan con la inhumación (en la que sólo eventualmente son dirigidos por un sacerdote o pastor) y terminan con las visitas al lugar donde reposan los restos. En el presente capítulo se analizarán temas como la distribución ritual alrededor del féretro en la inhumación y cómo esto representa diferentes significados de la colectividad, los diversos procesos individuales y grupales que confluyen en el tiempo en que se da el rito, el mantenimiento de un “nosotros”, es decir, de un sentimiento de pertenencia a través de las conversaciones con el muerto y las acciones frente a los sentimientos ambivalentes de horror y amor frente al cadáver.

Círculos alrededor del féretro

Al llegar al cementerio termina la procesión, la caravana se difumina y los autos se dispersan en el estacionamiento. Los asistentes al funeral bajan de los vehículos y caminan con rumbo a donde se llevará a cabo la inhumación. Marchan en una sola dirección, pero sin coordinarse, el grupo se difumina a diferencia de lo que se dio en la procesión. La caminata hacia el lugar no es un acto ritual, sólo es requisito práctico para llegar. Sin embargo, el acomodo de las personas en el lugar en que se llevará a cabo el entierro no es al azar. En una observación se tomó nota de que sobre el lugar donde se depositó el cuerpo el personal del cementerio instaló una carpa bajo la cual se acomodaron los deudos. En un primer círculo se encontraban los más allegados al difunto, como son, los hijos, la esposa, los padres, los hermanos y los amigos cercanos. En un segundo círculo se ubicaron los familiares de segundo orden, compañeros de trabajo y conocidos de los deudos.

Este orden circular alrededor del féretro no tiene un acuerdo explícito, es parte del ritual de inhumación, facilita las muestras de consuelo mediante abrazos y tocamientos que se darían difícilmente si el grupo estuviera disperso. Este orden circular prevaleció en otras inhumaciones observadas, en una visita al cementerio “Jardín de la Esperanza” en octubre de

2009, se observó a unas cuarenta personas concentradas en dos círculos, uno circundando el ataúd, debajo de la carpa, y otro más alejado, con el mismo centro. El agrupamiento circular en torno a la tumba, la cercanía a ésta o la lejanía refleja la proximidad o lejanía (por lo menos en apariencia) de la relación con el difunto y con el grupo de dolientes. Los del primer círculo se vuelven protagonistas del acto, su pérdida les coloca en el lugar principal del rito. El acomodo dentro del sitio es una representación de la idea que el grupo tiene de sí mismo, de las categorías con respecto a la cercanía con el muerto y, respondiendo a esta idea, se organizan los asistentes; de este tema nos habla Rodrigo Díaz, con respecto a la representación de la sociedad en un espacio, el cual representa los niveles y cercanías particulares que conoce la colectividad:

Estas formas o representaciones colectivas expresan el modo en que el grupo se piensa a sí mismo y al mundo, de tal suerte que en principio individuos de diversos grupos se adaptan a realidades y formas colectivas distintas. Tomo por ejemplo la categoría de espacio. No hay hombre ni sociedad que no la posea, pero cuál sea el contenido que tenga y cuál la fragmentación que de ella se realice depende de cada sociedad. (Díaz, 1998:97).

La fragmentación y distribución espacial es una representación en escena de la pertenencia al grupo familiar, independientemente de la identidad con la colectividad, la congregación en círculo promueve el reforzamiento de los vínculos y escenifica una idea de unidad. La proximidad al féretro representa la pertenencia a un grupo, principalmente familiar. Este colectivo se acerca y mediante una representación en el espacio manifiesta su pertenencia e identidad con el grupo.

La apariencia de homogeneidad acerca al grupo, pero las individualidades que lo forman pueden estar viviendo procesos diferentes del duelo. La convivencia ritual es una intersección de diferentes procesos individuales. Los participantes del rito escenifican una idea de la colectividad que los contiene, sus fragmentaciones y continuidades tienen el sentido de mostrar los papeles que las personas tienen en el grupo familiar. Sin embargo, la apariencia de homogeneidad en los actos rituales no representa fielmente el estado emocional o mental que vive cada uno de los participantes. Cada asistente al funeral vive procesos diferentes vinculados con la muerte que presencia, el ritual no contiene ni reúne la totalidad de los

procesos individuales, sólo se cruza temporalmente con ellos. Respecto a esta experiencia individual de procesos frente a la muerte que interceptan con el ritual nos habla Rosaldo:

En contraste con Leach, me parece que la heterogeneidad de los rituales es menos aparente que real. Múltiples procesos pueden ocurrir juntos, dentro de un solo ritual, y cada uno puede seguirse por diferentes senderos. Su unión en un escenario específico puede ser motivado (debido a la coherencia que le subyace), accidental (más que nada por coincidencia) o, a veces, algo en medio. Por ende, los trabajos etnográficos que pretenden estudiar a la muerte deberían incluir los procesos de duelo junto con la organización social y simbólica de los ritos funerarios. (Rosaldo, 2006:234).

La organización simbólica de los ahí reunidos hace converger diversos procesos individuales. El duelo se vive en la individualidad, pero la proximidad en el rito crea un ambiente de contención para los dolientes. Los círculos que forman los deudos alrededor del muerto aunque es un rito que busca la igualación de las acciones y representa la idea del grupo, no contiene ni abarca los procesos individuales que están viviendo los participantes del rito.

Flores, ofrendas y adornos.

La distribución circular en el espacio se acentúa en el momento en que el muerto está a punto de ser enterrado. Algunos grupos tienen la costumbre de depositar flores dentro del féretro antes de que sea enterrado. Se reparten claveles y rosas. Los portadores de ellas aprovechan los últimos minutos para depositarlas dentro de la caja, como una ofrenda.

Las ofrendas de flores no sólo tienen lugar durante la inhumación. En diferentes puntos del proceso ritual son utilizadas con esa finalidad. Cerca de los cementerios se ofrecen flores y arreglos, esta oferta se agranda en fechas especiales, como el Día de Muertos o Día de las Madres. Ejemplo de ello es el Panteón “Pioneros de Mexicali” durante el 1º de Noviembre.

Cerca de la entrada se encuentran personas que entran con ramos de flores de cempasúchil, claveles blancos o rojos, y otras que salen sin ellos; los dejan dentro, en el lugar que vienen a visitar. Flores moradas, blancas, rojas y amarillas destellan en el ambiente. Los puestos que las venden se encuentran en la entrada, sobre López Mateos, y en el pasillo

interior, cruzando la puerta; las ofrecen a todo el que pasa por ahí: ¿quiere flores, oiga?, preguntan.

Los arreglos son restringidos en algunos cementerios particulares. En ellos se pretende conservar una estética uniforme y es una de las particularidades que ofertan. A este tipo de panteones pertenece “Jardín de la Esperanza”, donde los arreglos que no van de acuerdo con la estética del lugar son desechados. Nos dice un informante: “uno puede traer flores naturales o artificiales, las primeras las quitan cada miércoles, las segundas se quedan aquí más o menos quince días. No se pueden traer cosas muy vistosas o que invadan otras lápidas, si quieres más tarde podemos leer el reglamento del cementerio para que veas cuáles son las reglas, por cierto, alguna vez le quisieron poner una de esas capillas pequeñas a una señora que estaba enterrada aquí, trajeron las lápidas de mármol, una virgen y un domo, pero los trabajadores tuvieron que quitarlas y se le explicó a los familiares lo que sí pueden traer”. (Roberto, comunicación personal, 2009).

A diferencia de los anteriores, en los cementerios municipales los visitantes tienen más libertad de adornar la tumba, no se pretende conservar una unidad en el aspecto del lugar, los adornos permanecen hasta que los visitantes lo deciden. Durante una visita al cementerio ubicado sobre la carretera a Tijuana se observa que la lápida del padre de una informante se encuentra cubierta de macetas con flores sintéticas de colores: pequeñas y medianas, las pequeñas caben en una mano, las medianas son lo doble de grandes. La informante recoge macetas y me solicita que le ayude en la tarea. Me pide que meta las macetas en una de las bolsas negras. Me allego una de ellas, tomo cada maceta pequeña y la deposito dentro, me aclara que sólo hay que llevarse las pequeñas. Infiero que como están llenas de polvo pretenden lavarlas para traerlas de nuevo el dos de noviembre, tres días después de esta observación.

Durante el 1 y 2 de noviembre los cementerios se llenan de colores vivos. Las flores de las ofrendas inundan el ambiente. Las formas de arreglar las tumbas las decide cada grupo de visitantes. En la etnografía llevada en los días mencionados se registró la festividad manifiesta en el ritual. En el “Jardín de la Esperanza” cualquier punto de observación está lleno de colores vivos: amarillos, rosas, blancos, naranjas, entre ellos. Junto a una tumba una familia acomoda hojas de flor de cempasúchil y clavel de tal manera que forman una cruz anaranjada

con contornos blancos. La creatividad está presente en la festividad, la ofrenda da pie a que el grupo familiar mantenga una actividad en común.

Las flores no son el único objeto que permanece en las ofrendas. Las veladoras también son elementos que utilizan los visitantes del cementerio para adornar la tumba. Éstas se encontraron en algunas de las observadas el 2 de noviembre en diferentes cementerios, los visitantes las dejaban encendidas al marcharse. Las lápidas permanecían con las flores y ornamentos después de que se marcharan los deudos. Las ofrendas tienen como motivo el recuerdo del muerto. Son una forma de convivencia del grupo que ahí se reúne y el recuerdo que tienen del ausente. Dice Radcliffe-Brown acerca de la cultura china:

Un linaje, si es de más de tres o cuatro generaciones incluye tanto a las personas vivas como a las personas muertas. Lo que se denomina culto a los antepasados consiste en ritos realizados por los miembros de un linaje más o menos amplio (es decir, que consiste en más o menos generaciones) con referencia a los miembros muertos del linaje. Estos ritos incluyen ofrendas, habitualmente de alimento o comida, y tales ofrendas, se interpretan a veces como la participación de muertos y vivos en una comida. (Radcliffe-Brown, 1974).

Si bien la costumbre de la cultura mencionada hace referencia al linaje, y aunque en Mexicali no existe esa categoría aplicada, hay similitudes con el grupo familiar. Las ofrendas sobre el sitio en que yace el difunto reclaman pertenencia de los que ahí conviven con el difunto. Las flores son la manera de convivir, crear unidad en el grupo y reclamar la memoria de la persona muerta.

En los cementerios municipales se permite plantar árboles sobre o cerca de las tumbas. Esto complementa el ornato de las ofrendas florales en días especiales y sirve de sombra durante las visitas de los familiares. De los pasillos terregosos de los panteones municipales ascienden árboles añejos. Procuran cubrir de sombras algunos sitios y así construyen los lugares en donde la gente se tapa del sol. Los árboles protegen en momentos a la gente que anda por ahí. Sin embargo, en algunos casos, parece que el árbol forma parte de la tumba, nace de ella. No son casualidades porque sería raro que en Mexicali naciera un árbol grande incidentalmente, el clima desértico se encargaría de terminar cualquier nacimiento accidental

de una mata. Cabe imaginarse que los árboles de los cementerios son resultado de la visita periódica de la gente o del trabajo de los jardineros. Los árboles mezclan la trivialidad de la búsqueda de sombra en días soleados con la profundidad cultural del proceso ritual. Los árboles son presencia material de los procesos rituales y de duelo que viven las personas que los plantaron. La presencia de árboles sobre las tumbas es un ejemplo de lo que Rosaldo conceptualiza como la mezcla de la trivialidad y la profundidad cultural en los ritos, menciona que:

Los rituales muestran ya sea una profundidad cultural o se desbordan en trivialidades. En el primer caso, los rituales sí encierran la sabiduría de una cultura; en el segundo, actúan como catalizadores que precipitan procesos cuya exposición ocurre en meses subsecuentes y hasta años. Muchos rituales, por supuesto, logran los dos aspectos, combinando cierta sabiduría con una dosis similar de trivialidad. (Rosaldo, 1991:26).

El plantar árboles no está ligado con una creencia religiosa manifiesta. Es una costumbre que llevan a cabo algunos deudos. Es también una ofrenda porque se convive con el recuerdo de quien falleció. Plantar árboles es una costumbre que no obedece a una creencia generalizada, aunque puede obedecer a creencias individuales y a la muestra de un sentimiento que tiene referencia a la continuidad de la vida. En sí, es parte de las acciones que se dedican a la memoria. Así también el arreglo de las tumbas.

Arreglo de las tumbas

La limpieza y el orden de las tumbas son acciones que se llevan a cabo en las fechas de mayor afluencia de gente, generalmente. Durante el Día de Muertos, en “Pioneros de Mexicali” se tomó nota de que en medio del movimiento que generan las personas que entran y salen se encuentran muchachos con cubetas y escobas, esperan que alguien les encargue el mantenimiento del nicho que viene a visitar, lo limpian y arreglan a cambio de dinero.

Algunos grupos de visitantes contratan la ayuda particular, pero la mayoría arregla la tumba por sí misma. El arreglo del lugar es parte de las acciones rituales. Son acciones que solidifican los vínculos del grupo. Los visitantes acomodan flores y desempolvan los altares de sus muertos. Todos o casi todos los miembros de las familias participan en el mantenimiento, limpian el mármol, ponen las flores en botes de aluminio o en recipientes de piedra sobre los altares. Es una acción que se lleva a cabo en todos los cementerios de Mexicali. Una tarea que

los visitantes pueden tener programada en diversas etapas. Si bien puede parecer algo trivial, no hay que olvidar que es una etapa que está ligada a un proceso ritual e individual más amplio.

Cada parte de la limpieza de la tumba está más o menos programada y se sigue más o menos en la misma secuencia cada vez que sucede. Durante una visita en la que se acompañó a una familia al cementerio se observaron las siguientes acciones de parte de los deudos: guardan las macetas pequeñas en una bolsa negra. Barren la superficie de la lápida, quitan todo el polvo con la escoba, lo echan a un lado. Cambian de lugar macetas medianas, si primero rodeaban la orilla de la lápida, ahora cubren la superficie. Con este nuevo orden se puede limpiar y barrer la orilla de la losa. Acercan el recogedor para que la basura que barren pueda recogerse fácilmente. Lo que recogen se compone de hojas de árboles secas, retazos de flores sintéticas que quedaron en el suelo por el maltrato de la intemperie, el polvo que se vino con la escoba y desechos de plástico o vidrio que el viento llevó hasta ahí. Todo lo depositan en la otra bolsa negra que bajan del auto, la primera está ocupada con las macetas que se limpiarán antes del lunes, Día de Muertos.

Algunos altares están diseñados para esta tarea que se llevará a cabo cada vez que los visitantes regresen. Durante una de las visitas a “Pioneros de Mexicali” un hombre y una mujer arreglan un mausoleo. Depositán dos ramos en dos floreros de granito que forman parte del altar. La figura de Jesucristo crucificado permanece impertérrita en el centro. El ritual de limpieza y ornamento de la tumba es actuar sobre el proceso de pérdida que se vive. Es una intersección en un proceso mayor. Los cuidados a la tumba no son rituales completos, son complementos de uno mayor y así deben ser tomados por quien observa. Es decir, lo importante de la acción no es la limpieza en sí sino el ser parte de una consecución de etapas del rito. Rosaldo describe cómo este tipo de acciones forman parte de un proceso mayor:

Imagine por ejemplo rituales de exorcismo descritos como si se completaran en sí, en vez de estar unidos a procesos mayores que se desarrollan antes del período ritual y después de éste. ¿Por medio de qué procesos la persona afligida se recupera o sigue afligida después del ritual? ¿Cuáles son las consecuencias sociales de recuperación o de ausencia de ésta? Si no se consideran estas cuestiones, se disminuye la fuerza de dichas aflicciones y terapias para las que el ritual formal es sólo una fase. Otras

preguntas se aplican a sujetos de diferente ubicación, incluyendo a la persona afligida, el curador y la audiencia. En todos los casos, el problema abarca el delineamiento de procesos que ocurren antes, durante y después del momento ritual. (Rosaldo, 1991:27-28).

La pérdida se encuentra con el ritual. Cada uno de los asistentes al arreglo de las tumbas puede estar viviendo un proceso de pérdida diferente. Las acciones sobre la tumba tienen importancia porque es un lugar que pertenece a la persona que se recuerda. Se dedica un tiempo y un espacio al difunto, sea por la pérdida misma o por la convivencia grupal. Se crea una atmósfera y se demanda pertenencia.

La limpieza de las tumbas está ligada a otras etapas del rito que comenzaron con la muerte. La línea de este proceso se vincula con la fidelidad al recuerdo del difunto y las acciones son en torno a esa huella. La limpieza de las tumbas es la última procuración que se tiene con el muerto, se muestra la continuidad de su presencia.

Fechas especiales de visita a los muertos

La mayor parte de los que visitan el cementerio lo hacen en fechas especiales. Independientemente de las razones por las que se visita una tumba en especial se realizan los mismos actos: la limpieza y el ornamento. Miriam, una de las visitantes del Panteón “Los Pioneros” cuenta: “Pues casi, más bien [realizamos esta visita] cada día de muertos. Cada año, se podría decir. También visito a una sobrinita que tengo por parte de mi hermana que está allá más adelante, ahorita fuimos también a ponerle flores y... que se mire, pues, que viene uno de pérdida cada año... si, le venimos a arreglar ahí, como está un arbolito, también lo podemos, lo acomodamos todo y ya le pusimos sus flores, le pinté su... la crucecita que es de madera, y ya le regamos y le pusimos sus flores y ya se mira como que viene gente, porque si miran que está solo, pues ya los sacan y hay que estar mirando todo eso, pues. Ya le regamos y le dejamos todo ahí muy bien. Quedó muy bonito, muy regado ahí, que se mire que sí viene la gente, de pérdida, cada año, pero venimos, aunque sea un rato, venimos en la mañana un rato.”. (Miriam, comunicación personal, 2009). La intersección transitada de manera general es el acto ritual, independientemente de los procesos individuales. Los visitantes de los cementerios pueden sentir o no cercanía con el difunto, pero participan de una acción colectiva que tiene significado para ellos:

Llamemos a la noción de la estera autónoma de la actividad cultural profunda, el *punto de vista microcósmico*, y a un punto de vista alterno, el *ritual como una intersección transitada*. En el segundo caso, el ritual aparece como un lugar en el que se intersectan un número de procesos sociales distintos. Las encrucijadas sólo proporcionan un espacio para recorrer distintas trayectorias, en vez de contenerlas en una forma de encapsulación total. (Rosaldo, 1991:28).

Esta encrucijada de acciones, aunque tienen un fin práctico común (la limpieza y arreglo del lugar), puede significar cosas distintas en los procesos individuales por los que estén transitando los actores, no son acciones ligadas a una creencia religiosa, son costumbres rituales que abre la cultura en la que viven ellos para transitar los procesos personales o grupales.

Los escenarios de convivencia también tienen la misma apariencia constante. Parece usual que la familia lleve comida que comparte al lado del sepulcro. Sus miembros conversan, se sientan en bancos que llevaron consigo o en las tumbas cercanas, bromean, ríen, alzan la voz, curiosean en las leyendas de las lápidas ajenas, beben cerveza, se emborrachan. Los niños juegan y corren en las cercanías.

En el “Jardín de la Esperanza”, un cementerio particular; es difícil saber a cuál de los restos visitan durante la celebración del Día de Muertos, el espacio entre las lápidas es muy pequeño. Como hay un ataúd sobre otro y las lápidas están al ras del pasto, el lugar que ocupan invade cuatro o cinco lápidas. Aún así, los visitantes muestran la efervescencia de la festividad mencionada por Durkheim. La visita a los muertos se asemeja a una fiesta y contiene emociones desbordadas y pone en movimiento a las multitudes. De esto último, menciona Durkheim:

La idea misma de una ceremonia religiosa de cierta importancia despierta naturalmente la idea de fiesta. Inversamente, toda fiesta aun cuando sea puramente laica por sus orígenes, tiene ciertos caracteres de la ceremonia religiosa, pues en todos los casos, tiene por efecto acercar a los individuos, poner en movimiento a las masas y suscitar así un estado de efervescencia, a veces hasta de delirio que no carece de parentesco con el estado religioso. (Durkheim, 2000:391).

Las visitas al cementerio suceden también en otras fechas. Las familias conviven en los lugares donde reposan los restos del fallecido. El lugar específico de la tumba tiene importancia para el grupo que visita, no es cualquier lugar, sino un lugar ligado al recuerdo de una persona. No se visita en sí el cementerio sino el mausoleo o el altar dedicado al muerto. Cerca de él se convive, se charla, se llevan actividades comunes. Esto está ligado a una época, no siempre fue así, en otros siglos la visita no era en el lugar preciso en que se encontraban los restos, sino en el sitio en que los restos de todos los difuntos estaban enterrados. Ariès, con respecto a este punto, menciona:

Antiguamente se enterraba ante la imagen de Nuestra Señora, o en la capilla del Santo Sacramento. Ahora [en el siglo XVIII] se quería visitar el lugar exacto donde estaba depositado el cuerpo, y se quería que dicho sitio perteneciera en total propiedad del difunto y su familia. Fue entonces cuando la concesión de sepulturas se convirtió en cierta forma de propiedad, ajena al comercio pero garantizada a perpetuidad. Fue una innovación muy grande. De ese modo, se visita la tumba de un ser querido como se va a visitar a un pariente o a una casa familiar llena de recuerdos. El recuerdo confiere al muerto una suerte de inmortalidad, ajena en principio al cristianismo. (Ariès, 2008:64).

La tumba es un lugar donde yace un recuerdo perpetuamente. Se cuida, se adorna, se limpia. De esta manera se demuestra el afecto a la persona que yace en el lugar. Es una territorialización de la memoria de alguien en particular. La familia se adueña del sitio en que se encuentran los restos de su ser querido y de esta manera se le otorga una permanencia, se perpetúa su presencia en el lugar donde está inhumado.

El rito de conversar con los muertos

Dentro de las costumbres en la visita a la tumba se conserva la de mantener conversaciones con el difunto que se visita. La tumba, siendo el lugar fijo de su recuerdo, como mencionaba Ariès, es el lugar en particular en el que algunos mantienen una convivencia más abierta con la personalidad que ocupó los restos que ahí yacen. En una visita se observó a un hombre de unos cuarenta años; sentado en el suelo, frente a la lápida que indica el lugar donde están los restos de su ser querido. Se quita los zapatos y los deja junto a la losa. Parece llevar una plática con la persona enterrada, hace gesticulaciones, mueve las manos como si estuviera hablando con alguien que está presente.

Aunque no es una costumbre que tienen en común los grupos que visitan a los muertos, individualmente tiene significado para algunos y, de esta manera mantienen el recuerdo vivo. Luis, uno de los visitantes del Panteón “Los Pioneros”, comenta: “Pos llego y los saludo, ¿verdad? cómo están y todo, Como son muy cafeteros, era muy cafetero mi papá, le digo ¿ya se aventó su cafecito?, ya, OK, pos ta bueno, bueno, le digo, le voy a dar una limpiadita, porque ta un poco cochino aquí. Le doy una limpiadita, una regadita, cuando hay manguera, cuando no pos al baldazo, así, y todo eso. Una limpiadita a las flores, cuando tenemos o le compramos. Y pues ahí, platicar ahí con ellos un ratillo, a la sorda ¿no? Luego vienen los... que dijeran que estoy loco así hablando solo ¿no? Por ahí me quedo un ratito, una media hora de perdida y ya, me despido y me voy. (Luis, comunicación personal, 2009). Esta conversación con los muertos es una apariencia, el informante sabe que no tiene respuesta, por eso expresa que su conversación es “a la sorda”, es decir, que se dirige a un interlocutor del que sabe que no obtendrá respuesta, sin embargo, mantiene con vida el “nosotros” del que fue parte mientras vivía el fallecido:

Los rituales poseen una función recreativa y lúdica; la fuerza que ellos generan es de tal magnitud que siempre hay un excedente para el juego y la exuberancia, para la poesía y el arte. ¿Cómo se va a resistir el hombre ante este placer? ¿Cómo no acatar esas normas que provocan estados de exultación, de gozo que produce la transformación en un “nosotros” del tú y yo original en el que nos hallábamos antes de la ceremonia? (Díaz, 1998:107).

El “nosotros” permanece aunque el “tu” esté difuminado, el ritual contiene la acción lúdica que menciona Rosaldo. El ritual de la visita a los muertos le da permiso de recrear un nosotros imaginario mientras permanece en el lugar.

Cremación y olvido

El padre Tomás nos habla acerca de la cremación o incineración de los restos que se da comúnmente en nuestra época: “Dentro de la liturgia se bendice la tumba al momento de sepultar a la persona, como diciendo: ya que se duerme en este espacio bendecimos el lugar donde sepultamos para que la presencia de Dios acompañe el lugar de la tumba. Y a lo mejor sí me sorprende, cada vez [se da más] la idea de cremar, cada vez lo veo más en lo que tengo de cura aquí en Mexicali, que cada vez la gente empieza a cremar más a los muertos (Padre

Tomás, comunicación personal, 2010). La cremación es parte de desligarse de los restos corporales, de la huella de la muerte que dejó a su paso por el cuerpo. Sin embargo, esto parece no tener repercusiones en la fe religiosa: “Sí, no sé porque los están cremando, cada vez los están cremando más, antes había un cierto prestigio así como religioso porque la gente decía si los cremamos ¿cómo va a resucitar? Pero los que han muerto hace cien mil años también son hijos de Dios también ellos los recibiría aunque son polvo, por ese sentido sería absurdo allí, pero ahora como que se ha ido extendiendo eso y cada vez más los creman, no sé ha dónde vayan a ir el nuevo ritual de la muerte”. (Padre Tomás, comunicación personal, 2010).

Sin embargo, aunque la cremación no tiene consecuencias en lo que estipula la Iglesia, sí lo tiene en el sitio de la memoria. Los lugares de inhumación son visitados regularmente, mientras que las urnas parecen destinadas al olvido:

Quando prevalece la cremación, en ocasiones con dispersión de las cenizas, las causas no son solamente una voluntad de ruptura con la tradición cristiana, una manifestación de *enlightenment*, de modernidad; la motivación profunda es que la cremación es considerada el medio más radical de hacer desaparecer todo cuanto pueda quedar del cuerpo, de anularlo y olvidarlo: *too final*. Pese a los esfuerzos de las administraciones de los cementerios, hoy ya casi no se visitan las urnas, mientras que se siguen visitando las tumbas de inhumación. La cremación excluye el peregrinaje. (Ariès, 2008:76).

La incineración es una práctica que desliga la memoria de la persona muerta a un lugar en específico, a diferencia de las fosas de inhumación. La cremación es la disolución de los restos y está más cerca del olvido.

Rito y aflicción

Los llantos de mujeres son comunes en la inhumación. Es el espacio que el grupo concede a los dolientes para expresar la tristeza del duelo. En una de las visitas al cementerio “Jardín de la Esperanza” se tomó nota de las diferentes expresiones de aflicción: los deudos muestran rostros tristes, las miradas sin punto fijo. Dos o tres mujeres lloran, gimen, gritan, le llaman al muerto, balbucean “hermanito” o “papito” o “abuelito”, acuclilladas al borde del ataúd de madera. Estas muestras de tristeza comúnmente se acompañan de algún tipo de consuelo de parte de los demás asistentes, principalmente se da en mujeres esta muestra de apoyo: las

mujeres cerca del ataúd se muestran apoyo unas a otras, se tocan el hombro, se palmean la espalda, se acomodan el cabello entre sí. Las manifestaciones de tristeza son expresadas con más libertad cuando un grupo de varias personas así lo hace. Durante la misma observación se tomó nota de lo siguiente: Aunque no todas las mujeres exhiben el llanto acompañado de gritos y llamamientos al muerto, las lágrimas fluyen en casi todos los rostros femeninos. Son tres las mujeres que lloran exageradamente. Las demás sólo muestran un gimoteo tímido y algunas lágrimas. A diferencia de las mujeres, los hombres se muestran menos expresivos para este tipo de manifestaciones, cuando el llanto se produce en los hombres suele ser callado, casi inaudible, las lágrimas fluyen, aún así: los hombres no lloran, a excepción de uno, joven, moreno, ubicado entre los del círculo central. Muestra un llanto tímido, el antebrazo limpia las lágrimas del rostro continuamente. Se acompaña de las mujeres, pero no hay esa confianza de consuelo que se muestran entre ellas. Le palmean el hombro, no lo abrazan ni le acomodan el cabello.

Los tiempos de las expresiones de tristeza van acompañados de diferentes acciones en el proceso ritual. Por ejemplo, en el momento en que el muerto está a punto de ser sepultado. Los asistentes toman en cuenta que es la última vez que observan el cuerpo. Los del círculo cercano al féretro pasan por turnos a despedirse del muerto, depositan una flor dentro de la caja (una rosa o un clavel), besan la frente del muerto. Hay un auge de llantos. Las mujeres que antes sollozaban tímidamente ahora lo hacen de manera frenética, gimen sonoramente, dicen el nombre del muerto, le besan las mejillas, la frente o la boca. Si un hombre le besa la frente y lo abraza largamente, una mujer mayor lo aparta con sigilo; lo toma de los hombros y lo jala hacia atrás con ligereza. Él sigue el movimiento de la fuerza sutil que lo aleja del cadáver.

El lenguaje corporal de la tristeza inunda el ambiente de la inhumación, las muestras de cariño al difunto lo acompañan. Se tomó nota de una mujer que se acerca al féretro, se acuclilla, abraza al difunto fuertemente y lo besa en las mejillas y en la frente, grita, le llama, gimotea, le acaricia la frente. Otra mujer la aparta con fuerza. Introduce las manos debajo de los brazos, la levanta, la aparta. En una de las observaciones, la viuda lloraba tímidamente y callaba a ratos, una de las asistentes la animó para llorar. El llanto de la viuda interrumpe el silencio, dos mujeres se acercan a abrazarla, a consolarla con la cercanía, aquella detiene el

llanto y las abraza. Otra mujer que se encuentra entre los del primer círculo, pero lejos de la viuda le grita que llore, que saque todo eso que siente, si no llora se tendrá que guardar lo que está sintiendo, es mejor que lo saque ahora, le dice. Pero la mujer no le da nueva vida al llanto, guarda silencio, las lágrimas no se acompañan de gimoteos ni exclamaciones de dolor.

Malinowski nos habla acerca de la expresión del dolor. Las expresiones son comunes a los dolientes de distintas culturas. Los papeles de los dolientes y de los que llevan los preparativos del funeral se reparten como respeto a la aflicción.

Los procedimientos mortuorios muestran una sorprendente similitud a lo largo y ancho del planeta. Al acercarse la muerte, los parientes más próximos en algunos casos, y a veces toda la comunidad, se reúnen junto al moribundo, y el morir, que es, de entre los actos que un hombre puede realizar, el más privado de todos, se transforma en algo público, en un suceso tribal. Como regla general, es el caso que acaezca cierta diferenciación al mismo tiempo, y ciertos parientes se quedan velando cerca del cadáver mientras que otros hacen preparativos para el pendiente fin y sus consecuencias, o tal vez celebran algún acto religioso en un lugar sagrado. (Malinowski, 1994:48).

Las expresiones de tristeza han sido diferentes según la época. El duelo en la época anterior al siglo XIX daba expresión y acompañamiento a las personas que sufrían la pérdida de un ser querido. Los llantos desinhibidos tuvieron lugar a partir del siglo XIX.

Ahora bien, y esto es muy importante, en el siglo XIX ese umbral [temporal del duelo] se desplegó con ostentación más allá de las costumbres. Pretendió incluso desobedecer obligaciones mundanas y convertirse en la expresión más espontánea e insuperable de una herida muy grave: llorar, desvanecerse, languidecer, ayunar, como antaño los compañeros de Roland o de Lancelote. Es como un retorno a las demostraciones excesivas y espontáneas —al menos en apariencia— de la alta Edad Media, por sobre siete siglos de sobriedad. El siglo XIX es la época de los duelos que el psicólogo de hoy llama *históricos* y es cierto que en ocasiones rozan la locura. (Ariès, 2008:61).

El proceso de pérdida y el rito se intersectan en diferentes temporalidades, uno no contiene al otro, se entrecruzan en lugares y tiempos definidos:

Más que ser una totalidad autocontenida, un ritual, desde esta perspectiva, es como una intersección activa por la que pasan una serie de procesos distintos. En el caso de los funerales, uno podría imaginar, entre otros procesos, tanto el duelo como la diferenciación social de la persona fallecida, de los dolientes principales y de otros. (Rosaldo, 2006:232).

Los procesos individuales de los que tienen una pérdida importante se reúnen en el duelo. Algunos estudiosos del tema ponen especial atención a los rituales y dejan de lado la aflicción, Renato Rosaldo menciona que no puede verse el uno sin dejar de mirar el otro:

La unidad de análisis ya no es el ritual, ni el sistema de rituales ordenados de maneras espacial o temporal. En lugar de ello, se trata de un conjunto de procesos por los que pasa la gente. Uno estudia no los rituales de luto, sino el proceso del duelo. Un ritual no es sino un paso en un proceso mayor que podría incluir arranques espontáneos, sueños, conversaciones con la familia y otros encuentros. (Rosaldo, 2006:232).

Los procesos individuales de pérdida son continentes de los que el ritual sólo es una parte. Las expresiones de las que se acompaña el ritual son espacios fragmentados de la pérdida de un ser querido. Pérdida que se vive en la individualidad, aunque se esté inmerso en una colectividad. Es un fenómeno más bien privado.

Amor al muerto

Las muestras de cariño al difunto se externan en el acto de la inhumación por algunos deudos, principalmente mujeres, como se mencionó anteriormente. Las expresiones se llevan a cabo en la cercanía del cadáver. Durante una inhumación en el “Jardín de la Esperanza” se observó a una mujer que lloró al ver al difunto, le besó la frente y depositó una rosa dentro de la caja. El llanto no fue continuo durante todo el rito, hubo momentos de auge y de calma. El ritual de inhumación tiene tiempos para la expresión y el acercamiento con el cadáver. Los del círculo más próximo al féretro, al llegar la hora del entierro, se acercan y dan muestras de afecto al cuerpo del muerto, lo tocan, lo abrazan y lo besan por turnos. El llanto es general en las mujeres de este grupo, raro y tímido en los hombres.

Algunas de las muestras de afecto se demuestran mediante los objetos con los que se entierra al difunto. El alto costo monetario de los accesorios para la inhumación a veces es una

muestra de cariño. Ejemplo de esto es un relato que circula en una funeraria particular de Mexicali, aunque el suceso ocurrió en otra localidad. Roberto, uno de los informantes, cuenta que “en la sucursal de Gayosso en México (D.F.), se veló a la esposa del dueño de un circo. El hombre preguntó cuál era el ataúd más caro y le señalaron uno que costaba lo que ahora sería el equivalente de quinientos mil pesos, sólo el puro ataúd. El hombre lo compró para su esposa muerta, dijo a todos que ella se merecía lo mejor. Años después murió el hombre, sus hijos conversaron y estuvieron de acuerdo en comprar el mismo ataúd que su padre había comprado a su madre, entre todos cooperaron y lo compraron para él, dijeron que esa consideración que había tenido con ella, sus hijos la tendrían con él”. (Roberto, comunicación personal, 2009). Este relato tiene función mítica para los que se dedican al negocio de las funerarias. Es una lección moral vinculada al consumo y que liga el aprecio de una persona con el costo de un accesorio. La moraleja de “merecer lo mejor” en la muerte tiene como objetivo disminuir las restricciones económicas que pudieran tener los deudos para un funeral. Aunque este relato no sea contado a los dolientes puede funcionar como un mensaje latente con el que se dirigen los vendedores hacia los posibles clientes.

Sin embargo, el gasto no es la expresión emotiva más manifiesta en los ritos funerarios. El relato anterior se queda como mito fundador de la moral de los vendedores en la funeraria particular, pero no trasciende a las actividades rituales. En cambio, existen formas de expresión del dolor que son comunes a muchas culturas durante la puesta en escena de los ritos de muerte. Las expresiones de tristeza tienen lugar en los ritos funerarios en diferentes personas y culturas, asimismo las de miedo. Malinowski menciona las emociones ambivalentes que se dirigen al cadáver. El amor y el horror a la descomposición del cuerpo están estrechamente ligados:

Incluso entre los pueblos más primitivos la actitud hacia la muerte es infinitamente más complicada y, pudiera añadir, más afín a la nuestra propia que lo que generalmente se supone. [...] Las emociones son extremadamente complejas y contradictorias, los elementos dominantes, el amor del difunto y el asco hacia el cadáver, el afecto apasionado a la personalidad que aún permanece en el cuerpo y un estremecimiento medroso ante esa cosa repugnante que ha quedado ahí, ambos elementos se combinan e interponen uno al otro. Esto se refleja en la conducta espontánea y en los

procedimientos rituales que se guardan en torno a la muerte. En la exposición del cadáver, en las maneras de disponer de él, en las ceremonias funerarias y conmemorativas, los parientes más cercanos, la madre que llora a su hijo, la viuda que llora al esposo, el hijo a su padre, siempre muestran cierto horror y miedo mezclados con un pío amor, pero nunca esos elementos negativos aparecen solos y ni siquiera son los dominantes. (Malinowski, 1994:47-48).

Muestra de esto es la contratación del servicio de embalsamiento, el vidrio dentro de la caja que impide el contacto con el muerto, la premura con la que se requiere la inhumación, por un lado; y las expresiones de llanto y los llamamientos al nombre que tenía el muerto, por otro: ambos lados de la ambivalencia tienen lugar durante las inhumaciones.

A estas acciones emotivas suele llegar el consuelo como regulador del llanto manifestado en público, es el recordatorio de que el dolor profundo debe vivirse en privado. Durante una inhumación se observó lo siguiente: Crecen las muestras de dolor y consuelo, es posible escuchar el llanto aún por encima de la música amplificadas, los que están debajo de la carpa abrazan a los que presentan el llanto más perceptible. Sin embargo, también crece el lenguaje corporal que inhibe el llanto, unos apartan a otros de la cercanía del ataúd. En general, los hombres inhiben las lágrimas y su expresión de tristeza está inclinada más a la seriedad. Permanecen inmóviles, con rostros serios, miradas distantes, pulgares en el mentón. El silencio es su posición ante el dolor por la pérdida de un ser querido. Ninguno se acerca al otro para consolarlo, a diferencia de las mujeres. La música no cesa. El volumen cubre el sonido del llanto cercano al difunto.

La inhibición del dolor es un rasgo cultural que muestra la importancia de la apariencia en los eventos concurridos en gran número, como son los funerales. No sólo la apariencia sino la importancia de guardarse de la incomodidad de los asistentes. Ariès habla acerca de que la inhibición del dolor es más acentuada en nuestra época que en otros siglos. La cultura que mantenemos nos obliga a vivir duelos secretos más prolongados que los de sociedades antiguas que concedían más lugar a las expresiones de dolor:

A partir de las observaciones de Gorer, hasta se puede llegar a creer que la represión de la pena, la prohibición de su manifestación pública, la obligación de sufrir a solas y a

escondidas agravan el traumatismo de la pérdida de un ser querido. En una familia donde se valoran los sentimientos y donde la muerte prematura es algo infrecuente (salvo el caso de accidente automovilístico), la muerte de un allegado es profundamente padecida, como en la época romántica. (Ariès, 2008:77).

El dolor debe permanecer en la invisibilidad, en caso de que salga a la luz la aflicción fluyen mecanismos comunitarios de control que ejercen los acompañantes de los deudos. Sin embargo, como se apuntaba anteriormente, la expresión de llanto tiene momentos de auge durante el ritual. Aún así, los grupos procuran que sus miembros no lleguen al dramatismo. La sonoridad raya en lo intolerable, por ejemplo. Los momentos donde menguan las manifestaciones de tristeza ocurren sobre todo al finalizar la inhumación. Se puede decir que, habiendo terminado ésta, las actitudes de los asistentes son más relajadas.

No quiere decir esto que el proceso de duelo haya terminado, sino que en general parece concluida una parte importante del proceso ritual y la parte emocional tiene lugar para un momento ajeno a la concurrencia. Respecto a esto se tomó nota de lo siguiente: Los familiares cierran la caja. Algunos asistentes se quedaron con flores en las manos que seguramente depositarán en el foso cuando la caja esté en el fondo. Los enterradores comienzan a bajar el féretro mediante un sistema de poleas. Los llantos van a menos, los gemidos ya no rebasan el volumen de la música, ya no hay llantos notables, no se dice el nombre del muerto, todos quedan inmóviles esperando que la caja llegue al fondo.

Durante una observación, los enterradores tuvieron un problema con la fosa donde se depositaría el muerto, el ambiente del ritual había terminado, aunque el cuerpo no acababa de ser sepultado: Conforme transcurre el trabajo de los enterradores el ambiente se torna más relajado, la gente conversa, sonrío, pone atención en los niños que lloran. Los del círculo saludan a otras personas. Los llantos han cesado por completo, aunque hay quien todavía se seca las lágrimas. Aún así se conserva el aire de seriedad del evento.

Esta relajación después del ritual parece deberse a la catarsis que genera la acción misma. El acto ritual es una recreación y concede maneras de expresión a quienes lo practican. Después de él es común la distensión.

Entra por una parte en ese sentimiento de bienestar que el fiel obtiene del rito cumplido; pues la recreación es una de las formas de esta refacción moral que es el objeto principal del culto positivo. Una vez que hemos cumplido con nuestros deberes rituales, volvemos a la vida profana con más coraje y ardor, no solamente porque nos hemos puesto en relación con una fuente superior de energía, sino también porque nuestras fuerzas se han fortalecido viviendo, durante algunos instantes, una vida menos tensa, más suelta y más libre. Por eso, la religión tiene un encanto que no es uno de sus menores atractivos. (Durkheim, 2000:391).

Si el proceso ritual y el de pérdida se llevan en tiempos y formas diferentes, sus intersecciones abren espacios de expresión. La expresión catártica del ritual funerario son los momentos de auge del llanto. La noticia de la muerte, el presenciar al muerto dentro de la caja, la cercanía con el cuerpo en el cementerio y la inhumación en sí llevan consigo una ola de lágrimas que son particulares de esos momentos.

Aunque las expresiones de dolor son comunes en la inhumación, el olvido de las tumbas es frecuente con el paso del tiempo. Si bien, se pueden observar numerosos mausoleos visitados durante el Día de Muertos, o el Día de las Madres; los rituales terminaron para muchos de los muertos en los cementerios: “Nunca te olvidaremos” dice una tumba en el “Panteón Municipal 2” a la que le ha crecido un árbol a los pies, le nacieron dos varillas como antenas de televisión que nadie se ha ocupado en acomodar o cortar en años.

La indiferencia no sólo se dirige en ese sentido, también la libertad que tienen los niños para jugar sobre las tumbas en ocasiones parece desmedida, esto no parece parte de la festividad ritual. Durante una visita al “Jardín de la Esperanza” se tomó la siguiente nota: camino por Laureles, una de las secciones más nuevas del lugar, según el informante al que acompañé, ubicada en el lado oeste, cerca de la entrada. Los niños juegan cerca de las lápidas y a veces las carreras de los juegos los obligan a pisar las lápidas. Los adultos conviven cerca de las tumbas, algunos consumen alimentos que llevaron consigo o que compraron en los puestos de la entrada.

Los niños son los más alejados del significado de los ritos para la muerte, los adultos a veces también muestran indiferencia y el carácter festivo del ritual se despoja de toda

profundidad. En la observación referida se tomó nota de algunos niños que pedaleaban sus bicicletas en las áreas donde no hay muertos. Esto sucede sobre todo en la sección cercana a la entrada del panteón “Jardín de la Esperanza”, por donde están las tumbas familiares. El ambiente en general es de fiesta familiar o de borrachera.

Los ritos, aunque siguen siendo los mismos, se despojan cada vez más de su carácter más profundo. La carga dramática y solemne comienza a difuminarse:

Nada ha cambiado todavía en los ritos de la muerte, que al menos conservan su apariencia y todavía a nadie se le ha ocurrido modificarlos. Pero ya se empezó a vaciarlos de su carga dramática; el procedimiento de escamoteo ha comenzado. (Ariès, 2008:73).

La creación de una felicidad individual y colectiva parece predominar sobre las actitudes rituales de la muerte y sobre el dramatismo de la pérdida. La apariencia rebasa el fondo de lo que se vive.

Rápidamente aparece una causalidad inmediata [a la censura del dolor]: la necesidad de la felicidad, el deber moral y la obligación social de contribuir a la felicidad colectiva evitando todo motivo de tristeza o malestar, conservando la apariencia de sentirse siempre feliz, incluso en lo profundo del desamparo. Al mostrar alguna señal de tristeza, se peca contra la felicidad, se la cuestiona, y la sociedad corre entonces en riesgo de perder su razón de ser. (Ariès, 2008:78).

Algunas expresiones rituales y caracterizaciones del ambiente ritual se llevan a cabo mediante la música en fechas especiales, como el Día de Muertos. Los grupos musicales proliferan por los panteones y ofrecen canciones para las colectividades que visitan las tumbas. Hay bandas sinaloenses tocando para los muertos a petición de las familias, la música le da un aire frenético a las actividades. Es la música del norte, quebradita, pasito duranguense, corrido, balada, ranchera, etc. Las bandas que interpretan llevan tuba, trompetas, trombones, timbales, bombos y clarinetes. Son grupos musicales compuestos de seis a diez elementos, según el número de instrumentos. Cuando terminan de tocar caminan entre la gente reunida en el cementerio y les preguntan si quieren alguna canción. La música contribuye a

crear un ambiente de efervescencia en los ritos. No contradice al ritual sino que lo empuja a crear un ambiente en específico.

El hombre es transportado fuera de sí, distraído de sus preocupaciones ordinarias. Por eso se observan en todas partes las mismas manifestaciones: gritos, cantos, música, movimientos violentos, danzas, búsqueda de excitantes que levanten el nivel vital, etc. Se ha notado a menudo que las fiestas populares arrastran el exceso, hacen perder de vista el límite que separa lo lícito de lo ilícito; lo mismo sucede con las ceremonias religiosas que determinan como una necesidad de violar las reglas ordinariamente más respetadas. No es que no se puedan diferenciar las dos formas de actividad pública. La simple diversión, el corrobbori profano no tiene objeto serio, mientras que, en su conjunto, la ceremonia ritual tiene siempre un fin grave. Hay que observar aún que quizás no hay diversión donde la vida sería no tenga algún eco. En el fondo, la diferencia está más bien en la proporción desigual según la cuál esos dos elementos se combinan. (Durkheim, 2000:391).

El fin grave del ritual no es borrado por la música, se llevan serenatas a los difuntos o se interpretan canciones de despedida. Los ritos mantienen su finalidad de cohesionar a las colectividades y generar estados mentales.

Conclusiones

La distribución de los deudos en los espacios funerarios obedece a un ritual en diferentes momentos, esto es especialmente visible durante la inhumación, en que los deudos se acomodan en círculos que rodean la caja fúnebre. Esta distribución en el espacio obedece a una representación de la colectividad que lleva a cabo el ritual funerario y muestra las jerarquías, la cercanía emocional o consanguínea con el difunto y la pertenencia al grupo. No sólo hay unidad, sino también fragmentaciones y diferenciaciones, pero no son al azar sino que obedecen el fin de la representación y la escenificación ritual.

Los ritos que se llevan a cabo en el cementerio como la inhumación, las visitas en fechas significativas, las ofrendas y el arreglo de la tumba, son un punto donde confluyen diversos procesos tanto sociales e individuales relacionados con la muerte del ser querido, sin embargo no representan todos los procesos ni los igualan. Los ritos funerarios son una parte del proceso de duelo, ahí converge el sentimiento de pérdida, las costumbres y

representaciones sociales en algún momento, pero no los resume, ni los contiene por completo, ni los explica. Las personas que interactúan en los ritos viven diferentes procesos y etapas en la pérdida de la persona muerta, el rito solidifica los vínculos, muestra representaciones a través de disponer maneras de sentir, pero son un momento social que confluye con los procesos internos que viven esas personas, no son la expresión del sentimiento de cada participante, ni exhiben estos procesos. Los ritos son maneras de actuar, según Durkheim (2000), los ritos de muerte son maneras de actuar acerca de la muerte, pero la pérdida, aunque confluye en momentos con el rito, tiene momentos, desarrollos y etapas diferentes, incluso entre los participantes del mismo rito.

Para su entendimiento, cada acción debe verse como parte de todo un proceso ritual y no interpretarse aisladamente. El arreglo de la tumba, por ejemplo, no puede interpretarse como la valoración del orden y de la limpieza, sino como parte de la ofrenda y convivencia con la memoria de quien ya no está. El ciclo ritual de la muerte tiene diversos puntos de interacción, pero cada uno de estos no puede hablar por completo del rito. Cada una de las partes tiene un sentido para los significados del ciclo en general, pero no contienen lo central del ciclo de muerte en cada una de sus partes. Cada etapa es como una palabra dentro de una oración y no se puede ver el significado de la oración centrándose en una sola de las partes. Los significados de los ritos de muerte se generan en todo el ciclo ritual.

Algunos de los ritos, como las conversaciones que se llevan a cabo con los difuntos, tienen la finalidad de mantener vivo el sentimiento de un “nosotros” que ya no está en la realidad. Independientemente de la aceptación o falta de ella respecto a la muerte de un ser querido, el sentimiento de pertenencia a un grupo, a una pareja, a una familia, a un “nosotros” procura sobrevivir en el rito de la conversación con los difuntos. Las personas que llaman al muerto no esperan que les conteste, crean una pertenencia, y con ello, construyen una identidad y solidifican sus vínculos. Estas últimas son parte de las funciones sociales del ritual que han mencionado Durkheim (2000) y Radcliffe-Brown (1974).

Si bien la cremación no es una costumbre moderna, es un tratamiento del cuerpo que se retoma con mucha frecuencia en nuestros días, según algunos de los entrevistados y Philippe Ariès. Es una manera de abordar el amor y el horror hacia el cadáver que procura deshacerse por completo del cuerpo y de su descomposición, así como conservar la memoria de la

persona en vida, pero mengua el peregrinaje en los cementerios, incluso si la urna permanece en ese lugar.

CONCLUSIONES GENERALES

El moribundo

Una de las costumbres de las instituciones clínicas de las sociedades occidentales actuales es la de evitar que los pacientes estén enterados de la proximidad de su muerte. Tanto el estudio de Ariès (2008), como el trabajo de campo realizado en Mexicali para la presente tesis coincidieron en este punto. La consciencia de la muerte próxima es impedida por dos circunstancias determinantes: El mantener sedados a los pacientes y la evitación de comunicar la noticia a los enfermos. Esto obedece a una prioridad, el que la noticia no afecte el estado de salud del moribundo y con esto que su muerte se acelere o que su posible recuperación se vea interrumpida por su situación emocional. Ariès también añade que una de las razones por las que se evita la comunicación de la inminencia de la muerte es la de que se busca impedir que existan expresiones dramáticas de dolor tanto en los pacientes como en los familiares y de esa manera alterar el orden o el ambiente cotidiano del hospital.

La falta de comunicación entre el enfermo y los que lo rodean no sólo se concentra en la vedada noticia de muerte, tampoco es posible que el moribundo se acompañe por sus familiares o por personal médico durante el trance. Se le enmudece por medio de la sedación y por la indiferencia sistemática de la institución para con él. No puede decidir acerca de los últimos momentos de su vida, sus reacciones vitales están en manos de los especialistas, pero su opinión es ensordecida. La relación se vuelve vertical entre el experto y el enfermo, la jerarquía del saber entre el personal médico y el paciente mantienen en la marginación a éste último. El impedimento de comunicación con la gente obstaculiza cualquier intento de rito: sea uno realizado por él mismo o por otros en su presencia (salvo en casos excepcionales).

El hospital, para el moribundo, no sólo tiene el significado de ser el lugar donde será posible su recuperación o donde particularmente se ubican los cuidados especializados que necesita. El significado se desliza y se transforma. Se convierte en el lugar donde morirá, se prefiere una institución sobre otra en correspondencia a sus preferencias para pasar sus últimos momentos. De esta manera, el hospital deja de corresponder a su significado institucional y se convierte en el lugar donde se irá a morir. Los rituales de muerte se laicizan y se convierten en las prácticas profilácticas y paliativas tanto de los familiares como del personal médico.

Rituales de la agonía

En los casos en los que el enfermo es consciente de la cercanía de la muerte, es común que solicite a las enfermeras que lleven a un sacerdote o pastor, según la religión que profese. El ministro católico realiza principalmente cuatro actividades rituales prescriptas por los protocolos religiosos para el caso: En primer lugar, una oración por la salud, conocido como Santos Óleos; en segundo lugar se otorga el Viático u hostia consagrada; en tercero se efectúan oraciones y lecturas bíblicas; a todos estos rituales los acompaña, en cuarto lugar, la confesión.

La oración por la salud o Santos Óleos es una oración por la recuperación del enfermo. Es una última llamada a Dios para que intervenga de manera benéfica en el estado de salud del moribundo. Es un espacio que otorga la fe para que la divinidad suprema interfiera en el curso cotidiano de las cosas. Pero, más mostrar una creencia en la posibilidad de influir sobre la naturaleza (el inminente fallecimiento), esta oración es una manifestación de fe y del lugar que tiene el creyente frente a Dios. Las fórmulas de las oraciones y la persona que las pronuncia tienen una trascendencia radical en el ejercicio del ritual, los valores sagrados y profanos se expresan en ellas y esto les otorga importancia en el marco divino.

El Viático, o la comunión con Dios a través de ingerir la hostia consagrada, es una entrega mutua entre el Ser Supremo y el moribundo. La hostia representa el cuerpo de Cristo crucificado y la comunión el último contacto con Dios de la persona en vida. Es una manera en que lo sagrado y lo profano se recrean y revitalizan.

Las oraciones y lecturas bíblicas siguen el sentido del estado en que se encuentra el moribundo. Los temas son la resurrección, la muerte y la salvación. Se reafirman los lugares de las cosas dentro del marco divino y con ello sus significados. Se siguen fórmulas y protocolos que hacen posible el tocamiento entre el mundo profano y el sagrado. La pertenencia a una cultura se manifiesta en estas acciones y con ella la identidad de los practicantes de estos ritos.

La confesión sigue el mismo sentido de las acciones anteriores. Por un lado es una limpieza de consciencia del moribundo, una renuncia a lo profano y la introducción a lo sagrado; por otro, una manifestación de un acuerdo sobre el orden de las cosas en el marco

cultural que le otorga la religión. La confesión pone en claro la convención de las reglas dentro de la cultura en la que vive, dando prioridad a la fe a la que se inscribe.

Los cuidados paliativos

Para los médicos, la seguridad de que la muerte está próxima obedece a un signo, el que los medicamentos dejen de ejercer efecto sobre el paciente. Esto quiere decir que su estado no podrá regularse. Que se llegó al límite de lo que puede hacer la ciencia médica por el restablecimiento del enfermo. Las acciones de los médicos y enfermeras, entonces, dejan de tener el objetivo del restablecimiento o de la mejoría. El objetivo obedece ahora menos a la ciencia y más a las valoraciones del marco cultural en que actúan. Esto da cabida a un mito institucional, el de la “muerte digna”. Es un mito en tanto que repite su narrativa en cada cuerpo sin obedecer a una prioridad objetiva.

La “muerte digna” es la procuración de comodidad en tanto llega la muerte. Pero siendo que no se persigue la comodidad en sí, pues no se tiene más que la comodidad posible dentro de los límites del lugar; el objetivo deja de tener fundamento práctico y se convierte en un acto de piedad. Se muestra el valor de la piedad en la cultura a través del manejo del cuerpo del paciente. El mito detrás del rito es lo que se sabe que vendrá para el moribundo. La razón por la que se siguen los procedimientos médicos deja de ser intrínseca y comienza a ser social. El rito de los cuidados paliativos manifiesta la identidad institucional como aparato cultural.

El dolor de los familiares

La aflicción no es un signo cultural, pero encuentra en la cultura maneras de expresión. Si bien en otras sociedades diferentes a la mexicalense hay expresiones dramáticas bien vistas, como arrancarse los cabellos o lacerarse; en Mexicali, como en la sociedad occidental en general (si coincidimos con Ariès), el llanto regulado y expresado tímidamente en momentos pertinentes es lo que se tiene como lo normal. Los sollozos y gimoteos sonoros en el hospital son motivo de reprimendas por parte del personal médico. Aparte, según las observaciones, cada grupo tiene delegados de la regulación del llanto, en cuanto se sobrepasan las normas connotativas de la expresión de la tristeza, alguno de los miembros del grupo cercano al muerto se acerca a “consolar”, abrazar o dar un signo de que el llanto sobrepasa los límites de lo permitido en público. Lo anterior sucede tanto en el hospital, como en la funeraria o en el cementerio.

En cambio, es valorada la auto-regulación de las expresiones de tristeza. Si las personas cercanas al moribundo o al muerto muestran entereza y aminoran el llanto ante las situaciones más dramáticas; su resistencia se valora por el personal del hospital (que cuida que no sean afectados emocionalmente los pacientes) y por el grupo que acompaña al afligido.

El llanto en los deudos es la acción reflejada de la aflicción. Los rituales y expresiones culturales —dentro de las que caben las actividades religiosas o las costumbres familiares—, contienen manifestaciones emocionales que sirven para dar contención a los deudos. Sin embargo, la aflicción no explica el ritual ni éste el duelo. Entrechocan pero no se explican uno al otro. Los rituales expresan la identidad cultural de grupos o de individuos, contienen material emocional en su desarrollo, pero no muestran los ciclos de duelo o de aflicción de los participantes.

El grupo que rodea al difunto hace distinciones de jerarquías familiares y cercanías parentales con el muerto. La selección de personas distribuye las funciones que se tendrán tanto en los ritos, como en las acciones burocráticas frente a las instituciones, y en las labores profilácticas (si se da el caso). Esta distribución de funciones muestra también las jerarquías de los grupos familiares y la valoración cultural del rango familiar de los individuos que los conforman.

El manejo del cuerpo

Sólo una persona se encuentra facultada para notificar la muerte de una persona a los familiares y, a su vez, sólo algunas personas pueden escuchar tal notificación por parte de aquélla. El médico encargado del paciente es sobre quien recaen las facultades institucionales para dar la noticia. Su preparación académica y su labor profesional lo respaldan culturalmente. Es en quien se debe confiar para informarse sobre el estado de una persona. Su labor es una respuesta al rango institucional que le otorga el hospital. Dar la noticia de muerte es un rito que, como cualquiera, corresponde a mostrar diferencias en el marco de valores de una cultura. Otras personas podrían saber clínicamente si la persona internada murió, pero el rito en el que se comunica la noticia fatal refleja los valores institucionales respaldados por una cultura.

Este rito requiere también de una escucha específica. Si bien, no se necesita que quien escucha sea un especialista, esta acción corresponde obligatoriamente a una persona que pueda

tomar responsabilidades acerca del fallecimiento. No sólo se requiere que sea alguien cercano al difunto, sino que pueda tomar decisiones respecto al cuerpo. Es decir, que socialmente se encuentre facultado para reclamar el cuerpo, contactar una funeraria y presentar documentos que se le requieran. Posiblemente el médico notifique al grupo familiar en general para que designe a una persona responsable. El lugar de la noticia es la sala de espera del hospital, generalmente.

Para cerciorarse de la muerte, el médico se apoya en los aparatos que miden los signos vitales. Las tecnologías utilizadas para el designio de lo vivo y lo muerto responden a una cultura y una época. La certeza de la vida o muerte de una persona ha tenido diferentes signos en distintas épocas y culturas. En Mexicali (como en la cultura occidental en general); la certeza del estado de salud de un paciente es reflejado por aparatos que lee e interpreta el personal del hospital.

El cuerpo sin vida es desconectado de los aparatos que mantenían su vida o medían sus signos vitales. Con esto se rebasa la acción con fines puramente profilácticos y se responde a una función cultural: el que los familiares lo encuentren desconectado a las máquinas. Comienzan, entonces, las labores de los que rodean al muerto para darle un aspecto que no sea el de la muerte. Más adelante se llevarán otras más especializadas, en la funeraria o en el SEMEFO. Este pequeño ritual pretende, por un lado, demostrar presencialmente la muerte de una persona y, por el otro, iniciar los rituales de despedida. Dura entre cinco y diez minutos. Las enfermeras se encargan de dar fin a esta despedida si se prolonga.

El cuerpo es modelado por prácticas discursivas disciplinarias. Se le acomoda de cierta manera, se toman acciones de limpieza específicas, se adhieren membretes y se actúa para borrar, dentro de lo posible, los signos de la muerte sobre el cuerpo. Estos ritos reflejan el tabú del cadáver, sólo el personal del hospital y, más adelante, el de la funeraria, está facultado para manejarlo. Esto pretende rescatar a los familiares de los sentimientos de horror, asco y dolor que puede despertar su contacto con el muerto. La especialización de la práctica se da también en este campo, aunque otras culturas no la requieren. Para los familiares se refuerza el tabú del cuerpo muerto, para los practicantes se cosifica este mismo. Se da vida a un tabú y a una cosificación al mismo tiempo.

Aunque el trato especializado del cadáver tiene la finalidad de evitar sentimientos desagradables de los familiares por estar en su contacto, no se evitan así los sentimientos desagradables que puede traer enfrentarse a la burocracia dentro del hospital para la entrega del cuerpo. El reclamo del cadáver es un rito que demanda pertenencia del difunto con su grupo y de éste con aquél. Sin embargo, la cosificación permanece en tanto las acciones y los cuerpos se equiparan con papeles y nombres.

Embalsamamiento

En las funerarias se encuentra personal especializado para embalsamar el cadáver; es decir, para realizar procedimientos que retarden la putrefacción. Asimismo para vestirlo, acomodarlo y maquillarlo. Estas acciones tienen la finalidad de borrar las huellas de la muerte sobre el cuerpo y dar una apariencia al fallecido de seguir vivo.

Los cambios del cuerpo a partir de la muerte son perceptibles y generan asco, horror y deseo de conservación de lo que ese cuerpo era anteriormente. Algunos de estos rasgos son el olor corporal, la flacidez de los miembros y el que el vello y cabello se encrespen. Señales de la muerte que procuran ser borradas o disminuidas por lavados, sustancias químicas, maquillaje u ocultadas por la vestimenta. Esto evita que los familiares estén en contacto directo y sean testigos del cambio corporal del cadáver, lo que les generaría asco, temor y dolor. No así a los embalsamadores, quienes por la cotidianeidad del trato con los muertos pueden menguar estos sentimientos, a tal grado que el cadáver se convierte en una especie de sombra, si seguimos a Thomas (1983).

Esta disminución de la muerte no está ligada con una creencia específica y explícita acerca del más allá o con una fe religiosa. Es un ritual, erige una presentación estética de la corporalidad anterior a la muerte. No se pretende expresamente que las vestimentas, accesorios o apariencia del muerto sean usados en el más allá. En su función ritual, estas acciones reaniman el sentimiento de pertenencia. No constituyen una negación de la muerte, no se tiene la idea de que el cadáver sigue vivo, sólo se busca disminuir la repugnancia a éste, o a los signos corporales que están ligados al recordatorio de la propia finitud y provocan horror. El embalsamamiento, la vestimenta y el maquillaje no esconden la muerte en sí, sino el cambio físico.

Thomas (1983) y Rivara (2003), sostienen que este horror ante el cadáver es universal y ha existido en todas las culturas y, con ello, apuntan a que este factor es fundamental para el inicio de la sociedad. Sin embargo, los estudios de Durkheim (2000) y la revisión documental de Ariès (2008) prueban que el horror ante el cadáver o la posición sentimental de los vivos ante él tienen cambios según la época o la cultura de la que se hable. El horror ante el cadáver es un fenómeno histórico y cultural, no está ligado al inicio de la civilización y su imagen cambia según la época. La relación de significado entre la muerte y la descomposición no es intrínseca en las civilizaciones humanas. El horror ante el cuerpo putrefacto es un sentimiento que pertenece a cierta época y a cierta cultura, no es el nacimiento de la civilización humana, forma parte de ella.

La funeraria

Las funerarias ofrecen diferentes servicios ligados con el ritual de muerte como son: el féretro, la transportación del cuerpo, un sitio en el cementerio, el lugar donde se velará al difunto y algunos accesorios esenciales para el ritual y la inhumación. La agencia ofrece estos artefactos como productos de consumo y a partir de esa idea los ubica. Organiza “paquetes”: grupos de elementos a la venta que si se adquirieran individualmente serían más caros. Igualmente da a conocer “ofertas” o promociones temporales que abaratan los servicios de la agencia. En la cotidianeidad de los trabajadores de estas agencias no se habla de deudos, entierros o términos que tengan que ver con la muerte. Se inclinan por palabras como “clientes”, “servicios”, etc. De esta manera el consumo se sirve de los ritos para hacerse patente y poner a circular el dinero.

El consumo se sirve de los ritos funerarios y penetra las acciones que rodean la muerte de una persona. De alguna manera las agencias funerarias contribuyen a que los ritos se mantengan porque lo que ofrecen se utiliza en ellos. Sin embargo, con las formas consumistas con que tratan a estos rituales los cosifican y les roban particularidades culturales, los introducen en leyes de oferta y demanda, los permean de la lógica capitalista, les dan un lugar en un marco de valores no precisamente socioculturales, sino de uso o cambio. Así, entonces, se crean diferencias entre los que tienen dinero para acceder a ciertos “servicios” y los que no.

En este punto, los ritos y las acciones fuera de ellos tienen diferentes limitaciones que responden al poder adquisitivo de los deudos. Las diferencias del tipo de agencia funeraria, de

cementerio, de féretro, etc., ejercen un prestigio y mantienen las diferencias entre grupos de manera discriminatoria: el valor de uso y cambio se vuelve factor central para las diferencias sociales. Para los rituales, estas diferencias limitan el uso de elementos materiales y espaciales. Las limitaciones crecen con la carencia de dinero.

Los espacios de las funerarias son acondicionados para responder a diferentes necesidades de los deudos. Sus ubicaciones son estratégicas tanto para la función de ventas de los establecimientos como para los diferentes procesos rituales en la velación. No es una correspondencia total, pero entre más necesidades particulares se llenen, más se encarecen los servicios.

El dolor ante la muerte y el horror ante la referencia de la propia finitud por la presencia del cadáver procuran ser evadidas en grandes espacios, como las antecámaras de las capillas. Los asistentes al velorio se reúnen en grandes grupos en estos lugares. Los saludos, abrazos, pláticas y risas procuran esquivar el dolor de los familiares principales y el horror a la presencia del cadáver. Si alguna persona llora sonoramente en estas áreas recreativas es “consolada” inmediatamente; es decir, el llanto es regulado y se busca no perturbar el ambiente. El dolor, parece, debe vivirse en privado, como una masturbación.

Durante las oraciones los asistentes se concentran en el interior de la capilla. Es un momento solemne. La gente reza el rosario al unísono. Las fórmulas de los rezos son inalterables, uno de los deudos dirige las oraciones. Ocupa esta función por su rango familiar y su cercanía con el muerto, pero sobre todo por su conocimiento sobre el rito. En el rosario se revivifican los valores religiosos del grupo, la clasificación de las cosas sagradas y profanas y la pertenencia a una cultura. En el entramado de estos rezos, Dios aparece como el ser más poderoso y omnipotente pero alejado, la Virgen María como una deidad cercana al hombre. El muerto dio un paso arriba en la clasificación de los seres y los deudos le ayudan en este paso, intercediendo por él.

La misa

Durante la misa hay oraciones que los asistentes rezan al unísono, movimientos repetidos y coordinados como hincarse o darse la mano; música con temas religiosos y de despedida al muerto. Palabras y acciones rituales que tienen la función social de solidificar los vínculos del grupo, crear estados de ánimo, transmitir entre generaciones los sentimientos de los que

depende la sociedad, avivar el sentido de pertenencia y la identidad de la colectividad, así como la apropiación de la cultura y la instauración de un pasado común.

Las creencias de los asistentes pueden variar, asimismo las interpretaciones individuales de los rituales. Sin embargo, la participación coordinada edifica un sentimiento de unidad. La cultura se expresa externamente en los movimientos y palabras que transcurren a través de este ritual. Los mensajes morales y sagrados muestran la clasificación de las cosas en el universo de significados religiosos. Diferentes partes del ritual como la homilía y las letras de las secciones musicales se entrecruzan con el sentimiento de duelo, esto da solidez a la razón de la asistencia al ritual y acompaña los sentimientos de los deudos.

La procesión

La procesión que lleva al cementerio es un ritual que en Mexicali tiene sus propios matices. Los deudos pueden solicitar una patrulla que acompañe la caravana de autos. La presencia de la policía vial tiene el objetivo de permitir la afluencia de la hilera, esto incluye conceder que los coches rebasen los semáforos en rojo y las señales de “alto” en las vialidades. Esta concesión de parte del gobierno municipal hace de los deudos y sus acompañantes los protagonistas de las calles. Pueden transgredir las reglas temporalmente porque su situación de deudos se los permite. El objeto principal de este permiso es un fetiche: el cadáver. La suposición municipal de la existencia del dolor por la falta es un elemento importante para este permiso, pero no podría tener lugar sin el fetiche. Un cuerpo investido de inmunidad temporal que cubre a todos sus acompañantes. Su situación de fetiche la reaviva el que la caravana procure pasar frente a la casa que ocupó en vida. Es un ritual que, aunque puede repetirse en otros lugares, permite el sentimiento de pertenencia a Mexicali, una identidad y la ilusión de unidad de los que pertenecen a la sociedad mexicalense.

Rito identidad y procesos colectivos

La muerte de una persona genera sentimientos de pérdida en sus allegados. Los familiares del muerto viven un proceso de duelo que comienza con la defunción de su ser querido, algunas veces este proceso comienza no con la pérdida sino antes, con la noticia de lo que sucederá (el caso de males incurables). Los procesos de pérdida son individuales y cada persona cercana al fallecido lo vive de distinta manera. Como se apuntó anteriormente, las manifestaciones

públicas de dolor suelen ser reguladas por las colectividades a las que pertenecen los individuos. De esta manera, la aflicción se vive de manera aislada.

El duelo y el rito se entrecruzan. Las acciones que requiere el segundo ofrecen algunos lugares donde puede expresarse el primero. Los momentos de llanto, las muestras de apoyo y el acercamiento de los vínculos por medio de las acciones coordinadas de las colectividades son algunos rasgos que suceden en el rito y que fijan un lugar para acompañar los momentos de pérdida. Sin embargo, el proceso de duelo no está representado en el rito. Los deudos viven diferentes transcurso de pérdida que convergen temporalmente con el ritual, pero el rito no es reflejo del duelo, ni lo simboliza. El entrecruzamiento es externo, se produce en algunos momentos del ritual, pero la pérdida es atravesada fuera del rito en su mayor parte.

La pérdida no sólo está enfocada en el “otro” faltante, también se experimenta por un “nosotros” que ya no existe. Se atraviesa el vacío por el vínculo que era posible con la persona muerta. Aunque ritual y duelo no se explican uno al otro, un momento en que se entrecruza la pérdida del “nosotros” y la expresión lúdica del ritual es la conversación con los muertos. Los deudos están conscientes de la muerte pero mantienen conversaciones unilaterales con el fallecido. Es un ritual individual y no instituido por ninguna religión en Mexicali. Su función es restablecer imaginativamente la cuestión del “nosotros”. De esta manera se mantiene la identidad y la pertenencia en relación a un pasado con el que ahora yace en una tumba.

No hay cementerio en Mexicali que no sea visitado el 1 y 2 de noviembre. Pero, singularmente en “Jardín de la Esperanza” se vive una festividad frenética. La música, el movimiento constante, los colores que inundan el panteón generan estados mentales de euforia y sentimientos de efervescencia. Este ambiente acerca a dos fenómenos culturales distintos: la fiesta y la ceremonia religiosa. Se viven la emotividad y el desahogo de la fiesta al mismo tiempo que las oraciones y las acciones coordinadas con motivos religiosos. Sin embargo, la efervescencia continuamente opaca el rito y ensordece casi por completo las expresiones de pérdida.

La visita del lugar donde yace el muerto es una costumbre que en la actualidad tiene correspondencia con un sitio particular: la tumba. Existe una apropiación territorial y ritual del lugar en que se sepulta el cadáver. Las muestras de fidelidad al pasado y a la memoria del

muerto son invocadas en el sitio en que fue inhumado. Es una territorialización del recuerdo. La costumbre también está ligada al consumo, porque se paga por un lugar para el muerto. Sin embargo, esto permite que el sentimiento de pérdida y los ritos que atraviesa mantengan una ubicación precisa.

Rito y aflicción

Las expresiones sonoras de llanto durante las inhumaciones son consoladas y, de esta manera, reguladas por los acompañantes de los deudos. En las mujeres es en quienes se presentan más los llantos dramáticos, pero también las acciones de consuelo como el tocarse el hombro, acomodarse el cabello entre sí o abrazarse. Los hombres generalmente se guardan de tener este tipo de expresiones de dolor. El llanto en público se muestra como un fenómeno vergonzoso. De esta manera el dolor extremo por la pérdida de una persona queda desterrado de los ritos de muerte. Aunque el llanto es entendible y permitido, comienza a ser perturbador cuando hay gritos o gimoteos francos. Los asistentes a las inhumaciones salen de sus cuadrillas para correr a consolar un llanto que pueda salirse de las expresiones regulares de pérdida. Las funciones de los acompañantes de los deudos se concentran en el dolor y sus repercusiones. Las acciones rituales, entonces, toman un curso independiente de los procesos de duelo que viven las personas cercanas al difunto.

Según Ariès (2008), antes del siglo XIX los ritos de muerte brindaban una especie de contención social a los deudos. El luto y el encierro llegaron a volverse rigurosos. A partir del siglo XIX el rigor menguó al mismo tiempo que se presentaron los llantos dramáticos de los asistentes a los funerales. En la actualidad, los llantos que salen de la norma son mal vistos, según nos dice. Los ritos observados para esta investigación parecían priorizar el silencio sobre el llanto y el consuelo sobre la tolerancia de los sollozos ajenos. El duelo y el rito, aunque tienen momentos de intersección y expresión conjuntas, parecen vivirse de manera paralela e independiente regularmente. Las consideraciones con los deudos son visibles pero momentáneas. La ausencia, la aflicción, las acciones compensatorias por la falta del fallecido parecen vivirse en contextos fuera de lo que son los rituales en sí.

Con esto se puede concluir que los procesos y fenómenos relacionados con la muerte de una persona rebasan los ritos. Las acciones que se llevan a cabo van más allá de las que ofrece el contexto cultural en los momentos de veneración o despedida del muerto. Otras

acciones también tienen lugar a la par del rito como las profilácticas o las burocráticas que suelen realizar los familiares del difunto. Se practican ritos y acciones familiares y personales fuera de los espacios rituales con más aglomeración, inaccesibles a observadores externos, donde no pueda perturbarse a la gente. El pudor, entonces, es una de las prioridades durante las prácticas rituales en público.

Las consideraciones de los que acompañan a los dolientes se distribuyen en las necesidades de los deudos y del ritual mismo. Alguno de estos asistentes puede dirigir los rezos o acompañar a los más afligidos o ayudar en los trámites que requieren las instituciones. Esto se realiza como una actualización de los valores culturales de estas personas, aparte se muestra el afecto y con ello la pertenencia e identidad respecto al grupo familiar.

Amor al muerto

El precio de los accesorios para los ritos funerarios se liga con el significado del afecto que se tiene por el muerto. Son artículos que se muestran en un evento donde concurre buena cantidad de miembros de la familia gran parte de las veces. Los deudos los muestran a la colectividad y, al mismo tiempo, están dirigidos al muerto. Se encuentran sujetos al marco de valores de los asistentes así como a la idea imaginaria de lo que merece el fallecido. De esta manera, el costo de los objetos funerarios se cotiza por los allegados no sólo desde el aspecto económico, sino también moral. El gasto relativo al poder adquisitivo de la familia se vincula con el prestigio moral de los deudos.

Durante el proceso de los ritos funerarios en Mexicali es posible observar la ambivalencia con la que los deudos se dirigen al cuerpo del muerto. Las acciones tienen el sentido emotivo del horror y el amor. El primero se debe a las reacciones que despierta la descomposición del cadáver, lo que genera el deseo de deshacerse de él. El segundo tiene fundamento en el pasado que se tuvo junto a la persona que ocupó ese cuerpo, hay muestras de querer retenerlo, no dejarlo ir. Estos impulsos ambivalentes y emotivos ante la muerte de un ser querido persisten en muchas culturas estudiadas por etnógrafos, comenzando por Malinowski: se llevan a cabo acciones para deshacerse del cadáver, de sus olores, de su cambio a medida que pasa el tiempo, de su aspecto descompuesto y, acciones también para conservar a la persona, como llamarlo, abrazarlo, mantener conversaciones unilaterales con él, observarlo durante minutos u horas.

El llanto se acrecienta durante algunos momentos del proceso ritual. Existen momentos de calma e, incluso, de relajamiento. Secciones temporales del rito contienen más tensión emotiva que otras. Por ejemplo, observar por primera vez al muerto en el féretro atrae más llanto que la procesión. La desinhibición de la aflicción es contagiosa a lo largo del proceso ritual. Sin embargo, hay límites. Los llantos sonoros, los gritos que llaman al muerto y las voces desgarradoras; es decir, el dolor dramático debe contenerse o ser contenido en los funerales. Una de las maneras que los grupos tienen para el control de la expresión del dolor es el consuelo. Su función es regular los llantos que parecen salirse de lo aparentemente normal. El consuelo puede servir para cuidar el prestigio de las personas que lloran en el duelo y para mantener una imagen grupal ante los asistentes al funeral. Se despoja a los ritos de muerte de su carga dramática y se recuerda al doliente que el dolor debe vivirse en privado. El mantenimiento de la apariencia de calma impera sobre la expresión emotiva.

ANEXOS: Selección del trabajo de campo

De las entrevistas

Lunes 9 de noviembre de 2009. Entrevista a Beatriz, enfermera.

Julio: ¿Cuál es tu edad?

Beatriz: treinta y dos años

Julio: ¿Qué estudiaste?

Beatriz: Soy enfermera, tengo una licenciatura en ginecología y obstetricia, tengo una especialidad en cuidados intensivos.

Julio: ¿En dónde estudiaste?

Beatriz: Enfermería la estudié aquí en la universidad. Mi licenciatura la hice por parte de la UNAM. Y la especialidad la hice por parte de mi trabajo en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Julio: La licenciatura, cuando estudiaste en la UNAM ¿te fuiste a la Ciudad de México?

Beatriz: No, se hizo una sede aquí que abrió, una aquí este... el curso, pero todo era dirigido por medio de la UNAM, todo el trámite, todos los papeles venían dirigidos por medio de la UNAM, y el título era expedido por la UNAM, e incluso la titulación y la ceremonia sí tuvimos que ir a México para que nos entregaran los papeles.

Julio: ¿Dónde estás trabajando?

Beatriz: En el seguro social, clínica treinta.

Julio: ¿y qué andas haciendo ahí?

Beatriz: Ahí estoy en el área de terapia intensiva. Mi servicio es exclusivamente la terapia intensiva, yo no me manejo en ningún otro servicio.

Julio: ¿Y de qué se trata la terapia intensiva?

Beatriz: En terapia intensiva tratamos a los pacientes que de alguna manera son los más graves, con muchas posibilidades de morir, pero que tienen, uno de los requisitos para entrar en terapia intensiva es que dentro de la gravedad que tienen, tengan una posibilidad, una posibilidad de salvarse. Cuando el paciente no tiene esa posibilidad, como enfermedades terminales o pacientes que son de enfermedades ya crónicas, que al final de cuentas van a llegar a la muerte, no son candidatos para una terapia intensiva, ahí son pacientes que tienen una posibilidad de morir. Que te llegan en un noventa y nueve por ciento, ya casi, muchas veces a morirse, pero tienen esa posibilidad de recuperación. Esos son los pacientes que se

atienden en terapia intensiva. Son los pacientes más graves que manejas y que todo el mundo ve con todos los tubos y con todos los aparatos, esa es la unidad de cuidados intensivos.

Julio: ¿Hay muchas personas en cuidados intensivos?

Beatriz: ¿en relación a los que trabajamos o pacientes?

Julio: sí, digamos ¿cómo cuantas personas hay trabajando en cuidados intensivos?

Beatriz: La terapia intensiva de aquí de la treinta cuenta con ocho cubículos y somos una enfermera por dos pacientes, nada más. Son cuatro enfermeros por turno y dos médicos encargados del servicio.

Julio: ¿Cuánto tiempo llevas trabajando ahí?

Beatriz: en el IMSS voy a cumplir diez años laborando, en lo que es la unidad de cuidados intensivos tengo... un año y medio, apenas laborando ahí en la terapia, tengo poquito tiempo.

Julio: ¿te ha tocado estar presente cuando muere un paciente?

Beatriz: Muchas veces (se ríe). Sí, ya... tengo ejerciendo la profesión doce años, entonces ya son muchas veces que me ha tocado, ya perdí la cuenta (se carcajea).

Julio: ¿Te acuerdas de la primera vez?

Beatriz: m... no específicamente la primera vez, pero sí recuerdo muertes ya... muy, muy atrás, desde mis inicios, sí las recuerdo, y las recuerdo mucho por el dolor de los, de los, de los familiares. Era así como que... fue muy difícil manejar al familiar en esa situación. Por eso la recuerdo, porque en realidad no recuerdo bien por qué falleció el paciente, sé que era un paciente ya mayor, por el área, el servicio en que estaba, y pues fue muy difícil manejar a los familiares, por eso me acuerdo mucho, yo creo, de eso.

Julio: ¿Ellos cómo actuaron?

Beatriz: Es que es algo bien difícil, mira, actuaron... en un hospital, se te pide guardar silencio y todo eso. Y ellos... era una forma de llorar muy desgarradora, era... mucho estrés, mucho escándalo...

(Estamos en la banca afuera de una iglesia, un muchacho, conocido de ella, pasa y la saluda, interrumpe lo que ella viene diciendo).

...Pero de pronto, cómo le pides a alguien que no llore o que no haga ruido. Entonces eso fue lo difícil, nos decían: es que hablen con ellos. Pero es que ¿cómo les puedes pedir la prudencia por ser un hospital y por que hay además pacientes a los lados? Pero ¿cómo les puedes decir: no llores? Fue bien difícil, porque sacarlos de la sala, ¡ay! Fue todo un caos y a veces, por

ejemplo en mi caso, cuando vas empezando a trabajar y cuando te tocan ese tipo de experiencias, pues obviamente no tienes la facilidad de decir: que se tranquilicen... no tienes esa facilidad de palabra, pues hay veces que te gana el sentimiento y no puedes decírselo, no es fácil decirle a alguien que se contenga.

Julio: ¿te han tocado otros casos similares?

Beatriz: eh... me ha tocado, más que, ya que murió el paciente, en el proceso en que saben que va a morir. Me toco eso hace poco, una muchachita de dieciocho años que se accidentó en una moto. Y para la mamá, el saber que ella se iba a morir, era bien desgarrador, pero era bien fuerte porque ella lloraba y se nos derrumbaba afuera del cubículo de terapia intensiva del cubículo donde teníamos a su hija, teníamos una sala previa donde se les dan informes médicos, una sala donde se pueden ellos estar, se le daba el informe médico y ella ahí se nos derrumbaba, y ella lloraba y preguntaba y decía, pero entraba con una fortaleza con ella, a pesar de que a ella la teníamos con sedación. Pero ella le hablaba y le hablaba con mucha tranquilidad, eso a mí se me hace, hígole, que tengan esa fortaleza de decir, aquí entro y como si nada hubiera pasado, y mi niña, todo va a estar bien, te queremos mucho, estamos orando por ti, y Dios está contigo, a pesar de que ella sabía lo que en realidad estaba pasando. Esas han sido las... pues muertes he tenido muchas... pacientes que te dicen que no los dejes, que no los dejes morir, que no los dejes solos, que los estés cuidando, eh, que te agarran la mano, que de alguna manera, ellos sienten, ellos sienten que se están muriendo. Y te piden que no los dejes, que no los dejes solos, que dejes entrar a su familia, que les digas que todo va a estar bien, a veces no puedes engañar al paciente. No le puedes decir: te vas a morir. Pero sí le dices que estás trabajando, que trate de tranquilizarse, que nosotros lo estamos cuidando, que estamos al pendiente de él, que tiene que confiar, de alguna manera nosotros hacemos nuestra parte, pero el trabajo fundamental pues es Dios, entonces... tratar de trabajar, cuando se puede... porque muchos de los pacientes no son... no te permiten meterte un poquito más en eso.

Julio: ¿Ahorita decías que no se le puede decir al paciente que se va a morir?

Beatriz: Le dices el estado de gravedad en que está, el estado de salud, sí le dicen los médicos: estás grave, tenemos todas estas posibilidades de que sobrevivas y de que no, pero yo me refiero a que no se les dice como tal: te vas a morir. No se les dice como tal. Sí se le explica al paciente... todo paciente tiene el derecho a saber... por lo que está pasando, a veces eso

resulta contraproducente, porque el saber ellos los riesgos que corren, genera en el paciente mucha ansiedad, se deprimen, se manejan ansiosos y un cincuenta del estado de ánimo del paciente depende mucho de cómo te recuperes, pero es un derecho que el paciente sepa: cómo está evolucionando y que sepa cómo está su salud. Entonces es un arma de dos filos decirle cómo está y cómo anda.

Julio: Y por ejemplo, los pacientes que van a morir, no sé si te has fijado, si hay alguna... acciones que tengan con su familia, digamos que los llamen... o que hablen con ellos.

Beatriz: Mira, en el servicio que yo trabajo que es la terapia intensiva, la mayoría de los pacientes los manejamos sedados, entonces muchos de ellos, a lo mejor de manera consciente no se percatan de lo que está pasando, ahí el que se da cuenta es el familiar, si le llevan a pastores, e incluso les llevan a los sacerdotes, pero sí me ha tocado, cuando yo trabajaba en el área de urgencias, que es donde más me ha tocado trabajar aparte de la terapia intensiva, es que son servicios muy difíciles porque urgencias, su nombre lo dice, son urgencias, llegan pacientes graves, entonces es difícil que el paciente te exprese algo, a lo más que me ha tocado que te exprese es eso: que no me dejes solo. O que... te pide ayuda. Si nos dura un poquito más el paciente ahí en el servicio de urgencias, ya te solicita un sacerdote, o te pide que le hables un poquito más de lo que es su enfermedad. Pero te digo, yo la experiencia que he tenido en terapia intensiva, la mayoría de los pacientes están sedados, entonces de una manera consciente, él no se percata de lo que está viviendo.

Julio: ¿Cuándo sabes que un paciente ya murió?

Beatriz: Bueno, nosotros tenemos la ventaja, una ventaja muy práctica ¿no?, eh, en la terapia intensiva todos los pacientes se monitorizan, se monitorean los signos vitales, entonces puede... eh... ya, el que nos diga que totalmente murió el paciente, el ritmo cardiaco que se maneja en la sístolia, que es la línea recta, nosotros vigilando con un monitor el trazo del corazón y nos empezamos a dar cuenta cuando el paciente está... ya va a morir... cuando empiezan a descender los signos vitales, su ritmo cardiaco empieza a ser más lento, eh, la temperatura puede bajar, la presión arterial puede disminuir, e incluso a veces ya no tienen presión arterial, pero el corazón está latiendo con una frecuencia de treinta, de veinte, hasta que deja. A veces ya no nos marca frecuencia, pero nos está dando un pequeño trazo, entonces, cuando se declara ya, e incluso el paciente a veces está con un pequeño trazo y ahí lo dejamos, lo dejamos que siga solo el proceso hasta que el trazo nos dé una línea recta y se

maneja como sistolia y es cuando se le da la hora de muerte al paciente. Pero estamos hablando que eso puede durar, a veces, horas, incluso nos han tocado pacientes que duran un día y medio, en que estamos esperando ya dé el último, en que ya nos ponga el trazo en línea recta y no, se mantiene con frecuencia de veinte, de veinte, de treinta, veinte, hasta que ya, ya nos da la línea recta y que nada más estamos pendientes a qué horas es, y ya cuando nos da esa línea recta se le toma un trazo, un trazo de electro, que en un papel nos imprime, para anexarlo en el expediente se les pone un pedazo de papel que nos marca que está la línea recta que está en la sistolia y se le pone la hora, y es la misma hora que se ve en el certificado de defunción.

Julio: ¿Mientras están en espera tienen algunos cuidados con él o ya lo dejan?

Beatriz: Los cuidados del paciente que ya está en fase terminal, eh, por así decirlo, pues ya son paliativos, es decir, ¿qué quiero decir con paliativos? Se le ayuda a un buen morir al paciente. Ya muchas veces, eh, ya los medicamentos no le están haciendo efectos al paciente. Entonces, se le ayuda en la cuestión de que... si está frío, arroparlo; darles cambios de posición, eh, darles masajes, eh, mantenerlo, de alguna manera, limpio, que esté cómodo, el paciente. A eso le llamamos cuidados paliativos. Que no porque se vaya a morir ya no se le haga nada. A lo mejor ya no le está funcionando un medicamento, para... para... para su supervivencia, pero sí, eh, sí le puedo dar sus cambios de posiciones, sí lo puedo peinar, sí le puedo asear la boca, si se hace del baño estarlo cambiando; hay veces que tienen tubo para respirar, estarle aspirando secreciones, eh... ese es un cuidado paliativo que... y es... le llamamos una muerte digna, al paciente, que ellos mueran dignamente. Y no por el hecho de que... saber que ya... le quedan minutos u horas se te olvide y ya lo dejes ahí. Esos son los cuidados que les damos nosotros, en cuestión de enfermería.

Julio: ¿Cómo se le da la noticia a la familia? ¿Quién se la da?

Beatriz: El encargado es el médico. El, el, el responsable de dar, eh, eh, la noticia de que falleció un paciente es el médico. Y se le da en... en lo que es la Unidad de Cuidados Intensivos, la noticia se da al familiar más cercano. Ya sea esposo, madre, hijos, eh, hermanos, y en dado caso de que no haya nadie disponible, eh, el caso se le pasa a Trabajo Social para que ellos se encarguen de buscar a familiares. Pero no avisa, Trabajo Social no avisa que murió, nada más Trabajo Social se les avisa que tienen que hacerse... tienen que presentarse en el hospital y ya en el hospital se les da el aviso de que falleció su familiar.

Julio: ¿Y ya que fallece que es lo que hacen los médicos, los familiares, etcétera?

Beatriz: Cuando fallece un paciente y se le da la noticia al familiar, nosotros, en lo que...

(Un conocido de Beatriz la saluda y le pregunta a qué hora será una reunión que tendrán en unos minutos).

Beatriz: Nosotros, eh, cuando fallece un paciente y que se le da la noticia al familiar, tratamos de... antes de que entre... porque le damos oportunidad al familiar a que lo mire, le damos oportunidad a que lo mire, y antes de que entren tratamos de desconectarlo lo mayormente posible de todos los, los tubos, mangueras, monitores, todo lo que tengan; tratamos de desconectarlo y... para que lo mire, se le da la oportunidad de entrar al familiar unos cinco, diez minutos, según como veamos, a veces nada más entran, se despiden de ellos y se van; y hay veces, si es necesario, decirle nosotros que se tienen que salir, porque los pacientes empiezan a presentar una rigidez a la media hora, empiezan a ponerse rígidos; entonces, y nosotros tenemos que prepararlos para poder, este... llevarlos al anfiteatro allá abajo, para que puedan... eh... pasar... eh... la funeraria por ellos. Y ya se le pide al familiar que traiga ya sea un acta o una credencial de elector del... de la persona que falleció, para que se le pueda expedir el certificado de defunción.

Julio: ¿Esta preparación de la que hablabas de qué trata?

Beatriz: Bueno, básicamente, desconectas al paciente de todo: monitores, ventiladores, sondas, catéteres, la mayoría de los pacientes evacúa, hay relajación de esfínteres, cuando van a fallecer y... se limpian si podemos limpiarlos, eh, dejarlos limpios. Se hacen, este... dos membretes, un membrete... eh... son adhesivos, con lo que es su nombre, número de afiliación, edad, el sexo, eh... la fecha y la hora en que murió, y se le pega uno en el... se pone al paciente totalmente desnudo y se le pega uno en el pecho, y... los acomodamos en línea recta, los brazos a los... a los laterales, alineamos la cabeza... muchas veces tienen la boca un poquito abierta, tratamos de cerrarle la boca... eh... y todo lo que son orificios, como son: narinas, oídos, boca, lo que es ano y lo que es en la mujer vagina... eh... les ponemos algodón. Tienden ellos a sacar fluidos después de. Entonces los llenamos con algodón, todo lo que son los orificios. A lo mejor no es nada gracioso ¿verdad? Saber lo que se te va hacer (ríe). Uno ya está acostumbrado, pero el que no sabe ¿qué dice? ¡Ay!.. Eso es lo que les hacemos y, después de eso, este... los envolvemos... eh... en una sábana, eh... así se hacen como tamalitos y encima de la sábana va otro de los membretes adhesivos con la

identificación, con los datos de identificación del paciente. Eso es lo que nos corresponde hacer a nosotros.

Julio: En las películas pasa mucho que les cierran los ojos a los pacientes cuando acaban de morir, ¿ustedes lo hacen?

Beatriz: Pues la mayoría de los pacientes ya tiene los ojos cerrados, hay veces que no se les pueden cerrar los ojos, que les quedan un poquito entreabiertos... los ojos. Por ejemplo, la boca, hay veces que sí tienden a estar con la boca muy abierta y por más que trate uno de cerrársela no puede. Entonces se usan a veces técnicas de poner vendas alrededor de la cara como cuando te duele una muela para poder mantener la boca cerrada, no muy apretada; porque todo eso que presione la piel, ya al paciente se le va a quedar marcado. Entonces para la persona que prepara el cuerpo, a lo mejor se le va a hacer difícil maquillar o disimular las marcas de una venda. Entonces, a veces no es muy recomendado, porque a veces quedas muy apretado y te saltan los cachetes un poquito. Entonces, no es muy recomendado, pero valoras, tú valoras qué tanto le miras al paciente la boca abierta. A veces así se dejan, hay veces que hay pacientes que se quedan contracturados, quiere decir, que se quedan con los brazos un poquito doblados, o algo. Entonces, ya en la morgue se encargan de estirarlos. De acomodarlos, ya tensos, ni modo. Ya tensos, se podría decir que se fracturan, se estiran los... regularmente no vemos un cuerpo nunca que está todo doblado. De alguna manera se tiene que... entonces, no sé realmente cómo lo hacen, nosotros, pues lo que realmente estamos seguras es que se fractura al paciente para poderlos estirar.

Julio: dices que la familia tiene que llevar una credencial del IFE y, ¿se les da el cuerpo, así?

Beatriz: No, ellos presentan una, una credencial del IFE, o en su defecto un acta de nacimiento. La mayoría de las veces es la credencial del IFE. Cuando los pacientes son ya muy, muy... estamos hablando de pacientes de ochenta o noventa años, pues es difícil que el familiar te llegue con un acta, entonces les pides la credencial de elector para que se pueda expedir el certificado. En lo que se hace el trámite del certificado que se encarga el médico responsable, al médico que le tocó hacer la... que le tocó la defunción. Nosotros, ya una vez que preparamos el cuerpo se baja a un anfiteatro que tenemos ahí en lo que es el sótano del IMMS. Y ellos tienen que ir a hacer el trámite con la funeraria. Una vez que ellos ya realizan los trámites con la funeraria, la funeraria viene al IMSS, al anfiteatro a recoger el cuerpo ya con el trámite. A ellos no se les entrega el cuerpo como tal, el cuerpo se entrega a una

funeraria, a una funeraria responsable. Porque hay gente a veces que no reclama el cuerpo, entonces, es cuando Trabajo Social ya se encarga de eso, pero el trámite, eh... en realidad el familiar nunca es como que: te presento tu cuerpo. Es el trámite a través de la funeraria, ya la funeraria se encarga de... (pasa gente que la saluda)... ya ellos se encargan de preparar el cuerpo y ponerlo.

Julio: Entonces, el trato se hace a través de la funeraria, ¿y por ejemplo los pacientes que ya murieron que no hay familiares quien las reclame?

Beatriz: De eso se encarga Trabajo Social, nosotros, este... nuestra función es nada más... yo como enfermería, mi función es preparar el cuerpo, si hay necesidad de apoyo emocional a lo que es el familiar, se lo das, se entregan las pertenencias que sobraron del paciente al familiar y ya nada más es el contacto con el médico en cuanto a lo que es el certificado de defunción. Si no hay familiares para expedir el certificado de defunción, Trabajo Social es el que se encarga, y la verdad no sé ellos con quién, en caso de que no encuentren a alguien, no sé realmente con quién se conecten ellos para que se pueda proceder a entregarse el cuerpo a... (ríe) porque pues no se puede quedar ahí en el hospital. Ellos se encargan de eso.

Julio: Pues son muchas funciones y muchas cosas las que se hacen ¿tú cómo te sientes ahí?

Beatriz: ¿en relación a una muerte o a mi trabajo?

Julio: a tu trabajo

Beatriz: pues a mí me gusta mucho lo que hago, eh, yo creo que esto es una profesión que yo disfruto y que tendría que ser así por lo difícil que es, no es fácil, eh, de pronto, lidiar, por así decirlo, con alguien que no es nada tuyo. Y así lo mira mucha gente, y así nosotros lo percibimos, que le pides a un familiar que te ayude y no le provoca ayudarte, o le da asco limpiar a su propio papá, a su propio hijo, entonces, eh, independientemente de limpiar a un paciente, porque nuestras funciones van más allá que eso, muchísimo más allá que limpiar y balar un paciente. A mí siempre, siempre me ha gustado mi profesión, yo siempre he dicho que... yo no miro que ni otra profesión me quedaría, por eso mis estudios y preparaciones han sido en base a eso, a obtener una licenciatura, a obtener una especialidad y me gusta mucho lo que hago, es una profesión muy absorbente y muy desgastante, muy desgastante, bastante más una terapia intensiva que desde que llegas hasta que te vas trabajas contra reloj, y a veces tienes el tiempo encima y no te alcanza, son muchas funciones las que tienes que hacer y no te alcanza, pero es algo bien gratificante, cuando tienes un paciente de pronto cinco, hasta seis

meses, y verlo salir por su propio pie y verlo regresar y que se despide de ti porque ya salió del hospital, porque de la terapia intensiva no regresan a su casa, se regresan a piso y duran otro tiempo en recuperación en piso y ya que se dan de alta de piso y ver que el paciente viene y se despide de ti, eso nadie te lo paga, nadie, o sea, es muy bonito, la profesión de enfermería es muy bonita, muy humana y te toca ver muchas cosas. Ves cosas muy tristes, pero también hay cosas muy satisfactorias.

Julio: Muchas gracias.

Sábado 16 de enero de 2010. 2ª entrevista al padre Tomás

Julio: Es una entrevista, más o menos no muy larga, pues bueno es acerca de los ritos de muerte en la iglesia. ¿Cuál es su edad Padre?

Sacerdote: 49 años

Julio: 49 años, ¿Qué estudios tiene?

Sacerdote: Filosofía y Teología

Julio: ¿Ocupación?

Sacerdote: Sacerdote

Julio: Lo que usted me diga, digamos de todos los entrevistados voy a cambiar los nombres, ¿no sé si usted quiera ponerse algún seudónimo?

Sacerdote: igual con el nombre ¿si?

Julio: ¿Cuál es la fe que tiene la iglesia acerca de la muerte?

Sacerdote: La iglesia cree en la vida eterna, la iglesia fundamenta el hecho de Cristo muerto y resucitado y pues como Cristo resucitó de entre los muertos cree que también nosotros resucitaremos, gloriosamente como Jesucristo para vivir con Dios

Julio: Y ¿Cómo sucede está resurrección?

Sacerdote: En Cristo que es según los textos de Pablo que es la primicia de todos los resucitados lo que la biblia da a entender es que la gloria de Dios vino sobre su cuerpo y fue transfigurado o glorificado el cuerpo de Cristo muerto en una vida nueva que el apóstol Pablo

menciona con la semejanza de la semilla sembrada que da una planta nueva, pues es ciertamente un cuerpo glorificado es lo que esperamos que sea al tipo que Dios tiene marcado, dice el texto bíblico, cuando escuchen la voz del hijo del hombre los que hayan muertos resucitarán

Julio: Okey y ¿Resucitarán todos los muertos?

Sacerdote: El texto dice resucitarán unos para la vida eterna otros para la probium, seguramente da a entender que todos

Julio: Digamos la, había no se si todavía una idea acerca del purgatorio

Sacerdote: Sí, lo que pasa es que la iglesia cree que no puede entrar nada impuro ante la presencia de Dios, entonces es un momento como de limpieza final no de, para entrar a la presencia de Dios y por eso es que la iglesia ora por sus difuntos pidiendo que pasen del momento de la purga o de para poder entrar a la vida eterna

Julio: ¿Que rezos se llevan después de la muerte de los difuntos?

Sacerdote: Hay dos tipos de plegarias, una que se llama responso es una oración que incluye lecturas y oraciones por los muertos, lecturas bíblicas; y la otra sería la celebración de la eucaristía dentro del templo; o inclusive la exequias en el panteón que sirven para bendecir la tumba y al momento de sepultar el muerto y después de eso normalmente la gente acostumbra otro tipo de oraciones que vienen luego como pueden ser rosarios durante nueve días o misas durante nueve o tres días donde se sigue rezando por el muerto

Julio: Me platicaba que aquí en Mexicali no hay como un seguimiento de esas nueve misas

Sacerdote: No todo mundo, mucha gente no sabe igual ni rezar el rosario, o sea y a parte de eso no hay como otros ritos como puede haber en otras partes de la república, pero definitivamente la gente viene a misa y pide misa por sus difuntos pero no practican eso de levantar la cruz después de que termine el novenario se vuelven tan alejadas esas tradiciones.

Julio: Y por ejemplo en ¿dónde ha visto que sí se llevan ese tipo de tradiciones?

Sacerdote: Oaxaca, en el sur de México fue donde lo vi; y en el centro de la república normalmente los novenarios de rosarios si los hacen y algunas personas también levantan, no se ponen una cruz y todo y la levantan, la van levantando cada día y eso

Julio: ¿Y cómo es eso de que se van levantando?

Sacerdote: Como que van incluidos los rezos de los novenarios, los rosarios en la casa, como que van levantando por partes una cruz que ponen de, como de cal y alguien la pone de flores y el último día toman la cruz que era como el centro de la oración y levantan la barren la quitan para señalar que con eso se terminó el novenario y hacen un convivio con comida para toda la gente y eso, pero aquí no lo hacen

Julio: Me estaba platicando acerca de cuales son los ritos estos del novenario y del levantamiento de la cruz, ¿qué otros ritos se llevan? Por ejemplo cómo es por ejemplo lo de los santos óleos

Sacerdote: El rito de los santos óleos es una oración que normalmente se hace por el enfermo en dos sentidos, uno para pedir que el enfermo se sane es una oración exactamente pidiendo a Dios la sanación del enfermo que va desde la sanación del cuerpo a la sanación espiritual, nada más que en mucho tiempo estuvieron catalogados los óleos como la llamada de extrema unción como si fuera prácticamente la unción antes de morir, pero no es, aunque normalmente vamos a dar la unción a los enfermos a los que están agonizando, entonces se relaciona casi con el final de la vida. Lo que si iría más bien en relación con el final de la vida sería lo que la iglesia llama viático que es llevar y dar la comunión al que esta agonizando, llevar la ostia consagrada, darles la comunión como viático a la vida eterna que eso sería prácticamente el momento final; y hay otro tipo de plegarias también para acompañar al muerto, litúrgicas también, leer textos bíblicos donde se acompaña al que está agonizando, se acompaña con oraciones lecturas bíblicas y prácticamente una oración de acompañamiento en el momento final de la vida.

Julio: ¿Usted ha acompañada a una persona a un moribundo?

Sacerdote: He acompañado a algunos pero ya prácticamente en estado de coma entonces no sé que tan seguros estén de lo que se está diciendo allí, pero no me ha tocado verlos, los he

acompañado a parte, no me ha tocado justo verlos morir, en realidad no me ha tocado ver morir a nadie; pero he hecho la oración de acompañamiento y han seguido vivos unas horas después todavía

Julio: ¿Tiene alguna diferencia la misa que se da normalmente que la misa de difuntos?

Sacerdote: Prácticamente es lo mismo solamente varían las lecturas bíblicas que se escogen con el sentido de la muerte y la resurrección y otra ritual es claro el sentido de la misa es traer el muerto a la iglesia y poner agua bendita sobre el ataúd, poner incienso si es posible encender el cirio pascual al frente de la celebración y ofrecer la plegaria en un momento determinado de la misa por el muerto, que es y si el muerto es cremado también puede ser que, porque esto sucede cada vez más que la misa se haga antes de que sea cremado o igual puede traer la urna, o que después de cremado se traiga la urna a la iglesia y se celebra con la urna presente también, que pueden traerla inclusive dos, tres o cuatro días lo que la gente guste parece ser que por allí va la tendencia, cada vez más se crema gente y traer al muerto y luego traer la urna a la celebración

Julio: como ve eso de cremar y el enterrar el cuerpo, ¿hay alguna diferencia?

Sacerdote: Ya eso es sentir realmente de las personas, para la iglesia no hay un problema religioso ni moral, cada quien escoge lo que guste

Julio: Por ejemplo estas misas que se llevan de cuerpo presente tienen la finalidad de alejarlos del purgatorio o tienen también otras finalidades?

Sacerdote: La iglesia en torno al creyente ya que el fue parte de una comunidad de fe y en el momento de la muerte pues se debe hacer oración por él, la oración dirigida por un muerto siempre será para pedir a Dios el perdón de los pecados

Julio: Por ejemplo, ¿los rosarios que se rezan se pide a la virgen María? ¿Ella es cómo un mediador?

Sacerdote: Es que en realidad para la iglesia católica todos somos mediadores de todos, tan así que en la vida de este mundo yo puedo orar por un gobernante orar por quien sea y otro puede orar por mí, por la idea del apóstol Pablo de que la iglesia es como un cuerpo donde todos los

miembros se comunican unos a otros, entonces nosotros creemos que la iglesia, solamente hay una iglesia pero a ella pertenecemos los que estamos en este mundo y los que están en la casa de Dios, entonces podemos pedir por ellos y ellos pueden pedir por nosotros, si un muerto está con Dios puede pedir por nosotros como lo hacía aquí en este mundo y entonces como la virgen María, personaje excepcional dentro de la iglesia entonces por eso es que pedimos por la virgen pero igual también podemos pedir por otra persona que vivió y que creemos que está con Dios, bajo la idea de que estamos comunicados todos, o sea realmente todos pedimos por todos. Es la analogía del, que el apóstol Pablo presenta de la iglesia como un cuerpo que se comunica y realmente se comparten los beneficios todos los miembros del cuerpo. Nada mas te aclaro que no podemos pedir por la virgen María porque ella ya está con Dios, no necesita, pero sí por otro que haya pecado igual podemos ofrecer la plegaria, así como alguien pedía a Dios por la salud estando vivo, hoy pide por la salvación estando vivo pero ya no en este mundo sino con Dios

Julio: Me platicaba del apóstol Pablo, el este, tiene, bueno en la biblia lo que viene del apóstol Pablo tiene acerca de la muerte...

Sacerdote: (interrumpe sacerdote..) Sí exactamente, la primera carta de los tesalonicenses en el año 52, allí el apóstol Pablo escribe a la comunidad de Tesalónica diciéndoles: hermanos para que no vivan en la desesperanza como los que no creen, porque nosotros creemos que los que han muerto en Cristo serán llevados a la presencia de Dios; o sea y una y otra vez en todos los textos paulinos, está clara la idea de que Cristo resucitó de entre los muertos y si Cristo resucitó también nosotros resucitaremos junto con él, dice: somos sepultados con Cristo para resucitar con él. Y es una y otra vez la idea del apóstol Pablo, que en las 13 cartas paulinas del nuevo testamento, viene expresada la fe que fundamenta el sentir de todos los creyentes en Cristo que compartimos con él la muerte y la resurrección

Julio: ¿Qué finalidad tiene rezar el rosario en los velorios?

Sacerdote: Pues, sigue siendo lo mismo el pedir por el que ha muerto, el pedir a Dios y no tanto pedirle a María a la virgen María sino pedir junto con la virgen María a Dios por el muerto, que es lo que la iglesia llama la intercesión, interceder unos por otros para ese ser

querido que podamos preocuparnos del otro no solamente de manera física sino también de manera espiritual

Julio: ¿Hay algún sacramento que se les dé a los moribundos?

Sacerdote: Pues es lo que... normalmente se da la unción de los enfermos, pidiendo la salud pero que termina casi por ser para mucha gente el sacramento de la muerte, aunque más bien es el sacramento de la salud; lo que más bien se daría sería el viático, que da la comunión al final de la vida, el viático es la comunión del cuerpo de Cristo la hostia consagrada

Julio: ¿Esta comunión tiene alguna influencia sobre su trayecto de muerte?

Sacerdote: Lo que pasa que la iglesia siempre ha creído, y ya desde los antiguos, desde los primeros siglos de la iglesia que la eucaristía, o sea la hostia consagrada es fármaco contra la muerte, tanto así en el sentir de muchos creyentes de las iglesias de los siglos doce, trece por allí que llegaban a creer que si alguien no comulgaba del cuerpo de Cristo no tendría vida eterna, o sea que medicina contra la muerte entonces es que se pide al que está muriendo se le da el cuerpo de Cristo, porque el que come mi cuerpo y bebe mi sangre ese tendrá vida eterna dice Jesús en el evangelio, entonces es el sentir de la iglesia de alimentar al creyente de Jesucristo

Julio: Por ejemplo, si no tiene esa comunión, ¿puede tener vida eterna?

Sacerdote: Sí, o sea en el sentir de la iglesia antigua ellos casi creían que no, pero está claro que Dios buscará la vida eterna para inclusive los que no son cristianos, para los que no comulgan también, todos son criaturas de Dios y desde su búsqueda cada persona de conciencia seguramente podrá encontrar a Dios

Julio: y quien por ejemplo, ¿quién no podría tener vida eterna?

Sacerdote: Pues el texto bíblico lo dice muy claro, dice que el que, el pecado lleva a la muerte, si alguien peca y no se acerca al perdón, pues ya ese juicio no me corresponde le corresponde a Dios, sólo Dios hace el juicio de cada persona interna, no sabemos realmente quién sí quién no; y si alguien pide perdón al final puede tener vida eterna porque en el texto del evangelio, un ladrón muere junto a Jesús y él le dice: hoy estarás conmigo en el paraíso; ah

y estaba siendo justiciado, no era una persona digna pero volteo hacia Jesucristo y fue perdonado, entonces el quien se arrepienta al final tendrá vida eterna; antes se creía que tal vez los que se suicidan no, y no se hacia por ejemplo funerales para los que se suicidaban, ni se les sepultaba en tierra santa ni nada porque se creía que habían cometido un pecado gravísimo, como es matar y como no habían tenido tiempo de arrepentirse entonces no tenían vida eterna, pero la iglesia después de la base de la psicología ha entendido que pues es una enfermedad y no podemos hacer juicios, realmente quien se mata viene de un estado deplorable de vida y ya se hacen los funerales y todo de los que se suicidan, pero si había la idea de que alguien que se suicidaba iba al infierno y no hace mucho tiempo en la iglesia, pero ahora ya ciertamente pensamos que más bien quien se suicida viene de un infierno personal para llegar a una situación de ese tipo y aparte no nos es dado el juicio, nunca a nadie, sólo Dios es el juez y entonces si fuera hacerle yo un funeral a Hitler, no puedo condenarlo de antemano y decir que se va al infierno, sólo Dios sabe.

Julio: ¿Y cómo sería el infierno?

Sacerdote: El infierno es definido por el papa Juan Pablo II como la ausencia de Dios, así tal cual la ausencia de Dios y el texto bíblico habla de fuego que no se extingue, como un sufrimiento terrible y alguien hasta llega a decir bueno seguramente que el fuego es lo que sobra en el universo, pero más bien el papa Juan Pablo II habla de la ausencia de Dios será tan terrible estar separado de Dios que será un dolor tan terrible como quemarse y del purgatorio dice lo que dicen los místicos sobre el purgatorio es un estado lleno de un dolor tan agudo porque el alma ya quiere llegar a Dios y lo desea con tanto fervor y esta a punto de llegar y ya sabe que va a llegar, pero como no llega aun y como el bien es tan grande y lo visualiza que no puede tenerlo entonces se convierte en un sufrimiento enorme pero a la vez mezclado de un gozo porque está cercano ya el encuentro de lo que la iglesia llama la acción beatifica o sea que sería en la vida eterna ver a Dios cara a cara conocerlo y estar con él

Julio: Por ejemplo, ¿nuestras acciones en vida influyen en ir a la vida eterna?

Sacerdote: La biblia nos da a entender que dios nos hizo libres y responsables, entonces San Juan de la Cruz dice que al final de la vida seremos juzgados por el amor y que la persona que tiene la suerte de arrepentirse se puede ir al cielo, el que pide perdón es perdonado, porque

Dios es abundante en misericordia y perdón, por eso inclusive la confesión que se me olvidó decirte es uno de los puntos que la gente pide cuando alguien está muy grave a parte del viático y de la unción de los enfermos la gente pide la confesión, me dicen “está agonizando alguien vé confíesalo” porque la persona debe confesarse para morir en gracia ya que Dios perdona los pecados a través del ministro y tal vez más que importante sería allí la confesión inclusive que la unción de los enfermos o el viático

Julio: ¿Es más importante la confesión?

Sacerdote: Con el sentido de que está agonizando deba pedir perdón a Dios inclusive al pueblo sacramentado, inclusive se da dentro de la liturgia el perdón y la indulgencia por parte del Papa y todo

Julio: ¿Cómo sucede la confesión, cómo se lleva a cabo?

Sacerdote: La confesión requiere nada más previamente el reconocimiento del pecador que ha cometido pecados, el dolor de haberlo hecho y la intención de no hacerlos más y de la fe en que es perdonado por Jesús y que habiendo una relación como de Dios de padre a hijo y habiendo lastimado la sensibilidad de Dios ya que sé es hijo, pedir humildemente perdón y aceptar el perdón y claro hay una penitencia posterior que puede ser x si alguien ha robado reponer lo robado

Julio: ¿Se necesitan algunos objetos para esta confesión, objetos religiosos?

Sacerdote: Más o menos lo normal sería tener la vestimenta religiosa que es la alba, sotana y la estola que son los ornamentos litúrgicos; y ya en última instancia la estola puesta que el un ornamento litúrgico.

Julio: ¿Qué significado tiene la estola?

Sacerdote: La estola significa el poder espiritual del presbítero, que como ministro ejerce en el nombre de Dios y representa el poder espiritual por el cual perdonas en el nombre de Cristo, en el nombre de la iglesia

Julio: ¿Hay alguna otra cosa que quiera añadir?

Sacerdote: Pues no, creo que es todo, algunas veces vamos tal vez en el sentido de la muerte a bendecir la tumba que a veces no piden cuando alguien cumple un año de muerto o si no a los nueve días o cualquier situación - sabes que ven y bendice la tumba- porque tal vez no es como en Estados Unidos que sepultan siempre está el ministro al llevar el muerto a la tumba, aquí normalmente en Mexicali no lo hacemos se acaba la celebración y cada quien va y sepulta y mucha gente va luego y nos pide que vayamos a bendecir la tumba y eso es lo que he visto que hacen aquí

Julio: ¿Y qué finalidad tendría bendecir la tumba?

Sacerdote: Dentro de la liturgia se bendice la tumba al momento de sepultar a la persona como diciendo, ya que se duerme en este espacio bendecimos el lugar donde sepultamos para que la presencia de Dios acompañe el lugar de la tumba. Y a lo mejor si me sorprende no, cada vez la idea de cremar, cada vez veo más en lo que tengo de cura aquí en Mexicali, que cada vez la gente empieza a cremar más a los muertos

Julio: No tanto a sepultarlos, ¿no?

Sacerdote: Sí, no sé porque los están cremando, cada vez los están cremando más, antes había un cierto prestigio así como religioso porque la gente decía si los cremamos ¿cómo va a resucitar? Pero los que han muerto hace cien mil años también son hijos de Dios también ellos los recibiría aunque son polvo, por ese sentido sería absurdo allí, pero ahora como que se ha ido extendiendo eso y cada vez más los creman, no sé ha dónde vayan a ir el nuevo ritual de la muerte

Julio: Muchas gracias Padre esta entrevista me va a servir mucho para mi trabajo

Sacerdote: No, pues ojala te sirva para encontrar trabajo

Martes 6 de abril de 2010. Entrevista con M, embalsamadora.

M- Tratamos de hacer que la persona se vea lo más parecida a la última vez que los familiares la vieron.

J- ¿cómo los maquillan?

M- la primera intervención es con los familiares, les pedimos fotografías. Ya me dan una fotografía de un momento, obviamente, que al pariente, al familiar no se le dice lo que te voy a decir, pero uno busca que la fotografía sea cuando no está sonriendo, cuando no tiene ninguna gesticulación abundante, que la persona esté seria para que podamos interpretar o yo pueda interpretar lo que quiero del rostro de la persona, porque obviamente ya no tiene vida.

Entonces la primera intervención es con el familiar. La segunda, antes de la preparación, es el embalsamiento que se le hace al cuerpo y se busca que pues los ingredientes que utilizan, los ácidos, los preparativos que hacen sean lo más, cómo te puedo decir, lo más alcalino posible, por así decirlo.

J- ¿esto en qué te ayuda?

M- Ayuda a que la piel se sienta más deshidratada cuando uno aplica el maquillaje, ya sea con el aerógrafo, porque uso aerógrafo de pronto, como la piel se ve más restirada, queda más momificada, por decirlo. El tejido no se suelta tanto, no se cae tanto, por la posición que tiene en el féretro, porque es horizontal, no se cae tanto el tejido del rostro hacia las orejas.

Entonces, cuando usan sustancias muy alcalinas la piel se deshidrata tan rápido que no tiene tiempo de colgarse. Entonces queda más pegado al músculo y más pegado al hueso, como una deshidratación.

J-¿cómo logran llegar a que quede parecido a la fotografía?

M-por ejemplo, cuando usan placas dentales se tienen que remover, no se les dejen la mayoría de las veces, cuando pegamos los labios lo hacemos con cola-loca o algún pegamento industrial, antes se usaba hilo. Para pegar las comisuras de los labios por dentro. Sutura tipo *cirujano plástico* que es zigzag por dentro que se jala como si fueran cintas. Entones ahora se tiene que dejar la dentadura, la cual la pegamos con goma industrial, con silicón la pegamos a la encía, y le rellenamos la boca con un... este... ¿has visto el poliuretano que se usa para sellar las grietas de las paredes? ¿un poliuretano que sacas de la bombita y se infla? Con ese se le rellena la boca, para que esta mantenga la posición y no se caiga. Esperamos a que se seque y procedemos a este lado de la boca.

J- ¿tienen problemas con los líquidos que salen después?

M-Bueno, sí se tienen problemas pero utilizamos gases para detener los líquidos. Cuando ya está terminado en la etapa del féretro, cuando ya está embalsamado, ya cuentas con la tráquea completamente sellada, los poros de la nariz los tenemos que sellar, los oídos, pero si hay alguna fisura entre las uniones del yeso o de lo que se vaya a poner encima de la garganta y te empieza a hacer como una botella, no sé cómo le quieras llamar tú... se recurre al algodón, yo de pronto le ponía alcohol, ¿para qué le ponía alcohol al algodón? Para evitar el olor tan fuerte, tan penetrante mientras yo hacía mi trabajo. Utilizaba alguna sustancia de extracto de sándalo, de pachuli, alguna sustancia para evitar que estuviera emitiendo olores desagradables. Si vas a una funeraria común y corriente lo embalsaman tal cual. Donde yo estaba había como una firma del embalsamado a partir de los líquidos.

J-¿qué diferentes modos existen de embalsamamiento?

M- Yo conocí dos tipos de embalsamamiento: uno, que es cuando le hacen la autopsia le sacan todos los órganos y lavan todos los órganos, uno por uno con la manguera. ¿has visto un embalsamamiento? Entonces hablo un tema del que no sabes, voy a precisar un poco la información. Cuando llega un cuerpo y se le hizo el proceso de certificación para saber de qué murió y todo eso. Cuando ya se sabe, se revisan los órganos y te digo, por ejemplo, este hombre murió de un infarto. Y todos los órganos quedan descartados, o sea que no fueron involucrados, comprometidos en la causa de muerte. Ya pasado eso, se le pone una cánula grande en el brazo y se drena la sangre. Entonces, ya que se descartó que no se comprometieron los órganos, se le hace un orificio en la parte del estómago, en la parte izquierda, se empieza a llenar de agua, le meten litros y litros de agua, que por otro lado, sea por el recto, o la parte derecha, salen. Has de cuenta que forman como un círculo de dren. Ese es uno que yo he visto. Pero el que me ha tocado de cerca es el que hacen una “Y” [en el pecho], le quitan el costillar, le ponen a un lado órgano por órgano y al lado del cuerpo lo empiezan a partir en dos o a perforar y les empiezan a meter agua en cada órgano, con una manguerita. Entonces tú vez la figura del cadáver que se ve como una bomba que se está llenando, hasta parece un muñeco inflable, porque están todos los intestinos por toda la mesa extendidos, llenos de agua, el vaso, el hígado, todos los órganos más importantes, puestos en los lados llenos de agua, lavados, todo, y se ve el tanque que está succionando el líquido ya

contaminado, que trae la sustancia para embalsamar y que capta los ácidos químicos y tóxicos, por así decirlo.

Entonces tú ves el cuerpo así que se ve como ponchado y luego lo vuelven a meter todo allí, le ponen el costillar y sellan la “Y” con grapas.

J-¿y luego llevan a maquillar el cuerpo?

M-uno tiene que revisar el protocolo para saber uno cómo va a ser, uno revisa todo el historial. Y en base al perfil te pones a trabajar, entonces, si le dieron un tiro en la cabeza, tienes que rellenar, ya que le lavaron todo, que está limpio todo, porque obvio que falleció del tiro en la cabeza, pero hay una investigación para saber si no fue envenenado antes, si fue pos mortem, todo eso. Entonces, ya está ahí con el tiro en la cabeza, lo pasan ahí, ya que está todo con las grapas, ya que está frío le ponemos yeso o le ponemos plastilina de la que nosotros utilizamos para el colegio, con esa plastilina se rellena todo. Luego se le pone una capa de una mallita que se parece a los curitas. Se le pone una mallita redondita y se maquilla encima de la bandita. Entonces se reproduce en la capa de la piel, uno tiene que reproducir la misma textura.

J-Por ejemplo ¿en casos donde hay mucho daño en la cara?

M- Como te dije hace rato, se rellena con poliuretano la piel, porque el hueso ya está hundido, generalmente, si ya tiene un lado muy fuerte, se pide que el féretro sea sellado, pero si el protocolo familiar indican que quieren ver por última vez el cadáver así como esté, uno tiene que ir hasta las últimas consecuencias para repetir que el rostro esté lo más parecido posible a cuando estaba vivo. Se inyecta silicón, se inyecta por dentro a las áreas que están dañadas, lo inyectamos y lo vamos moldeando hasta que se parezca a la cara, si se levanta mucho lo oprimes, lo mueves para allá, lo mueves para acá, es como moldear por fuera, algo así como una escultura.

Los olores son fatales siempre. O sea, por más que esté disfrazado, es muy penetrante el olor y de hecho duras dos o tres días que tu cuerpo tiene ese olor, huele como a lirios.

J- ¿Es el olor del cadáver o de los químicos?

M-El olor del cadáver prevalece por sobre los químicos, la muerte celular y todo eso es bien penetrante.

J-Aunque sea un cadáver reciente

M-Aunque tengas dos horas de muerto, ya tienes un olor muy particular, aunque tengas dos horas, porque la muerte celular se da inmediatamente, o sea, obvio, sin oxígeno las células se empiezan a morir y empiezan a desprender ese olor. Empiezan a oxidar, no es como que suden por las glándulas sudoríparas, sino por la transición vida-muerte, empiezas a traer un olor, como algún perro, igual. Te puedo decir que el humor todavía es más mal. Olemos más los humanos que los animales.

...

M-El hecho de que ellos quieran ver el cadáver como cuando estaba vivo es una manera de no aceptar, es una manera más suave para ellos, el hecho de que a esa persona ya no la van a volver a tratar, no le van a volver a hablar, no la van a volver a escuchar. Porque, si te das cuenta, un funeral personalmente, la persona llega a ver el féretro y dice: es que ni parece que está muerto, es que siento como que me va a hablar, siento que está vivo. Esa es una no-aceptación de la situación que los lleva a buscar que se vea como cuando estaba vivo. Una negación total de la realidad. Y claro que les afecta de diferentes sentidos, o sea, tu ves a una mamá destrozada llorando por el hijo y hay otras personas que son casi indiferentes ante la situación.

J-¿cómo vestían los cadáveres?

M-La mayoría de las veces se ocupan dos personas para vestir un cadáver. Porque hubo una cuestión, como en 1992: una persona llevó a su muerto para que lo vistieran como cuando estaba vivo, con su smoking largo, con su bastón, que le pusieran el bastón así nada más empuñado para que todo el mundo lo viera, porque él era muy importante en el vecindario. La cosa es que cuando ya lo iban a sepultar, las bandas del cajón se separaron y se dio vuelta a la caja y se cayó el cadáver y estaba completamente desnudo, pues a partir más o menos de ese tiempo, hay una certificación en las funerarias en la cual se tiene que vestir completamente el cadáver. Y las cajas deben de tener unos seguros que no se pueden abrir por fuera, obvio,

obvio que el muerto no las va a abrir, sólo con una llave especial puedes abrir, se parece a la entrada de una tarjeta de crédito.

J-¿cómo se viste?

M- El cuerpo está rígido, más o menos como por diez horas, ya que pasa el rigor se ablanda el cuerpo un poco. Entonces sí está como cartilaginoso, como tenso, pero hay manera de moverlo sin romperlo, sin romperle los huesos. Hay otras veces que te dicen: sale, ya, porque lo van a querer enterrar ahorita y el rigor mortis no ha pasado, entonces tienes que romper ligaduras para poder moverlo. Entre dos personas se viste al muerto, uno lo levanta, otro le mete la mano a la manga, le da la vuelta a la camisa, y ya queda acomodada, y luego, obvio que no hay ternura, no hay una empatía, no hay nada de eso, porque ya con tanto que los mueves, es como un objeto. Lo padre aquí es que cuando movíamos al cuerpo lo tratábamos con respeto, en esa funeraria había respeto por los cuerpos, por eso es que los latinos la buscaban tanto. El mexicano tiene otra idiosincrasia y en Estados Unidos la cosa es muy diferente.

A esta persona del bastón le rompieron todos los dedos de la mano y luego le pegaron el bastón con goma, para que el bastón quedara en la posición que ellos querían hubo que romper ligaduras, entonces cuando se cayó, con todo y bastón rodó el cuerpo tieso así terrible. En este caso sí se les pone goma, con clientes que lo piden así o tomando una flor o un libro. Se batalla un poco más porque el cuerpo tiende a soltarse.

J-¿cómo empiezan a vestir un cuerpo?

M-Como una persona se viste, a mí me gusta ponerle ropa interior porque la costura de la ropa queda diferente, o sea queda llena, le da más forma a la camisa, al saco, lo que vayan a traer. Todas las capas, que si nada más le pones la camisa y el saco, cómo se va a mirar, entonces de pronto se ve bien [mejor] que si no lo usan. Les pongo calcetines, bóxer, o lo que se vayan a poner, pantalón, camisa, zapato, el cinto, el saco lo pegas con un tape para que no se le recorra la camisa, porque la piel de un cadáver, si tu le pones el tape y lo levantas se va la piel ahí, haces una marca que no se pueda borrar. Todo es como por debajo, donde nadie vea, todo es apariencias.

J-¿cómo fue tu primer experiencia con los cuerpos?

M-Fue en la morgue de Mexicali, estuve trabajando para una película de un director local que se llama Carlos Fuentes, la película se llama “hasta que la muerte nos unió”, ahí en la película fue desarrollar la imagen de uno de los personajes principales, que se trata de un muerto, de un hombre que viaja con su esposa, la esposa lo mata y para ella el ocultar la muerte de su esposo, sigue viviendo con él como si estuviera vivo, pero él siempre estuvo muerto hasta el estado de putrefacción hasta que terminó la película, fue pasando por todas las etapas de que el cuerpo se descompone hasta el estado de putrefacción y aunque ella lo miraba como si estuviera vivo, siendo que olía horrible. Entonces yo para hacer mi trabajo tuve que investigar esto que te estoy diciendo. Entonces mi primer experiencia con un cadáver aquí en el SEMEFO de Mexicali. Y has de cuenta que cuando vi, la desnudez fue lo que más me impactó, yo creo por eso mi perfil es de ponerles toda la ropa, los calcetines, porque quiero contrarrestar la vergüenza del cadáver. Porque uno se siente agredido con esa desnudez tan cruda, porque los genitales están flácidos, en las mujeres los senos están casi debajo de las axilas. Se recorren mucho, más de lo que te puedes imaginar, parecen un hombre, parecen pectorales masculinos. Los huesos de la cadera se botan en la mujer, en el hombre se ven como si fueran dos quijadas de un burro. Así, grande se ve la cresta iliaca. Los genitales tienden a desinflarse, a casi desaparecer, como que se desinflan y se meten entre las piernas. El vello púbico se ve más levantado, como erguido porque ya no hay vida, ya no hay calor, el vello se levanta, al igual que el cabello de la cabeza, se separa del cuero cabelludo, se ve como parado, la ceja se levanta, el bigote se tiende a elevar. Porque al recogerse la piel el folículo piloso se levanta por lógica, entonces la desnudez fue lo que más me impresionó, la vulnerabilidad de un cuerpo cuando no tiene vida, que haces lo que quieras con él porque ya está muerto.

J-¿en el SEMEFO ibas a trabajar o a observar?

M-A observar. De manera muy hermética porque ahí son especiales, a pesar de que es México no puedes entrar con una cámara, no puedes entrar con una grabadora, no puedes entrar con muchas cosas, solamente tienes tus ojos y tu memoria. Entonces, no es muy buena la comparación, porque olía terrible, pero yo era como una esponja, absorbiendo todo. El olor ahí es horrible.

J-¿cuál es el siguiente paso después de que los maquillan y los visten?

M-Es el refrigerador, la baja temperatura, procuro congelarlo un poco para cuando esté en el féretro no emita los olores propios de un cadáver.

J-¿Refrigerador y luego?

M- La caja, la caja consta de tres capas, lo que es la base que es donde va el cadáver y luego un portillo, que es la que trae los cojines que lo rodean, lo cubre y entonces el cristal y la capa principal.

J-¿para qué es el cristal?

M- Para que no emita los olores, pero también para que las personas no lo estén tocando.

J-¿Cuál es la finalidad del maquillaje?

M- Lo que sucede aquí, más que ser importante que se vea bien o no, es por el vivo que se hace esto. Porque si el vivo ve que todo está bien, que todo está como en orden, está seguro que el muerto va a estar feliz a donde quiera que se vaya, cualquiera que sea la religión que profesen esas personas, los credos, ritos y todo, no. Entonces, el hecho de que lo vean bien es tranquilidad para los que los van a ver que se va, los que lo van a enterrar. Entonces, eso es más que nada para los vivos, porque incluso, hay ciertas religiones, como las que creen que se reencarna aquí mismo en esta vida. Creen que es bueno conservar el cuerpo en el mejor estado, porque como va a reencarnar, para que no le falte nada, que no le falten los órganos, cosas así. Y eso, obviamente, en el perfil que leemos antes del maquillaje, pues ahí se sabe. Como cuando uno sabe que trabajará con alguien de la religión judía, no se le puede hacer la autopsia, no se le pueden sacar los órganos, no se le puede embalsamar, el cuerpo tiene que estar tal cual como se murió y hacerle la mínima intervención, lo mínimo que puedas tocar ese cuerpo. La finalidad es para los vivos. Eso es, eso es el meollo de todo esto.

J- ¿Veías el resultado de tu trabajo?

M- Sí, yo veía que las personas estaban contentas porque su cuerpo se veía guapo.

Él protocolo en Estados Unidos es diferente al de aquí. Pues mira, en Estados Unidos la gente casi no interviene con el féretro. La gente va, lo ve, pero no es como aquí, que todo el mundo está ahí poniéndole fotos y que flores. Allá es más protocolizado, al cadáver se le respeta, se le

hace su oración, su misa, la sinagoga, lo que le vayan a hacer. Al cadáver no lo van siguiendo, no hay una corte fúnebre, sólo que lo pidan, pero no se hace, los parientes llegan y ya está el cadáver allá. O sea, si vas a las doce de la mañana, te citan a las tres de la tarde para el entierro, tu fuiste a la funeraria para convivir, el café, el vino y tú vuelves a ver el féretro hasta las tres de la tarde, cuando ya lo van a enterrar, tú no vas siguiendo el féretro como aquí, que lo siguen por todas partes, lo pasean. A menos que sean comunidades, lo que le llaman chicanos, o funerales chicanos sí llevan el féretro como aquí.

J-¿cómo ves las diferencias entre el protocolo de aquí y el protocolo de allá?

M- Igual de dolientes, pero más frío. Porque ahí los parámetros como tránsito y allá las carreteras, son muy diferentes las leyes, entonces las leyes afectan el protocolo. Aquí los vivos, cualquiera que quiera abraza y le da un beso al muerto; así que “no, no se lo lleven” o ya sabes “mi hijo”, “por qué Diosito, por qué” y todo lo que se vive ahí. Ya en el entierro la gente llora, grita, pero ya las oraciones se hacen, si lo has visto en algún video o algo, ora la gente, se ponen sillas, la gente ora y después el féretro se mete en su hoyo respectivo y no se llena de tierra en ese momento. Le ponen una alfombra y las flores encima y las personas se van y el enterrador lo hace en privado, cuando ya no hay nadie. Entonces, llenan de tierra de cemento, lo que le vayan a hacer y entonces ponen las flores o las lápidas. Para la lápida hay cierto tiempo para ponerla, como veinte días y las flores se ponen ahí, no se pone de inmediato la lápida.

J-¿Algo más que quieras agregar?

M-Algo que se me hace muy interesante es que aquí predomina una religión, que es la religión católica y en base a eso se rige un protocolo para un cadáver. Y en Estados Unidos había una diversidad de religiones y cada una tenía un protocolo para sus muertos. Aquí estamos mucho más encerrados en un sistema de comportamiento. En un sistema de cómo percibir la muerte. En un hacia dónde va el rumbo del féretro, de la muerte, de lo que representa una funeraria, y en Estados Unidos hay una diversidad de religiones, de sectas, de preferencias, y eso es lo que afecta directamente el protocolo.

J-¿cómo se ha afectado tu manera de percibir la muerte a partir de tu contacto con los muertos?

M- Lo primero que hice fue decirle a mi familia que yo no quería morirme y que me llevaran a una funeraria, yo quería que me llevaran a un crematorio. Porque la intervención que el embalsamador tiene con el cuerpo es muy ruda. Cuando te ponen el algodón o la esponja para sellarte todos los orificios que Dios te dio es algo así muy abrumador, porque lo hacen con un palo de escoba, con un palillo, con un palillo chino te meten aquí todo con las pinzas te meten todo el papel y el algodón, por el recto, todo, todo, todo. Entonces fue lo que dije: yo no. Tal vez ya no sienta porque estoy muerta, pero yo no quiero que me hagan todo eso. O sea me marcó, fue un parteaguas. Incluso yo le decía a mi hermana: si ven que me muero por ahí, préndanme fuego, no sé, incinérenme en el momento, mándenme al incinerador, porque yo no quiero pasar por el SEMEFO, específicamente por éste. No porque haya estado malo ahí, tu sabes, está bien, no, es que es muy rudo, es muy rudo aquí, terrible. Aparte la falta de elementos, como sus herramientas, siempre están como en una situación precaria, yo creo quizá eso también es lo que contribuyó.

Me tocó ir una vez al SEMEFO cuando hubo una matanza aquí, había unos veinticinco cuerpos cuando fui. Estuve yendo bastante tiempo al SEMEFO, te voy a decir. El primer día había tres cuerpos, uno estaba cubierto, uno estaba completamente abierto, con todos ya los intestinos inflados, así, y el otro estaba desnudo, ya le habían hecho la autopsia, ya estaba listo para el refrigerador o para la fosa común, no sé que iban a hacer con él, pero ya estaba así, todo quietecito. Esa fue la primera vez. Cuando fui la segunda o tercera vez había unos veinticinco cuerpos, tienen tres planchas nada más y todos estaban en el piso, donde podían. Había una cuarta plancha que es donde hacen el corte de cráneo, la craneotomía, esa que le cortan así alrededor para destaparle el cerebro, y éste hombre se había muerto en una... ¿tú quieres que yo te cuente esto? ¿estás seguro? Se había muerto en una fosa o ¿cómo se llama? Están los canales y luego Hay un cuadro así grande, no en el canal sino a un lado, donde el agua hace algo así como que circula, es un cuadro, no sé cómo se llame eso: tina, pozo, yo no sé. Ahí en ese lugar había caído un cadáver, una persona, pero no se dieron cuenta de que estaba ahí hasta que el agua estaba sacando unos olores espantosos y una de la gente de ahí, de los del rancho, de los agricultores, entonces le hablan al forense y los forenses van, dan el dictamen de que se había ahogado y todo el rollo, entonces lo sacan y el cadáver estaba completamente inflado, en proporciones impresionantes, pero el hombre tenía sus huaraches, unos huaraches, porque no se le puede decir de otra manera, que eran de suela de llanta, con el

corte en cruz, y un pantalón con un corte muy particular, que es del torso a la rodilla de largo normal, que es el largo de talla veintiocho, por decir, y de la rodilla al tobillo era corto, lo que indicaba que ese hombre era de la región de Sinaloa. Porque el fémur de las personas sinaloenses es más corto. El hombre estaba con una barriga así de agua, entonces me dice el doctor, le vamos primero a quitar las sandalias, le vamos a despojar de la ropa, primero, porque la ropa ya estaba completamente encarnada en el cuerpo, ya estaba metida encima, los ojos botados, la lengua gigante, la boca abierta, el color era, qué te digo, un verde-gris, un verde turbio, un verde cloaca, así, las tortugas ninja están locas a comparación de eso. Entonces has de cuenta que le empezó a quitar las sandalias, pero este hombre [el médico] sin guantes, tomó lo que es la palomera del huarache y al quitársela, la piel del talón, la dermis y la epidermis se vinieron junto con el... con la palomera y la suela. Entonces, le sacó el huarache así y las bandas como cuatro centímetros para dentro hundidas de la carne del pie. Entonces, ya le sacó todo eso y la piel estaba colgando, el talón era completamente blanco, se le remojó tanto que se le desprendió. El asistente le comenzó a quitar la ropa, los botones tronando de lo podrido y por dentro estaba peor aún. Entonces, dice, ahora vamos a ver por qué murió. Lo primero que tenemos que hacer es diseccionar el cerebro. Pero aquí no vas a verlo en la forma habitual en que lo has visto en otros cuerpos, aquí lo vas a ver completamente licuado, entonces yo le pregunto ¿cómo que licuado?, así licuadito, licuadito, me dice, así completamente líquido, pero no líquido como la sangre o como el agua, así como un licuado, como si hubieras licuado en una licuadora esta sustancia que va a quedar como cremosa. Entonces, con una sierra así de esas redondas, a pedazos se le caía el cuero cabelludo, le levantó con el bisturí, a pedazos se le vino todo eso, remojado ya, se le veían algunas ramificaciones de venas en color blanquizco, gris, azuloso. Le corta con la sierra alrededor de la tapa craneal, se la levanta, y el cerebro, tal cual como lo dijo, era una bolsa pochada, que se empezó a destilar, porque es como un hoyito donde va cayendo, porque es como una bandeja con un conducto que es el drenaje, es el drenaje a donde va. Revisó todo el líquido con las manos sin guantes, siempre sin guantes, así, no tiene nada, no hay ninguna bolita, porque es que cuando tomas algún veneno o algo, si el cerebro está licuado hay ahí alguna bolita que no se puede disolver y ahí saben que te envenenaron, ya después de ahí lo abrió con un cuchillo de esos que parecen para untar mantequilla, se ve igual de inofensivo, pero tiene un filo, y no se le ve filo, no sé de qué estará hecho. Hace la “Y”, lo corta, abre los

tejidos y luego con la sierra abre el costillar y ya lo saca en dos, pues todo adentro completamente licuado también. Saca cada órgano, lo pone al lado y los empieza a cortar y a revisar. Todo esto sin guantes siempre, y es un olor, Dios mío. Ese olor me duró como unos tres días.

Del diario de campo

10 de octubre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”.

El cementerio “Jardín de la Esperanza” se encuentra a un lado de la carretera que lleva al aeropuerto de Mexicali. Antes de llegar aparecen dos o tres “yonques” o tiraderos de autos. La proximidad del panteón es anunciada por un puesto de flores, los colores de las flores saltan a la vista en medio del panorama desértico.

La entrada de autos está del lado derecho, el camino parece planeado para entrar en auto, no a pie, las veredas de entrada parecen hechas para vehículos. A otros panteones se puede acceder a pie fácilmente, sólo es necesario cruzar la puerta e inmediatamente las tumbas están casi rosando los pies, tal es el caso del panteón “Pioneros”. A diferencia de este último, en “Jardín de la Esperanza” es necesario entrar en coche y seguir la vereda que no es larga, tal vez unos quinientos metros. Al fondo hay una bifurcación en la que se tiene que elegir entre la parte Este u Oeste del lugar. Sin tener un rumbo fijo, más bien guiándome por el azar, elijo la parte Este. Hay espacio para estacionar autos, calculo que para unos cuarenta lugares. Bajo del auto y me interno en el cementerio. Son más o menos las dos de la tarde.

Camino sin dirección fija, me interno en el lugar. Las lápidas están al ras del suelo, a diferencia de otros cementerios, en los que se levantan cruces o lápidas en ángulo recto con el suelo. Incluso en éstos últimos se levantan mausoleos, pequeñas capillas, estatuas o figuras. En “Jardín de la Esperanza” es diferente, las lápidas, como dije, están al ras del suelo.

Observo un conglomerado de gente debajo de una carpa. Son alrededor de unas cuarenta personas. Se puede decir que están concentradas en dos círculos, uno circundando el ataúd, debajo de la carpa y otro más alejado, con el mismo centro.

Entre los dos círculos se encuentra un grupo musical, tocan música regional o “taka-taka”, como los llaman los mexicalenses. Llevan camisas rojas y pantalón negro de mezclilla.

Cantan canciones que nunca había escuchado, tal vez de su inspiración. Está formado por cuatro integrantes: batería, bajo eléctrico, bajosexto y acordeón.

Algunas personas llevan la vestimenta del luto, de negro por completo. Otras sólo incluyen el negro entre las prendas, casi siempre pantalón negro y camisa azul claro.

La carpa es verde y dice: “Jardín del tiempo”. Las personas bajo la carpa rodean el ataúd. Rostros tristes, miradas sin punto fijo. Dos o tres mujeres lloran, gimen, gritan, le llaman al muerto, balbucean “hermanito” o “papito” o “abuelito”, acuclilladas al borde del ataúd de madera.

Las mujeres cerca del ataúd se muestran apoyo unas a otras, se tocan el hombro, se palmean la espalda, se acomodan el cabello entre sí.

Los hombres permanecen inmóviles, rostros serios, miradas distantes, pulgares en el mentón, sólo uno muestra las lágrimas, los demás se las tragan, no las echan fuera. El silencio es su posición ante el dolor por la pérdida de un ser querido. Ninguno se acerca al otro para consolarlo, a diferencia de las mujeres. La música no cesa. El volumen cubre el sonido del llanto cercano al difunto.

Una de las mujeres que llora desinhibidamente, histéricamente, se levanta de la posición en que estaba junto al ataúd. Busca con la vista a alguien. Encuentra a un hombre que está junto de mí, un poco alejado del círculo céntrico, y lo llama para acercarse. Tiene cabello cano, tanto sus facciones como la característica del cabello se asemejan a las del difunto, tal vez sea uno de los hijos, y la mujer que lo llama, su hermana.

El muerto es viejo, tal vez unos ochenta años, es posible que la muerte lo haya envejecido más.

El hombre se acerca, se toma de los hombros con las personas más cercanas al ataúd. La mujer continúa la búsqueda entre la gente, nos mira, parece buscar rostros conocidos, que puedan compartir el dolor dentro del círculo.

Aunque no todas las mujeres exhiben el llanto acompañado de gritos y llamamientos al muerto, las lágrimas fluyen en casi todos los rostros femeninos. Son tres las mujeres que lloran exageradamente. Las demás sólo muestran un gimoteo tímido y algunas lágrimas.

Los hombres no lloran, a excepción de uno, joven, moreno, ubicado entre los del círculo central. Muestra un llanto tímido, el antebrazo limpia las lágrimas del rostro continuamente. Se acompaña de las mujeres, pero no hay esa confianza de consuelo que se muestran entre ellas. Le palmean el hombro, no lo abrazan ni le acomodan el cabello.

La música continúa, las letras de las canciones tocan temas como: el adiós, la tristeza, la muerte, Dios, el cielo, nos veremos algún día, etc.

La mujer de llanto histérico sigue buscando rostros conocidos y les pide acercarse. Otra de las mujeres busca a los enterradores, dos hombres jóvenes, esperando órdenes, de pie, cerca de la carpa. Los encuentra y les dice: Cinco minutos y levanta la mano derecha extendida para que el número de dedos que muestra confirme el número que pronuncia su boca, porque la voz se le quiebra de llorar tanto o el nudo en la garganta no la deja hablar. Casi no se le entiende cuando dice: cinco. Por eso la mano extendida sirva de señal a los enterradores, quienes seguramente no la escuchan claramente, se le acerca uno y pregunta: ¿cinco? La mujer contesta afirmativamente con la cabeza. Los cinco minutos son para que los enterradores comiencen a bajar el cuerpo al foso debajo del ataúd.

La primera mujer ha terminado de reunir a las personas que buscaba, las invita a formar parte del círculo más cercano al ataúd. Sólo llamó hombres, parece que las mujeres más cercanas al difunto ya estaban cerca. Viendo que los enterradores se preparan para bajar el cuerpo al foso, los familiares cercanos al féretro se aproximan más unos a otros, se toman de los hombros, mantienen la vista en el finado.

Algunas mujeres mayores reparten flores a las personas debajo de la carpa, esto parece avisar que el féretro está a punto de cerrarse.

Los del círculo pasan por turnos a despedirse del muerto, depositan una flor dentro de la caja (rosa o clavel), besan la frente del muerto. Hay un auge de llantos. Las mujeres que antes sollozaban tímidamente ahora lo hacen de manera frenética, gimen sonoramente, dicen

el nombre del muerto, le besan las mejillas, la frente o la boca. El joven moreno, el único hombre que mostró las lágrimas, le besa la frente y lo abraza largamente, una mujer mayor lo aparta sigilosamente; lo toma de los hombros y lo jala hacia atrás ligeramente. Él sigue el movimiento de la fuerza sutil que lo empuja.

La primera mujer se acerca al féretro, se acuclilla, abraza al difunto fuertemente y lo besa en las mejillas y en la frente, grita, le llama, gimotea, le acaricia la frente. Otra mujer la aparta con mayor fuerza que como apartaron al muchacho. Introduce las manos debajo de los brazos de la primera mujer, la levanta, la aparta.

Llega otra mujer, llora al verlo, le besa la frente y deposita una rosa dentro de la caja.

Crece las muestras de dolor y consuelo, es posible escuchar el llanto aún por encima de la música amplificada, los que están debajo de la carpa abrazan a los que presentan el llanto más perceptible. Sin embargo, también crece el lenguaje corporal que inhibe el llanto, unos apartan a otros de la cercanía del ataúd.

Una mujer toma fotos o video del cuerpo dentro del ataúd, perpetúa la imagen.

Todos los del círculo se acercan y dan muestras de afecto al cuerpo del muerto, lo tocan, lo abrazan y lo besan por turnos. El llanto es general en las mujeres, raro y tímido en los hombres.

La primera mujer detiene el llanto, se acerca al cuarteto musical, pide que toquen “Sonora querida”. Los del grupo ensayan los acordes antes de comenzar la melodía. Comienzan y esperan que los asistentes entonen la canción, pero sólo dos o tres se saben la primera estrofa, los del grupo no dan continuidad y detienen “Sonora querida” para interpretar otra.

La mujer que había llamado a los enterradores hace una señal a éstos últimos, para que se acerquen y cierren el ataúd. Se reparten más claveles y rosas. Los portadores de ellas aprovechan los últimos minutos para depositarlas dentro de la caja, como una ofrenda.

Los familiares cierran la caja. Algunos asistentes se quedaron con flores en las manos que seguramente depositarán en el foso cuando la caja esté en el fondo. Los enterradores

comienzan a bajar el féretro mediante un sistema de poleas. Los llantos van a menos, los gemidos ya no rebasan el volumen de la música, ya no hay llantos notables, no se dice el nombre del muerto, todos quedan inmóviles esperando que la caja llegue al fondo, sin embargo se atora a mitad del camino. Los enterradores suben de nuevo el féretro, revisan las tiras de tela verde que sostienen el féretro, revisan las poleas, parece que no encuentran nada, vuelven a intentarlo y otra vez algo le impide descender.

Los enterradores se dan cuenta de que el problema es que el foso se vuelve más angosto conforme la profundidad crece, llega el momento en el que la caverna no es lo suficientemente ancha para el tamaño del ataúd. Los dos enterradores piden a la gente que se aparte, el círculo se dispersa, se descompone en pequeños grupos de gente que conversa.

Sacan el ataúd a tierra firme, se introducen dentro del foso con cincel y martillo, golpean las paredes para ensanchar las paredes.

Conforme transcurre el trabajo de los enterradores el ambiente se torna más relajado, la gente conversa, sonríe, pone atención en los niños que lloran. Los del círculo saludan a otras personas. Los llantos han cesado por completo, aunque hay quien todavía se seca las lágrimas. Aún así se conserva el aire de seriedad del evento.

18 de octubre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”.

Espero a Roberto en el lugar donde nos citamos: una tienda en la esquina de Calzada Aviación y Justo Sierra. Son las ocho cuarenta y cuatro de la mañana del domingo. Mi informante llama para decir que llegará un poco tarde porque se quedó dormido, le digo que no hay problema, lo espero. Quince minutos más tarde pasa por mí en un auto guinda, en el asiento del copiloto lo acompaña un hombre que no conozco, después me enteraré de que es José, uno de los vendedores de los que está a cargo.

Luego de los saludos y las presentaciones tomamos el camino que lleva al cementerio. Hacemos escala en una tienda para comprar líquidos que nos hagan más llevadero el calor de la mañana. Permanezco sin interferir en la plática entre José y Roberto, pero escucho, trato de darle forma a lo que entiendo. El tema de la plática se refiere al trabajo, esencialmente a las envidias y competencias desleales entre vendedores, cuentan que hay una vendedora con experiencia que cuando los vendedores nuevos han vendido un paquete, ella les llama a los

clientes para informarles que dicho paquete está incompleto, que les falta alguna cosa como el ataúd, la lápida o alguna de los objetos que se requieren para un funeral, les sugiere que cancelen la compra y que contraten otra con ella. El entrenador sugiere al vendedor que tenga cuidado con ella y los demás vendedores experimentados.

Los paquetes de la funeraria incluyen cosas como el ataúd y/o urna, la lápida, la renta de la capilla para la velación, el servicio de inhumación o de cremación, una misa para pedir por el difunto y el lugar en el cementerio (en una gaveta si se inhuma, en un nicho si se crema).

Llegamos a JE, bajamos del auto, nos encaminamos a la parte Este del cementerio, conocida como Jardín del Espíritu Santo. Damos pasos por una pequeña colina que contrasta con la superficie baja del suelo del estacionamiento, parece un montículo de tierra formado a propósito. Caminamos junto a las tumbas familiares, camas de pasto que llevan el apellido de la familia en la cabecera. No entiendo la manera en que una familia pueda caber en tal espacio. Roberto me explica que los espacios para las gavetas son hacia abajo, hacia el interior del suelo, como un edificio de departamentos. De ahí que la superficie del suelo se eleve. Entiendo que las gavetas son los espacios en donde se introducen los ataúdes, uno encima del otro. El informante explica que caben cuatro gavetas y tres nichos. Los nichos son los espacios en donde se acomodan urnas. Son cajones en el interior del suelo acomodados de la misma manera que las gavetas, sólo que de un tamaño menor a éstas. Las urnas son los recipientes en donde se depositan las cenizas de los muertos. Todo el cementerio está distribuido de esa manera, es como si estuviéramos caminando sobre un gran almacén de cuerpos enterrados. Un ataúd está sobre el otro, formando una pila que luego es cubierta de tierra y pasto para igualar la superficie del resto del panteón.

Caminamos un poco más arriba, llegamos a la sección “Espíritu Santo”. Roberto le explica a José que los espacios de esa parte ya no están disponibles para la venta, sea porque están ocupados o vendidos. Los lugares “ocupados” son las pilas de gavetas que ya tienen restos humanos, los lugares “vendidos” son los que han sido pagados por personas para ser ocupados posteriormente. Roberto aclara que, de hecho, ese espacio está sobrevendido, hay más lugares apartados de los que realmente están disponibles, lo cuenta más o menos de la siguiente manera: el arquitecto que estaba antes era muy buena onda, a todo el que le quería

apartar un lugar en este espacio le aceptaba el dinero, a nadie le decía que no, así que este espacio tiene más gavetas vendidas de las que hay, lo malo es que cuando se llene por completo habrá personas que reclamen las gavetas apartadas en esta zona y tendremos problemas con los clientes. José pregunta si el arquitecto lo hizo a propósito o no se dio cuenta de lo que pasaba. Roberto sonríe sin pretender aclarar la duda por completo: es que era muy buena onda y no sabía decir que no. El entrenador le recomienda al vendedor que no venda ni ofrezca gavetas en ese lugar.

Sobre las lápidas observo arreglos florales, algunos naturales, otros artificiales, aparte de rehiletes. Le pregunto a Roberto si se puede llevar cualquier arreglo a los difuntos. Me explica que sólo los que se permiten en el reglamento: “uno puede traer flores naturales o artificiales, dice, las primeras las quitan cada miércoles, las segundas se quedan aquí más o menos quince días. No se pueden traer cosas muy vistosas o que invadan otras lápidas, si quieres más tarde podemos leer el reglamento del cementerio para que veas cuáles son las reglas, por cierto, alguna vez le quisieron poner una de esas capillas pequeñas a una señora que estaba enterrada aquí, trajeron las lápidas de mármol, una virgen y un domo, pero los trabajadores tuvieron que quitarlas y se le explicó a los familiares lo que sí pueden traer”.

Caminamos hacia la parte que llaman “el corte”, es donde terminan las gavetas construidas e inician las que todavía están en construcción. Según parece, para construir los espacios en que se deposita el ataúd, primero se realiza una excavación, luego se construyen las repisas en que se depositarán los ataúdes, tres o cuatro apiladas. Luego se pone una tapa de cemento y encima se cubre con pasto.

Una familia convive junto a las lápidas, conversan debajo de una sombrilla. Es difícil saber a cuál de los que están aquí vienen a visitar, el espacio entre las lápidas es muy pequeño. Como hay un ataúd sobre otro y las lápidas están al ras del pasto, el lugar que ocupan invade cuatro o cinco lápidas.

Caminamos al centro del cementerio, conocido como los nichos. Son construcciones en forma de rectángulo en que se depositan las urnas o ataúdes como en una cajonera de ropa. Una urna sobre la otra, un ataúd sobre el otro. El mismo patrón que se realizó bajo la tierra, se repite en la superficie. Algunos cubículos están a tal altura que sería imposible depositar restos

sólo con el esfuerzo humano. Roberto me explica que existe una especie de grúa que sube los féretros o urnas, los deposita en el interior de esta gran cajonera, cubren de cemento la caja, una capa pequeña. Los ataúdes y urnas son acomodados de abajo hacia arriba. Igual que sucede con los que están en el subsuelo.

Al fondo hay otros edificios a los que llaman mausoleos, tienen vitrales en las paredes. Al contrario que el edificio donde los nichos y ataúdes forman una cajonera, los mausoleos no exhiben las lápidas con el nombra hacia el exterior, parece que las tumbas están en el subsuelo, sólo que la visita a los muertos es más cómoda porque se está en el interior de una construcción y no a la interperie. Aún así hay una familia que camina por ahí y nos pregunta que en donde pueden pedir las llaves para el mausoleo porque la puerta está cerrada. Roberto le indica que puede pedir las llaves en las oficinas que están cerca de la entrada, junto a los baños.

Mi acompañante me invita a caminar hacia otro tipo de lápidas que no están a ras del suelo, sino que se levantan a noventa grados en ángulo de la tierra, están de pie, me dice. Vamos hacia allá, es un jardín más reducido que los otros que hemos visto y al contrario de ellos está cercado. Los lugares aquí parecen diseñados para pocos, aunque están también acomodados en gavetas, las pilas que forman éstas son solamente para una familia y tienen un margen de separación mucho mayor que en los otros espacios que observé.

Caminamos de regreso hacia el Jardín del Espíritu Santo y pasamos por una sección entre el corte y el jardín del Espíritu Santo en que las lápidas de los muertos tienen dos caras. En una indican el nombre y las fechas de un muerte y en otra de otro muerto. En esta parte, me explica Roberto, hay un cuerpo de un lado de la lápida y otro del otro. También está construido como gaveta, pero los nombres de los que están ahí se graban en la misma piedra como si fuera una lista.

Entre las lápidas observo una que lleva el escudo de un equipo de futbol y pregunto a mi amigo si eso está permitido. Me dice que aunque las lozas muy grandes no pueden estar aquí, igual que los arreglos muy vistosos, los escudos de futbol pueden estar grabados en la piedra porque eso no afecta el espacio.

Nos sentamos bajo la sombra de un árbol, conversamos de cualquier cosa. Esperamos a que se desocupen los vendedores que están a su cargo. Me explica que los que los vendedores que entrena tienen que hacer guardia un par de horas todos los domingos, de esta manera se aprovecha que hay gente en el panteón y se les ofrecen los servicios fúnebres.

José se dirige hacia nosotros, no consiguió vender algo, pero siente que lo hecho es suficiente para un domingo. Vamos de nuevo al auto de Roberto, nos dirigimos a la funeraria que se encuentra en la avenida Adolfo López Mateos, frente a la Plaza Cachanilla. Se despide José. Entramos a la funeraria. Roberto me muestra cómo está compuesto el edificio.

Entrando está la recepción del lado izquierdo, mi compañero saluda a la recepcionista. Junto a la recepción hay una puerta desde donde se puede ver una oficina con un par de mujeres hablando. Entramos a la oficina, Roberto le explica a una de las mujeres que estoy haciendo un trabajo acerca de la muerte y que me va a mostrar el negocio. Hay tres capillas de velación. Cada una tiene muebles, sillones y sillas. Hay una capilla central, le llaman Capilla Euménica, en ésta se celebran misas u otros ritos, según la religión o las creencias de los que están velando a alguien. Esta capilla la rentan cuando las otras dos están ocupadas.

Entramos a la parte en que los féretros y urnas están en exhibición. Roberto me explica que los ataúdes en ese lugar son caros. Que los que más son los de madera. El más caro que tienen en ese momento es uno que cuesta noventa y cuatro mil pesos, sólo el puro ataúd. Hay otros más económicos.

Me cuenta que en la sucursal de Gayosso en México (D.F.), se veló a la esposa del dueño de un circo. El hombre preguntó cuál era el ataúd más caro y le dijeron que uno que costaba lo que ahora sería el equivalente de quinientos mil pesos, sólo el puro ataúd. El hombre lo compró para su esposa muerta, dijo a todos que ella se merecía lo mejor. Años después murió el hombre, sus hijos conversaron y estuvieron de acuerdo en comprar el mismo ataúd que su padre había comprado a su madre, entre todos cooperaron y lo compraron para él, dijeron que esa consideración que había tenido con ella, sus hijos la tendrían con él.

Glosario del 18 de octubre.

El ataúd o féretro es el cajón donde se deposita el cuerpo de la persona fallecida. Puede ser vendido o rentado. Lo primero sucede si es que el cuerpo será inhumado y lo segundo si será cremado.

La lápida es una piedra comúnmente de mármol o de granito. Lleva grabada el nombre de la persona fallecida, su fecha de nacimiento y de muerte. El trabajo de grabado se cobra por letra, cada letra cuesta alrededor de cien pesos.

La capilla es el lugar en que se vela al muerto; es decir, en el que se realizan oraciones y ritos de despedida antes de partir al cementerio. Durante la velación el cuerpo del fallecido permanece en la capilla, dentro del ataúd.

La inhumación es la acción de enterrar o depositar el cuerpo de un muerto bajo la tierra. La inhumación es también el conjunto de acciones que se requieren para el entierro; es decir, cuando en el JE se vende una inhumación a un cliente, el servicio incluye el que los enterradores abran el pozo, bajen el ataúd y cubran de cemento la gaveta y luego pongan tierra encima.

Las gavetas son los espacios preparados para los féretros. En el JE construyeron una especie de cajones bajo la tierra que luego cubrieron con cemento, tierra y pasto. Cuando se necesita un lugar para realizar una inhumación quitan el pasto, la tierra y la tapa de cemento, depositan el cuerpo en la gaveta, lo cubren de cemento y quedan los demás espacios del anaquel para depositar otros cuerpos.

Los nichos son una especie de gavetas. Están contruidos de la misma forma, como cajones, sólo que están calculados para que quepa una urna, no un ataúd. Es decir, son más pequeños que las gavetas y caben sólo las cenizas del muerto.

Las urnas son las cajas o cofres donde se depositan las cenizas del muerto. Hay de diferentes materiales, figuras y precios. Son usuales las de material metálico.

22 de octubre de 2009. Funeraria Gayosso.

Llego a la funeraria Gayosso que está en la avenida Adolfo López Mateos, hay autos que se estacionan momentáneamente en la entrada, de ellos bajan personas con coronas de flores,

parten. Personas conversan en la sala de espera, algunas sentadas en los sillones, sonríen, se miran, escuchan, hablan. Entro a la capilla del lado derecho de los baños. Los baños están al fondo, en el centro.

La gente dentro de la capilla de velación reza el rosario, están de pie. Un hombre dirige la oración. Algunas veces comienza el Ave María, llega hasta la mitad y las demás personas rezan el resto, en otras se invierten los papeles. Después de rezar diez veces el Ave María viene el Gloria, luego otra oración que termina diciendo: “y llegue para ella la luz perpetua, descansa en paz, así sea”. La coordinación en las oraciones es persistente. Hay algunos cambios en el Ave María: en vez de decir “ruega por nosotros los pecadores”, se dice “ruega por ella y por nosotros los pecadores”.

Se rezan cinco tandas de la siguiente manera: un Padrenuestro, diez Avemarías, un Gloria y la oración intermedia. Después de las cinco tandas viene el cierre del Rosario, en que primero se pide a Dios que tenga piedad de ella (me parece que esta oración se conoce así, como Piedad), luego se pide a la Virgen que ruegue por ella y la oración final es el Salve.

Terminado el rosario la gente puede sentarse o conversar. Sólo hay dos personas que lloran, las demás se ven tranquilas, sonríen tristemente. Las que llegan se acercan a los familiares que están sentados cerca del féretro. Les dicen palabras de consuelo, les reiteran su compañía y solidaridad, los abrazan, los besan. Hay una persona a la que se le dan las condolencias en especial, una mujer de mediana edad que aparenta gratitud con los que llegan a condolerla y calma en la situación en que se encuentra. Es hermana de la mujer fallecida, según me informa la muchacha que está a mi izquierda, quien también me explica que los que la acompañan son sus hermanos, cuñados y sobrinos.

La mujer que murió era viuda y el único hijo que tenía falleció el año pasado a causa de un secuestro, me explica la muchacha, desde entonces la señora estaba muy triste, enfermó hace dos semanas y murió en pocos días, sin que nadie se lo esperara. Era una enfermedad respiratoria, informaron que era influenza, luego que neumonía; prosigue la informante, sus compañeros de trabajo estaban al pendiente de ella en el hospital, ellos recibieron la noticia.

Los familiares permanecen en un par de sillones junto al féretro, parece un lugar designado para ello, para que las personas con más proximidad al fallecido puedan acompañarse.

La mayoría de las coronas de flores fueron enviadas por compañeros de trabajo. La mujer que murió era jefa de una supervisión. Tanto sus empleados como sus demás colegas remitieron flores. Los nombres que resaltan en los letreros dicen el departamento o la sección de compañeros que manifiesta condolencias, por ejemplo: sección 2, supervisión, dirección.

Las paredes están tapizadas de estos arreglos, cada una de las coronas lleva un listón donde se lee el nombre del destinatario. Son unos cuarenta arreglos florales que manifiestan la solidaridad de los destinatarios para con los dolientes. Las coronas, como su nombre lo dice, tienen forma de círculo, las flores y palmas están en la orilla, en el centro hay un espacio vacío, toda esta figura la atraviesa el listón. Debajo de la corona hay una especie de base de madera, un par de patas que sostienen el arreglo floral, impiden que las flores toquen el suelo y se maltraten, permiten transportarlo manualmente y lo levantan para que sea visible. También se muestran otro tipo de arreglos, no precisamente coronas. Unos que no llevan base de madera y que llevan las rosas o los claveles acomodados como en una especie de escalera.

Algunos de los asistentes salen de la capilla de velación y se quedan en la sala de espera, conversan, saludan a sus conocidos. Otros se quedan y departen con los que están dentro de la capilla. Otros más acaban de llegar, saludan a sus conocidos, se acercan a los parientes cercanos, a los dolientes, les dan el pésame, los abrazan.

El ataúd está del lado izquierdo de la puerta, cerrado, con una fotografía de la persona fallecida sobre la tapa. En la foto aparecen también otros dos miembros de su familia que fallecieron anteriormente. Detrás del féretro hay una cruz de aluminio dorado. En la cabecera está encendido un sirio. Un arreglo de rosas blancas reposa sobre la cubierta. La mayoría de las flores son rosas y claveles, casi todos de color blanco, aunque destellan de pronto las amarillas.

25 de octubre de 2009. Panteón Municipal No. 2.

Estaciono el auto en la calle frente al cementerio, no hay lugar designado para estacionarse, aunque no parece necesario porque no hay mucha gente de visita. Un pastor alemán ladra

desde una casa cercana al lugar. Cruzo el zaguán, hay dos hombres sentados en sillas junto a un cuarto que está a un lado de la entrada, supongo que son los trabajadores del cementerio. Un auto se acerca al cerco, de él baja un hombre, pide permiso a los trabajadores para pasar con el auto al cementerio y que le abran la reja. Los trabajadores se levantan del asiento y abren la reja.

Camino hacia el interior del panteón hay un pasillo central que llega hasta el fondo. Me interno entre las tumbas, todas tienen cruces o figuras de santos o de vírgenes. Casi todas son de piedra, aunque hay también de madera. Se llenan de polvo, se levantan a noventa grados del suelo, dicen el nombre de quien permanece enterrado en el lugar, su fecha de nacimiento y de defunción. La curiosidad me permite detenerme en algunas para saber cuánto tiempo lleva esa gente ahí. No hay tumbas de principios de siglo, como en el de Los Pioneros, casi todos fueron enterrados de los años 1960 en adelante. Las edades que logro calcular varían, algunos son niños de meses o de días, otros jóvenes, viejos los demás. Hombres y mujeres a los que acompañó la familia hasta este lugar y les cubrió con una losa que decía su nombre, su fecha de nacimiento y muerte, y –en algunos casos- mensajes familiares como recordatorio. “Nunca te olvidaremos” dice una tumba a la que le ha crecido un árbol a los pies, a la que le nacen dos varillas como antenas de televisión y de las que nadie se ha ocupado en acomodar o cortar en años.

Me impresiona el vacío del lugar. He visitado el cementerio de Los Pioneros y el Jardín de la Esperanza, vi más movimiento en éstos que en el que visito ahora. De principio pienso que no hay nadie, pero al mirar alrededor detenidamente veo que me equivoco. Entre las tumbas encuentro la mirada de una mujer, me acerco un poco y veo que está acompañada por otras personas. Es el primer grupo de gente que encuentro, cerca de una pequeña capilla que construyen ahora. El grupo está dividido entre los trabajadores que arreglan la capilla y las visitantes que conversan a unos pasos y observan el avance del trabajo. Digo “las” visitantes porque todas son mujeres, casi todas jóvenes. Están de pie frente al mausoleo en construcción o sentadas en la lápida contigua. Sonrisas tristes, pocas palabras.

Continúo la caminata. Hay tumbas que fueron encerradas en rejas de metal o madera, tal vez se pretende impedir que la gente robe las figuras de yeso, no me parece probable que se pretenda evitar la profanación de una tumba.

No hay colores vivos, si alguna vez los hubo ahora se aparecen desgastados por la intemperie. Predominan los grises y los blancos. Algunas de las figuras religiosas sobre las lápidas llevan colores, pero no sobresalen, se opacan por las sombras que las cubren o por las lápidas grises y blancas que las inundan.

De los pasillos terregosos ascienden árboles añejos. Procuran cubrir de sombras algunos sitios y así construyen los lugares en donde la gente se tapa del sol, esto sucede también en otros panteones que visité. Los árboles protegen en momentos a la gente que anda por ahí. Sin embargo, en algunos casos, parece que el árbol forma parte de la tumba, nace de ella. No creo que sean casualidades porque sería raro que en Mexicali naciera un árbol grande incidentalmente, el clima desértico se encargaría de terminar cualquier nacimiento accidental de una mata. Cabe imaginarse que los árboles de los cementerios son resultado de la visita periódica de la gente o del trabajo de los jardineros. Le apostaría a lo segundo, siendo que hoy domingo el panteón está casi muerto, aunque puede ser que haya algunos que fueron procurados por la gente que vino en otro tiempo, en otro día.

Encuentro un segundo grupo de gente. Conversan alrededor de un auto, como si estuvieran a punto de subir a él. Una pareja, tal vez un matrimonio, un niño y un anciano. Sonríen, conversan, regresan de la visita a una tumba, probablemente. Están a punto de irse, suben al auto en cuanto me acerco.

Doy pasos entre las tumbas, camino sin rumbo fijo, regreso hacia la zona en donde encontré al primer grupo de gente, cerca del pasillo central. Encuentro a otro grupo, sentados en sillas debajo de una sombra de una manta de plástico azul, comen, conversan. La manta la llevaron ellos, la amarraron de las lápidas cercanas y se instalaron debajo de ella. Son tres adultos, dos mujeres y un hombre. Cerca de ellos juegan dos niños que llevan un patín del diablo y una bicicleta, llegaron con ellos.

Regreso de donde vine, camino, observo a una pareja de unos cincuenta años cerca de una lápida. La limpian con un trapo, le quitan el polvo. Volverá a estar sucia en unos días o en unas horas, pero la acción tiene sentido para la pareja porque están actuando sobre la muerte, no sobre la piedra en sí.

En el fondo del cementerio encuentro montículos de tierra en donde reposan restos de gente, pero no llevan cruces ni figuras religiosas, ni lápida, ni capilla. Probablemente las llevaron alguna vez, pero el abandono y el deterioro los han borrado de las tumbas. Lo que fue una cruz de madera ahora es un trozo que nace de la tierra como una cabecera de tumba, el resto quedó tirado en la tierra a unos seis metros de ahí.

Algunas lápidas tienen recados escritos en cartón. Están pegados o amarrados con mecate o listón a las tumbas de quien pertenecen. Son mensajes escritos por familiares, hijos, hermanos o padres que vinieron alguna vez y se encargaron de expresar lo que sentían. Se leen letreros como: “te extrañamos” o “me haces falta”. En dos tumbas de niños alguien se encargó de amarrar un juguete y dejarlo ahí. Para que los niños puedan entretenerse en una existencia paralela a la vida, en donde también pueden hacer uso de muñecos, en donde no han muerto del todo.

30 de octubre de 2009. Cementerio de la carretera a Tijuana.

Son las cuatro de la tarde, acompaño a Rosa y su madre al panteón que se encuentra en la carretera que lleva a Tijuana, delante de la hidroeléctrica de la Comisión Federal de Electricidad.

Rosa es amiga mía, comenta que irá al panteón a preparar algunas cosas para el próximo Día de Muertos en que su familia visitará la tumba de su padre. Le pregunto que si puedo acompañarla y acepta. Llego a su casa, tanto ella como su madre están listas para partir, salimos en su auto, vamos por la avenida Unión con dirección al panteón, tomamos la carretera a Tijuana. Rosa comenta que la colonia Progreso, por la que pasamos antes de llegar a la carretera, es una de las primeras que existieron en Mexicali. Esa colonia, dice, ha tenido de todo, menos progreso.

Dejamos atrás la hidroeléctrica, más adelante vemos la refinería de PEMEX, damos vuelta a la derecha a esa altura, andamos por un camino terregoso, conduce al panteón al que entramos en auto, no hay rejas que impidan el acceso a ninguna hora del día, aunque en una de las entradas, debajo de un arco, dice: horario de 8 a 4. Seguimos por una de las veredas del panteón, llegamos hasta la tumba de su padre y nos detenemos. Es una tumba entre rejas, Rosa abre el candado de la reja con una llave que traía en el bolso.

De la cajuela bajamos la escoba, el recogedor, la cubeta, los garrafones de agua y un par de bolsas negras para basura. La madre de Rosa lleva consigo una silla plegable y la acomoda junto a la tumba. Desde ahí observa y sugiere lo que se tiene que hacer, no puede hacer gran esfuerzo físico porque está enferma.

Rosa le pregunta a su madre si recuerda la vez que fueron y se les olvidó la llave del candado, ríen. Me cuentan que en una ocasión hicieron el viaje hasta el panteón, las acompañaban algunos miembros de la familia, bajaron del auto y hasta que estuvieron frente a la reja la señora recordó que la llave se quedó en casa. Tuvieron que ir por ella y regresar al panteón nuevamente.

La lápida del padre de Rosa está cubierta de macetas con flores sintéticas de colores, hay pequeñas y medianas, las pequeñas caben en una mano, las medianas son lo doble de grandes. Rosa recoge las macetas y me pide que le ayude en la tarea. Me pide que meta las macetas en una de las bolsas negras. Me allego una de ellas, tomo cada maceta pequeña y la deposito dentro, Rosa me aclara que sólo hay que llevarse las pequeñas. Infiero que como están llenas de polvo pretenden lavarlas para traerlas de nuevo el dos de noviembre.

Termino de guardar las macetas pequeñas en la bolsa negra. Rosa barre la superficie de la lápida, quita todo el polvo con la escoba, lo echa a un lado, no tiene caso recogerlo, sólo es polvo. Cambia de lugar las macetas medianas, si primero rodeaban la orilla de la lápida, ahora cubren la superficie. Con este nuevo orden se puede limpiar y barrer la orilla de la losa. Acerco el recogedor para que la basura que barre mi compañera pueda recogerse fácilmente. Lo que recojo se compone de hojas de árboles secas, retazos de flores sintéticas que quedaron en el suelo por el maltrato de la intemperie, el polvo que se vino con la escoba y desechos de plástico o vidrio que el viento llevó hasta ahí. Todo lo deposito en la otra bolsa negra que bajamos del auto, la primera está ocupada con las macetas que se limpiarán antes del lunes.

La muchacha me pide que le acerque los dos garrafones con agua que bajamos del auto, los llevo. Está de pie sobre la lápida, encerrada entre rejas, como en una cárcel mínima a la que puede acceder o salir voluntariamente, pero a la que no puede entrar quien no tenga llave. Con el agua de los garrafones moja la superficie de la piedra para que se limpien lo que todavía quedó sucio después de barrer. Le comenta a su madre si no sería buena idea llevarse

las macetas medianas para retocarlas con pintura en su casa y traerlas de nuevo el lunes. La madre contesta que sería buena idea, aunque no se le ve convencida. El color de las macetas se maltrata con el clima. Rosa decide dejar ahí las macetas medianas, sólo nos llevamos las pequeñas, que ya están en la bolsa.

La tumba está rodeada de piedras por la orilla, como el marco de un cuadro que establece el límite de la lápida. Están amontonadas unas sobre otras. Algunas quedaron fuera de su lugar por el viento que las mueve de repente. Piedras pequeñas que caben en la palma de la mano. Como las que uno puede usar para romper una ventana. Rosa acomoda las que se han salido de su lugar y las lleva hacia el montón que forma el límite de la tumba.

Comento a las dos mujeres que el hombre que está enterrado a un lado de la tumba del padre de Rosa murió dos meses antes que él, lo dice la placa en el altar. Me dicen que lo que pasa es que las secciones se van llenando según la fecha de la inhumación. Me muestran que la persona que ocupa la tumba del lado izquierdo fue enterrada un mes después que el señor al que visitamos; las tumbas que están en esa sección tienen fechas aproximadas. Observo y confirmo: los que están en esa parte del cementerio son muertos del año 1991.

Damos una caminata por el panteón. El sol está ocultándose, todavía no oscurece aunque hay menos luz. Rosa me hace notar las diferencias entre las tumbas: algunas sólo tienen una cruz de madera, otras una capilla, otras están entre rejas como la de su padre, otras llevan figuras en la tapa de cemento que las cubre, otras llevan figuras religiosas de yeso. La informante me comenta que a lo mejor también puedo observar la creatividad de la gente para construir los mausoleos, me parece buena idea y pienso la manera de incluir eso en mi trabajo, aunque todavía no se me ocurre cómo.

Nos llama la atención una tumba que se delimita por un cerco de madera, semeja una cuna, la placa que dice la fecha de muerte nos dice que ahí yace un niño. Dentro de la cuna se levanta una cruz de piedra y, bajo ella, dos osos de peluche desgarrados por el clima.

Salta a la vista un mausoleo de dos plantas, permanece cercado por una reja de aluminio, en la parte de abajo hay unas ocho lápidas, del lado izquierdo tiene una escalera que asciende y lleva a la planta alta, donde hay mesas y sillas en que los visitantes pueden tomar

alimentos y departir con holgura. Un techo cubre la parte de arriba para dar sombra a los que estén de visita en ese lugar.

De regreso, Rosa le pide a su madre que me cuente la historia de los dos hermanos que están enterrados en una tumba cercana a la de su padre. Se delimita con rejas negras, en el interior sobresalen dos cruces de aluminio. La madre de Rosa me cuenta que es la tumba de dos hermanos que conducían un tráiler, viajaban juntos, tuvieron un accidente automovilístico en la carretera y los enterraron en ese lugar. La última vez que las mujeres vieron esa tumba todavía estaban atornilladas las placas del tráiler en las cruces, ahora sólo el polvo las cubre.

Guardamos todo en la cajuela, partimos del panteón. Observamos las luces que cubren la refinería de PEMEX y les encontramos semejanza a las que adornan los árboles de navidad.

31 de octubre de 2009. Panteón “Los Pioneros”.

Antes de cruzar la verja del panteón Los Pioneros me acerco al puesto de flores que está junto a la entrada. Pregunto por los arreglos florales y los ramos, cuestan treinta pesos. Tienen rosas, claveles y cempasúchil. Aparte de las flores se ofrecen veladoras de colores con figuras de santos, de vírgenes y Jesucristos, valen veinte.

Entro al panteón, en la puerta una manta se sostiene de las rejas con un mecate, lleva un letrero que anuncia una misa que se llevará a cabo el lunes 2 de noviembre a las 10 am, será celebrada por un obispo.

Me siento en la banqueta junto al pasillo central. Observo a un hombre y una mujer que arregla un mausoleo. Depositán dos ramos de treinta pesos en dos floreros de granito que forman parte del altar. La figura de Jesucristo crucificado permanece impertérrita en el centro.

La mujer lleva un vaso rojo de plástico hasta la toma de agua, camina de regreso a la tumba y deposita el agua en los floreros. Va de regreso a la toma de agua y repite la misma acción hasta que los floreros están llenos de agua y de flores.

Desde mi asiento observo gente que sale de entre las tumbas, llevan consigo escobas, garrafones y cubetas que usaron recientemente. Un muchacho con escoba en mano me

pregunta la hora, le digo que son las dos de la tarde con dieciséis minutos, se vuelve hacia su compañero que carga una cubeta y le dice que es hora de irse.

Me introduzco al panteón. La gente deposita flores en las tumbas, limpia la losa con agua, barre la superficie, riega la tierra alrededor o los arbustos plantados al pie de la tumba.

La pareja que llenaba de agua los floreros parte, camino hacia la tumba que arreglaron. Dos personas fueron enterradas ahí, una señora que murió en 1934 y un hombre que nació en 1942 y murió en 1973. Ella era viuda de Muñoz, él era hijo de Muñoz (lo dice el apellido), pero no de la señora que está enterrada junto a él. La tumba del lado derecho pertenece a un hombre con el mismo apellido, pero a él no le dejaron flores.

Camino por el pasillo central y me siento bajo la sombra de un árbol, en una banca de madera al fondo del cementerio. Observo un mausoleo con enrejado verde. Hay gente de visita. Limpian el lugar, conversan. El mausoleo verde se rodea de globos de colores por la parte de arriba.

1 de noviembre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”.

Desde unos quinientos metros antes de llegar al cementerio se pueden mirar puestos donde se venden tacos, frituras, churros rellenos, rehiletes de colores y flores naturales o sintéticas. La fila de autos sobre la carretera al aeropuerto (el camino hacia el panteón), avanza lentamente. El letargo le viene desde muchos metros antes de llegar. Hablo de por lo menos un kilómetro de tráfico. Paso junto al panteón, ni si quiera puedo pensar en entrar al estacionamiento, la creciente víbora de autos me lo impide. Encontraré estacionamiento más adelante, después del lugar que visito.

Llego por el lado Este del lugar, camino junto a un puesto donde venden churros-locos y otras frituras. Desde lejos puedo notar que el panteón está lleno de flores y de gente. Hay movimiento y ruido. Los colores de los ramos y arreglos de flores naturales o sintéticas cubren las lápidas, el pasto. Hay gente sentada alrededor de las lápidas.

Abundan las familias, los niños, las mujeres grandes, los señores. Juegan con pelotas de fútbol americano o soccer. Corren los niños de acá para allá sobre el pasto, cerca de las lápidas.

Hay muchas flores, la mayoría son sintéticas, pero también hay naturales.

La gente limpia las lápidas con escobetas y trapos. QUITAN la tierra, las tallan con jabón, con agua. Caminan debajo de sombrillas, se sientan formando un círculo alrededor de la lápida debajo de carpas que les dan sombra. Ríen, conversan, bromean.

Al notar que el ambiente era más bien familiar pensé que no habría muchos adolescentes, por la diferenciación que procuran estos con las demás personas, según la autora Aberastury. Sin embargo sí los hay, algunos vienen en grupos sin estar acompañados por su familia.

Me sorprende ver la asistencia de tanta gente en comparación con otros cementerios, como el de Los Pioneros, y de otros días en que los panteones casi están vacíos, incluso éste que visito ahora. Hay miles de gentes. Muchos han dejado ofrendas de flores, así que el panorama es colorido y se nota mucho movimiento.

Camino por el lado de Laureles, una de las secciones más nuevas del lugar, según el informante al que acompañé en días recientes ubicada en el lado oeste, cerca de la entrada. Los niños juegan cerca de las lápidas y a veces las carreras de los juegos los obligan a pisar las lápidas. Los adultos conviven cerca de las tumbas, algunos consumen alimentos que llevaron consigo o que compraron en los puestos de la entrada.

Hay bandas sinaloenses tocando para los muertos a petición de las familias, la música le da un aire frenético a las actividades. Es la música del norte, quebradita, pasito duranguense, corrido, balada, ranchera, etc. Las bandas que interpretan llevan tuba, trompetas, trombones, timbales, bombos y clarinetes. Son grupos musicales compuestos de seis a diez elementos, según el número de instrumentos. Cuando terminan de tocar caminan entre la gente reunida en el cementerio y les preguntan si quieren alguna canción.

Hay otros grupos musicales con menos elementos e instrumentos, son duetos, tríos y taca-taca. Los duetos y tríos llevan guitarras acústicas, deambulan entre las carpas y las sombrillas mostrando los instrumentos y ofrecen tocar alguna canción, el repertorio no sólo abarca la música de la región sino también de otros tipos como boleros.

El taca-taca es un grupo de entre tres y cinco elementos que pueden llevar: bajosexto, bajo eléctrico, acordeón, timbales y guitarra. Interpretan corridos y música regional.

También hay grupos de mariachis que llevan traje de charro y sus respectivos instrumentos como trompeta, violín, guitarra, jarana, etc. E interpretan música ranchera.

Sobresalen las bandas sinaloenses por el volumen que alcanzan sus instrumentos y el número de personas que las forman. Aunque la música que interpretan esailable en general, la gente que los contrata no procura bailar, los escuchan. Los miembros de la banda no tocan hacia la gente que los contrata, sino hacia la tumba a la que se va a visitar.

Cualquier lugar hacia donde voltee está lleno de colores vivos: amarillos, rosas, blancos, naranjas, entre ellos. Camino entre la gente. Miro hacia la izquierda, sobre el pasto, junto a una tumba una familia acomodó hojas de flor de cempasúchil y clavel de tal manera que forman una cruz anaranjada con contornos blancos.

No sólo los grupos de taca-taca musicalizan el ambiente, sino diferentes tipos de conjuntos musicales. Abundan las bandas sinaloenses que llevan metales como la tuba, la trompeta y el clarinete para interpretar melodías regionales.

Existe una sección del cementerio donde en particular hay menos gente, es la sección más antigua, la primera que se construyó en el panteón, según el informante que me acompañó la vez anterior. Es el ala oeste, la parte cercana a la entrada, llamada “Espíritu Santo”. Casi está vacía.

Podría argumentarse que la razón es que, siendo una sección antigua, estará llena de muertos viejos; es decir, de personas que fueron enterradas hace mucho tiempo, eso podrá influir en que no se les recuerde y, por lo tanto, que se les visite menos. Pero estaríamos infiriendo apresuradamente; porque, si bien la sección fue la primera en construirse y ofrecerse a quien pudiera y quisiera comprarla, muchos de los restos que ahí descansan fueron inhumados recientemente. Las fechas de las tumbas no son tan alejadas de la de la presente observación. Existen losas que datan de los años: 1991, y llegan hasta 2007. No hay uniformidad en las fechas, pero sí en el hecho de que casi ninguna de ellas ha sido visitada.

Sin embargo, las secciones construidas más recientemente sí son más visitadas, al parecer. Sobre todo la sección central y la parte posterior del cementerio. Las inhumaciones en esos lugares se realizaron hace poco tiempo, datan del año pasado o del de la fecha de esta observación, 2009. La gente se acomoda alrededor de la losa que señala el lugar donde su ser o seres queridos está o están enterrados, invaden otros lugares necesariamente porque los espacios son reducidos, una familia se acomoda estorbando a la otra, desconocidos sentados hombro con hombro realizan culto a diferentes difuntos enterrados casi en el mismo lugar o, de hecho, en el mismo, si tomamos en cuenta que las cajas fueron apiladas una sobre otra en el subsuelo.

Grupos de personas rodean las losas que indican las tumbas de sus familiares. Conversan sentados en sillas que trajeron consigo, beben cerveza tecate light. La mayoría son adultos, los niños juegan alejados de ahí.

Algunos niños pedalean sus bicicletas en las áreas donde no hay muertos. Esto sucede sobre todo en la sección cercana a la entrada del panteón, por donde están las tumbas familiares. El ambiente en general es de fiesta familiar o de borrachera.

Los trabajadores de mantenimiento del cementerio recogen la basura, la apilan en lugares cercanos al pavimento donde una máquina cavadora la recoge y la lleva a las orilla oeste del panteón, ahí parece el lugar designado para ello. Esto habilitará las tareas de mantenimiento cuando los visitantes se vayan.

Todas las flores que he podido observar parecen frescas, fueron depositadas recientemente sobre las tumbas. Las flores sintéticas están limpias, libres de polvo. Debo recordar que el miércoles de cada semana se retiran de las tumbas las flores naturales y cada quince días se realiza la misma tarea con las que no lo son.

Las secciones donde hay menos visitas, las que están más libres de gente, son las que los niños ocupan para jugar. Una niña pasa distraída y deja caer un bote de donde bebía agua. Un par de niños pasan frente de mí a bordo de una bicicleta, la conductora parece tener problemas con el control del vehículo, aún así se aventura a proseguir el recorrido. El niño que la acompaña está subido en los diablos de las llantas de atrás, se sujeta de los hombros de la conductora, guarda bien el equilibrio. Otros grupos de niños corren, pisan las tumbas sin

preocuparse de ello, lo mismo realizan aquí que lo que podrían en un parque público. El único regaño del que soy testigo es el de una señora que le pide a su hijo que no se vaya demasiado lejos.

Los que festejan a los muertos en la orilla más cercana al estacionamiento suelen acercarse su vehículo al lugar donde conviven, abrir las puertas, poner música regional a todo volumen y escucharla y cantarla a toda voz.

La alegría parece predominar en la gente que transita por aquí; sin embargo, algunos visitantes muestran rostros serios, inexpresivos. Hay familias enteras a las que no se les nota rastro de alegría, como en la mayor parte de la gente. No se ven festejando. Si bien no he notado lágrimas en ningún rostro hay gente que se muestra sin emociones.

Observo hombres jóvenes que pintan o retocan los letreros de las losas, los marcan de color negro con un pincel y pintura, ennegrecen las letras para que se distinga bien el mensaje, hacen que resalte. Las losas sólo llevan el nombre y la fecha de nacimiento y muerte.

Una sección del cementerio lleva el nombre de Jardín de la Resurrección, se encuentra inmediatamente en la entrada del lugar, una torre de granito se erige en el margen donde inicia. Esa área contiene más visitantes que el lado del Espíritu Santo, pero menos que en la parte central del panteón. Los músicos no se acercan mucho por aquí o por lugares menos frecuentados a menos que alguien vaya a llamarles. Calculo que la menor afluencia de personas en esa sección se debe a que la cantidad de tumbas es menor que en las otras partes.

Muchas de las canciones que se cantan en esta veneración a los muertos tienen que ver con temas de despedida o de muerte o de ausencia. Es frecuente escuchar por aquí la pieza de “Amor Eterno” del compositor Juan Gabriel, la cual habla, si mal no recuerdo, de la muerte de una persona querida: “obscura soledad estoy viviendo, la misma soledad de tu sepulcro [...]”, entona la canción.

El número de personas que visitan una tumba varía, va desde una sola persona hasta un grupo de quince o veinte. No es raro ver grupos grandes, es más inusual notar a una o dos personas cercanas a la lápida. La edad aparente de las personas también varía, hay grupos con adultos y niños, adultos y jóvenes, sólo adultos o sólo jóvenes.

Camino por los andadores del panteón, noto que los botes de basura están llenos de flores viejas, tanto naturales como sintéticas y desechos de comida. Debajo de mis pasos hay cucarachas aplastadas e inertes o vivas y que se mueven en el pavimento y en el pasto. El modo en que está construido el panteón: sótanos en el subsuelo en el que se depositan gavetas, se presta a que los intersticios vacíos los habiten estos insectos. Me puedo imaginar que hay una población grande de cucarachas viviendo al lado de los muertos.

En una que otra tumba puedo distinguir veladoras encendidas, los visitantes las dejan encendidas al marcharse. Las lápidas permanecen con las flores y ornamentos que dejaron aquellos.

Una de las lápidas me llama la atención por la cantidad y variedad de flores que fueron depositadas sobre ella. Puedo mencionar los nombres de algunas de las especies: margaritas, jazmines, palmas, rosas rojas y blancas, lirios, todas naturales y, a éstas se suman las sintéticas. Los que vinieron a dejar esos arreglos no estaban cuando llegué, seguramente llegaron muy temprano.

Me siento sobre la banquetta, a unos pasos de la tumba llena de flores. Anoto mis observaciones en la libreta, una familia camina cerca de ahí. Es un matrimonio joven acompañado de un hombre viejo y dos niños. El marido y la esposa roban rosas de la tumba floreada y se prosiguen su camino, posiblemente las llevan a la tumba que visitarán, porque antes de tomar las rosas no llevaban cargando ningún tipo de ornamento.

Según el informante que entrevisté hace unos días (trabaja en la venta de nichos), una de las reglas del cementerio es no erigir cruces de piedra o altares sobre las tumbas, pueden llevar ornamentos desechables para ser retirados días después por los del servicio de mantenimiento. En vez de las cruces de cemento que observé en otros osarios en este lugar los visitantes levantan cruces de unicel, pequeñas en comparación con aquellas, como de cuarenta o cincuenta centímetros de alto. También es posible que en vez del detalle religioso o junto con éste, se plante ahí un corazón del material mencionado. Figuras que llevan mensajes en su interior escritos con pintura inflable de diferentes colores. Dichos letreros llevan leyendas como las siguientes: “te extraño hermano”, “lo extrañamos tío”, “me haces falta papá”.

Los mariachis que van llegando no necesitan acercarse a la gente para que les soliciten música; visitantes del panteón se acercan con tan sólo verlos y les piden que canten canciones para sus muertos. El grupo de mariachis está integrado por siete músicos, cada uno empuña su instrumento: trompeta o violín o guitarrón o guitarra o jarana. Los que bajaron primero de la camioneta caminan entre las lápidas, los más rezagados cruzan el estacionamiento.

Un muchacho moreno carga en la espalda una mochila azul de color desgastado, en la cintura lleva amarrado un suéter amarillo, trae pantalón negro deslavado, playera blanca recortada por los hombros, gorra gris; es el que trabaja en la jardinería del panteón. Lleva una carreta, dentro de esta carga con un garrafón, manguera y flores sintéticas que acaba de retirar de las tumbas. Atornilló una placa de automóvil a la carreta.

El terreno del lado oeste al Jardín del Espíritu Santo tiene pocas losas, cada losa indica que debajo de ella hay gavetas. Aun habiendo pocas cada una de ellas está adornada con flores. Hay pocas personas visitando ese lugar, parece que la mayoría de los que dejaron flores se han retirado. Este jardín, como aquellos en que hay poca gente, lo procuran los niños para jugar. Éste en especial se prestó para jugar canicas y para realizar maniobras con patinetas. Un anciano en silla de ruedas pasa por ahí junto a su nieta. Aquel le pide que se suba en sus piernas para llevarla como en un carrito.

La gente no sólo viene en grupos, también hay visitantes que llegaron sin compañía. Un hombre de unos cuarenta años está sentado en el suelo, frente a la lápida que indica el lugar donde están los restos de su ser querido. Se quitó los zapatos y los dejó junto a la losa. Parece llevar una plástica con la persona enterrada, hace gesticulaciones, mueve las manos como si estuviera hablando con alguien que está presente.

En el área sur del cementerio se encuentran los mausoleos. Afuera de ellos hay un jardín donde todavía no hay gente enterrada, igual que en otros sitios similares miro niños jugando. Esta vez practican el tenis. Más adelante observo a un grupo de niñas como de doce años sentadas en el pasto, conversan.

El mausoleo tiene un vitral principal. En él observo la figura de Jesucristo mirando al cielo como si hiciera una plegaria. Atrás del mausoleo, en un rincón poco visible, encuentro algunos trabajadores que conversan, ríen.

Llego al extremo sur del panteón, es una zona terregosa desde donde se puede apreciar lo que está en proceso de construirse. Las excavaciones, las gavetas de cemento y las máquinas con las que se realizan dichos trabajos. Desde ese lugar, después de las excavaciones, observo una zona llana donde un grupo de hombres jóvenes y niños juega fútbol. Una nube de polvo se levanta al fondo.

Regreso a la zona de los mausoleos, por ahí hay una sección enrejada del cementerio; es visible a cualquiera que pase por ahí, una especie de bodega, donde se apilan las losas que algún día tendrán nombres de personas que morirán.

Los árboles crecen desde cualquier lugar del cementerio. Se nota el cuidado que se les procura. Se les riega seguido. Adornan y abundan en todo el Jardín de la Esperanza.

Camino de regreso, con dirección a la entrada, voy de salida. De paso escucho el sinaloense interpretado por una banda llamada “Clave Siete”. Los caminos están llenos de autos, no pueden pasar dos al mismo tiempo, así que se realizan maniobras acuciosas para manejar.

Un grupo de personas llama mi atención. Primeramente por el número de ellas, están de pié, formando un círculo, al derredor de una lápida, veintitrés personas de diferentes edades. En segundo lugar, llaman mi atención porque están rezando el rosario, cosa que no vi antes en los diversos grupos de personas.

A un lado del grupo se encuentra otro escuchando y cantando canciones junto a un trío de guitarras que contrataron. La pieza que escuché mientras caminaba decía: “no hay nada más terrible que vivir sin ti”. Una de las mujeres que corea con el trío está llorando, me parece raro porque no recuerdo haber visto el llanto de una sola persona durante todo el día.

Antes de abandonar el cementerio observo una lámina de aluminio que se encuentra en la salida, del lado Este del panteón. Mide como metro y medio de ancho por un metro veinte de altura. Ahí se especifican las reglas del panteón en letras verdes sobre un fondo blanco. Dicen lo siguiente:

Reglas.

Estimado visitante. Se le recuerda a nuestra clientela algunas de las cláusulas de nuestro reglamento.

1. Horario del cementerio es de 7 a 20 hrs. Todos los días.
2. Colocar el arreglo floral en cada placa de mármol. Cualquier otro ornato rompe la armonía y belleza natural.
3. Los días miércoles serán retiradas las flores naturales en mal estado.
4. Las flores y las plantas artificiales serán retiradas en un plazo de quince días.
5. Con el objeto de guardar uniformidad estética no se debe cercar o delimitar su propiedad. Toda placa que no cumpla con las especificaciones, medidas o colores de esta empresa serán retiradas inmediatamente.
6. Las empresa no se hace responsable por los daños o perjuicios en las placas que hayan sido elaboradas por el cliente (rotura de fotos, marcos, fracturas, etc)
7. La empresa no se hace responsable de los objetos adicionales a la placa grabada: flores, juguetes, imágenes, floreros, etc.

NOTA IMPORTANTE. Para dar un mejor servicio solicitamos su colaboración y manifestarle que el mantenimiento es totalmente gratuito. El trabajador que se sorprenda cobrando por su trabajo será sancionado. Ponemos a su disposición los teléfonos: 5650971 Para sugerencias y quejas con relaciones públicas.

Lunes 2 de noviembre de 2009. Cementerio "Los Pioneros".

Hay muchos puestos de comida en la entrada, de dulces, de flores. Algunos policías controlan el tránsito y permiten el paso a los peatones.

Toda la gente está concentrada en la entrada, muchos traen cubetas, arreglan las lápidas, toman líquidos, recogiendo agua de las tomas, hay varias tomas de agua. Una muchacha con su computadora.

La tumba verde de globos que vi el sábado es del niño Francisco de Jesús que nació el 20 de abril del 2000 y murió el 27 de abril del 2000. La gente riega la losa con agua y barre encima de la losa.

Encuentro dos mujeres tomando alimentos al fondo del panteón, sentadas sobre una tumba, acceden a la entrevista, aunque una le cede la palabra a la otra.

Entrevista a Miriam.

Julio: ¿A quién vienen a visitar?

Miriam: Pues Yo vengo a visitar a mi suegro que aquí está (señala la tumba donde está sentada). Es mi suegro, la mamá de mi suegro y un sobrino de mi esposo. Son estas tres tumbas que están aquí (señala las tumbas de los lados).

Julio: ¿Viene seguido o cuándo viene?

Miriam: Pues casi, más bien cada día de muertos. Cada año, se podría decir. También visito a una sobrinita que tengo por parte de mi hermana que está allá más adelante, ahorita fuimos también a ponerle flores y... que se mire, pues, que viene uno de perdida cada año... si, le venimos a arreglar ahí, como está un arbolito, también lo podemos, lo acomodamos todo y ya le pusimos sus flores, le pinté su... la crucecita que es de madera, y ya le regamos y le pusimos sus flores y ya se mira como que viene gente, porque si miran que está solo, pues ya los sacan y hay que estar mirando todo eso, pues. Ya le regamos y le dejamos todo ahí muy bien. Quedó muy bonito, muy regado ahí, que se mire que sí viene la gente, de perdida, como dice usted, cada año, pero venimos, aunque sea un rato, venimos en la mañana un rato. Ay, está temblando. Está temblando, y bien mucho.

(La señora Miriam se levanta angustiada y busca un lugar seguro donde protegerse del temblor, de pronto regresa, viendo que el lugar en el que estaba segura)

Julio: ¿me puede describir qué es lo que hace desde que llega?

Miriam: ¿desde que llegamos?

Julio: sí, aquí al panteón, por ejemplo, hoy.

Miriam: Yo vine desde el viernes. Lo que hicimos: le pintamos lo que es la base, que es antes de la lápida, que es esto (señala la parte de debajo de la lápida). Lo blanco, como estas dos tumbas son hombres los pintamos de blanco. La otra, como es mujer, se la pintamos de rosita. A eso vine antes, el viernes, para ya este día, ya nomás le regamos ya pues para que no se le

quede pegado la tierrita, porque como todo está muy finito, eso es lo que hacemos y ya ahorita nomás cuando llegamos en la mañana, pues ya nomás le empezamos a limpiar, a acomodarle sus flores, y... este... la limpiamos ya nomás con un trapo, y ya pues ya nomás le reza uno pues, no al aire libre, sino se les dice un Credo, un Ave María, así. Eso es lo que hacemos cuando estamos aquí, tratamos de estar lo más que podamos, porque es lo que bueno, mi mamá eso nos inculcó, yo ayer fui pero a ver a mi mamá, como ya también ya falleció... yo fui el domingo, que es el día de los angelitos, como es allá en la carretera de San Felipe, sí está en la puerta, en la colonia la puerta, ayer fui, y pues estuve un rato con mis hermanas, porque pues no todas ahorita pueden unas, pues, porque trabajan ahora lunes, entonces, ayer domingo, pues fueron unas, pero ahora iban a ir otras, también. Y tratamos, pues, unas un día y otras otro, y pues así ya no están también tan solos, que viene siendo, día de los angelitos y día de los adultos, de los grandes ahora, y tratamos lo más, porque decía mi mamá: este día, todo el día es para ellos. Y pues es lo que tratamos, aunque sea un rato, de perdida la mitad del día. Es lo que tratamos de hacer, de estar aquí. Como ahorita, en un ratito más van a llegar más, mis cuñadas, ahorita también ya vinieron, nomás que como ya no alcanzaron a desayunar, están cerquitas de aquí y dijeron, ahorita venimos, y mis hijos también, al ratito llegan.

Julio: ¿Son familiares ustedes dos?

Miriam: sí, pues ella es... es su papá (el hombre enterrado ahí). Pues es mi suegro y ella es mi cuñada. Y aquí nos la pasamos, y pues mi esposo a ver si le dan ya permiso, como está trabajando, ya ve que ahorita también por la crisis no pueden dejar su trabajo, porque o los corren o les dan una semana o dos de vacaciones, y luego pues, a como está... se tiene que uno esperar a si le dicen sí o no y ya se vienen también, y aquí ya como ahorita ya vino también mi cuñado pero también como dice, también tienen que ir a buscar otros parientes, pues ya sea por parte de su esposa, vienen aquí, también aquí estaba mi cuñado hace rato. Luego ya se van a otras partes. Eso es lo que hacemos. A veces comemos aquí o a veces nos vamos a comer a la casa, es lo que hacemos este día.

Julio: ¿y como a qué horas se van?

Miriam: pues a veces como a las dos o tres de la tarde, bueno, todavía hasta las cuatro alcanzamos, se puede decir antes de que oscurezca, de que se ponga muy obscuro, pues, porque ya uno, también aquí para andar, ya nos vamos, es lo que hacemos.

Julio: Bueno, pues muchas gracias.

Entrevista Silvia.

Julio: ¿A quién viene a visitar?

Silvia: A mi mamá y a mi papá.

Julio: ¿Viene cada Día de Muertos o viene otros días también?

Silvia: Vengo otros días, como el día de su cumpleaños o el diez de mayo.

Julio: ¿Me puede contar cómo es un día como hoy? ¿Las actividades que realizan desde que llegan?

Silvia: Pues llega uno a limpiar la tumba, a poner... acomoda flores, y ya que acomoda todo pues ya se está aquí un rato, bueno, casi todo el día, eso es lo que hacemos.

Entrevista a Luis.

Julio: ¿A quién vienen a visitar?

Luis: yo vengo a ver a mis hermanos, tíos y a mis papás.

Julio: ¿Viene cada Día de Muertos o también otros días?

Luis: Pues vengo cuando cumplen años de muertos... cuando cumplen años de... en su onomástico de ellos, el Día de los Muertos, allá cada vez... cada mes a darle una limpiadita, y así, casi por lo menos al mes venimos.

Julio: ¿Me puede platicar lo que hacen desde que llegan hasta que se van?

Luis: Pos llego y los saludo, ¿verdad? cómo están y todo (ríe), Como son muy cafeteros, eran muy cafetero mi papá, le digo ¿ya se aventó su cafecito?, ya, OK, pos ta bueno, bueno, le digo, le voy a dar una limpiadita, porque ta un poco cochino aquí. Le doy una limpiadita, una regadita, cuando hay manguera, cuando no pos al baldazo, así (hace el movimiento como si

echara un balde de agua sobre la tumba), y todo eso. Una limpiadita a las flores, cuando tenemos o le compramos. Y pues ahí, platicar ahí con ellos un ratillo, a la sorda ¿no? Luego vienen los... que dijeran que estoy loco así hablando solo ¿no? Por ahí me quedo un ratito, una media hora de perdida y ya, me despido y me voy.

Julio: ¿comen aquí?

Luis: No, no, no, no comemos aquí, venimos nada más de visita, no comemos ni nada.

Julio: ¿como a qué hora se van más o menos?

Luis: pues todo el tiempo... aquí estamos a las diez de la mañana, ya nos vamos a las diez y media, once, un poco, más o menos por ahí. Nomás que hoy me quedé más tarde esperando a mis hermanos, pero no, no han llegado. Yo creo que ya no lle... pues sí van a venir, pero no sé a qué hora.

Entrevista a Tere.

Julio: ¿A quién vienen a visitar?

Tere: Pues a la familia, a nuestros papás, a nuestra mamá... sobrinos...

Julio: ¿Están aquí en un mismo lugar?

Tere: desde aquí hasta allá (ríe, señala con la mano con dirección a las tumbas que están más cerca de la entrada). Sí son algunas, son algunas.

Julio: ¿Me puede platicar lo que hacen desde que llegan hasta que se van?

Tere: No, pues, aquí estamos con ellos y pues, nos reunimos y platicamos, rezamos y nos estamos aquí un rato, un buen rato. Ya que es lo único que podemos hacer, pues qué podemos hacer por ellos, pues nada, mas que estar aquí.

Julio: ¿Más o menos como a qué hora se van?

Tere: Como a la una o dos de la tarde, llegamos temprano a las nueve, diez de la mañana, nos vamos como a la una, dos.

Julio: ¿visitan algún otro cementerio?

Tere: no porque todos están aquí, es un área en que todos están aquí, están allá, mi tío, mis primos, primas, mis tías, mi mamá, aquí está un tío, son algunas... casi todos están aquí. Aquí los tenemos a todos reunidos, todos juntos. No necesitamos ir a otro panteón.

Julio: ¿Aparte del Día de Muertos, viene otros días?

Tere: Sí, cuando podemos, cuando podemos pues venimos una vez al mes o si pasamos por aquí, llegamos, este... el diez de mayo también venimos, en el cumpleaños de cada uno, que hubiera sido su cumpleaños aquí, también el día en que murieron, les rezamos su padrenuestro y ahí que se lo repartan entre todos (ríe). Sí, son algunos días que venimos en el año.

6 y 7 de Marzo de 2010. Sepelio, procesión e inhumación.

Sepelio 6 de marzo de 2010.

A las dos de la tarde del sábado 6 de marzo llamo al informante que trabaja como vendedor en la agencia Goyosso. Le digo que estoy buscando velorios y misas de difuntos, le pido que si sabe de alguna me informe. Me responde que preguntará en la recepción, me llamará en unos minutos para avisarme. Cinco minutos después sé que habrá dos “servicios” (sic) en la agencia ubicada en la avenida López Mateos y uno más en la de Francisco I. Madero. La carroza fúnebre partirá al otro día a las doce del medio día, tal vez irán a misa partiendo de la funeraria, o directamente al cementerio, no lo sabe exactamente.

Llego a las ocho de la noche a la agencia Goyosso de López Mateos. Estaciono el auto en una calle aledaña y no en el estacionamiento del lugar porque al notar un considerable número de autos estacionados en la entrada calculo que el estacionamiento debe estar lleno. Camino por la acera, calculo unos diez vehículos acomodados en la acera frente a la funeraria. Grupos de personas conversan en la parte externa de esta. Cinco hombres departen junto a una camioneta de la que acaba de bajar uno de ellos, se saludan gustosamente, hay sonrisas, abrazos y palmadas en el hombro. Se encuentran frente a la agencia, más cercanos a la avenida, donde se enfilan los autos, que a la puerta del edificio.

Mujeres y hombres bajan de los autos y entran al lugar, algunos se detienen si encuentran a algún conocido. Me introduzco a la funeraria. Al cruzar la puerta de vidrio noto que hay dos recepcionistas al lado izquierdo de la entrada, seguramente la recepción trabaja toda la noche. Del lado derecho la florería permanece abierta, una mujer riega las coronas de

flores. Junto a la puerta de la florería un letrero verde se muestra a cualquier persona que cruza la entrada, dice: “Por orden de la Secretaría de Salud se restringe la entrada a niños menores de 12 años” firma “Gayosso”. La leyenda me resulta contradictoria porque observo niños de mucho menos edad que la que prescribe el letrero.

Cruzando la florería y la recepción se encuentra una estancia previa a los salones de velación. Las paredes están adornadas con cuadros, algunas macetas con flores sintéticas ornamentan los rincones. Una docena de bancas se reparten equitativamente el espacio, en cada una caben tres personas. En el centro de esta sala se ubica la oficina de ventas, donde la gente puede apartar “servicios” para previsión; es decir, asegurar un lugar donde velar, transportar y/o enterrar el cuerpo de un fallecido en un futuro. Por ahora la oficina de ventas está cerrada, no hay gente en el interior, aunque la iluminación interna permanece encendida.

En la estancia confluyen decenas de personas, sonrían, conversan, se saludan, se abrazan al encontrarse, toman café en vasos desechables. El murmullo de los que están ahí puebla todo el espacio. Esta multitud se divide en grupos que no rebasan las ocho personas. Están más cerca de la sala de velación número dos, es la que visitan. Al fondo, se encuentra la sala cuatro que también está ocupada, pero fuera de la cual no hay un número tan grande de visitantes. En el interior de ésta última se congregan personas sentadas en sofás, junto a la caja de muerto. Mientras que las acciones de los que visitan la sala dos suceden en el exterior de la sala, en la estancia; lo que ocurre con las personas que vienen a la sala cuatro se encuentra en el interior de dicho espacio.

Me ubico en el intersticio de las salas, desde donde puedo observar a los que conversan y las acciones que suceden en la entrada de cada sala.

Observo dos tipos de abrazos, unos que son de condolencia, de acompañamiento en la pérdida, de consuelo; otros que son de camaradería, de gusto por encontrarse. Los de condolencia se dan en el interior de la sala a los deudos sentados en la entrada. Son las personas más allegadas al difunto, los familiares más cercanos. Las personas que entran por primera vez a la sala saludan a los deudos principales ubicados en el sofá inmediato a la entrada. Les dan un abrazo de condolencia y les dicen alguna frase como “lo siento mucho”, “estamos contigo”, “te acompañamos”.

El segundo tipo de abrazo, el de camaradería, suele darse en el exterior de la sala de velación; en la estancia. Ahí la gente se saluda y muestra el gusto de verse. A veces la muerte de una persona reúne a familiares o amigos que no se han visto en mucho tiempo. El abrazo de camaradería no suele darse a los deudos directos; es decir, a los familiares más allegados, parecería una falta de respeto si así se hiciera. Este tipo de abrazo expresa más alegría por reencontrarse que dolor por la pérdida.

En el interior de la sala de velación, la interacción entre las dos personas que se saludan dura poco, pero las palabras son directas y mirándose a los ojos. Luego, el recién llegado camina al interior del cuarto de velación, se acerca a saludar a alguna persona que conoce o directamente camina hacia el féretro. En la sala dos el féretro está en el centro, con la tapa abierta; mientras que en la cuatro está al fondo y cerrado. El de la sala dos ostenta del lado izquierdo una fotografía del rostro del fallecido, mide unos treinta por treinta centímetros, se sostiene a un caballete de madera en donde por lo regular se colocan coronas de flores, pero que en este caso se posó la imagen mencionada. Del lado derecho, en un caballete más bajo se colocaron diferentes fotografías del difunto, es una especie de álbum fotográfico que la familia cercana eligió. Para verlo con atención debe uno agacharse o acucillarse. Ambas salas tienen las paredes llenas de coronas de flores, cada una ostenta un listón en la parte central donde lleva el nombre del remitente, éste, generalmente es un grupo, por ejemplo “Familia López” o “compañeros de trabajo”. Las coronas están recargadas en las paredes, las flores que llevan son, en su mayoría, blancas.

Un hombre observa al muerto en el interior del féretro, se encuentra de espaldas al observador, quien no puede saber si mantiene una conversación secreta con el cuerpo inerte. Otro hombre en cuclillas observa las fotos a los pies del féretro, fotos familiares en donde aparece la persona fallecida.

Se conversa poco en el interior de la sala de velación, se guarda completo silencio a veces, las conversaciones suelen ser cortas y en voz baja; tanto en la sala dos como en la cuatro. Muy al contrario de lo que pasa afuera. Aunque en el interior de estas salas en algunas personas la interacción parece despreocupada, en otras se nota seriedad, conversan o se quedan calladas, pero no sonríen, no abrazan a quien va llegando. Los rostros de algunas de ellas son serios.

Los niños permanecen fuera de la sala de velación, los adultos tienen cuidado de que así sea, les piden que se alejen de ahí si los ven entrar. En la estancia, desde donde observo, aparte de ver y escuchar adultos y jóvenes conversando, veo niños. No corren, caminan aquí y allá, en grupos, los juegos o interacciones son limitadas a espacios pequeños. Algunos niños permanecen cercanos a sus padres en lugar de acercarse a otros de su edad, como lo hace la mayoría. Una niña de unos cinco años sujeta del brazo a su madre y le pide leche. La madre mantiene una conversación con otra señora, no voltea a ver a la niña, pero toca la mano diminuta que la sujeta.

La gente que llora es la excepción. Durante toda mi estadía en la funeraria sólo observo a una mujer llorar sonoramente. Aunque hay otras personas que lloran (sólo noté mujeres y no hombres derramando lágrimas), sólo una mujer lloraba desinhibidamente, sus gemidos sonaron dentro y fuera de la sala de velación. No duraron mucho, apenas unos dos minutos. Todos los que estábamos ahí pudimos escucharla. Dos señoras la acompañaron para salir de la sala de velación, la abrazaba una de cada lado, se sentaron en una de las bancas de la sala de estar o estancia. La del llanto sonoro no era la única que lloraba, vi cómo una de las que la acompañaba se limpiaba las lágrimas, pero los gemidos audibles sólo eran los de aquella. La mujer que había hecho notar su llanto sonoramente silenció aunque continuaba sollozando, otra mujer se acercó a ella, aparte de las que ya la acompañaban. Se mantuvo de pie frente a ella y la estrechó hacia su abdomen, la abrazó fuerte.

Dos mujeres jóvenes caminan por la estancia, visten de negro, se toman por la cintura. Llevan pañuelos desechables en las manos, señal de que lloraron recientemente. Caminan casi arrastrando los pies, casi no hablan, pero cuando lo hacen se murmuran al oído.

En la estancia, a un par de metros de la sala dos hay un muchacho enlutado de unos veinticinco años. Alrededor de él se congrega un grupo de unos seis jóvenes. El muchacho es el centro de atención, habla mientras los demás lo escuchan. Tiene parecido con el difunto que se encuentra dentro de la sala, tiene edad como para ser su hijo. El muerto era un hombre de unos cincuenta años, moreno y de bigote poblado y negro.

A mi salida de la funeraria observo menos gente que la que encontré cuando llegué. Disminuyó el número de personas congregadas en la estancia, más o menos en una tercera

parte. Sin embargo, esas personas que faltan en el interior de la funeraria ahora se encuentran en la parte exterior, fuman y conversan frente a la avenida López Mateos. El no poder fumar adentro parece una limitante para su permanencia en la estancia.

Dos cosas en especial me llaman la atención de esta observación en la funeraria. Primero, las diferencias entre el comportamiento que se tiene en el interior de las salas de velación y el que se tiene en la parte externa de ella, en la estancia. Mientras que adentro las personas que llegan al funeral mantienen conversaciones en voz baja, prefieren movimientos lentos, evitan las sonrisas. El comportamiento en la estancia es distinto: las conversaciones son en voz alta, los saludos expresan emotividad, hay abrazos, sonrisas.

La segunda cosa que llama mi atención es que los deudos se vuelven protagonistas en ciertos grupos. Lloran sonoramente y dos o tres allegados tratan de consolarlos. Hay quienes no lloran, pero se mantienen acompañados de personas que escuchan lo que dicen, les hacen preguntas, los invitan a hablar, les demuestran atención. No toda la gente se acerca a los deudos, son grupos pequeños los que los rodean, pero son protagonistas en las interacciones de estos pequeños grupos. Otros grupos parecen indiferentes a los deudos, pero no lo son completamente porque siguen ciertas reglas implícitas del comportamiento para no romper con la solemnidad y esto también demuestra atención para los deudos. Por ejemplo, no los abrazan con alegría de verlos.

Domingo 7 de marzo. Procesión.

Llueve. Son las doce del medio día. Los asistentes al funeral que se encontraban en la parte externa del edificio ahora se internan para protegerse de la lluvia. Una camioneta blanca se estaciona afuera de la funeraria Gayosso, pero no sobre la avenida, donde están los demás autos de los asistentes al sepelio, sino en un área inmediata a la puerta del edificio: un espacio parecido al que tienen los aeropuertos y las centrales camioneras para el descenso rápido de los viajantes. La diferencia es que en la funeraria, dicho lugar se utiliza preferentemente para bajar o subir coronas de flores a los vehículos. Un techo verde cubre el pasillo adjunto y el área de llegada de las camionetas.

Salen hombres de la funeraria, cargan los arreglos florales que toda la noche anterior adornaron las paredes de la sala dos. Suben las flores a la camioneta blanca y regresan por

más. La puerta del vehículo permanece abierta, el espacio interior se llena de vegetación ornamental.

Los asistentes al velorio salen de la funeraria y suben a los autos. Grupos de tres a seis personas abordan y esperan que comience la procesión hasta el cementerio. Continúa el flujo de coronas desde Gayosso hasta la camioneta blanca. Más de diez arreglos florales llenaron el vehículo, por ello es necesario el servicio de la otra camioneta blanca que acaba de acomodarse detrás de la primera.

Un automóvil negro se interna por el estacionamiento de empleados. Lleva los vidrios polarizados, amplía la carrocería trasera, con una adaptación-extensión para que quepa el ataúd, un garabato de aluminio en cada costado. Es una carroza fúnebre. Aparca en la parte trasera de la funeraria, a la altura de la sala de velación dos, se abre la puerta trasera de dicha sala al mismo tiempo que la puerta trasera de la carroza fúnebre. Hombres suben el ataúd al vehículo, el chofer cierra la puerta. El flujo de coronas concluyó, los asistentes al funeral que faltaban por subir a sus autos ahora lo hacen.

La carroza fúnebre rodea la funeraria por la parte trasera, sale por el estacionamiento de visitas y se incorpora a la avenida López Mateos. Comienza la procesión. Los autos que esperaban sobre la avenida, los del estacionamiento y las camionetas blancas repletas de flores siguen a la carroza fúnebre. Dan vuelta en la avenida y luego en la glorieta para tomar la calle "E". Los vehículos avanzan formando una fila. Una patrulla de policía cuida el libre avance de la procesión. En este momento las señales de tránsito pierden validez para la caravana, la patrulla permite su avance y cuida que otros autos no interfieran con éste. Los altos de las esquinas y los semáforos se vuelven relativos, la fila de autos se los ahorra y corre. Los que pretenden atravesar en sentido horizontal al que lleva la procesión deben esperarse a que pase el último auto. Es como si esperaran que terminara de cruzar un tren.

Toman la avenida Francisco I. Madero y siguen por dicha avenida hacia el oriente, con dirección al aeropuerto de la ciudad. Llevan esa dirección para llegar al cementerio Jardín de la Esperanza, ubicado a poca distancia del aeropuerto.

La lluvia genera tráfico y lentitud en el avance. Los autos avanzan a corta distancia entre sí. Aunque la policía trata de hacer fluir la caravana esta debe detenerse en donde el tráfico es denso.

Inhumación.

Al llegar al cementerio termina la procesión, la caravana se difumina, los autos se dispersan en el estacionamiento. Los enlutados bajan de sus vehículos, caminan hacia el lado oeste, donde se realizará la inhumación. Buscan protegerse de la lluvia, muchos de ellos trajeron paraguas. El grupo camina con una sola dirección pero disperso. El lugar donde se depositará el cuerpo se entecha por una carpa verde bajo la cual se acomodan los deudos. En un primer círculo se encuentran los más allegados al difunto, como son los hijos, la esposa, los padres, los hermanos y los amigos cercanos. En un segundo círculo se encuentran familiares de segundo orden, compañeros de trabajo y conocidos de los deudos.

Procuran los colores oscuros en la ropa, se agrupan debajo de los paraguas y la proximidad entre los cuerpos debajo de cada sombrilla se estrecha. Hay quienes no llevan ningún accesorio para protegerse de la lluvia, así que soportan la lluvia sin guarecerse, de cualquier modo no llueve copiosamente.

Casi no hablan unos con otros, bajan la voz cuando se dicen algo. No es como en la funeraria en que las conversaciones inundaban el ambiente, más bien predomina el silencio. Sólo la lluvia es claramente audible y los palazos de los enterradores que preparan el cemento con el que cubrirán la caja.

En una visita anterior anoté que las gavetas o espacios para las tumbas se apilan de abajo hacia arriba en el subsuelo, caben tres ataúdes en cada fosa y el lugar de abajo hacia arriba se toma de acuerdo a como se va muriendo la gente: el lugar que se ocupa del fondo a la superficie depende de quién muere primero y quién después, los del fondo son los primeros, los de en medio los segundos y los de arriba los terceros. Cada vez que alguien es enterrado se depositan tres losas de piedra que cubren lo largo del féretro, luego una capa de cemento y cuando llega la siguiente caja se deposita sobre la que está acomodada primero.

El cemento es mezclado con palas en el depositario de una carretilla, de esta manera, cuando el cemento está listo se acerca la carreta a la fosa, se baja el féretro al fondo por medio de poleas, se acomodan las losas en la superficie y se cubren con una capa de cemento.

El llanto de la viuda interrumpe el silencio, dos mujeres se acercan a abrazarla, a consolarla con la cercanía, aquella detiene el llanto y las abraza. Otra mujer que se encuentra entre los del primer círculo, pero lejos de la viuda le grita que llore, que saque todo eso que siente, si no llora se tendrá que guardar lo que está sintiendo, es mejor que lo saque ahora, le dice. Pero la mujer no le da nueva vida al llanto, guarda silencio, las lágrimas no se acompañan de gimoteos ni exclamaciones de dolor.

Un pastor de la iglesia cristiana reformada comienza su predicación. Viste de traje azul, sostiene una biblia en las manos, una mujer junto a él le protege de la lluvia con un paraguas. El tono con el que predica se parece al que utilizan los cantantes de música cristiana cuando predicán o dicen citas bíblicas en medio de las canciones, como el de los oradores de superación personal.

La predicación trata de que uno tiene que arreglar en vida los pendientes y confrontaciones con los seres queridos. A los familiares se les demuestra el amor y el afecto mientras están vivos, por eso se debe aprovechar el tiempo de vida. También habla de una cita bíblica del apóstol Pablo en que dice Jesucristo “yo soy el camino, la verdad y la vida”. El pastor habla a todos y les dice que “Jesucristo prepara una morada para cada uno, todos resucitarán, algunos para la gloria y otros para la condenación” (la misma cita bíblica que hizo el padre Tomás en la entrevista) “primero resucitarán los que serán salvados, sólo y únicamente por medio de Jesucristo tendremos acceso al Padre [Dios], así que tenemos que decirle a Jesús: quiero que tú seas el dueño de mi vida porque yo no sé conducirla, quiero que tú seas el dueño de mi vida porque yo quiero tener vida eterna”. Les pide a los concurrentes que cierren los ojos, porque realizará una oración por ellos, si quieren aceptar a Cristo en su corazón cierren los ojos, dice. El pastor realiza una oración pidiendo a Jesucristo por las personas ahí presentes. Terminada ésta guarda silencio durante un minuto, aproximadamente.

La mujer junto a él, quien lo protege de la lluvia con un paraguas comienza a cantar una canción que dice: “no me digas adiós”, el tema principal de la canción toma el sentido de

no decir adiós a los muertos porque nos están esperando. Unas tres personas corean la canción, además del pastor y su acompañante.

Una mujer se acerca a los enterradores para decirles que pueden bajar el féretro. Los dos hombres se acercan y así lo hacen. Dan vuelta a las poleas y la caja desciende. Depositan las losas de cemento sobre ella. Acercaron la carretilla con el cemento pero no cubrieron la fosa porque se rompió una tubería de agua y tanto la fosa como el féretro se inundaban. Algunos de los visitantes fueron quienes advirtieron de la fuga a los trabajadores, aunque no sabían que era un desperfecto, una mujer dijo: “oiga, se está tirando el agua, ¿es normal?”. El enterrador a quien se lo dijo volteó a llamar a su compañero para que se acercara y le ayudara con el contratiempo. Otra mujer les dice a las personas cercanas a ellas: “rompieron un tubo del agua”, la preocupación se difundió entre algunos deudos del primer círculo quienes esperaban que los enterradores se hicieran cargo. Los del segundo círculo comenzaban a retirarse.

Un grupo de unas cinco personas alejaron del lugar a un hombre de unos setenta años, probablemente el padre del hombre muerto, quien lloraba y se limpiaba las lágrimas. Los que lo acompañaban trataban de consolarle, le preguntaban cosas, le tocaban el hombro, se acercaban y lo sostenían del antebrazo.

Martes 6 de abril de 2010. Etnografía de una misa de difuntos.

Llego a la una de la tarde a la iglesia San Francisco Javier, en la colonia Las Palmas. La misa fue anunciada en el periódico del domingo, se pide por el descanso de una señora que vivió de 1916 al año en curso, sus hijas y nietas invitan a quien quiera unirse en el ritual de duelo.

Las calles aledañas a la parroquia están llenas de autos estacionados pertenecen a los asistentes a la misa. Los autos son de modelos recientes, en su mayoría. Entro a la iglesia, la misa comenzó recién. Personas vestidas de colores oscuros ocupan las bancas del lugar, son alrededor de doscientas.

El padre que oficia lleva hábito color morado, está acompañado por un acólito. Mientras busco un lugar escucho la oración del “yo pecador”. El “Piedad” es cantado por un coro. Está compuesto por tres mujeres y dos hombres, traen teclado y guitarra electroacústica, todos cantan.

El féretro es de madera, se encuentra en el pasillo central de la iglesia, frente al altar. Sobre la tapa reposa un ramo de flores blancas.

El ritual de la misa es el mismo que otros a los que he asistido anteriormente y que no son misas de difuntos. Luego de cantar el “Piedad”. En una fila de sillas del lado izquierdo del altar se encuentran sentadas cuatro mujeres. Son familiares de la señora que murió. Cada una pasará a la tribuna ubicada del lado izquierdo sobre el altar para leer alguna parte de la misa. La primera mujer lee el “Piedad”, que no es el canto, sino una petición de piedad a Dios que viene escrito en un misal. Antes de subir, la primera mujer se hinca en una rodilla, se persigna y sube al estrado. La segunda mujer leyó la “Primera lectura” del libro del profeta Isaías, no se hinca, se persigna solamente y sube. La tercera mujer no se persigna, camina directamente hacia el estrado y lee el “Salmo” que es un fragmento del libro de “Salmos” de la Biblia. La cuarta mujer lee el “Aleluya”, un fragmento bíblico breve que da introducción a la lectura del Evangelio, que realiza el padre. Esta mujer baja del estrado, a mitad del camino entre el altar y la silla se detiene y regresa unos pasos, parece dudar acerca de si era el momento en que tenía que bajar del estrado. Observa al sacerdote, este la observa también y asiente con la cabeza, como si adivinara una pregunta, que probablemente fuera: ¿es el momento correcto de regresar a mi asiento? Y, el padre con el movimiento de cabeza le contestara: es el momento correcto. La aproximación del padre al micrófono corrobora el paso al siguiente momento de la misa: la lectura del Evangelio.

Antes de comenzar la lectura como tal el padre y los asistentes se persignan. Trata del Evangelio según San Juan (11:20-27):

Apenas Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía en casa. Marta dijo a Jesús: “si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aún así, yo sé que puedes pedir a Dios cualquier cosa y Dios te la concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Ya sé que será resucitado en la resurrección de los muertos, en el último día”. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección (y la vida). El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. Ella contestó: “Sí, Señor; yo creo en que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”

En la homilía el padre dice que le creamos a Jesucristo. Más que creer en él hay que creerle a él. La señora que murió, dijo, es un ejemplo de vida para sus familiares, para sus cuatro hijos, doce nietos y veintiséis bisnietos; de los cuales algunos ya la acompañaban. Hay que creerle a Jesucristo para alcanzar la vida eterna. Terminada la homilía viene “El Credo”.

Se realiza la santificación del pan y el vino, se muestra la hostia y el cáliz para representar el cuerpo y la sangre de Cristo, se repiten las palabras de la última cena. Para el pan (la hostia): “este es mi cuerpo que será entregado por ustedes”. Para el vino: “esta es mi sangre que será derramada por ustedes para el perdón de los pecados”. Este ritual termina con una pequeña oración recitada por los feligreses: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven señor Jesús”.

Viene una parte de la misa que se dedica a las ofrendas y en ella se pasan canastos donde los asistentes depositan limosnas. Un niño y una niña de unos diez años, familiares de la difunta pasan con los depositarios en cada hilera de bancas, los asistentes se acercan y depositan dinero.

El padre levanta la hostia, la muestra y dice “Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”, los asistentes contestan “yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. Éste rito da paso a la muestra de Paz, en la que los asistentes se estrechan la mano con la gente que tienen más cerca. Una niña, nieta o bisnieta de la difunta, corre hasta donde está un hombre mayor, lo abraza y le da un beso en la mejilla. Ésta no parece ser una situación común, porque nadie más lo hace, pero las “muestras de paz” parecen un pretexto o dan ocasión para demostrar el cariño, en este caso. “La Paz” está acompañada con música interpretada por el coro.

Los mismos niños que recogieron la limosna reparten separadores de libros con un rótulo que tiene que ver con esta misa. El detalle dice el nombre completo de la mujer fallecida, “1916-2010” que es la época en que vivió. En el reverso del separador viene escrito un poema, dice lo siguiente:

Madre amada,

Tus palabras vivirán

En nuestra alma

Las recordaremos cada día,
Hoy la tristeza
Nos quita la calma
Pero hacemos nuestro
Tu recuerdo,
Tus besos, tus abrazos
Son un tesoro interminable.
Mujer admirable,
Llena de fuerza,
Llena de vitalidad,
Llena de vida.
Ahora mismo estás,
Estás viva,
Pues tu esencia sigue.
Tu ejemplo
Tu valor y tu esfuerzo
Han quedado plasmados
En nuestra memoria
Y escritos
En nuestro corazón.
Te amamos abuelita,
Y cuando lleguemos
A tu lado enseñanos a volar.
Con amor
Tus hijas, Nietos y Bisnietos

En la parte delantera del separador se muestra una foto de la mujer, es de su época de vejez, sonríe, un ojo mira fijamente a la cámara, el otro está ligeramente desviado hacia la izquierda. La vestimenta es oscura, formal, un saco y una blusa con motivos circulares que forman hileras. Un brazo cruza su cintura, la manga del saco le cubre la mitad del antebrazo, la muñeca y la mano de ese brazo están descubiertas, se notan pecas y la piel flácida, como signo biológico de vejez. La fotografía es en color sepia.

Viene La Comunión, en esta parte el padre se acerca al pasillo, lo acompaña el acólito. La gente se acerca y forma una fila, están cerca del féretro. Cada persona pasa a recibir la hostia, el padre se las da en la boca. El coro acompaña La Comunión. Las personas que ingieren la hostia se regresan a las bancas, se hincan, agachan la cabeza y juntan las manos en señal de que hacen oración.

Concluida la comunión el padre pide —y aclara que esta misa se realiza— por el descanso eterno de la mujer fallecida, para que su alma encuentre la paz, dice. El hombre baja del púlpito (la parte más alta del altar, desde donde se oficia la mayor parte de la misa), reza una oración en la que se pide por el alma de la mujer, el acólito le acerca el hisopo y el recipiente de agua bendita. Con ella rocía el féretro y a la gente cercana a éste. El sacerdote regresa al púlpito y dice a los fieles que la misa ha terminado.

Seis personas, hombres y mujeres, todos adultos, rodean el ataúd, se preparan para cargarlo, o mejor dicho, empujarlo hasta la entrada del templo, porque una mesa con ruedas es lo que sostiene la caja.

Un hombre sube a la tribuna, y lee un mensaje de despedida. Nosotros, tus hijos, nietos y bisnietos te despedimos con mucho amor, dice, fuiste un ejemplo a seguir para cada uno de nosotros, nos enseñaste muchas cosas y seguiremos tus enseñanzas. Al terminar el discurso el coro canta una canción de despedida.

Las seis personas alrededor del féretro comienzan a empujarlo por el pasillo central hacia la entrada. Los asistentes desocupan las bancas, se levantan y caminan hacia las salidas, detrás del féretro. Rompen la formalidad, la seriedad y el silencio que requería el rito de la misa, se saludan, conversan. Algunos esperan a que salga el féretro para salir después, otros ocupan las salidas laterales sin esperar a los que empujan el féretro.

La salida principal y la calle sólo están separadas por unos tres metros de banquetta. La carroza fúnebre está acomodada de tal forma que la parte trasera, donde va el féretro, está dispuesta para que los que llevan el féretro lo puedan depositar más fácilmente en el interior. La base del féretro llega hasta la banquetta, las personas que lo empujaron hasta ahí ahora lo cargan y lo depositan en la parte trasera de la carroza. El vehículo permanece encendido, el chofer baja, camina hasta la parte trasera y cierra la puerta.

Una patrulla permanece cercana a la entrada de la iglesia, tanto ésta como la carroza esperan a que los autos se acerquen a la entrada de la iglesia para comenzar la caravana que se dirigirá al cementerio. No es una organización en la que se hayan puesto de acuerdo los automovilistas, simplemente se acercan con los autos a la entrada de la iglesia y la aglutinación de los vehículos en esta parte significa que están listos para la marcha.

Sin embargo, no todos los asistentes a misa se preparan inmediatamente para la procesión. Algunos se saludan, conversan, bromean, se abrazan en las proximidades de la entrada del templo. Parecen esperar que los familiares más cercanos, los protagonistas del rito, estén listos para seguirlos. Los saludos entre los familiares son efusivos, hay abrazos, besos en las mejillas, comentarios que provocan risa. Pero los abrazos y saludos a los dolientes, sobre todo a las hijas de la señora que murió son más solemnes, no son efusivos, sino de consuelo. Algunas de las hijas de la difunta llevan puestas gafas oscuras, incluso en el interior de la iglesia las llevaban, sus movimientos corporales parecen descompuestos por el dolor de la pérdida, generalmente se hacen acompañar de alguien que las toma del brazo.

Los comentarios entre los familiares y amistades de los dolientes son circunstanciales: qué calles tomaron para llegar, qué hacían antes de llegar a misa, etc. No son comentarios de dolor, ni confesiones atrevidas. Pláticas cotidianas.

Visten de manera solemne, con trajes, camisas de un solo color, se procuran los colores oscuros como el negro o el azul, aunque el blanco también es común. No se utiliza ropa informal como playeras o bermudas. No se usan colores llamativos. Hay cuidado en la manera de arreglarse, la ropa está cuidada, no tiene manchas ni arrugas. Se procura aparentar formalidad y limpieza en la vestimenta. No hay niños pequeños ni de brazos, la misa no fue

interrumpida por llantos ni gritos o risas de niños. Los que ahí estaban tendrían más de diez años.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Gary y Kathryn Herr (1992), “La historia oral como método para dar poder a los alumnos: ¿qué indica su propia voz?” en M. Rueda y M. A. Campos (Coord.) *Investigación etnográfica en educación*, CISE-UNAM, México, Pp. 105-121.
- Ariès, Philippe (2008). *La muerte en occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Bataille, George (1957) 1990, *El erotismo*, Barcelona, Tusquets.
- Becker, Ernest (1977), *El eclipse de la muerte*, México, FCE.
- Castoriadis, Cornelius (1998) “La crisis del proceso identificador” en *El ascenso de la insignificancia*. Ediciones Cátedra. Madrid, 1998. Pp.124-138.
- Chaunu, Pierre (1978), *La mort à Paris, 16e, 17e, 18e siècles*, Fayard, París.
- Delumeau, Jean (1978), *La Peur en Occident, XIVE-XVIIIe siècles*, Fayard, París.
- Díaz, Rodrigo (1998). *Archipiélago de rituales: teorías antropológicas del ritual*. UAM-Iztapalapa, DCSH, México
- Dijk, Teun A. van (2000), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II, una introducción multidisciplinaria*, Gedisa, México.
- Durkheim, Émile (2000), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Colofón, México. 1ª ed. 1912.
- Farris, Nancy (1984). *Maya Society Under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival*, Princeton, The Princeton University Press.
- Frazer, Sir Thomas George (1981), *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Giménez, Gilberto (2003), “La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales” en José Manuel Valenzuela, *Los estudios culturales en México*, México, Pp. 70-96.
- Gorer, G. (1963). “The Pornography of Death”, *Death, Grief and Mourning*, Nueva York, Doubleday.
- Hall, Stuart (2003), “Introducción: ¿quién necesita la ‘identidad’?” en Stuart Hall y Paul du Gay, *Cuestiones de identidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Pp. 13-39.
- Hertz, Robert (1990), *La muerte y la mano derecha*, Alianza, Madrid.

- Heidegger, Martin (1927) 1951, *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Huizinga, Johan (1919), 2006, *El otoño de la Edad Media*, Torre de Goyanes, Madrid.
- Humpreys, S.C. y Helen King (1981), *Morality and Immorality: The Archaeology of Death*, Academic Press, Nueva York.
- Huntington, Richard y Peter Metcalf (1979), *Celebrations of Death: the Anthropology of Mortuary Ritual*, The Cambridge University Press, Cambridge.
- Leach, E. (1979). “Ritual” en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 9. Aguilar, Madrid.
- Lévi-Strauss, Claude (1971). *L’homme nu*, Plon, París.
- Lomnitz, Claudio, (2006). *La idea de la muerte en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Maffesoli, Michel (2005). *La tajada del Diablo*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Malinowski, Bronislaw (1994), *Magia, Ciencia y Religión*, Planeta-Agostini, España.
- Marett, Robert Ranulph (1932), *Hope and Charity in primitive religion*, Claredan, Oxford.
- Mitford, Jessica (1963), *The American Way of Death*, Nueva York, Simon and Shuster.
- Monsiváis, Carlos (1987), “Mira muerte, no seas inhumana’, notas sobre un mito tradicional e industrial” en *El día de muertos: The life of the Death in Mexican Folk Art*, The Fort Worth Art Museum.
- Morín, Edgar (1951). *L’Homme et la mort devant l’histoire*, París, Seuil.
- Paz, Octavio (1981), *El laberinto de la soledad, Posdata y vuelta al laberinto de la soledad*, FCE, México.
- Radcliffe-Brown, A. R. (1974), *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Ediciones Península, Serie Universitaria, Barcelona.
- Renkema, Jan (1999), *Introducción a los estudios sobre el discurso*, Gedisa, México.
- Rivara, Greta (2003). *El ser para la muerte, una ontología de la finitud*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Rivera, Diego (1962), *Confesiones de Diego Rivera*, ERA, México.

- Rodríguez, Salvador (1997) “Rituales de muerte en Andalucía. Significados y funciones”, en Francisco Checa y Pedro Molina (ed.), *La función simbólica de los ritos*, Universidad de Almería-Icaria Editorial, Barcelona.
- Rosaldo, Renato (1991). *Cultura y verdad: nueva propuesta de análisis social*. Grijalbo, México.
- Rosaldo, Renato (2006), “La muerte en el presente etnográfico” en Rodrigo Díaz (ed.), *Renato Rosaldo: Ensayos en antropología crítica*, UAM-Iztapalapa, México.
- Smith, William Robertson (1956), *The religion of the Semites*, Meridian Books, New York.
- Spradley, James (1980), *Participant observation*, Holt, Rinehart and Winston, New York.
- Sartre, Jean Paul (1943), *L'etre et la néant: essai d'ontologie phénoménologique*, París, Gallimard.
- Thomas, Louis-Vincent (1983), *Antropología de la muerte*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Tenenti, A. (1975), *La Vie et la Mort à travers l'art du XV siècle*, Payot, París.
- Turner, Victor (2009), *The ritual process*, Transaction, New Brunswick.
- Tylor, Sir Edward Burnett (1977), *Cultura Primitiva*, Ayuso, Madrid.
- Tylor, Sir Edward Burnett (1964), *Researches into the early history of mankind and the development of civilization*, Chicago Press, University of Houston Press, Chicago.
- Vovelle, Michel (1983), *La Mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, Gallimard, París.
- Westheim, Paul (1953), *La calavera*, FCE, México.
- Ziegler, Jean, 2008. *Los vivos y la muerte*, México, Siglo XXI Editores.

Contenido

INTRODUCCIÓN	3
METODOLOGÍA	8
Gran tour	13
<i>El hospital</i>	13
<i>La funeraria</i>	15
<i>La iglesia</i>	17
<i>La procesión</i>	17
<i>El cementerio</i>	18
Capitulado	19
CAPÍTULO 1. LOS RITOS Y LA MUERTE EN LA TEORÍA SOCIAL Y ANTROPOLÓGICA	21
<i>Los ritos en la teoría antropológica</i>	21
<i>La muerte descrita después de 1950</i>	33
<i>La muerte en Occidente y Philippe Ariès</i>	35
<i>Una ontología de la muerte y Greta Rivara</i>	39
Conclusiones	40
CAPÍTULO 2. EL HOSPITAL	45
El moribundo	45
Rituales sagrados de la agonía	50
Los cuidados paliativos	54
El dolor de los familiares	56
El manejo del cuerpo	58
Conclusiones	66
CAPÍTULO 3. EL FUNERAL	68
El embalsamiento	68
La funeraria	77
La misa	86
La procesión	91
Conclusiones	92
CAPÍTULO 4. EL CEMENTERIO.	94
Rito, identidad y procesos colectivos	94

<i>Círculos alrededor del féretro</i>	94
<i>Flores, ofrendas y adornos</i>	96
<i>Arreglo de las tumbas</i>	99
<i>Fechas especiales de visita a los muertos</i>	101
<i>El rito de conversar con los muertos</i>	103
<i>Cremación y olvido</i>	104
Rito y aflicción	105
Amor al muerto	108
Conclusiones	114
CONCLUSIONES GENERALES	117
El moribundo.....	117
Rituales de la agonía	118
Los cuidados paliativos	119
El dolor de los familiares	119
El manejo del cuerpo.....	120
Embalsamamiento.....	122
La funeraria	123
La misa.....	124
La procesión.....	125
Rito identidad y procesos colectivos.....	125
Rito y aflicción.....	127
Amor al muerto	128
ANEXOS: Selección del trabajo de campo.....	130
De las entrevistas.....	130
<i>Lunes 9 de noviembre de 2009. Entrevista a Beatriz, enfermera</i>	130
<i>Sábado 16 de enero de 2010. 2ª entrevista al padre Tomás</i>	138
<i>Martes 6 de abril de 2010. Entrevista con M, embalsamadora</i>	146
Del diario de campo	157
<i>10 de octubre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”</i>	157
<i>18 de octubre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”</i>	161
<i>22 de octubre de 2009. Funeraria Gayosso</i>	166
<i>25 de octubre de 2009. Panteón Municipal No. 2</i>	168

<i>30 de octubre de 2009. Cementerio de la carretera a Tijuana.</i>	171
<i>31 de octubre de 2009. Panteón “Los Pioneros”.</i>	174
<i>1 de noviembre de 2009. Panteón “Jardín de la Esperanza”</i>	175
<i>Lunes 2 de noviembre de 2009. Cementerio “Los Pioneros”</i>	183
<i>6 y 7 de Marzo de 2010. Sepelio, procesión e inhumación.</i>	188
<i>Martes 6 de abril de 2010. Etnografía de una misa de difuntos.</i>	196
BIBLIOGRAFÍA	203